

Rumbo al norte

Narrativas de jornaleros choles y tseltales
en la migración de Chiapas a Sonora

Óscar Sánchez Carrillo



Rumbo al norte

**Narrativas de jornaleros choles y tseltales
en la migración de Chiapas a Sonora**

Sánchez Carrillo, Óscar

Rumbo al norte. Narrativas de jornaleros choles y tseltales en la migración de Chiapas a Sonora / Óscar Sánchez Carrillo

Otros títulos: *Narrativas de jornaleros choles y tseltales en la migración de Chiapas a Sonora.*

Primera edición | San Cristóbal de Las Casas, Chiapas: Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones Multidisciplinarias sobre Chiapas y la Frontera Sur, 2021.

LIBRUNAM 2105355 | ISBN 978-607-30-4969-6

Trabajadores agrícolas — Chiapas — Condiciones económicas. | Trabajadores agrícolas migratorios — Sonora — Condiciones económicas. | Industria de productos hortícolas — Empleados — Sonora. | Choles — Condiciones económicas. | Tseltales — Condiciones económicas. | Agricultura — Aspectos económicos — Sonora.

LCC HD1531.M6.S35 2021 | DDC 333.317275-DC23

Primera edición: 2021

© Óscar Sánchez Carrillo

D.R. © 2021, Universidad Nacional Autónoma de México

Ciudad Universitaria, 04510, Del. Coyoacán, Ciudad de México, Coordinación de Humanidades,

Centro de Investigaciones Multidisciplinarias sobre Chiapas y la Frontera Sur

Calle María Adelina Flores, núm. 34-A, Barrio de Guadalupe, 29230,

San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, México. Tel.: (967) 678 2997

www.cimsur.unam.mx

ISBN 978-607-30-4969-6

Esta obra fue dictaminada positivamente por pares ciegos externos, a solicitud del Comité Editorial del Centro de Investigaciones Multidisciplinarias sobre Chiapas y la Frontera Sur. Queda prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México / *Printed in Mexico*

Óscar Sánchez Carrillo

Rumbo al norte

**Narrativas de jornaleros choles y tseltales
en la migración de Chiapas a Sonora**



San Cristóbal de Las Casas, Chiapas
Centro de Investigaciones Multidisciplinarias
sobre Chiapas y la Frontera Sur
Universidad Nacional Autónoma de México
MÉXICO, 2021

*Dedico este libro a los jornaleros indígenas de Sabanilla;
sin su trabajo los campos serían páramos agrestes.*

*...y al cabo de muchos años estaban de vuelta en su tierra de origen y nunca
habían olvidado nada. Ni al irse, ni al estar, ni al volver.
Nunca habían olvidado nada. Y ahora tenían dos memorias.
Y ahora tenían dos patrias.*

EDUARDO GALEANO, «El Río del Olvido», *Libro de los abrazos*

Índice general

Introducción	11
Capítulo 1. La movilidad laboral en el sursureste de México	23
Paradigmas en confluencia, migraciones internas e internacionales, 23; Mercados de trabajo rural y migración interna, 33; Territorios migratorios de recepción y expulsión, 38; Regiones de atracción de fuerza de trabajo, 43; Regiones de expulsión de fuerza de trabajo, 54	
Capítulo 2. El circuito migratorio Chiapas-Sonora.	63
Circuitos migratorios, 63; Juventudes en movimiento, 66; Sistemas productivos hortícolas y circuitos migratorios, 69; Sistema de producción de plantaciones de espárrago, 72; Contratos, salarios y vida social en los albergues, 83; Redes de intermediarios laborales y comunalidad indígena, 86; Autonomías comunitarias y procesos migratorios, 95; Nuevos sujetos y dinámicas rurales, 98	
Capítulo 3. Narrativas de movilidad y procesos migratorios	101
Manuel: no soy pollero, ni tampoco coyote, 103; Alonso: de cortador de espárrago a cuadrillero, 121; Celerino: mi primer viaje a Sonora, 137; Jacinto: nos tratan como a los cochinos, 152; Sebastián: <i>u'chan troñel, usat'a troñel</i> , trabaja bien, trabaja fuerte, 161; Petul: la tropa jornalera no tiene destino, 174;	

Moschan: quiero tocar música para dejar la mala vida, 186;
Luciana y Petra: mujeres rurales con maridos ausentes, 200;
Gonzalo: no hay pozol en los campos agrícolas, 216; Isnardo:
de promotor comunitario dental a cortador de espárragos, 240,
Serafín: de campesino cafetalero a cuadrillero de espárragos,
248; «El May»: el ingeniero descalzo, 255

Conclusión 273

Bibliografía 281

Introducción

Los jornaleros agrícolas son el segmento social más vulnerabilizado y precario del sector rural mexicano. Los contingentes de trabajadores, en grupos heterogéneos de origen étnico y condición social diversos, se movilizan prácticamente por todo el territorio nacional, de sur a norte y de oriente a poniente. Son considerados «trabajadores golondrinos» porque arriban a los campos agrícolas en los que son requeridos y una vez concluidas sus tareas de siembra, cosecha y poscosecha se ven impelidos a moverse en busca de nuevos cultivos donde laborar, o bien a volver a sus lugares de origen.

Estos mercados de trabajo son dinámicos y complejos. Crean circuitos migratorios vinculados a los sistemas de cultivo en las áreas de agricultura intensiva. Es imposible desligarlos de las redes sociales, pues estas regulan la oferta de mano de obra en las comunidades. La arquitectura de dichas redes es vigorosa y compleja en cuanto a sus elementos y mecanismos. En ellas se expresan los liderazgos, las individualidades y, al mismo tiempo, la cooperación y las subjetividades propias de sus integrantes que les permiten incorporarse a un mercado de trabajo en posición de fuerza o de debilidad (Carton de Grammont 2000:134).

Pero esta intrincada relación entre mercado laboral y jornaleros agrícolas no funcionaría sin la demanda de alimentos frescos y procesados que producen las empresas agrícolas. La agroindustria está integrada por un sector heterogéneo conformado a su vez por múltiples cadenas de producción, embalaje,

distribución y comercio cuyo destino es el consumidor final. Los trabajadores agrícolas son parte de esa maquinaria. Su energía corporal da impulso a los engranes de las fábricas de alimentos procesados, que funcionan con el objetivo de satisfacer los requerimientos de hortalizas y frutas en los mercados internacional y nacional.

Sin embargo, buena parte de los frutos de la tierra que consumimos provienen de las unidades de producción campesinas, que generan aproximadamente 40 % del rendimiento agropecuario nacional. Vivimos en un mundo al revés: por un lado somos la decimotercera economía exportadora de productos hortícolas y frutícolas en el mundo con ganancias superiores a los 40 mil millones de dólares anuales, y por el otro somos deficitarios en la producción de alimentos básicos; nuestra soberanía alimentaria está minada. Exportamos alimentos de lujo, mientras que importamos otros de primera necesidad como granos y oleaginosas, además de leche y otros comestibles de origen animal.

Al mismo tiempo, las unidades de producción campesina dan empleo familiar remunerado y en especie a 60 % de la población asentada en el medio rural. Dichas unidades ocupan más de 70 % del territorio nacional y atienden a buena parte de la población al generar una amplia variedad de alimentos accesibles, frescos, sanos y nutritivos. Tienen un manejo sustentable de los recursos naturales basado en conocimientos profundos sobre estos, además de proteger la diversidad biológica y procurar la conservación medioambiental en los territorios que ocupan.

Por su parte, las empresas agrícolas representan solo 17% de las unidades de producción del país. Generan una amplia variedad de hortalizas y frutas para su exportación con destino principalmente a los Estados Unidos, además de otros mercados internacionales. Empero, sin los contingentes de trabajadores agrícolas los empresarios del campo mexicano no tendrían la menor posibilidad de competir en el comercio internacional. Las hortalizas y frutas producidas que México exporta tienen ventajas competitivas por su precio, calidad y oferta durante la mayor parte del año.

Los jornaleros agrícolas están en una situación de desventaja frente al poder político y económico de las agroempresas. Por una parte, los sindicatos

del ramo y las centrales obreras y campesinas, aunque tienen propuestas concretas de qué hacer frente a los atropellos y la violación de los derechos humanos por parte de las empresas agrícolas, no tienen cobertura nacional ni personal suficiente para atender las demandas y los múltiples problemas y agravios. Además, la gran mayoría de los jornaleros agrícolas ni siquiera forman parte de las organizaciones sindicales concebidas para defender sus derechos. Por otra parte, el actual gobierno de México ha ratificado el nuevo tratado de libre comercio con América del Norte, el T-MEC, sin que en este se mencione la defensa de los derechos laborales de los trabajadores del campo empleados en la agricultura de exportación.

Se afirma que los jóvenes ya no quieren laborar como campesinos en sus comunidades de origen, pero contrariamente a esta visión, ellos integran mayoritariamente los contingentes de jornaleros agrícolas que migran año con año a los campos del norte y noroeste de México. Por ejemplo, las comunidades indígenas campesinas choles y tseltales de la Zona Norte de Chiapas cubren la demanda de las agroempresas del noroeste del país. Estas comunidades no son espacios homogéneos, aislados y autosuficientes como se afirmaba en los años cincuenta del siglo pasado, cuando prevalecía una mínima división del trabajo social y el uso de tecnología sencilla; los cambios sociales eran lentos y había un férreo control social sobre las generaciones jóvenes. Esta imagen de la comunidad indígena homogénea y corporada no existe más.

La realidad actual del campo chiapaneco es radicalmente distinta a la visión culturalista e idílica de los antropólogos funcionalistas de siglo pasado. Por el contrario, en la actualidad observamos el impacto de nuevas formas y relaciones sociales capitalistas caracterizadas por la figura del jornaleo agrícola masivo.

Mientras que para el capital agroexportador las comunidades indígenas representan solo un espacio difuso y precario, que los abastece de fuerza de trabajo barata para los procesos de acumulación capitalista, los contingentes agrícolas expresan las contradicciones sociales entre el mundo moderno agrocapitalista y la sociedad rural indígena mexicana compuesta por una variedad de ecologías culturales campesinas.

El propósito de este libro es mostrar la dinámica y la contradictoria complejidad de las relaciones sociales tejidas entre los jornaleros agrícolas indígenas choles y tseltales de Chiapas y las agroempresas del noroeste de México.

En el primer capítulo se reseñan las corrientes teóricas que estudian, a partir de una visión antropológica, las causas de las migraciones internas en México. El análisis de los mercados laborales rurales indica que estos no son espacios libres en los que confluyan la oferta y la demanda de mercancías (en este caso la fuerza de trabajo agrícola como mercancía supuestamente libre), sino que están mediados por la intervención de diversos actores sociales que construyen el mercado laboral, segmentan la fuerza de trabajo por regiones y la especializan con base en criterios étnicos y sociales.

En el segundo apartado se aborda el circuito migratorio Chiapas-Sonora y los sistemas de enganchamiento o intermediarismo laboral. Los intermediarios indígenas son un nuevo actor en las comunidades de la región de la Zona Norte de Chiapas.¹ Se analizan los vínculos de la red social tejida entre la comunidad indígena y las empresas agrícolas del noroeste del país. Las redes sociales de intermediarismos laborales tienen rasgos específicos y responden a condiciones coyunturales, tanto internas como externas, de las comunidades choles y tseltales.

Si bien la migración jornalera agrícola no es un fenómeno nuevo en la región, es importante señalar que los contingentes de trabajadores agrícolas están organizados en diversos sistemas de cultivos. Asimismo, cada sistema de producción hortícola y frutícola funciona bajo la lógica de los sistemas de intermediación laboral o sistemas de enganche o bróker cultural.

Me interesa destacar y analizar específicamente la red social de intermediarios laborales en relación con el sistema de cultivo del espárrago y el grado de especialidad que los cuadrilleros han alcanzado en ese contexto. Aún falta

¹ La región de la Zona Norte de Chiapas comprende los municipios de Chilón, Palenque, Sabánilla, Salto de Agua, Tila, Tumbalá y Yajalón. El censo de población de 2015 calculó que vivían ahí más de 500 000 personas, y de estas más de 80 % hablaban alguna lengua indígena, siendo el chol y el tseltal las mayoritarias.

por estudiar el funcionamiento de otros sistemas de producción hortofrutícola y las particularidades de las redes construidas por el intermediarismo laboral.

Los sistemas de cultivo están en concordancia con los segmentos sociales de la fuerza de trabajo libre y flexible; por ejemplo, los jornaleros tseltales de Chilón están dedicados al tomate y la calabaza; los choles de Tumbalá son contratados para trabajar con frutales, con especialidad en la uva de mesa; y los choles de Sabanilla se concentran en los espárragos y el tomate cherry y de bola. Los intermediarios laborales —que mantienen relaciones patrimoniales y patriarcales con los empresarios agrícolas mestizos de las zonas de atracción— seleccionan, controlan y especializan a los jornaleros indígenas y tratan de retenerlos en el sistema de cultivo el mayor tiempo posible desde que inician su proceso migratorio.

Cabe aquí introducir una breve semblanza metodológica: se realizaron entrevistas a 45 jornaleros agrícolas en su lugar de origen, en las comunidades choles de Sabanilla y Tumbalá y tseltales de Chilón y Yajalón, así como a cuatro intermediarios laborales. Esto último fue posible gracias a la información que nos dieron los jornaleros agrícolas con respecto a la persona responsable tanto de su contratación y traslado como de la organización del trabajo durante el periodo migratorio. Al mismo tiempo, se consultó a las familias de los jornaleros agrícolas para conocer su perspectiva sobre la importancia de las remesas o de las ganancias y su reflejo en los ingresos globales de la economía campesina. El trabajo de campo se efectuó en las comunidades de origen de los jornaleros en los tiempos en que estos retornaban con sus familias.

El último capítulo se enfoca al análisis de doce estudios de caso, con el objetivo principal de situar al lector en las narrativas de movilidad y los significados culturales y sociales que estos actores elaboran dentro del circuito migratorio Chiapas-Sonora. Sus historias muestran las diversas circunstancias que los obligaron a tomar la decisión de unirse a los contingentes de trabajadores agrícolas. Cada uno de ellos actúa como agente de cambio en su respectiva comunidad y tiene, a su vez, la capacidad de ascender en la red social, gestionar, reflexionar, aprender y acumular experiencias en el proceso migratorio para lograr metas personales y colectivas.

En la primera narrativa de este corpus, Manuel ejemplifica las conexiones entre las migraciones nacionales e internacionales. Los intermediarios laborales son el gozne entre ambos fenómenos. En este caso se explican, asimismo, las diferencias de orden semántico construidas para distinguir a los polleros del sur de los coyotes del norte, actores fundamentales que facilitan el cruce fronterizo de migrantes internacionales diluidos en los contingentes de agricultores nacionales. Esta historia refleja cómo los migrantes pueden colocarse como sujetos ambivalentes, porque se mantienen en los límites del sistema social comunitario y el de las empresas; su vida transcurre en los intersticios fronterizos del sur y del norte.

El segundo testimonio muestra el funcionamiento de la migración como mecanismo de movilidad no solo geográfica, sino social. La historia de Alonso, ejemplo de cómo los jornaleros con habilidades de liderazgo se posicionan con rapidez en la estructura de intermediarismo laboral, es al mismo tiempo testimonio de un caso en que la decisión de migrar como jornalero es atribuida a la búsqueda de recursos para sufragar prácticas culturales como la boda tradicional chol. En sus palabras se advierte que la salarización de la economía campesina convive con decisiones subjetivas cuya motivación no es solamente económica, sino que están subordinadas a formas de reproducción cultural y social que refuerzan los lazos de identidad de los individuos con sus comunidades.

La narrativa de Celerino, por su parte, centra la atención en la existencia de familias campesinas en las que confluye la migración internacional con los nuevos circuitos a los campos agrícolas nacionales. Su historia relata el tránsito a la vida laboral de un joven de 17 años y el inicio de la circularidad migratoria personal. Asimismo, que la migración se convierte en un ritual de paso obligado de los miembros de la familia y forma parte del ciclo de desarrollo demográfico de la vida familiar campesina; en este sentido podemos observar diversos estilos de vida migrante y la confluencia de varias generaciones, además de las estrategias migratorias por relevo, por géneros e itinerantes. La migración ha trastocado los sistemas familiares al combinar las dinámicas no solo económicas, sino también demográficas y culturales de las familias

indígenas. Los jóvenes buscan independizarse de la tutela paterna mediante la aportación de recursos económicos para su reproducción. Además, la juventud indígena actual es más audaz y se adapta con mayor rapidez a las nuevas tecnologías digitales y a los ritmos y procesos productivos que las empresas les imponen y exigen. El estereotipo de la diferencia abismal entre los jóvenes rurales y los urbanos está siendo superado por los estilos de consumo económico y cultural. La movilidad laboral conlleva una nueva ruralidad modernizada en la vida de los jóvenes.

El cuarto relato hace referencia al modo en que los migrantes internacionales retornados se insertan en nuevos ciclos migratorios. El caso de Jacinto refleja cómo, aunque se aplican las mismas pautas de trabajo y producción en los campos agrícolas de Estados Unidos y en los de Sonora, hay también diferencias señaladas en aspectos como el uso de agroquímicos, que es mayor del lado mexicano y que se utilizan con un criterio más laxo, sin precauciones ni cuidados con respecto a la salud de los trabajadores que entran en contacto con las sustancias tóxicas. Y más allá de las diferencias salariales, reconoce también que migrar de nuevo a los Estados Unidos es casi imposible en estos momentos, tanto por el contexto político prevaleciente como porque los costos del coyote para cruzar la frontera norte han aumentado en forma significativa. La opción más racional es, entonces, migrar a los campos del noroeste de México, aunque esto tenga consecuencias negativas para la salud.

La quinta narrativa se refiere a eventos en la vida de las personas que pueden condicionar procesos migratorios. La movilidad de los trabajadores es una estrategia para obtener recursos económicos y ponerlos a disposición de las familias para saldar deudas. El único capital con el que cuentan los sujetos es su propia fuerza de trabajo y la movilizan en cuanto surge una necesidad apremiante. La historia de Sebastián ilustra cómo las relaciones de reciprocidad y solidaridad del sistema de parentesco son fundamentales para entender la importancia de pertenecer a una comunidad indígena. Dichos sistemas soportan y/o sostienen los procesos migratorios, pues ningún trabajador migra aislado de la red de parientes y paisanos a la que pertenece.

El sexto testimonio expresa los procesos de desterritorialización y las diversas estrategias que se tejen en las familias jornaleras. La historia de Petul manifiesta la importancia del territorio como elemento de identidad. La comunidad/territorio es un espacio cargado de subjetividad y simbolismo, además de refugio para los migrantes. Garantiza la reproducción de la fuerza de trabajo campesino sin la intervención o mediación de las relaciones capitalistas. Contrariamente a la visión personal de Petul, los campos agrícolas son espacios en los que prevalecen la competencia, el individualismo, la desconfianza entre los trabajadores y el control sobre ellos. Estos elementos contribuyen a los procesos de desterritorialización e intensifican la explotación de la fuerza de trabajo campesina. Otros elementos que definen los procesos de desterritorialización son la flexibilidad tanto de la fuerza de trabajo como de la acumulación capitalista y, por consiguiente, la precarización de los vínculos entre el trabajador y la empresa agrícola. Pero la narrativa de Petul muestra a los migrantes como sujetos activos y emprendedores que obtienen experiencia y aprendizaje en los campos agrícolas y replican cultivos comerciales en sus lugares de origen a una escala menor y bajo los límites del sistema de producción campesino. Los suelos agrícolas son espacios en los que confluyen muchos mundos por la cantidad de personas congregadas de diferentes lugares del sur de México. Para Petul, los jornaleros se parecen a los militares: tienen que acatar órdenes sin oponerse a los reglamentos internos.

La séptima narrativa nos enseña que, a la par de la existencia de los procesos de globalización económica, hay resistencias. Se activan estrategias de vida que pueden ser consideradas como procesos de resistencia cultural y la historia de Moshan es un ejemplo de ello: ser migrante no lo despoja de la conciencia y de la actividad político-religiosa. Su participación en el grupo musical de su parroquia lo coloca como un sujeto activo en su comunidad de creyentes. Al mismo tiempo, refleja la pluriactividad de trabajos no agrícolas como una característica de la nueva ruralidad que se observa en las comunidades indígenas de Chiapas.

El octavo caso permite observar las conexiones entre los procesos de migración y las relaciones de género. Trata sobre la experiencia de mujeres

retornadas que vivieron la migración internacional y de las que se quedaron en la comunidad y que, en ausencia de los esposos, fueron transformando los roles tradicionales de sumisión y obediencia, además de conquistar autonomía. El emprendimiento de pequeños negocios las dota de independencia económica. Las vidas de Luciana y Petra sintetizan dichos procesos y la unión de esfuerzos y recursos para lograr la meta de ser pequeñas comerciantes en su comunidad. Con un capital incipiente y bien administrado se han podido sobreponer a las desventajas locales de falta de empleo y de acceso a la tierra y han abierto nuevas posibilidades al iniciar pequeños negocios que les aportan recursos no solo materiales, sino también simbólicos; además, los jornaleros que regresan a sus comunidades suelen convertirse en sus clientes, y de ese modo se dinamiza la economía local sustentada por las remesas nacionales con efectos multiplicadores para la economía campesina.

La novena narrativa cuenta la historia de Alonso, jornalero agrícola que fue promotor de educación en una comunidad autónoma zapatista. Sus habilidades como líder le ayudan a colocarse como un intermediario laboral en el circuito Chiapas-Sonora. Sus actividades políticas y proyectos autonómicos no se han visto frustrados por la migración; por el contrario, con las remesas nacionales mantiene activa la escuela autónoma, comprando cuadernos y materiales didácticos para los formadores educativos. También cooperó con el pago de trabajadores para la remodelación de las instalaciones de la escuela autónoma. El cambio en las convicciones políticas y su salida de las bases de apoyo zapatista no le impiden crear una nueva forma de autonomía que responde a la realidad de su comunidad. Se considera a sí mismo autónomo de los autónomos zapatistas. Estas nuevas autonomías comunitarias no son del todo aceptadas por las bases de apoyo zapatistas, que observan la disidencia como una traición al movimiento social y a la resistencia contra el sistema político y económico. Sin embargo, Alonso relata que su actividad como intermediario laboral no está en contradicción con las nuevas formas de hacer micropolítica y que los procesos migratorios suelen verse como fenómenos desestructurantes o anticomunales, porque minan las actividades políticas, pero la historia de Alonso muestra que los migrantes no pierden su agencia política y

aunque las estrategias y convicciones políticas cambien, se crean nuevas acciones sociopolíticas. Se trata precisamente de la politización de proyectos sociales, de la creación de nuevas formas de autonomía comunitaria. Se puede ser autónomo local y seguir construyendo diversos proyectos para mantener vivas las estrategias de resistencia y, al mismo tiempo, ser intermediario laboral en los espacios extracomunitarios.

El décimo relato ejemplifica las causas o motivos que orillan a los jóvenes a migrar a los campos agrícolas del Sonora. En comparación con la historia de Alonso, la de Isnardo muestra que los procesos de capacitación y educación como técnico odontológico zapatista no se abandona aun cuando se deja de pertenecer a las bases de apoyo zapatista; por el contrario, muchos promotores como Isnardo no desechan los conocimientos adquiridos e inician nuevos proyectos desde su ámbito personal conservando los valores de servicio a su comunidad. La migración es la estrategia para lograr objetivos a corto plazo. En su caso, el ahorro obtenido luego de constantes viajes le permitió invertir e instalar el consultorio odontológico en su comunidad.

La onceava narrativa expresa las condiciones sociales en las que viven los jornaleros durante su estancia en los albergues. Seraffín habla de las vulnerabilidades de los jornaleros durante su periodo migratorio. A los diversos riesgos a los que se enfrentan se suman las diferencias salariales entre las agroempresas, que están fuera de cualquier regulación por parte de las instituciones del Estado. Por ejemplo, las de Ciudad Obregón pagan menos en comparación con las ubicadas en Caborca, Sonora. Las razones pueden ser de índole medioambiental, técnica y productiva. Pero las diferencias salariales ocasionan que los jornaleros sean proclives a desertar de los campos agrícolas en los que no pagan bien. Y los intermediarios se ven forzados a usar estrategias de coerción para impedir la deserción de los jornaleros.

La última narrativa se refiere a que el mercado laboral no solo representa la movilización de la fuerza de trabajo, sino que existe otro tipo de interacción de los intermediarios laborales con las empresas. Por ejemplo, los choles se han especializado en el sistema de producción de espárragos. Las empresas reconocen los estilos de trabajo, las capacidades étnicas y transfieren

responsabilidades en el manejo y en los procesos de producción a los intermediarios con el fin de incrementar la productividad y mantener cautiva la fuerza laboral. Es decir, prefieren reforzar los sistemas patrimoniales y patriarcales a invertir en nuevas tecnologías, porque a fin de cuentas les resulta más barata la mano de obra. Por su parte, los intermediarios laborales se posicionan como técnicos agrícolas y pueden introducir cambios en los procesos productivos. Las empresas en cierta forma dependen de las decisiones que toman los intermediarios. La narrativa de «El May» muestra cómo las multicitadas interacciones no son de subordinación, sino de negociaciones complejas que tienen repercusiones en diferentes escalas del proceso migratorio.

Capítulo 1. La movilidad laboral en el sursureste de México

Paradigmas en confluencia, migraciones internas e internacionales

En la última década, las teorías socioantropológicas que abordan las migraciones o los movimientos de población en México se han concentrado en el análisis del fenómeno migratorio internacional. Principalmente se observan los flujos de trabajadores indocumentados hacia los Estados Unidos, y eso ha generado una abundante literatura en razón de su importancia y su impacto económico, político y sociocultural en contextos locales, estatales y nacionales. Sin embargo, la migración internacional de trabajadores mexicanos indocumentados a los Estados Unidos después de la crisis de 2008 se ha visto en franco declive y en una tendencia decreciente de tal intensidad que el tránsito actual se compara con el de la década de 1990 (Gaspar 2018).

Las cifras reportadas por el Instituto Nacional de Geografía y Estadística (INEGI) y el Consejo Nacional de Población (CONAPO), instituciones mexicanas, son confirmadas con datos del Current Population Survey (CPS, por sus siglas en inglés) de Estados Unidos. La población mexicana migrante a partir de la crisis económica de 2008 entró en un ciclo de retorno, y se viene manifestando una desaceleración de la migración indocumentada internacional. La crisis económica expresó de forma visible la recomposición de los patrones tradicionales de movilidad laboral que se gestaban en los años que la antecedieron (CONAPO 2014).

A la crisis económica se han sumado otras variables, principalmente las políticas migratorias de seguridad fronteriza del gobierno estadounidense comprometidas con acciones encaminadas a controlar, dispersar, dirigir, gestionar, criminalizar e impedir los flujos de población indocumentada. Dichas políticas se caracterizan por ser restrictivas, discriminatorias y racistas.

La promulgación de leyes antinmigrantes busca desalentar el arraigo de la población indocumentada mediante la aplicación expedita de acciones de deportación. El discurso de criminalización de la población inmigrante, sobre todo de la de origen latino, tiene un parámetro racial y de desprecio por todo lo que no se ajuste a los ideales anglosajones del *Make America Great Again* (Anguiano 2013; Anguiano, Cruz y Garbey 2013).

Las dinámicas de las migraciones internas y las internacionales en México dependen de distintas coyunturas y características; por ejemplo, en términos históricos, durante el Programa Bracero (1954-1964) se motivó el desplazamiento de trabajadores allende las fronteras sin que pasaran por una migración interna. Existen otro tipo de diferencias regionales: algunas acusan una especialización de movilidad interna y en otras es preponderante la internacional; por ejemplo: el Bajío, los Altos de Jalisco, Zacatecas y la Meseta Purépecha son típicas zonas de expulsión de trabajadores hacia los Estados Unidos desde principios del siglo xx (Durand 1988; Anguiano 2013).

A mediados del siglo xx la dinámica del mercado laboral exigía mayores cantidades de fuerza de trabajo y más flexibilidad en las formas de contratación (Carton de Grammont 2009). La frontera norte permitía hasta cierto límite el tránsito de trabajadores indocumentados y de ese modo propiciaba una mayor acumulación de la riqueza con repercusiones a nivel local, nacional e internacional. Pero las crisis económicas también han tenido un efecto dominó. La frontera norte ha tendido a endurecerse: se aumentó la vigilancia y el control fronterizo, además de incrementarse las deportaciones masivas.

Otro aspecto a analizar concierne a los vínculos políticos que se han establecido en este tipo de migrantes internacionales. Se pueden observar en la formación de nuevos sindicatos en Estados Unidos y en la lucha de los trabajadores indocumentados por sus derechos laborales y humanos (Palerm 1999).

El estudio de las migraciones depende del marco analítico seleccionado para abordar uno u otro tipo de movilidad. Podemos ubicar tres grandes periodos de pesquisas que enfocaron sus esfuerzos teórico-metodológicos a explicar las causas específicas de ambas (Arispe 1978; Rivera 2017).

El punto de partida son las investigaciones sociales de las décadas de 1960 y 1970. Estas examinan la migración interna como un proceso esencial de la urbanización, la industrialización y las consecuencias de la modernización en los sectores primario y secundario. Durante ese periodo las políticas de industrialización y urbanización de México veían con naturalidad las migraciones del campo a la ciudad. Se contemplaba la migración rural-urbana como un hecho necesario e inminente del desarrollo y la industrialización de las diversas regiones del país (Hewitt de Alcántara 1988; De la Peña 2008; Rivera 2017).

En aquella época la migración laboral era una experiencia netamente familiar de desplazamiento desde las zonas rurales en busca de mejores condiciones de vida en las ciudades. La literatura antropológica y sociológica de esos años reporta el involucramiento de la fuerza de trabajo rural en la conformación de nuevas estructuras productivas y clases sociales en las ciudades medias y en las áreas metropolitanas más importantes del país. El debate académico abordó la discusión por dos vías: por un lado estaban los que argumentaban que los procesos migratorios propiciaban ruptura y discontinuidad de los patrones culturales debido a los cambios socioculturales, y por el otro había quienes se inclinaban por una continuidad que implicaba la coexistencia de patrones culturales rurales/urbanos (Hewitt de Alcántara 1988; Verduzco 1990).

El debate se centró en el análisis de dicotomías como las relaciones interétnicas/diversidad étnica; procesos de aculturación y cambio cultural. Las hipótesis de trabajo acerca de los procesos migratorios de los circuitos campo/ciudad contemplaban nuevos cambios y formas de interacción, de organización social y familiar en los contextos de urbanización y modernización; daban razón de la ruptura entre los lugares de origen de tipo rural, tradicional y de arraigo en tradiciones étnicas hacia nuevas formas de relaciones sociales en las que el encadenamiento de procesos expresados en migración por relevos

temporales campo/ciudad trataban de explicar los cambios ocurridos a partir de la salida de uno o varios miembros de las unidades familiares rurales en la dinámica de organización social de comunidades, familias extensas y nucleares (De la Peña 2008; Rivera 2017).

Estas categorías analíticas motivaron intensas polémicas entre campesinistas/descampesinistas. El discurso académico concentró una discusión de narrativas dicotómicas, por ejemplo: tradición/modernización, desarrollo/subdesarrollo y migración/etnicidad como ejes articuladores para explicar en gran parte las contradicciones de los Estados nacionales, sobre todo en América Latina. Así lo confirman numerosas investigaciones publicadas durante la década de 1970 que abordan este enfoque sobre movilidades del campo a la ciudad (Arizpe 1978).

El marco teórico que sirvió de referencia para explicar la movilidad de la fuerza de trabajo rural a los centros urbanos fue el histórico-estructural. Los analistas adscritos a esta corriente de pensamiento argumentaban que el tránsito de poblaciones indígenas y comunidades campesinas tradicionales se transformaba en nuevos segmentos sociales a consecuencia de los procesos de modernización, industrialización y urbanización acontecidos en las ciudades y en las regiones rurales. El remanente poblacional rural era analizado en términos de clase social —el campesinado— y su perentorio proceso de proletarianización. La visión dominante de esa época y su reflexión fueron los debates y contribuciones a la teoría de la dependencia y la inserción de México y de América Latina en el desarrollo capitalista global (Hewitt de Alcántara 1988; De la Peña 2008; Durand y Massey 2003; Herrera 2006).

Como afirman diversos científicos sociales, el paradigma histórico-estructural tiene sus orígenes intelectuales tanto en la economía política marxista como en la teoría de los sistemas mundiales. Ambas corrientes explicaban el desarrollo del capitalismo tanto en México como en América Latina como una forma estructural de explotación y despojo de las naciones desarrolladas a las naciones subdesarrolladas.

El modelo histórico-estructural surgió en respuesta a los enfoques funcionalistas (neoclásicos) y modernistas del desarrollo económico que

afirmaban que el subdesarrollo era una etapa anterior al desarrollo capitalista (Durand y Massey 2003). Proporcionó una interpretación radicalmente diferente de la migración a partir de la década de 1960. Los teóricos de esta corriente postularon que el poder económico y político se distribuye de manera desigual entre los países desarrollados y subdesarrollados, que las personas y las comunidades tienen un acceso desigual a los recursos y que la expansión capitalista crea mayor desigualdad, exclusión social y genera el incremento de la pobreza, tanto en el campo como en las ciudades. En lugar de modernizarse y progresar gradualmente hacia el desarrollo económico, los países subdesarrollados quedaron atrapados en relaciones desventajosas dentro de la estructura geopolítica mundial (Hewitt de Alcántara 1988).

Como en otras teorías de las ciencias sociales, el paradigma histórico-estructural ha dominado la investigación sobre la migración desde la década de 1960 hasta la mayor parte de la década de 1980. Asume el fenómeno como una consecuencia natural de las interrupciones, los cambios tecnológicos y las crisis económicas que son intrínsecas al proceso de industrialización y acumulación capitalista. «Interpreta la migración como una de las muchas manifestaciones de la penetración capitalista en áreas aisladas y los términos de intercambio son cada vez más desiguales entre países desarrollados y subdesarrollados» (Massey et al. 1998:36).

Su enfoque y explicación se basaba en datos y estudios demográficos sobre la dinámica social y productiva de las familias campesinas. Apoyados en las cifras de los censos agrícolas disponibles para el mismo periodo, afirmaban que muchas familias rurales no podían ya sustentarse en una economía de subsistencia y autoconsumo, pero tampoco se estaban convirtiendo en un proletariado urbano. Al contrario, una de las estrategias de reproducción familiar campesina era la diversificación ocupacional de la unidad doméstica de producción y consumo para complementar las limitaciones de la producción agrícola con ingresos obtenidos en calidad de jornaleros temporales en las grandes explotaciones agrícolas capitalistas o bien en las ciudades, como peones y trabajadores subempleados en el sector de servicios; también había un sector de la población rural del país que sobrevivía recurriendo a formas de

producción e intercambio que seguían siendo campesinas (Hewitt de Alcántara 1988).

Durante este mismo lapso la teoría de la dependencia consideraba la migración no solo como perjudicial para las economías de los países subdesarrollados, sino también como una de las causas del subdesarrollo y no como un camino hacia el desarrollo. Según este punto de vista, la migración ocasiona mayor desigualdad y diferenciación en las sociedades campesinas estables, socava sus economías y desarraiga a sus poblaciones. La teoría del sistema mundo elaborada por Emmanuel Wallerstein (1979; 1988) clasificó los países y su proceso de industrialización según su grado de dependencia y distinguió entre las naciones capitalistas «centrales», seguidas de las naciones «semiperiféricas», «periféricas» y áreas aisladas que no estaban incluidas en el sistema capitalista. Desde esta perspectiva, la incorporación de las periferias (por ejemplo, áreas, espacios o regiones rurales) a la economía capitalista está asociada con las políticas que promueven o facilitan un éxodo rural migratorio.

En este mismo sentido se inscribían las investigaciones de circulación de trabajadores en las sociedades subdesarrolladas para explicar que los mercados de trabajo agrarios y urbanos no son iguales y no es posible equiparar los precios (salarios) con base en la oferta y la demanda, como afirma la teoría neoclásica. El objetivo era crear modelos explicativos de las formas de movilidad y circulación de los trabajadores rurales-urbanos en los países subdesarrollados. La contribución de los autores de esta corriente fue la distinción categórica entre migración y circulación. Se definía la migración como el proceso de cambio territorial y de residencia permanente de los sujetos migrantes. Por el contrario, la circulación era la categoría que explicaba el intercambio de individuos y grupos entre territorios (origen y destino), donde el sujeto concluía su periplo en el lugar de origen. Esta visión era contraria a otras teorías que afirmaban que el capital fluía en la dirección opuesta a donde había abundante oferta de trabajo. La observación empírica de la circulación de la fuerza de trabajo es que la mano de obra se mueve o se dirige hacia donde está el capital (Durand y Massey 2003).

Los estructuralistas históricos han criticado otras teorías de la migración que afirman que los individuos no tienen una voluntad libre, porque están fundamentalmente obligados por fuerzas macroestructurales. En vez de ser sujetos de libre elección, las personas se ven forzadas a moverse porque las estructuras económicas tradicionales se han visto socavadas como resultado de su incorporación al sistema político-económico, a los mercados nacional y mundial. A través de estos procesos, las poblaciones rurales se hallan cada vez más privadas de sus medios de vida tradicionales. Estas poblaciones rurales desarraigadas se convierten en parte del proletariado urbano en beneficio de aquellas áreas o territorios centrales que dependen del trabajo segmentado, flexible, poco calificado y con salarios precarios (Arizpe 1978; Arango 2003).

Los estructuralistas históricos han sido criticados por ser deterministas y rígidos en sus análisis al considerar a los individuos migrantes como víctimas o «peones» y sujetos pasivos que se adaptan sin oposición a las fuerzas macrosociales, por lo que descartan en gran medida la agencia individual y la formación de un sujeto social histórico manifestado en las movilizaciones agrarias y en los sindicatos (Durand y Massey 2003)

Contraria a estas posturas analíticas y para dar respuesta al determinismo de fuerzas macroestructurales sobre los sujetos rurales se introdujo la categoría de «curso de vida » o «ciclo de vida» como una nueva perspectiva para analizar la dinámica de las migraciones internas, lo que contribuyó al esfuerzo analítico de comprender la complejidad de las relaciones entre la migración, los mercados de trabajo y las dinámicas familiares en contextos rurales y urbanos (Balán 1977; De Oliveira 1980). Estos mismos esfuerzos analíticos se han utilizado para comprender las dinámicas migratorias internacionales en el México contemporáneo, como más adelante comentaremos.

La confluencia de diversos conceptos como «circulación versus migración» y «curso de vida» fueron decisivos para acuñar el concepto de «circuito migratorio» (Durand 1988), con el objetivo de articular las migraciones internas e internacionales como procesos históricos que hacen uso compartido de redes sociales y la construcción de vínculos entre los migrantes en diferentes escalas: local, nacional y transnacional. La construcción analítica del circuito

migratorio permite estudiar las redes sociales, las trayectorias, las transiciones y los puntos de inflexión de los sujetos migrantes sin dejar o abandonar sus vínculos sociales, comunitarios y familiares (Durand y Massey 2003).

El interés principal de las investigaciones sobre las migraciones internas de la década de 1980 era comprender la reconfiguración de las estructuras de organización social comunitaria y los cambios sociodemográficos de las estructuras de la unidad doméstica campesina, el ciclo del desarrollo doméstico y su variación en el tamaño y la composición de las unidades familiares, así como en las trayectorias laborales de los trabajadores familiares por género y por generación.

La comprensión de la migración temporal/interna desde una óptica microsocial permitió la creación de nuevas categorías analíticas para explicar las movilidades temporales en términos de las estrategias de supervivencia de las familias —estrategias que contribuían a la reproducción social y familiar, a la diversificación de actividades e ingresos—, y sentó las bases para posteriores análisis de las remesas en las economías familiares, ya fueran rurales o urbanas. Las tipologías de movilidades de los miembros de las unidades domésticas campesinas se expresaban y explicaban como lógicas y/o estrategias familiares de reproducción. Las decisiones migratorias (quiénes migran, a dónde y por cuánto tiempo) respondían no solo a los comportamientos individuales, sino a la construcción de nuevas identidades colectivas de actores pertenecientes a grupos sociales, donde los grupos domésticos constituyen círculos concéntricos de interacción (familias nucleares y diversos tipos de familias extensas).

Las configuraciones domésticas condicionan diferentes circuitos migratorios. En ellas se manifiestan factores externos e internos; los primeros están íntimamente ligados a redes sociales que construyen y dinamizan los circuitos migratorios, responden con diversas estrategias a las exigencias de los mercados de trabajo y a la subordinación de los intermediarios laborales, quienes también responden a los empleadores y sus empresas y a la segmentación étnica de los mercados de trabajo rural. Los factores internos están asociados con el ciclo de desarrollo doméstico y sus componentes sociodemográficos

(edad, género, generación, estado civil, socialización, nivel educativo, relaciones de parentesco, lengua, religión, cargos políticos locales, diversificación laboral) pautados por sus prácticas y expresiones culturales asociadas con los grupos domésticos, tanto al interior de estos como en relación con otros de la propia comunidad y de otras.

En este sentido, la categoría de estacionalidad o periodo migratorio fue fundamental para comprender las migraciones internas temporales como elementos que conformaban las estrategias de diversificación económica que contribuyen a la reproducción social y familiar, además del encadenamiento de territorios de origen y destino. Sin embargo, a partir de la década de 1980 los fenómenos migratorios se ampliaron y complejizaron; además, su multiplicación llevó a los investigadores a centrar sus objetivos en las migraciones internacionales y a analizar los impactos y efectos en los lugares de origen a corto plazo. El interés sobre el binomio migración-desarrollo motivó un intenso debate sobre el uso de las remesas y su empleo como palanca del desarrollo a nivel local y nacional (Villafuerte 2006; Villafuerte y García 2014).

La documentación de las trayectorias laborales de migrantes en diversas regiones con una añeja tradición de ese tipo de movilidad sirvió para seguir el rastro de las historias de ese índole de comunidades tanto en el ámbito nacional como internacional. La migración laboral es multifactorial y puede comenzar por una variedad de motivos y circunstancias. En ese contexto, las fuerzas económicas suelen identificarse como una de las causas fundamentales, aunque no exclusivas, del fenómeno. Las personas tienden a trasladarse a lugares donde hay una oferta de trabajo y donde las condiciones de vida pueden ser mejores que en los de origen.

Sin embargo, una vez que un cierto número crítico de migrantes se ha establecido en el destino, otras fuerzas entran en juego. Las decisiones a menudo casuales tomadas por los pioneros o por empleadores que contratan trabajadores tienden a ejercer una gran influencia en los posteriores patrones de migración. Massey (1998) argumenta que los procesos migratorios facilitan el flujo de información desde el lugar de destino hasta el de origen, lo cual propicia a su vez la circulación futura de más migrantes. Además, existe evidencia

etnográfica de que, una vez asentados, los migrantes funcionan como promotores y/o intermediarios, y de ese modo se reducen los riesgos y los costos materiales y psicológicos de la migración posterior. Con la ayuda de familiares, amigos y paisanos, los interesados pueden obtener información más accesible, confiable y recibir asistencia activa para encontrar un empleo y un lugar donde vivir, para organizar los documentos de residencia o encontrar o crear nuevas redes sociales y unidades familiares. Por lo tanto, la formación de una comunidad migrante establecida en un destino en particular aumentará la probabilidad de una migración futura a ese sitio (Massey 1991).

En estudios más recientes, el término migración en red generalmente se ha utilizado para referirse a este proceso que solía describirse como migración en cadena o por relevos (Arizpe 1978). Las redes se definen como conjuntos de vínculos interpersonales que conectan a migrantes, exmigrantes y no migrantes en los lugares de origen y destino por medio de relaciones de parentesco, amistad y origen comunitario compartido (Massey et al. 1991). Estos lazos sociales y el sentimiento de pertenecer a una comunidad (local o transnacional) también explican por qué los migrantes tienden a remitir cantidades sustanciales de dinero a los no migrantes, mientras que los enfoques neoclásicos centrados en el individuo hacia la migración analizan las remesas solo en términos económicos, sin valorar la diversidad de todo tipo de intercambios y envíos no monetarios y simbólicos.

Las redes sociales configuran las identidades de los migrantes, pero también los migrantes moldean identidades en red, conectan diversos espacios, regiones, comunidades, colonias y barrios de las metrópolis o áreas rurales y entre países, y las vuelven identidades translocales o transnacionales. Las redes sociales explican en gran medida por qué los vínculos con las comunidades de origen en general se mantienen a lo largo de las generaciones y por qué el asentamiento y la integración en el destino no coinciden automáticamente con la disminución de las propensiones a remitir o a permanecer involucrados de diferentes maneras con la sociedad de origen.

Los efectos de la red social explican la perpetuación (a menudo no intencionada) de la migración, con frecuencia en fronteras formalmente cerradas,

más allá de sus causas originales. El rol facilitador de tales «redes familiares, de amigos y paisanos», hace que la migración sea notoriamente difícil de controlar y predecir para los gobiernos. Las conexiones de la red social son una forma de capital social que las personas utilizan para llegar a tener acceso no solo al empleo, sino a otro tipo de bienes simbólicos y materiales (Massey et al. 1991). Además del capital humano (educación, habilidades, conocimiento, relaciones sociales) y material, el capital social es un recurso de migración decisivo en términos de permitir e inspirar a las personas a migrar. Principalmente los jóvenes tienen aspiraciones diferentes a las de sus progenitores, son más emprendedores e innovadores y propensos a migrar.

El estudio de las redes de migración se ha hecho popular en la última década; sin embargo, hay una tendencia a aceptar de manera demasiado acrítica argumentos teóricos que no ofrecen una reflexión sobre los fenómenos y conflictos sociales y que eventualmente ocasionan el debilitamiento, desmoronamiento, disolución o reconfiguración de las redes en los circuitos migratorios. Siguiendo la lógica circular de estas teorías, la migración parece continuar hasta el infinito (Massey et al. 1998). No indican cuáles son los factores externos, estructurales, o los procesos internos que contrarrestan las tendencias que llevan a aumentar o disminuir la migración por medio de las redes.

Mercados de trabajo rural y migración interna

Los mercados de trabajo agrícola y no agrícola en México se han estudiado sobre todo bajo una visión economicista, desde una perspectiva neoliberal. Básicamente se aplican criterios macroeconómicos para analizar con estadísticas de empleo las tendencias de la movilidad de la fuerza de trabajo con base en la oferta y la demanda. La teoría económica de los mercados duales de Piore (1971) enfatiza el análisis de las regiones o áreas receptoras de migrantes (fuerza o mercancía laborales) por medio de las variables y los factores macroestructurales. Pero su reflexión acerca de los mercados laborales, que se basa en las tendencias y los flujos de las migraciones internacionales, solo

contribuye al entendimiento de la segmentación de los mercados laborales en sociedades industrializadas como la estadounidense y la europea.

La lógica o racionalidad del mercado laboral en dichas sociedades es la nivelación de los salarios a partir de la oferta y la demanda de fuerza de trabajo de los diferentes sectores económicos (Piore 1971). Dichos estudios dejan de lado que el mercado de trabajo no es un lugar en el que la oferta y la demanda se expresen libremente, porque ambas están mediadas por contextos sociales y culturales complejos que segmentan a los trabajadores en un sinnúmero de categorías; tantas como la sociedad misma ha creado con criterios de clase, etnia, sexo y generación (Lara 2012:25). Además de eso, los análisis clásicos de la economía laboral dejan de lado acontecimientos como la movilización étnica cultural, además de la política de los últimos años, como se observó en el caso de los jornaleros agrícolas de San Quintín en 2015.

Las migraciones internas en México están condicionadas por la conformación de mercados laborales rurales en nodos o nichos laborales, como los define Lara (2012); en «territorios migratorios» en los que la fuerza de trabajo está en constante circulación. Las características de estos mercados son la segmentación y la flexibilización de la fuerza laboral. Las compañías agroindustriales que se ubican en los estados del noroeste de México en su mayoría están ligadas a grandes cadenas de distribución de empresas de capital estadounidense (Lara 2012). Las empresas o los empresarios en México están obligados a dinamizar, innovar, reestructurar e invertir en nuevas tecnologías para aumentar su producción y de ese modo competir en los mercados nacional e internacional (Carton de Grammont y Lara 2000).

Las zonas expulsoras de fuerza de trabajo son las regiones de donde provienen los trabajadores agrícolas. Básicamente se ubican en los estados del sursureste (Puebla, Chiapas, Guerrero, Oaxaca, Veracruz y Tabasco). Las particularidades de estas entidades expulsoras son básicamente las siguientes: todos los migrantes o jornaleros agrícolas y no agrícolas (hombres y mujeres) viven y conviven diariamente dentro de un grupo doméstico, entidad social responsable de las necesidades de reproducción social básica y continua como son alimentación, vivienda, ropa y calzado, cuidados de la salud, atención de las

enfermedades, limpieza, educación y socialización, entre otras actividades que permiten la supervivencia de cada uno de sus integrantes.

Dos características definen la esencia del grupo doméstico: su tamaño y composición, además de su estructura interna (morfología del sistema familiar); y la confluencia de diferentes tipos de actividades y de «ingresos» orientados a cubrir las necesidades de reproducción social y doméstica. Es necesario hacer una distinción entre los conceptos de grupo doméstico y familia. El primero se refiere a la agrupación social que asegura un cierto nivel de objetivos comunes, un conjunto de actividades realizadas o por realizar en colectivo, a fin de obtener diversos ingresos, monetarios y no monetarios, además de compartir recursos, que pueden ser escasos en una temporalidad, con el fin de reproducir socialmente al grupo. A menudo, los miembros de un grupo doméstico mantienen relaciones de parentesco biológico, en otros casos es simbólico o simplemente se tejen alianzas y lealtades sociales; en ocasiones pueden compartir una residencia común, pero en ciertas circunstancias habitan en espacios separados.

El concepto de familia se refiere en primera instancia a la unión conyugal entre un hombre y una mujer con propósitos de reproducción biológica; sus integrantes están ligados por diversos vínculos morales, jurídicos, económicos y políticos. Constituyen el átomo de parentesco; comparten la residencia permanente en un espacio que puede definirse como hogar o casa y que aloja a los cónyuges y sus descendientes. Las familias pueden ser de tipo extensa o nuclear, y ocupar una o varias casas a la vez (Zonabend 1988).

Para los casos que revisaremos en los próximos apartados nos apoyamos en el concepto de grupo doméstico, por ser una categoría que nos permite identificar la construcción de las redes sociales y las trayectorias migratorias de los jornaleros agrícolas. Como ya he señalado, no hay jornalero que no esté ligado a su grupo doméstico, como tampoco hay grupo doméstico que no forme parte de un conjunto heterogéneo de comunidades mestizas e indígenas en las que perviven sistemas de producción campesina. Hay que recordar que los sistemas campesinos de producción-consumo se sustentan en

ecologías culturales sostenidas por siete pilares que a continuación se explican sintéticamente (Chayanov 1985; Warman 1980; Arias 2013).

Primero: la migración de trabajadores familiares se origina en una de las etapas del *ciclo de desarrollo doméstico* (etapas de formación, consolidación, sustitución o remplazo), que a su vez dependen de las estrategias sociodemográficas que los propios grupos domésticos generan en sus contextos socioculturales. La formación de nuevos núcleos domésticos está determinada por los sistemas de matrimonio y residencia de cada grupo étnico en cuestión; por ello mismo, las relaciones sociales de los diversos grupos domésticos pueden facilitar o constreñir la creación de redes familiares internas y externas, y preparar a los miembros para su posterior movilidad fuera del espacio doméstico y comunitario.

Segundo: los grupos domésticos campesinos constituyen sistemas familiares complejos y diversos; se componen por una división sexual y social del trabajo. Las actividades productivas y domésticas garantizan la reproducción social del conjunto de sus miembros; es decir, en la estructura interna de los grupos domésticos se organizan y distribuyen actividades con base en los roles por género y generación y en su interior se establecen alianzas, estrategias y decisiones que facilitan o dificultan las salidas de sus miembros.

Tercero: los grupos domésticos producen estrategias que buscan el equilibrio de la relación consumo/trabajo; es decir, en momentos de crisis económicas las unidades familiares campesinas dispondrán del mayor número de miembros que puedan trabajar según sus capacidades, experiencias y roles de género, para solventar la presión del consumo y lograr la reproducción de todos sus integrantes.

Cuarto: el grupo doméstico incluye la unidad de producción campesina definida por su diversificación productiva; es decir, el propósito de la producción agrícola es garantizar el autoabasto y la seguridad alimentaria; el excedente, en su caso, se destina al intercambio o la comercialización, con lo que se pueden obtener bienes que necesita la familia. La unidad de producción campesina genera una matriz que conjuga el conocimiento y el uso de los recursos naturales y simbólicos; en algunos casos la posesión de la tierra es la

medida que define su producción y reproducción económica, pero además es un elemento que contribuye a generar identidad y pertenencia, una visión del mundo y de la vida. En otros casos, la tierra contribuye al complemento de los ingresos no monetarios que son fundamentales en la reproducción social de los grupos domésticos.

Quinto: el trabajo familiar o doméstico se caracteriza por su diversificación y/o diversidad de actividades, tanto agrícolas como no agrícolas; hoy por hoy no existen comunidades que no tengan relaciones económicas y socioculturales con la sociedad regional, nacional e internacional; es decir, los miembros de los grupos domésticos han diversificado sus redes sociales a tal grado que un mismo sujeto puede ser nodo de múltiples redes y niveles de interacción. Al mismo tiempo, el curso de la vida de los miembros de los grupos domésticos muestra distintas trayectorias laborales, que contribuyen a la consolidación de redes de alianzas, apoyo y/o solidaridad tanto al interior como al exterior de las comunidades de origen.

Sexto: el remplazo generacional es decisivo para la formación y reproducción de los grupos domésticos, siendo los jóvenes campesinos los nuevos sujetos rurales; imprimen dinamismo en sus familias y en las comunidades rurales. El acceso a nuevas tecnologías de la información y a redes sociales permite consolidar y posibilitar otras formas de consumo de bienes materiales y simbólicos, así como a establecer nuevas relaciones de intercambios entre las comunidades rurales indígenas y las ciudades.

Séptimo: la incorporación de las mujeres a la vida laboral remunerada y a la educación formal ha permitido que los roles tradicionales de género se modifiquen sustancialmente. La dicotomía tradición/modernidad ha sido superada en el nuevo contexto de migración, pues el trabajo femenino y de cuidados es una estrategia para garantizar la reproducción de los grupos domésticos campesinos, allí donde la migración por relevo incluye ahora a las mujeres como nuevos sujetos.

Durante la etapa neoliberal en México (1982-2018) se afirmaba, con diferente intensidad, que los grupos domésticos campesinos no son autosuficientes en la producción agrícola y, por lo tanto, no pueden abastecer de alimentos a

la población urbana en cantidad y diversidad. Pero se olvida que esto se debe a un contexto macroeconómico adverso y a la política económica neoliberal destinada a fracturar y erosionar las economías campesinas, despojarlas del control de sus territorios, de sus recursos y conocimientos locales para dar paso a nuevas formas de acumulación capitalista. Desde la instalación del sistema político neoliberal se ha tratado de dismantelar la agricultura campesina al otorgar cuantiosos subsidios a la agricultura industrial. Los resultados que se esperan, más que obvios y nefastos, tienen que ver con la desaparición de las formas de producción campesina y una reducción de la población rural.²

Ante este panorama desfavorable, la estrategia de supervivencia y resistencia de los grupos domésticos campesinos ha sido enfrentarlo mediante la diversificación ocupacional o la pluriactividad, que garantiza la reproducción económica y sociocultural. En muchos casos los salarios se utilizan para apoyar la endeble producción agrícola.

Territorios migratorios de recepción y expulsión

El último enfoque a señalar en esta revisión de literatura son las investigaciones centradas en las zonas agrícolas de exportación con uso de alta tecnología para la producción intensiva de hortalizas y frutas y su relación con

² Las nuevas políticas sociales dirigidas al sector social, tales como Sembrando Vida, que es operada desde la Secretaría de Bienestar del nuevo gobierno, declaran como su objetivo contribuir al bienestar de los sujetos agrarios e impulsar su participación efectiva en el desarrollo rural integral. El programa busca establecer en dos años un millón de hectáreas con milpa intercalada con árboles frutales y maderables y generar 400 000 empleos. En Chiapas, que es uno de los 19 estados de la federación en los que opera dicho programa, se pretende apoyar a 80 000 productores y 200 000 hectáreas; cada productor recibirá como apoyo a la producción 5 000 pesos durante seis años (*La Jornada del Campo*, 143). Sin embargo, en muchas comunidades choles y tseltales visitadas en el trabajo de campo, las familias con miembros jornaleros no tienen acceso a estos programas. Las becas y los apoyos económicos que antes recibían y que eran administrados por las jefas de familia, ahora llegan directamente a los jóvenes estudiantes de secundaria y bachillerato. En las comunidades incluidas en el trabajo de campo se entrevistó a algunos de ellos y muchos declararon destinar parte de la beca a la compra de celulares, ropa de marca y tenis.

la migración temporal de jornaleros agrícolas, en su mayoría indígenas del sureste. Los circuitos migratorios nacionales conectan regiones distantes mediante la construcción de rutas, vías o circuitos migratorios desde los estados de sureste, principalmente Guerrero, Oaxaca, Chiapas y Veracruz hacia los del noroeste: Nayarit, Sinaloa, Sonora y Baja California y Baja California Sur. Al mismo tiempo, se conectan con los campos agrícolas del sur de los Estados Unidos, principalmente del estado de California, entre otros territorios fronterizos.

Las investigaciones contemporáneas sobre jornaleros agrícolas en México han tomado mayor importancia a raíz de las movilizaciones y protestas en el valle de San Quintín, Baja California, en 2015, protagonizadas por grupos de trabajadores agrícolas, en su mayoría indígenas provenientes del sureste de México, por causa de las condiciones precarias y los bajos salarios, y por la pobreza extrema en que viven las familias jornaleras en esa demarcación. Entre sus demandas se incluía un salario de 200 pesos diarios para el trabajo a destajo; jornadas de ocho horas; mejores condiciones de salubridad en los lugares de trabajo y acceso a los servicios de salud y educación para sus hijos (*La Jornada* 25/04/2015).

La protesta social denunció no solo la precariedad, la exclusión y la explotación de este sector de la población, sino que también exhibió la falta de una verdadera política estatal garante de los derechos laborales, sociales, políticos, humanos y culturales de los trabajadores agrícolas. Puso al descubierto la colusión de autoridades de diversas instituciones de los tres niveles de gobierno (local, estatal y federal) con las empresas agroexportadoras para mantener el *statu quo*, salvaguardar las ganancias empresariales a costa de la sobrexplotación de la mano de obra de los trabajadores adultos masculinos, y permitir y extender la explotación a las mujeres y los niños como los sujetos con los salarios más bajos (Espinosa 2018).

Ciertamente, el valle de San Quintín no es el único lugar donde los jornaleros viven estas viejas-nuevas formas de explotación y precariedad. En otras zonas agroindustriales menos visibles persisten esas mismas prácticas empresariales. Por ejemplo, las agroexportadoras de hortalizas y frutas del estado de

Sonora que contratan mano de obra para la cosecha de los 14 productos agrícolas de exportación (uva, naranja, toronja, melón, tomate, sandía, espárrago, calabaza, trigo, pepino, chile, garbanzo, cebollín y brócoli) de mayor rentabilidad en el mercado de los Estados Unidos también someten a los jornaleros a condiciones de explotación y precariedad, como veremos más adelante.

El estado de Sonora se colocó como uno de los mayores exportadores de hortalizas y frutas del país en parte gracias al tratado de libre comercio conocido como TLCAN, desde su implementación en 1994. Ahora, con las nuevas negociaciones del T-MEC (2019) ha quedado en el olvido el capítulo sobre salarios y derechos laborales de los trabajadores agrícolas por parte de los empresarios agrícolas mexicanos, a quienes sin duda la flexibilización del trabajo y los bajos salarios pagados a los jornaleros agrícolas les permiten obtener altos márgenes de ganancia y competir en el mercado internacional con las empresas norteamericanas.

Ya a principios del siglo XXI, Sariego y Castañeda (2007) señalaban las condiciones de explotación de los jornaleros agrícolas en Sonora:

Los jornaleros de los campos agrícolas de Sonora conforman un proletariado numeroso, complejo y, en buena medida, desconocido. De los casi 4 millones de jornaleros agrícolas que hay en México se estima, de acuerdo con el Programa Nacional de Jornaleros Agrícolas (PRONJAG), que en Sonora llegan a residir hasta 80 mil, dispersos en diferentes regiones del estado, entre las que destacan la costa de Hermosillo, la zona de Guaymas Empalme, el área de Caborca y la región Pesqueira-Zamora, cerca de la ciudad de Hermosillo. La mayoría de ellos son migrantes y proceden de los estados de Guerrero, Oaxaca, Veracruz y Puebla. Muchos son indígenas nahuas, triquis, mixes, zapotecos, pero también hay contingentes mayos y yaquis (originarios de Sonora), así como una importante población de campesinos mestizos de diferentes partes del país. Una buena parte de estos trabajadores asalariados viven, durante la temporada de labores agrícolas, hacinados dentro de los campos en galerones y viviendas precarias, propiedad de los empresarios y solo una pequeña parte reside en ejidos y poblados cercanos (Sariego y Castañeda 2007:120).

La cita anterior describe una realidad que aún persiste. Además, las condiciones de trabajo y de vida no han cambiado desde entonces. En años posteriores se han incorporado nuevos contingentes de trabajadores indígenas provenientes del sureste de México. Jornaleros choles, tseltales y tsotsiles, entre otros grupos étnicos y mestizos o ladinos de Chiapas y de otros estados, se han integrado a los diversos contingentes en los campos agrícolas sonorenses. Actualmente el flujo migratorio se ha incrementado: desde 2005 hasta la fecha se estima que arriban entre 120 000 y 150 000 jornaleros agrícolas por año a los campos de las empresas de Sonora (ENOE 2018).

De acuerdo con Lara (2008), los «territorios de migración» son los espacios de circulación o desplazamiento múltiple construidos tanto por las empresas agroindustriales como por la movilidad y la circulación de los jornaleros agrícolas. Estos espacios responden a la demanda de mano de obra en las agroempresas y a las estrategias de reproducción social de las familias jornaleras que movilizan recursos y diversos capitales (económico, social, humano y cultural). Por ejemplo, las crisis de la economía campesina de subsistencia, ya sea por el bajo rendimiento de cultivos tradicionales o por la crisis de producción en los cultivos comerciales, afectan los ingresos familiares y propician la expulsión de migrantes.³ Al mismo tiempo, las dinámicas de los mercados de trabajo rurales en las zonas de agricultura industrial demandan cada vez más fuerza de trabajo disponible en otras regiones o territorios, como es el caso de los estados del sureste de México, donde distintos grupos étnicos configuran múltiples circuitos migratorios.

El territorio es concebido como un espacio relacional y de tránsito del que se han apropiado diversos grupos sociales y familias jornaleras con miras a su reproducción social (Lara 2011:29). La noción de «territorio migratorio» es retomada de la geografía humana francesa, específicamente de Lauren Faret, que lo define como un espacio de relaciones que articula los lugares de origen con los de destino; con el tiempo y el constante movimiento de generaciones, los migrantes han logrado estructurarlo como espacio propio (Lara 2014). Una de

³ Un ejemplo concreto de estas crisis es la del café en el sureste mexicano, debido a plagas como los nemátodos y la roya, aunadas al precio volátil del aromático.

las características de estos espacios es la movilidad multiforme (múltiples direcciones y temporalidades), es decir, se construye una continuidad espacial a pesar de las distancias geográficas (Lara 2014). Este concepto nos permite articular en un mismo campo de relaciones las trayectorias y experiencias de las migraciones internas e internacionales en México.

Los trabajos en esta línea documentan los movimientos de poblaciones jornaleras agrícolas, principalmente de los estados del sursureste hacia los del noroeste de México. Las características de estas poblaciones migrantes son: su origen indígena (poblaciones heterogéneas); los rasgos de la precarización social en la que viven: son campesinos, muchos de ellos sin tierras, pero arraigados a prácticas, culturas y cosmovisiones agrícolas; viven un exacerbado nivel de pobreza rural, con altos índices de analfabetismo por no contar con acceso a los servicios educativos; padecen un deficiente o nulo acceso a los servicios públicos de salud y de seguridad social; por último, es una población relativamente joven excluida de otros mercados laborales. Estas características, entre otras, han motivado nuevas preguntas de investigación y configurado nuevos enfoques teóricos para dar una respuesta a las circunstancias de movilidad laboral y a las exigencias de los mercados de trabajo. Entre los nuevos enfoques teóricos podemos señalar las configuraciones de las nuevas ruralidades latinoamericanas (Velasco 2014; Lara 2007; Carton de Grammont 2004; 2015).

Los postulados de la nueva ruralidad mexicana y/o latinoamericana enfatizan diversos procesos de cambio social ocasionados por fenómenos como los efectos de la globalización económica y cultural en diferentes escalas e intensidades regionales, la apertura comercial y la creación de bloques comerciales como el TLCAN o, en su nueva versión, el T-MEC.

La complejidad de las nuevas relaciones sociales entre campo y ciudad no explica los nuevos procesos de proletarización y categorización de trabajadores agrícolas y no agrícolas. El acceso a las nuevas tecnologías de comunicación e información (televisión, radio, telefonía rural y celular, acceso y uso del internet y redes sociales digitales como Facebook, Instagram y Snapchat, la comunicación a través del WhatsApp) son el vehículo facilitador de nuevas formas de comunicación de las nuevas generaciones de jóvenes rurales.

El uso de las redes sociales permite la circulación de trabajadores en diversos espacios rurales y urbanos, la construcción de nuevas colonias o conjuntos familiares o de paisanos en las ciudades y la creación de nuevas comunidades transnacionales. Los procesos de urbanización y modernización de las comunidades rurales han propiciado nuevas formas de relación social y poder de las instituciones tradicionales en las comunidades indígenas. La migración interna nacional ha impulsado el fenómeno de la ruralización de las ciudades y ocasionado ahí mayores niveles de precariedad; la ausencia de una planificación urbana adecuada y oportuna es acompañada por la falta de acceso a los servicios básicos (agua potable entubada, luz doméstica y alumbrado público, drenaje, entre otros). La vida rural se ha vuelto mucho más compleja y se define por una diversidad de actividades agrícolas y no agrícolas que dan lugar a la reproducción social y que, sin embargo, al mismo tiempo permiten mantener los vínculos familiares y comunitarios de las poblaciones rurales; es decir, las prácticas culturales arraigadas a la tierra y al territorio siguen siendo un elemento importante de cohesión e identidad social reforzadas por prácticas culturales y religiosas que mantienen viva la comunidad moral étnica (Carton de Grammont 2015).

Regiones de atracción de fuerza de trabajo

Las investigaciones en los territorios migratorios de atracción se hicieron desde la perspectiva de los procesos del desarrollo capitalista agroindustrial. En la actualidad los sistemas de producción de alimentos agroindustriales se caracterizan por una compleja cadena global de suministros; los procesos se sirven de diversos servicios, productos e insumos provenientes de la industria. Al mismo tiempo, la agricultura industrial se define porque es intensiva en capital y sustituye con tecnologías, investigación biotecnológica e insumos químicos la fuerza de trabajo humana y animal (Barlett 1991).

La agricultura industrial es hoy un modelo productivo en expansión por todo el mundo. Es sostenida básicamente por las grandes corporaciones

transnacionales, que no tienen límites que las contengan en una región o territorio. Están en busca de ampliar la frontera agrícola y utilizar la mano de obra barata por todo el planeta, con el fin de producir una variedad de cultivos y ganados más baratos, en busca de nuevos mercados. Aunado a lo anterior, han diversificado su producción a tal grado que las corporaciones pueden ofrecer desde hortalizas y frutales hasta modificar y diseñar el genoma de plantas y animales en nuevos organismos genéticamente modificados (transgénicos) para aumentar los rendimientos, controlar las plagas, las sequías, y obtener ganancias exorbitantes (Plattner 1991).

La agricultura industrial se sirve de constantes innovaciones tecnoproductivas para ganar terreno a los sistemas campesinos, que durante siglos han mantenido en un nivel estable sus adaptaciones ecológicas y económicas, con rendimientos muy modestos.

Para poder mantener su competencia y eficiencia en los mercados, los empresarios agrícolas crean procesos sociales y técnicos que les permiten mantener los salarios bajos. Utilizan todos los instrumentos políticos, económicos, sociales y culturales para proveerse de trabajadores de regiones distantes, donde las condiciones de vida son extremadamente precarias, con escasas posibilidades de obtener un trabajo bien remunerado.

En general, en las zonas o regiones de atracción de fuerza de trabajo concurren las siguientes condiciones: innovación y uso creciente de biotecnología; mecanización y utilización de fertilizantes químicos y pesticidas poco favorables para la naturaleza y para la salud humana; uso desmedido de energía y agua para la producción de monocultivos; influencia política de grupos de presión o de cabildeo corporativo para impulsar la agenda de sus intereses y promover mayor flexibilidad y liberalismo en la política agraria de los Estados; clara propensión a la competencia, la especialización y la sobreproducción; uso ascendente de capital y acaparamiento de productos básicos agrícolas en los mercados y en la bolsa de valores agropecuarios; cadenas globales de interdependencia entre las unidades y las empresas agrícolas que controlan los insumos, la maquinaria, el empaque, el procesamiento, el transporte y la venta del producto; uso flexible de la fuerza de trabajo

y contención de los salarios agrícolas; y por último, degradación ecológica y contaminación del agua, el aire y las tierras, que resultarán insostenibles a largo plazo (Barlett 1991).

Me interesa destacar el empleo flexible de la fuerza de trabajo agrícola en el mercado laboral. Si bien la agricultura industrial requiere más capital por unidad de producción que los sistemas tradicionales campesinos, y que puede expresarse en la forma de maquinaria, en el aumento de los costos anuales por la compra de semilla, fertilizantes y pesticidas y en la modernización de los sistemas de irrigación y de la cadena de empaque y embalaje de los productos, no ha logrado sustituir la fuerza de trabajo jornalera, porque en los países en vías de desarrollo como México es mucho más barata y competitiva que las nuevas tecnologías agrícolas.

Sin embargo, existen otras causas estructurales que propician procesos migratorios a las zonas agroindustriales del noroeste de México, por ejemplo: la falta de tierras para las nuevas generaciones de campesinos; la baja rentabilidad de los suelos selváticos del sureste mexicano; la falta de crédito rural y de acceso a nuevas tecnologías adecuadas para incentivar la producción en pequeña escala; la escasez de canales de comercialización local, regional y nacional que protejan a los pequeños productores de las cadenas de intermediarismo; y la ausencia de un adecuado sistema de educación y capacitación para la producción rural y de cobertura en materia de seguridad social. Todos esos factores ejercen una influencia decisiva para el encadenamiento de procesos migratorios a regiones de atracción de la fuerza de trabajo.

En general, los factores mencionados configuran una baja perspectiva de cambio de vida hacia el futuro para los jóvenes. Los trabajadores (tanto hombres como mujeres) de los grupos domésticos campesinos ansían tener un ingreso monetario que les permita satisfacer sus necesidades materiales, y en algunos casos la posibilidad de realizar ahorros o inversiones en distintos renglones de la economía campesina y de la vida familiar y, en general, para enfrentar dificultades y problemas de cualquier índole.

Por su lado, los empresarios agrícolas constituyen un conjunto heterogéneo de unidades de producción orientadas a satisfacer las demandas de

alimentos procesados en los mercados internacional y nacional. Si bien tienen diferencias en la cantidad y calidad de las tierras, diversifican su producción para hacer frente a los ciclos de la oferta y la demanda de los mercados internacionales y/o nacionales, cuentan con diferencias sustantivas en la aplicación de las tecnologías que utilizan para incrementar los rendimientos; tienen o invierten capital en modernos sistemas de riego (siendo el agua en las zonas semiáridas un recurso cada vez más escaso y politizado); y además de acceder a una cartera de créditos bancarios diferenciados por tipo de cultivo, se benefician de la política de subsidios de las instituciones gubernamentales tanto a nivel federal como estatal y municipal. Pero en ese contexto la mano de obra indígena dentro de los procesos productivos agrícolas resulta más rentable que la inversión en nuevas tecnologías agrícolas; es decir, más eficiente que la maquinaria y la biotecnología más especializadas.

Todos estos componentes tecnológicos, financieros y la flexibilización del trabajo agrícola permiten el acceso diferenciado a los mercados de productos hortícolas y frutícolas. En este trabajo haremos referencia especialmente a lo que ocurre en el estado de Sonora, que se caracteriza por llevar una gran variedad de productos hortícolas, frutícolas y cereales al mercado estadounidense, principalmente.

El estado de Sonora tiene ventajas comparativas con respecto a otras entidades del noroeste de México. Su cercanía al mercado estadounidense lo coloca con prerrogativas comerciales, además de recibir grandes cantidades de capital foráneo en diferentes ramas de la economía, principalmente en la minería y la maquila. Cuenta con grandes extensiones de tierra dedicadas a diversos cultivos hortofrutícolas de ciclo corto y perenne; asimismo, presenta un acelerado proceso de ganaderización, erosión y desertificación de las mejores tierras agrícolas.

El grado de organización de los empresarios agrícolas o grupos industriales familiares del estado de Sonora se caracteriza por la concentración de una gran cantidad de poder y cuantiosos recursos económicos. Las familias sonorenses empresarias ejercen sus relaciones e influencias políticas en otras esferas y organizaciones sociales; por ejemplo, en los partidos políticos y en

las centrales obreras y los sindicatos agrícolas. En casos como el de la región de Pesquería-Zamora, cerca de Hermosillo, los habitantes de la comunidad conocen con facilidad los nombres de los dueños de los campos agrícolas dedicados a la producción de uva de mesa que iniciaron en los años ochenta las plantaciones de dicho cultivo: Lemenmeyer, Castelo, Camou, Molina y Mazón son solo algunos de los apellidos de un puñado de familias que controlan los campos agrícolas en el estado, como en otras entidades del noroeste de México.

Los tres pilares de generación de la riqueza de las familias dedicadas a los agronegocios son la concentración de tierras y la disponibilidad de agua para la agricultura y la ganadería, además del pago de salarios ínfimos y la flexibilización del trabajo agrícola como estrategia para poder competir con los grandes productores del norte de América. El de Sonora se coloca como un estado que demanda una abundante fuerza de trabajo en el sector agrícola. En el cuadro 1 se puede observar la superficie cultivada y cosechada de los diversos cultivos cíclicos y perennes del año agrícola de 2014-2015. El trigo destaca en el primer lugar de los cultivos de ciclo corto y perenne, con la mayor superficie sembrada y cosechada. Este grano tiene una larga historia de siembra por su importancia y demanda a nivel nacional, ubicándose principalmente en el distrito de riego del Valle del Yaqui, entre otras regiones. Sin embargo, cultivos perennes como la uva de mesa y el espárrago se han situado como importantes productos de exportación en la última década.

Cada sistema tiene características particulares en cuanto a la demanda de fuerza de trabajo agrícola. Para cada uno de los cultivos señalados en el cuadro hay un circuito migratorio particular. Muchos de estos se interrelacionan y conforman territorios migratorios; los contingentes de jornaleros agrícolas migrantes trabajan en uno de los cultivos durante la temporada de cosecha y en las diversas labores culturales; pero pueden ser intercambiables entre uno y otro sistema de cultivo, y al término de la cosecha de un cultivo pueden migrar a otro campo agrícola con otro diferente. En otros casos la fuerza de trabajo agrícola se especializa en un determinado cultivo para el cual es requerida y enganchada por los diversos sistemas de intermediación laboral.

Cuadro 1: Superficie sembrada y cosechada en Sonora 2014-2015

Tipo de cultivo	Superficie sembrada (hectáreas)	%	Superficie cosechada (hectáreas)	%	Volumen (toneladas)	Valor (miles de pesos)
<i>Cultivos cíclicos</i>	52 6662	85.7	52 3751	86.8	NA	16 920 026
Trigo grano	30 5835	49.8	30 3272	57.9	1826 667	59 283 120
Papa	11 721	2.2	11 719	2.2	391 628	3 515 349
Chile verde	3 544	0.7	3 525	1.2	109 732	91 870 8
Tomate rojo (jitomate)	1 549	0.3	1 540	0.7	121 387	62 480
Sandía	7 023	1.3	7 011	1.3	249 364	59 925 0
Calabacita	4 513	0.9	4 513	0.9	86 057	50 593 5
Pepino	759	0.1	759	0.1	74 777	49 213 3
Calabaza	5 538	1.1	5 536	1.1	107 008	49 086 9
Cártamo	35 062	6.7	35 062	6.7	76 932	44 518 6
Melón	2 065	0.4	2 065	0.4	69 860	42 043 1
Resto de los cultivos cíclicos	14 9055	28.3	148 751	28.4	NA	29 790 47
<i>Cultivos perennes</i>	8 7945	2.0	7 9460	13.2	NA	10 416 741
Espárrago	12 445	14.2	11 899	15.0	114 980	4 241 786
Uva	20 096	22.9	18 709	23.5	250 807	3 870 547
Alfalfa verde	2 7631	31.4	2 7231	34.3	197 6388	90 420 8
Nuez	12 164	13.8	7 975	10.0	13 686	70 478 4
Naranja	6 199	7.0	5 457	6.9	138 713	37 065 4
<i>Resto de los cultivos perennes</i>	9 409	10.7	8 189	10.3	NA	32 476 1
Total	61 4607		60 3211		NA	27 336 767

Fuente: elaboración propia basada en el Anuario Estadístico del Estado de Sonora (INEGI 2015).

Por ejemplo, las plantaciones de uva de mesa en Estación Pesqueira, municipio de San Miguel de Horcasitas, se colocaron durante la década de 1980 como un importante lugar de arribo de jornaleros agrícolas. Estación

Pesqueira es un lugar representativo de la migración interna nacional en razón de que concentra una importante demanda de fuerza de trabajo para satisfacer las actividades que exigen los cultivos hortofrutícolas, ente los que tiene un papel preponderante el de la uva de mesa. Se ha documentado que a finales de la década de 1970 la mayoría de los migrantes provenían de las comunidades vecinas, además de otras del interior del estado de Sonora; en ese mismo periodo se fue haciendo notoria la presencia de jornaleros provenientes de los estados de Coahuila, Guanajuato y los de Oaxaca y Guerrero como migrantes estacionales. Aquellos provenientes de los estados del sur de México se fueron instalando en la temporada de corte de la uva de mesa, con la característica de que al terminar el ciclo retornaban a sus lugares de origen. Paulatinamente la migración estacional dio paso a una migración permanente y residencial; surgieron nuevas colonias de jornaleros migrantes debido a la demanda de trabajadores permanentes en los cultivos perennes.

Para el caso del cultivo de espárrago, las zonas principales de producción se ubican en los municipios costeros de Sonora y el Valle del Yaqui. Los suelos arenosos y el clima cálido seco son factores importantes a considerar. Sonora, como principal productor en el país, aporta 47% del total nacional, seguido por los estados de Baja California y Guanajuato. El espárrago se exporta principalmente a Estados Unidos, y en menor medida a Canadá y a la Unión Europea. Los municipios con un mayor potencial productivo en este renglón son los de Altar, Caborca, Cajeme (Ciudad Obregón), Puerto Peñasco y San Luis Río Colorado: concentran más de 80% de la producción de estos tallos jóvenes de la esparraguera, y de estos más de 97% se envían al mercado internacional.

Como se puede observar en el cuadro 2, en el ciclo 2017-2018 la superficie cultivada alcanzó las 18 475 hectáreas. Se obtuvo una producción de más de 170 000 toneladas. Los municipios marcados en color gris oscuro son aquellos en los que arriban los contingentes de trabajadores agrícolas choles de Chiapas. Los municipios que reportan una alta productividad son Caborca y San Luis Río Colorado: llegan a las 10 toneladas por hectárea, que se destinan básicamente a la exportación.

Cuadro 2: Ciclo agrícola 2017-2018, cultivo de espárrago, Sonora

Municipio	Superficie. Sembrada (ha)	Superficie. Cosechada (ha)	Producción (UDM)	Rendimiento (udm/ha)	PMR (\$/ton)	Valor (miles de pesos)
Altar	1 785	1 785	16 863.80	7.91	\$31 028	639 048
Bácum	1 058	1 058	7 349.00	6.54	\$34 183	282 578
Benito Juárez	226	226	1 702.90	6.35	\$28 577	48 835
Caborca	8 116	8 116	83 466.95	8.35	\$31 028	3 166 280
Cajeme	855	855	5 702.38	6.56	\$32 533	202 469
Etchojoa	288	288	2 172.00	6.25	\$28 697	63 210
General Plutarco Elías Calles	965	965	8 734.00	7.6	\$30 989	331 140
Hermosillo	391	391	3 830.00	8	\$35 000	134 050
Imuris	70	70	756	10.8	\$45 091	34 082
Pitiquito	605	605	6 049.00	8.2	\$31 039	229 556
Puerto Peñasco	420	420	3 517.50	7.25	\$31 045	133 533
San Ignacio Río Muerto	210	210	1 620.00	6.83	\$40 304	79 435
San Luis Río Colorado	3 486	3 289	33 047.00	10.36	\$17 636	705 229
Total	18 475	18 278	174 810.53	7.8	\$32 088	6 049 445

Fuente: Sistema de Información Agropecuaria y Pesquera (SIAP), Secretaría de Agricultura y Desarrollo Rural (SADER), consulta: julio de 2019.

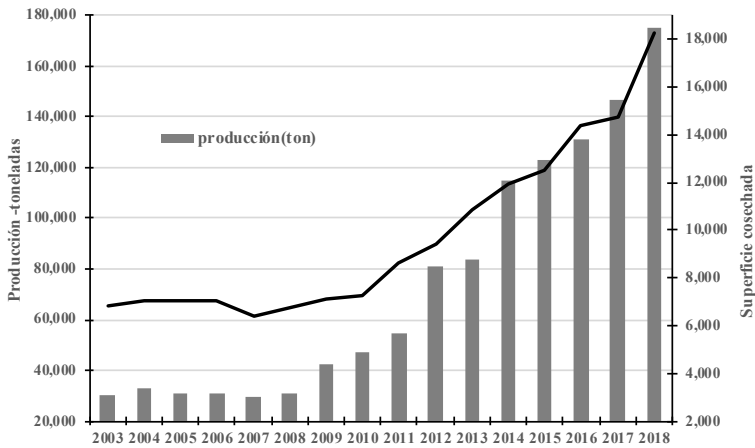
Las tierras destinadas a la producción de espárragos exigen una gran cantidad de agua. Se hacen fuertes inversiones en tecnologías de fertilización y sistemas de riego para aumentar la productividad por hectárea y satisfacer la demanda del mercado internacional y obtener ganancias que permitan nuevas inversiones en infraestructura de riego e innovar en otros sistemas de cultivos.

En la gráfica 1 se observa la serie histórica del sistema productivo del espárrago. Desde 2003 hasta 2018 se fue incrementando paulatinamente la superficie cosechada con buenos rendimientos. Cabe mencionar que a partir de 2012 la productividad ha mostrado un crecimiento sostenido, al elevarse de 10 a 12 toneladas por hectárea. Además, la superficie cultivada se ha ampliado considerablemente.

Los empresarios agrícolas son actores fundamentales en la construcción del mercado laboral y sus decisiones determinan en gran medida la fuerza laboral necesaria. Cualquier sistema de cultivo o producto funciona no solo por los créditos disponibles, inversiones de capital e innovación tecnológica, sino por la fuerza de trabajo necesaria para poder sembrar y cosechar cualquier producto. Los agroexportadores, al decidir a quién contratar y bajo qué circunstancias, responden no solo a las exigencias de los mercados, sino a sus propios intereses de acumulación de capital y obtención de ganancias.

La demanda de trabajo está acotada por diversas estructuras del mercado y por la oferta laboral externa a la empresa. Ambas, oferta y demanda, están construidas y determinadas política, social y culturalmente en interacción con diversos actores relacionados como intermediarios laborales, sindicatos, instituciones de gobierno y empresas emparadoras y exportadoras. Los intermediarios determinan, en sus estrategias, cuántos jornaleros agrícolas necesitan contratar para la temporada de cosecha del sistema del cultivo y el tipo de actividades que requieren para obtener mayores rendimientos por hectárea; quién transportará a los jornaleros y qué características deben cumplir estos para tener más eficiencia e incrementar la productividad; cómo retener o mantener cautiva esa fuerza de trabajo durante el tiempo necesario sin generar pérdidas ni crear expectativas de largo plazo y cuánto deben pagarles por la jornada o por tarea asignada para mantener o abaratar los costos.

Gráfica 1. Serie histórica, superficie cosechada y producción total de espárrago, Sonora



Fuente: Sistema de Información Agropecuaria y Pesquera (SIAP), Secretaría de Agricultura y Desarrollo Rural (SADER), consulta: julio de 2019.

Los empresarios agrícolas de Sonora ponen en práctica distintas estrategias para decidir sobre el número de trabajadores a contratar con base en características étnicas, sociales, competencias y habilidades requeridas por los sistemas de cultivo. Los salarios se fijarán dependiendo de las variables macro y microestructurales expresadas en la coyuntura de los mercados y/o los productos básicos internacionales y en la bolsa de valores agropecuaria. El criterio de los empresarios agrícolas se basa en análisis objetivos y racionales de los costos-beneficios de la producción y exportación de sus productos, propios de la cultura empresarial corporativa.

Las estrategias de ocupación de la agricultura empresarial funcionan en términos de la gestión de la mano de obra para la obtención de la mayor plusvalía por cultivo. Optan por el uso de tecnologías eficientes y seleccionan y prefieren la fuerza laboral masculina. Dejan la organización en este sentido a cargo de las cadenas de intermediarios laborales. El perfil del trabajador está condicionado por el origen étnico, niveles bajos de educación, desconocimiento de sus derechos laborales, ausencia de organización sindical que negocie las

formas de contratación y la duración de la jornada de trabajo, en apego a un perfil de alta flexibilidad. Bajo esta misma lógica, los contratos son básicamente orales, sin derecho a días de descanso, sin garantías mínimas en caso de accidentes ni acceso a servicios de salud y/o a la seguridad social; por lo tanto, no existe ningún tipo de incentivo ni calificación laboral, ni edad mínima o máxima para trabajar en los campos agrícolas. Este conjunto de estrategias expresa la desregulación laboral y la falta de control por parte de las instituciones del Estado encargadas de aplicar las leyes laborales vigentes en dicho sector.

Para hacer frente a las exigencias de los tratados de libre comercio, como el TLC, y ahora el T-MEC renegociado con los Estados Unidos y Canadá, entre otros, los empresarios agrícolas sonorenses y en general el sector agrícola empresarial mexicano optan abiertamente por reducir los costos de producción mediante el aumento de las jornadas de trabajo y la intensidad de la explotación, y manteniendo reprimidos los salarios y desterrada cualquier forma de organización sindical.

Como lo analizan varios estudiosos de las políticas agrícolas, en las últimas dos o tres décadas las grandes corporaciones agroindustriales, en contubernio con los empresarios agrícolas regionales, se encargaron de modificar los arreglos institucionales a fin de mantener sus privilegios y ganancias. En este sentido, las políticas públicas expresadas en los programas de apoyo a la siembra, entre otros, benefician principalmente a las industrias agrícolas por la cantidad de tierras que poseen y por el tipo de ayuda que se les ha proporcionado. Cabe destacar que los recortes a los programas para el campo en el periodo de 2012 a 2018 han afectado sobre todo a las unidades de producción que cuentan con extensiones de tierra menores a 2,5 hectáreas. El modelo de agricultura que se privilegia y se apoya es del agroexportador sobre el del sector campesino. Esto implica una creciente inseguridad alimentaria y niveles de pobreza alarmantes que afectan sobre todo a los sectores sociales tanto de los pobres urbanos como de los campesinos con y sin tierra.

En general, la demanda y la oferta de trabajo implican jerarquías de poder. El empresario tiene los recursos económicos y simbólicos para convocar y

movilizar contingentes de trabajadores agrícolas que cubran su demanda, pero los trabajadores agrícolas no tienen los recursos ni las relaciones sociales para negociar su oferta. Por lo tanto, los empresarios pueden fijar las condiciones de empleo y el pago de salarios como un aspecto central de la construcción social del mercado de trabajo rural.

Regiones de expulsión de fuerza de trabajo

Actualmente la población jornalera del país esta conformada por mujeres y hombres de 12 hasta más de 60 años que toman parte en diversas actividades relacionadas con el sector. Son personas asalariadas que laboran en los campos de cultivo, huertos, invernaderos, unidades ganaderas e instalaciones de procesamiento de alimentos. Puede haber entre ellos integrantes de familias propietarias o con acceso a tierras en diversas modalidades (tierras comunales, en aparcería, rentada o prestada). Tienen en común la búsqueda e incorporación a los mercados de trabajo rural como una forma de complementar sus ingresos familiares o depender de los salarios agrícolas para satisfacer sus necesidades. Proviene de diversas regiones del país; forman un grupo social étnicamente multicultural y diverso en muchos aspectos.

Con la información que proporciona el marco estadístico de la Encuesta Nacional Ingreso-Gasto de los Hogares (ENIGH-INEGI) de 2018 y actualizada en el módulo de condiciones socioeconómicas de ese mismo año, diversas dependencias de gobierno estimaron que la población potencial jornalera ascendía a 7352594 personas en el país; 55% de esa suma se concentra en seis entidades, distribuidas de la siguiente manera: Veracruz (14.5%); Puebla (10.3%); Michoacán (10.1%); Chiapas (7.6%); Oaxaca (6.6%) y Jalisco (5.9%) (ENIGH-INEGI 2018).

El estado de Chiapas concentra, según la misma fuente de información, para 2018, 495000 personas jornaleras; ocupa el cuarto lugar a nivel nacional en cuanto al número de trabajadores agrícolas. Las características socioeconómicas del sector son las siguientes: básicamente es una población joven

e indígena, proveniente de familias campesinas dedicadas a la producción de cultivos básicos como maíz, frijol y calabaza; además, muchos de ellos son productores de café (o de ganado) en las diversas regiones del estado.

Las migraciones para el jornaleo agrícola indígena de Chiapas son principalmente estacionales y/o temporales; esto significa que los contingentes de trabajadores son trasladados a los campos agrícolas del noroeste de México durante las temporadas de las cosechas de diversos cultivos hortícolas y frutícolas. Empero, hay casos de trabajadores agrícolas que se trasladan bajo otras modalidades de contratación e incluso individualmente, siempre y cuando tengan acceso o hayan construido redes sociales que permitan la libre circulación de la fuerza de trabajo en las regiones de atracción o de arribo para poder obtener un empleo temporal.

La atención institucionalizada hacia los trabajadores agrícolas temporales o jornaleros se realiza bajo la cobertura y coordinación de diversas dependencias públicas; se establecen políticas dirigidas a programas prioritarios con acciones para solventar las desigualdades y la exclusión social de los sectores sociales más vulnerables. Esto responde a objetivos ideales de la política pública para atender las capas sociales más precarias del sector rural. De tal manera que en 1990 surgen el Programa de Apoyo a Jornaleros Agrícolas (PAJA) y el Programa de Apoyo al Empleo (PAE) operados por medio del Subprograma de Movilidad Laboral Interna, sector agropecuario (SUMLI). Las instituciones encargadas de la gestión, operación y evaluación de los recursos federales y estatales son la Secretaría del Bienestar (antes Sedesol) y la Secretaría del Trabajo y Previsión Social (STPS), que cuentan además con la intervención de otras dependencias del Estado que atienden en forma transversal las necesidades de la población jornalera agrícola, como la Secretaría de Salud y la de Educación Pública.

El PAJA fue un programa social del gobierno federal encaminado a transferir recursos monetarios a la población empleada de forma temporal en el medio rural. Se dirigía a hombres y mujeres en edades desde 14 hasta 60 años que laboraban como jornaleros y jornaleras agrícolas en las zonas de agricultura industrial y en diversas plantaciones de los estados agroexportadores. En

el caso de las familias jornaleras con hijos en edad escolar el programa tenía un componente educativo. Esto significa que proporcionaba apoyos económicos a los hogares jornaleros con hijos en edad de estudiar, a efecto de evitar la inasistencia o deserción escolar; proporcionaba una beca a cada niño y niña de esas familias. Los apoyos económicos se otorgaban en montos que iban desde 178 hasta 669 pesos mensuales, dependiendo del grado escolar y el género de los menores.

Por otra parte, los jornaleros agrícolas recibían apoyos económicos hasta tres veces al año por la cantidad de 800 pesos. Se les entregaba en el momento de arribar a las regiones agrícolas en las que eran contratados por las empresas agroindustriales. Las unidades de producción contratantes pueden ser clasificadas por la extensión de los cultivos sembrados, el volumen cosechado, el valor y el destino de la producción; se distinguen en productores individuales, empresas agrícolas privadas, comercializadoras o empacadoras y organizaciones de productores.

Los jornaleros agrícolas que deseaban acceder a los recursos otorgados por este programa tenían que acreditar primero su pertenencia a un hogar jornalero; segundo, contar con un documento oficial que acreditara su edad; tercero, proporcionar información socioeconómica con base en la aplicación del Cuestionario Único de Información Socioeconómica (CUIS), que solicitaban a los funcionarios públicos de la dependencia o, en su caso, obtenerlo a través de internet en formato PDF en la página oficial de la Secretaría; y cuarto, entregar el cuestionario (CUIS) y anexar una carta escrita en las oficinas virtuales o en la ventanilla correspondiente de la dependencia encargada. Además de estos requisitos, si el solicitante vivía en una comunidad menor a 10 000 habitantes tenía la obligación de presentar una constancia de vecindad firmada y sellada por la autoridad municipal o ejidal para acreditar su identidad y lugar de residencia.

Como era de esperarse, los jornaleros agrícolas no cumplían con las normas de operación del PAJA por diversos motivos. Primero, muchos de los jóvenes pertenecientes a las comunidades indígenas de Chiapas no cuentan con documentos de identidad nacional, como acta de nacimiento, y por lo tanto

no tienen posibilidades de tramitar la CURP o la credencial del Instituto Nacional Electoral (INE, antes IFE). No pueden acreditar su pertenencia a un hogar jornalero porque la movilidad laboral impide una autoadscripción o identidad social en los contingentes agrícolas que de por sí están conformados multiétnicamente y desmovilizados o desorganizados políticamente, pues no hay una organización sindical que cabalmente los represente a nivel regional, estatal o nacional. Asimismo, están despolitizados y manipulados por los partidos políticos en razón de que representan una población cautiva de votantes. Las instituciones del gobierno desconocen la complejidad de los periodos y las características sociales de los flujos de los contingentes laborales provenientes del sursureste que van hacia el noroeste de México.

Cuadro 3: Numero de beneficiarios y gasto público asignado al Programa de Apoyo a Jornaleros Agrícolas (PAJA), periodo 2012-2018

Años	Beneficiarios jornalero(a)s	Apoyo al arribo (millones de pesos)	Beneficiarios jornalero(a)s > 18 años	Apoyo escolar becas (millones de pesos)
2012	136 153	41.1	28 270	26.6
2013	25 701	22.2	18 454	15.6
2014	58 809	58.7	17 033	20.5
2015	32 360	30.8	21 272	26.9
2016	28 566	26.6	13 713	12.5
2017	33 479	38.5	11 458	18.8
2018	33 839	38.9	10 333	18.3
Total	315 102	256.8	120 533	139.2

Si analizamos el presupuesto del gobierno anterior para el periodo de 2012 a 2018, el gasto federal asignado para atender las necesidades de la población jornalera fue de 396 millones de pesos, según datos reportados en los informes trimestrales de Sedesol.⁴ El presupuesto está etiquetado en tres grados rubros que se distribuyen de la siguiente manera en el programa:

⁴ <www.programassociales.org.mx/programas/605/programa-de-atención-a-jornaleros-agricolas?v=98725> [consulta: 25/07/2019].

1) Estímulos para la asistencia y permanencia escolar. Requisitos: tener menos de 18 años, estar inscrito en una institución de educación, ya sea primaria, secundaria o su equivalente, encontrarse en unidades de trabajo localizadas en regiones de atención jornalera de destino.

2) Apoyo económico al arribo. Requisitos: ser integrante de un hogar jornalero agrícola; arribar a unidades de trabajo localizadas en regiones de atención jornalera de destino; registrarse en dichas regiones para recibir la entrega del apoyo a la población jornalera agrícola.

3) Apoyo alimentario a niñas y niños acompañantes o pertenecientes a un hogar jornalero agrícola. Requisitos: tener menos de 14 años y encontrarse en unidades de trabajo de destino.

Todos estos recursos económicos erogados por el Estado mexicano en dicho periodo tenían la finalidad de acortar la brecha de las desigualdades y carencias de la población jornalera del país.

En el mismo lapso se puede observar que el padrón de beneficiados del programa varía año con año, sin evaluar las metas de periodos anteriores; por ejemplo, en 2018 solo se dio atención a 6% de la población jornalera; el resto no tuvieron acceso a este tipo de apoyos del gobierno. Las evaluaciones realizadas por diversas instituciones educativas y centros de investigación no reflejan con claridad el gasto público asignado al PAJA y su impacto y beneficios sobre la población jornalera. Por el contrario, pareciera utilizarse el gasto público como una forma de mantener en circulación la pobreza de este sector social. Existe una opacidad en la rendición de cuentas del gasto en estos programas, además de una mala coordinación de las funciones y acciones de las instituciones gubernamentales, pues hay duplicidad de programas e ineficiencias en su ejecución.

Para el caso de Chiapas encontramos que en 2014 le fueron asignados recursos del PAJA por 656 000 pesos, equivalentes a 1.1% del presupuesto anual asignado a nivel nacional. Para el año siguiente, el informe y la evaluación del PAJA reportan una asignación de 334 006 pesos para el estado, es decir, 1.08% del total anual. Significó una reducción de más de 50% del presupuesto del año anterior.

El cuadro 4 muestra el padrón de beneficiados de 2014 e indica su distribución por grupos de edad para el estado de Chiapas. Como puede observarse, la mayoría de la población jornalera se concentra entre los 18 a 24 y los 25 a 35 años, respectivamente; juntos representan 63 % de la población beneficiada ese año. Por desgracia, no contamos con datos desagregados para los años anteriores y posteriores. Los informes y evaluaciones del PAJA para los estados expulsores no permiten hacer una lectura detallada de cuánto dinero recibieron los beneficiados de dicho programa; tampoco indican qué comunidades o microrregiones recibieron los apoyos, ni dónde son contratados, ni las actividades a las que se dedican como jornaleros.

El otro programa que opera en casi todo el territorio nacional es el Subprograma de Movilidad Laboral (SUMLI) del Sector Agrícola, perteneciente a la Secretaría del Trabajo y Previsión Social (STPS). Tiene como objetivo solventar el costo del traslado de la fuerza de trabajo a las regiones que demandan jornaleros agrícolas. Estas políticas públicas se aplican en las entidades expulsoras de fuerza de trabajo, principalmente del sursureste de México: Guerrero, Oaxaca, Chiapas y Veracruz.

Cuadro 4: Padrón de beneficiados del Programa de Apoyo a Jornaleros Agrícolas (PAJA) y presupuesto asignado en 2014, estado de Chiapas

Grupos de edad	Hombres	Mujeres	Total	Recursos reportados
15-17 años	8	7	15	\$6 400.00
18-24 años	221	69	298	\$191 200.00
25-34 años	274	105	373	\$230 400.00
35-44 años	158	65	220	\$131 200.00
45-49 años	98	34	131	\$80 000.00
60 +	20	6	26	\$16 800.00
Total	779	286	1 063	\$656 000.00

Fuente: <<https://datos.gob.mx/busca/dataset/>> Padrón de beneficiados de la Sedesol, cuarto trimestre de 2014.

Aparte de los programas como PAJA y SUMLI existen otros enfocados a la población joven migrante que proporcionan servicios educativos y de salud a las familias que migran con niños en edad escolar o más pequeños. En general, la aplicación de las políticas públicas y los presupuestos asignados por las instituciones encargadas de ejecutar, incidir e intervenir en la población jornalera agrícola son opacas y más que defender los derechos laborales y pugnar por servicios de salud y educativos adecuados en los campos agrícolas, sirven como una forma de transferir recursos a las empresas agroindustriales y proporcionarles fuerza de trabajo libre y barata. No contamos con los informes realizados por los inspectores de la Secretaría del Trabajo y las recomendaciones emitidas a los campos agrícolas y albergues. La falta de transparencia de las acciones realizadas por la STPS muestra la debilidad institucional para imponer un verdadero Estado de derecho y hacer cumplir las leyes laborales vigentes.

Estas políticas públicas responden a la escasa inversión en las capacidades locales tanto de infraestructura como de recursos humanos. Por otra parte, las políticas públicas antes mencionadas no llegan a los destinatarios finales o a la población objetivo por varias razones: por un lado, por falta de planificación y de diagnósticos socioeconómicos adecuados en las regiones de expulsión, además de no tomar en cuenta la conflictividad política y los problemas ambientales y productivos en las zonas de expulsión y origen de los jornaleros. Por otro lado, la ausencia de mecanismos de asignación, fiscalización y transparencia de los recursos públicos los convierte en programas electoreros y clientelares al servicio de los partidos políticos. Una causa más es la debilidad institucional. Si bien existen subdelegaciones regionales en los estados, la gran mayoría de estas dependencias no cuentan con el personal adecuado ni suficiente, carecen de padrones o registros confiables y actualizados de beneficiarios de los programas y presentan deficiencias como la duplicación de beneficiarios o, por el contrario, la falta de bases de datos confiables para localizar a los beneficiados de los programas sociales de este tipo.

En este sentido se puede concluir que estas políticas públicas y sus respectivos programas, como el PAJA y SUMLI, no están diseñados para atenuar la movilidad y buscar alternativas locales que frenen la migración interna. Por lo

contrario, facilitan, encauzan y gestionan la migración interna nacional. Como afirma K. Sánchez: «Desde una perspectiva crítica, empero, se trata de recursos públicos que contribuyen a financiar los costos de producción de frutas y legumbres para que sean competitivos en mercados globales, en beneficio de empresas privadas» (2016:22).

Una de las características de los jornaleros agrícolas es su alta movilidad regional. En algunos casos su perfil se define por una itinerancia entre campo y campo, y por prolongados periodos de ausencia de sus propias unidades domésticas campesinas, así como por la flexibilidad en los arreglos de sus contrataciones expresada en la informalidad laboral como el eje del desarrollo de las actividades agroindustriales. Por su parte, los empresarios y contratistas dificultan las acciones y la atención de las instituciones del Estado. Argumentan que están creando empleos y que su actividad es fundamental para garantizar la continuidad en las exportaciones. Hay, por lo demás, testimonios de prácticas opacas y corruptas de los funcionarios públicos encargados de las inspecciones sanitarias en los campos agrícolas y en los albergues en los que pernoctan y se alimentan los jornaleros, ni hablar de la aplicación de las leyes laborales y de protección a la salud de los trabajadores.

En general, las políticas públicas en el ramo reflejan debilidad institucional. Mediante diversas acciones, el gobierno perpetúa las condiciones de exclusión y desigualdad en que vive este sector de la población, que se materializan en el escaso ejercicio de los derechos sociales y humanos por parte de los jornaleros, envueltos en una dinámica social migratoria y sujetos a las fuerzas de la globalización y de los sistemas de producción capitalista mundial. Las instituciones del Estado no tienen la autonomía ni el poder suficientes para intervenir en la gestión de los flujos migratorios o para atender algunas de las necesidades de este ámbito sin llegar a la confrontación con los empresarios agrícolas y afectar las exportaciones.

Por ejemplo, en 2015, durante el movimiento de jornaleros agrícolas en San Quintín, Baja California, hubo una ola de represión desatada por parte de los empresarios como reacción a las demandas y reclamos de los trabajadores y que fue ejecutada por los cuerpos de seguridad pública, entre otros

agentes del estado. Y aunque se realizaron negociaciones y se alcanzaron algunos acuerdos entre líderes, representantes del gobierno y del sector patronal, no se les ha dado cumplimiento en su totalidad. Esto refleja el contubernio de empresarios y funcionarios del gobierno para mantener aseguradas las inversiones en el sector agroindustrial y no afectar las exportaciones.

El movimiento de San Quintín logró algunos avances con respecto a los derechos laborales y las condiciones sociales en las que vivían los y las jornaleras desde hace años. Los abusos se han atenuado, por el momento, pero no han desaparecido. Ser jornalero y migrante, además de indígena y pobre, sigue siendo sinónimo de exclusión social y discriminación, y de no ser sujeto de plenos derechos ciudadanos, sobre todo por no tener arraigo en ningún lugar, por carecer de residencia fija. Uno de los mayores retos por parte del Estado con respecto a esta población radica, entonces, en el desarrollo de mecanismos institucionales que permitan garantizarles y proporcionarles los servicios de salud y educación, por no hablar de otros derechos políticos, económicos, sociales y culturales.

Capítulo 2. El circuito migratorio Chiapas-Sonora

Circuitos migratorios

La crisis económica de 2008 en los Estados Unidos trajo como consecuencia el paulatino retorno de trabajadores mexicanos indocumentados. Un número importante de estos eran originarios de comunidades indígenas del sursureste de México. Entre otros, había indígenas mayas choles y tseltales de Chiapas. Algunos volvieron a sus comunidades y cerraron el ciclo migratorio internacional; muy pocos lograron los objetivos y las metas que los motivaron a cruzar la frontera. Para el caso de los jornaleros de las comunidades indígenas choles y tseltales se pueden mencionar entre sus «logros» más importantes la adquisición de nuevas tierras de cultivo y la compra de ganado vacuno, y la renovación de los cafetales, pero también inversiones en la construcción o remodelación de la vivienda familiar.

Otros migrantes deportados no lograron alcanzar sus sueños en el país del norte. Muchos de ellos tenían que pagar las deudas que habían contraído con los coyotes para que los ayudaran a cruzar la frontera norte de México, para lo cual se vieron forzados a empeñar o vender sus tierras de cultivo, solares o el ganado. A algunos de estos poco afortunados que no obtuvieron ganancias como «migradólares», la experiencia como trabajadores indocumentados les dejó decepciones y frustraciones personales. Las remesas enviadas simplemente cumplieron la función de gasto corriente para cubrir las necesidades

cotidianas de la familia, sobre todo alimentarias, pero no sirvieron para inversiones mayores.

En el contexto de la crisis económica, entre 2008 y 2010 se hizo más visible la migración temporal de campesinos chiapanecos a los estados del noroeste de México, debido al aumento del volumen y de la movilidad de los contingentes de trabajadores rurales. Los nuevos circuitos migratorios no eran del todo desconocidos para las comunidades indígenas de Chiapas; se sabía de ellos desde finales de la década de 1990. La migración internacional de retorno y la interna convergieron en un mismo tiempo y espacio social. Por un lado, el regreso de los «migradólares» abrió un nuevo ciclo migratorio; por el otro, el aumento en la demanda de fuerza laboral en el mercado agrícola nacional del noroeste de México fue un imán que atrajo a los trabajadores rurales retornados y a los jóvenes que paulatinamente se incorporan a ese mercado.

Con la presencia, consolidación y expansión de las redes de intermediarios laborales en las diversas comunidades de las regiones de la Zona Norte y Selva Lacandona surgió una opción laboral para los migrantes internacionales retornados, quienes se unieron rápidamente a los contingentes de trabajadores agrícolas locales. La migración temporal y/o pendular a las zonas de agricultura intensiva y agroindustrial respondía a las necesidades y estrategias familiares. Los trabajadores se ausentaban por periodos de tres a seis meses de sus comunidades de origen para incorporarse nuevamente a la labor agrícola en sus propias tierras.

Los mercados de trabajo del noroeste de México remplazaron las expectativas de migración indocumentada a los Estados Unidos. Los campesinos choles y tseltales optaron por la posibilidad de buscar un salario para solventar las necesidades más inmediatas de sus familias. Los nuevos circuitos migratorios expresan nuevas relaciones territoriales; configuran dinámicas en escalas interregionales. Existe una sobreoferta de mano de obra proveniente de tierras chiapanecas, caracterizada por la precariedad, la escasez de recursos materiales, la falta de ingresos para cubrir necesidades de salud-enfermedad, educativas, de vestido, alimentación, compra de herramientas, entre

muchas otras que la producción campesina no logra cubrir. Y las regiones agroexportadoras demandan gran cantidad de fuerza de trabajo en los diversos sistemas de cultivos hortícolas y frutícolas.

Esta red de interrelaciones del capitalismo agroindustrial y las comunidades campesinas indígenas choles y tseltales es dialéctica y contradictoria. En ese contexto las familias campesinas significan en términos relativos un depósito o remanente de población que funciona como ejército de reserva de fuerza de trabajo susceptible de explotar. El contraste entre la demanda de trabajadores agrícolas generada por las agroempresas capitalistas y la disponibilidad de la fuerza de trabajo de la unidad doméstica se entrelaza con la economía campesina como un complemento y cubre una parte de los ingresos de las familias rurales para su reproducción social (Lara 1998; 2007), como indica la siguiente cita:

El mercado de trabajo no es un lugar donde oferta y demanda se encuentren libremente, porque tanto la oferta como la demanda se encuentran mediadas por contextos sociales y culturales complejos que segmentan a los trabajadores en un sinnúmero de categorías; tantas como la sociedad misma ha creado con criterios de clase, etnia, sexo y generación (Carton de Grammont y Lara 2000:124).

En la actualidad, con el auspicio de legislaciones y programas de los gobiernos neoliberales enfocados al modelo de libre comercio exterior, políticas públicas y programas de reestructuración e impulso de la agricultura de exportación e importación, se ha promovido, favorecido y fortalecido la inversión extranjera al desarrollo de zonas con alto potencial agroexportador. Las formas de asociación entre compañías agroalimentarias y productores nacionales iniciaron y se consolidaron bajo el modelo de agricultura por contrato en el que empresarios foráneos aportaban capital, crédito, paquetes tecnológicos, semilla mejorada, fertilizantes y pesticidas, modernos sistemas de riego, además de asistencia técnica y nuevos insumos biotecnológicos; mientras sus socios locales facilitaban el acceso a la tierra, al agua y garantizaban el flujo constante de mano de obra barata (Zloliniski 2016; Velasco, Zloliniski y Coubès 2014).

Bajo estas nuevas lógicas de asociación empresarial, entre el capital extranjero y los productores locales, los mercados de trabajo agrícola experimentaron transformaciones profundas. En este contexto las estrategias empresariales agrícolas buscaron flexibilizar las modalidades de contratación y, en lo posible, mantener en constante circulación a trabajadores temporales. Este formato tiene características cualitativas y cuantitativas de flexibilidad laboral enfocada a sostener e incrementar la acumulación de capital y obtener y aumentar las ganancias en la confluencia de los diversos agentes económicos en el mercado capitalista (Carton de Grammont y Lara 2000:130-131).

Juventudes en movimiento

En Chiapas, la población rural de entre 15 y 29 años se distingue de otros grupos de edad por su mayor propensión a migrar. Nos referimos a un grupo etario con rasgos que lo distinguen de los de generaciones anteriores, las de sus padres y abuelos ejidatarios. Muchos de ellos no son sujetos con plenos derechos agrarios o ejidales y, en consecuencia, no cuentan con tierras propias. La juventud rural, mucho más que la urbana, está asociada con múltiples dimensiones en la transición a la adultez.¹ Algunos de los factores relacionados con su ciclo de vida son: el acceso a los niveles escolares básicos, primaria, secundaria y bachillerato; el inicio de su etapa laboral y, por consiguiente, de sus trayectorias de movilidad y de búsqueda de mercados de trabajo; la vida en pareja; el cambio de roles de género y nuevas responsabilidades económicas; el acceso a los medios y tecnologías de la información y la comunicación, principalmente la telefonía celular y las redes sociales digitales; y la migración por motivos de estudio (Cortés y Hernández 2016; González-Fuentes, Salas y Hernández 2018; Soloaga 2018).

¹ En la sociedades mayas choles y tseltales de Chiapas no existe una categoría cultural para designar propiamente la juventud: de la niñez se salta a adultez al iniciar la vida productiva y la creación de una familia. En lengua tselal *kerem* significa 'niño' y *ach'ix* 'niña'; en lengua chol *alob* significa 'niño' y *xch'oc* 'niña no casada'.

Ante la falta de oportunidades productivas y laborales en sus comunidades de origen, los jóvenes se ven obligados a responder a las convocatorias de los contratistas locales y regionales para enrolarse y movilizarse a grandes distancias dentro del país.

En las comunidades indígenas choles y tseltales de la Zona Norte de Chiapas, que antaño eran territorio rebelde por sus formas de organización social y resistencia cultural frente a las políticas neoliberales de finales del siglo xx y principios del XXI, se han engendrado nuevas formas de enganchamiento y contratación para laborar temporalmente en empresas agrícolas del noroeste del país, específicamente en el estado de Sonora, y en menor medida en Baja California Sur. Asimismo, existen otros circuitos migratorios como el de Chiapas-Riviera Maya, o el de la ciudad de Villahermosa, Tabasco, destinos concurridos por jóvenes que buscan trabajo en el sector de la construcción o en el de servicios turísticos. Pero el circuito migratorio del noroeste es el de mayor dinamismo y afluencia de contingentes de trabajadores agrícolas.

La emergencia de nuevos actores rurales en comunidades indígenas en las que no existían los sistemas de enganchamiento o intermediación laboral está incidiendo en la vida comunitaria y acarrea cambios en la organización económica y productiva de numerosas familias indígenas campesinas. Los intermediarios laborales locales aprovechan la falta de oportunidades y de perspectiva de los jóvenes indígenas que demandan nuevos artículos para satisfacer sus necesidades de consumo, como ropa casual, celulares, tenis, acceso a internet, productos de belleza y bisutería, etcétera.

Los intermediarios laborales conocen las expectativas de movilidad, las nuevas necesidades de consumo y perciben la falta de oportunidades laborales locales para los jóvenes campesinos, y les ofrecen una salida con la oferta de trabajo remunerado y la promesa de pagos semanales, garantizando alojamiento y comida gratis por periodos cortos e intensos. Se establecen contratos de trabajo apalabrados sin ningún respaldo o garantía de por medio. Además, comentan con los jornaleros que el dinero ahorrado podrán enviarlo a sus familias en sus comunidades de origen a través de tiendas como Elektra, Coppel o por medio de los cajeros automáticos de los bancos.

A cambio se les exige subordinarse, perder su libertad y subyugarse a nuevas formas de control y contratación laboral para cumplir el «contrato de trabajo por tiempo limitado». Prefieren contratar a jóvenes de entre 15 y 29 años, en su mayoría varones, pero según las necesidades de las empresas a las que están sujetos pueden bajar la edad de contratación hasta los 12 o 13 años, siempre y cuando se requieran las habilidades de los menores en la «resacas de las cosechas» y llegar hasta donde no pueden las manos de los jornaleros adultos.

Las mujeres son contratadas bajo modalidades de mayor desventaja. Las vacantes disponibles están sujetas a las exigencias de las empresas por las habilidades femeninas en las cadenas de producción. Son requeridas como cocineras en los albergues o como estibadoras en las empacadoras de los productos hortícolas y frutícolas. La mayoría de ellas reciben un salario menor que el de los jornaleros hombres por trabajo a destajo.

Además, los intermediarios laborales consideran a las mujeres jóvenes como un factor que puede traer complicaciones. En su opinión son más rebeldes, no acatan las órdenes como lo hacen los hombres, no se les puede exigir rapidez, fuerza y vigor en las actividades de los campos, pues «están hechas para labores más sencillas» (entrevista con Manuel, intermediario laboral) y son la principal fuente de conflictos entre los jornaleros cuando ellos quieren tener compañía femenina. El campo agrícola también es un espacio de relaciones sociales entre los géneros; es frecuente entre los jóvenes la búsqueda de pareja o de noviazgos. Asimismo, las jornaleras en los campos agrícolas son objeto de vejaciones perpetradas por sus propios compañeros de trabajo: las acosan, discriminan y espían en las dormitorios y baños de los albergues, como revelan los testimonios.

Si bien los intermediarios laborales choles y tseltales en las comunidades de la Zona Norte de Chiapas han facilitado el acceso a los circuitos migratorios, en general el fenómeno de la migración nacional ha propiciado cambios en las estructuras de las unidades domésticas campesinas indígenas: migraciones estacionales, por relevos, escalonadas entre géneros y ahondado la brecha generacional entre jóvenes y adultos. Excluyen a los viejos por su falta

de vigor y bajo rendimiento en el trabajo y prefieren el emprendimiento y la fuerza juvenil. Esto propicia la rebeldía y el quiebre de la autoridad no solo paterna, sino también de las autoridades comunitarias, por la falta de voluntad y sobre todo de tiempo en los cargos destinados a los más jóvenes. Aunando a lo anterior, han dado pie a la competencia e individualidad entre los jóvenes, la mediación o monetarización de las relaciones sociales en tanto que nuevos sujetos económicos (Soloaga 2018).

En las comunidades de origen de los jornaleros están surgiendo nuevas relaciones de reciprocidad e intercambios entre las familias y los individuos; intercambios simbólicos y de bienes materiales no monetarios bajo las formas culturales de dar/recibir y devolver en las economías domésticas campesinas, que se han ido poco a poco transformando por nuevas relaciones monetarias en las que se exige una mayor presencia de negocios y pago de servicios. Las familias que reciben las remesas nacionales enviadas por los jornaleros tienen más dinero en efectivo y, por lo mismo, surge la necesidad de gastarlo en los nuevos negocios como tiendas, tendajos y expendios de bebidas alcohólicas.

Sistemas productivos hortícolas y circuitos migratorios

Como ya se ha mencionado, los contingentes están compuestos por jóvenes indígenas que, a falta de mejores oportunidades laborales e ingresos monetarios constantes en sus comunidades de origen, responden a la convocatoria de contratistas o intermediarios laborales para enrolarse y migrar a los campos agrícolas del estado de Sonora, trabajar en los cultivos de tomate, uva de mesa y espárragos, entre otras hortalizas, por periodos de tres a seis meses, tiempo que dura el contrato laboral.

Los cultivos hortícolas y/o frutícolas tiene sus propias dinámicas de producción y sus ciclos agrícolas; las diversas labores se distribuyen a lo largo del año. Sin embargo, los ciclos se traslapan, es decir, mientras la cosecha del tomate termina, inicia el de la calabaza y al término de este comienza el de la uva o el espárrago, y así sucesivamente, los productos se encadenan en un

ciclo interminable de producción que demanda fuerza de trabajo juvenil. Según se nos ha informado, algunos jornaleros permanecen en los campos agrícolas y se van rotando dentro de los sistemas de cultivos o productos; algunos se consideran migrantes itinerantes laborando en diversos campos agrícolas de Sonora en los diferentes cultivos mencionados. La rotación y el peregrinaje lo protagonizan principalmente los hombres jóvenes, quienes están más dispuestos a continuar laborando por tiempo indefinido, además de soportar largas jornadas.

Cuadro 5. Calendario de cosecha. Principales sistemas de cultivos hortícolas y frutícolas

Cultivo	Ene	Feb	Mar	Abr	May	Jun	Jul	Ago	Sept	Oct	Nov	Dic
Calabaza kabocha	■	■	■	■								■
Espárrago	■	■	■	■						■	■	■
Tomate	■	■	■	■	■							■
Uva	■	■	■	■	■	■					■	■

Fuente: elaboración propia con base en datos de campo.

En el cuadro 6 se observa la distribución de las cuatro hortalizas o sistemas productos hortícolas en los que laboran los indígenas choles y tseltales de la Zona Norte de Chiapas. Como se puede ver, la mayor superficie cosechada la ocupó el cultivo de uva de mesa con más de 22 000 hectáreas en el ciclo agrícola de 2017-2018. Le sigue en importancia el espárrago con más de 18 000 hectáreas; y el tomate y la calabaza kabocha ocupan menos de 5 000 hectáreas. El rendimiento de estos cultivos es variado y depende del grado o nivel y uso de tecnologías agrícolas y sistemas de riego para hacer más eficiente la productividad por unidad de producción.

Cuadro 6. Principales hortalizas del ciclo agrícola 2017-2018 en el que laboraron los jornaleros choles y tseltales de Chiapas en campos agrícolas de Sonora

Hortalizas	Superficie cosechada (ha)	Producción en toneladas	Promedio de rendimiento (ton/ha)	Precio promedio sector rural (\$/ton)
Espárrago	18 170.50	173 660.53	7.75	\$32 074.50
Tomate	1 829.48	119 269.01	98.31	\$19 003.70
Calabaza kabocha	2 865.00	47 567.85	14.76	\$5 736.90
Uva de mesa	22 290.61	334 344.73	14.37	\$16 549.20

Fuente: SIAP-SAGARPA, <<https://www.gob.mx/siap/documentos/siacon-ng-161430>> [consulta: 22/11/2019].

Aunque el espárrago es el que menor rendimiento por hectárea reporta, su valor por tonelada en el mercado internacional es similar al de la uva de mesa y superior al del tomate rojo y al de la calabaza kabocha. Su precio promedio supera el de las otras hortalizas y frutas de temporada; Sonora aporta 47% de su producción anual en México, motivo por el cual ocupa el primer lugar a nivel nacional, seguido por los estados de Baja California y Guanajuato. Se exporta a los mercados de Estados Unidos y Canadá durante casi todo el año, aunque también se envía en menores cantidades a otros países.

Abordaremos con mayor detalle el sistema de producción del cultivo del espárrago debido a que absorbe una gran cantidad de fuerza de trabajo durante la temporada de cosecha, además de que requiere una mayor cantidad de jornales en diversas prácticas culturales durante el año. Los contingentes de jornaleros agrícolas salen de sus comunidades en dos periodos al año; el primero inicia en los meses de enero a abril y el segundo de octubre a mediados o finales de diciembre. Los destinos varían según la red de intermediarios que los trasladan a diversos campos agrícolas pertenecientes a un conjunto heterogéneo de empresas agrícolas ubicadas en los municipios de Caborca, Cajeme (Ciudad Obregón), San Luis Río Colorado y Puerto Peñasco, La Paz, Baja California y Guanajuato. Las zonas de alta producción son los municipios de

Caborca, San Luis Río Colorado y Puerto Peñasco, las de baja productividad son Cajeme, Bacum y el Valle del Mayo.

Sistema de producción de plantaciones de espárrago

El espárrago (*Asparagus officinalis*) se caracteriza por ser una planta herbácea perenne cuyo cultivo hortícola es de rápido crecimiento con una vida productiva que va de 10 a 15 años. Las raíces son la parte más importante de la planta; allí crecen una serie de brotes o turiones, los cuales se aprovechan como producto final. Los turiones se desarrollan indistintamente, según las características y variedades de la plantación, las condiciones de fertilidad edafológica, la disponibilidad del agua, la aplicación y dosificación de los nutrientes y la fertilización de la planta, además de la aplicación de herbicidas y pesticidas; todos estos elementos pueden favorecer o atenuar el desarrollo de los brotes alcanzando una longitud de casi 23 centímetros.

El sistema de producción de espárrago se caracteriza por la aplicación de riego controlado y el uso excesivo de agroquímicos, entre los cuales tiene preponderancia el glifosfato. Con respecto a la utilización del agua, el cultivo necesita una infraestructura de riego adecuada a cada terreno o campo agrícola disponible durante todo el año. Las empresas hortícolas la obtienen de pozos profundos ubicados en los campos agrícolas. El agua en el noroeste de México, como en todas las zonas semidesérticas, es un recurso limitado y motivo de conflictos socioambientales. Los productores de hortalizas de la región, que hacen uso excesivo de este recurso, ocasionan no solo escasez, sino contaminación por utilizar en forma desmedida productos agroquímicos que retornan a los mantos freáticos y a los cuerpos de agua de donde es extraída tanto para consumo humano como para otros usos agrícolas e industriales.

En los últimos 20 años el espárrago se ha colocado como uno de los productos con mayor importancia económica en las regiones de Caborca, San Luis Río Colorado, Puerto Peñasco y Cajeme (Ciudad Obregón). En el ciclo agrícola de 2017-2018, en la zona de Caborca, se reporta una superficie de

más de 8116 hectáreas de esta planta. El rendimiento ahí es de 250 cajas de 30 libras (13.5 kg) por hectárea, con una producción neta de nueve toneladas por hectárea. La cercanía con la frontera norte proporciona una ventaja comparativa a los empresarios. Entre los productores hortícolas sonorenses y las empresas comercializadoras, que en su mayoría son de origen estadounidense, predomina el esquema de agricultura por contrato.

En el cuadro 7 se observa que en el municipio de Caborca (2018-2019), en el periodo de enero a abril se incrementa notablemente la producción de espárrago y, por tanto, las exportaciones aumentan hasta alcanzar jugosas ganancias. Durante el ciclo productivo se requieren 185 jornales por hectárea, lo cual significa que se hará un uso intensivo de los recursos disponibles de agua, fertilización y se reclutará una mayor cantidad de fuerza de trabajo, siendo el periodo de cosecha el más demandante en este sentido.

El ciclo productivo anual se divide en dos periodos: de enero a abril y de octubre a diciembre. La cosecha inicia con una jornada de ocho horas: desde las 6:00 hasta las 12:00 o 13:00 horas; este turno se mantendrá prácticamente durante todo el periodo de cosecha, pero irá aumentando conforme el ciclo productivo lo demande. La segunda jornada inicia a las 14:00 o 15:00 horas y concluye a las 18:00 o 20:00 horas. En total, un jornalero en temporada alta labora 14 horas diarias los siete días de la semana. Las empresas agrícolas se ubican principalmente en Caborca, San Luis Río Colorado y Puerto Peñasco, ya que la región semiárida tiene suelos arenosos propicios para el manejo intensivo de la plantación de espárragos.

El sistema de producción está supeditado a la eficiencia de la organización de las empresas que tienen control sobre los campos agrícolas. Las que se encuentran ubicadas en las planicies desérticas de Sonora se dedican a producir diversas hortalizas. Por ejemplo, la empresa Misión del Bisani forma parte de un grupo de proveedores de la empresa comercializadora Altar LLC de origen norteamericano, que a su vez distribuye hortalizas en los mercados de Estados Unidos, Canadá y la Unión Europea. El conglomerado empresarial funciona bajo el esquema de agricultura por contrato.

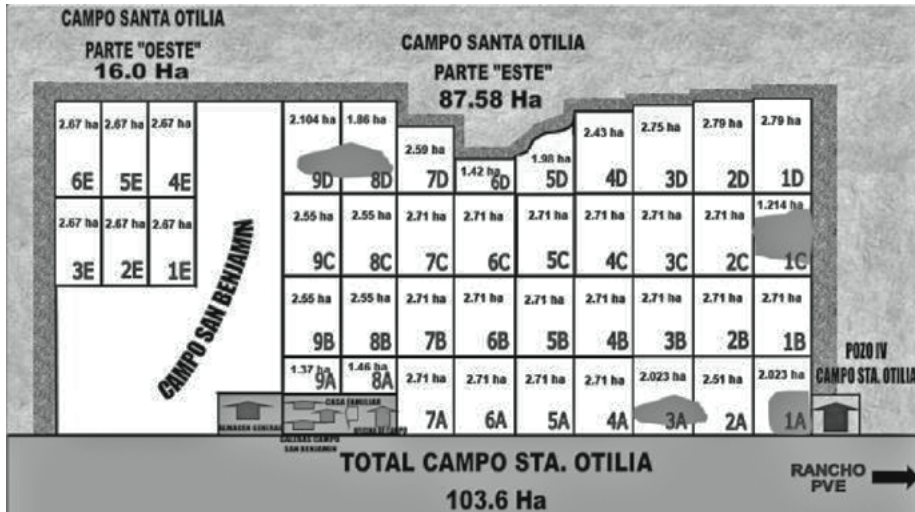
Cuadro 7: Caborca: producción y exportación del cultivo de espárrago en 2018

Meses	Toneladas de espárragos	Valor comercial en pesos mexicanos	Valor en dólares
Enero	11 053	368 774 233.48	19 945 507.84
Febrero	42 683	1 166 278 780.85	63 051 141.38
Marzo	33 448	890 092 879.15	47 773 075.21
Abril	61 135	1 685 032 814.00	92 221 787.66
Mayo	2 892	105 827 135.00	5 490 514.19
Junio	611	18 314 528.00	898 264.00
Julio	842	20 092 060.00	1 070 993.00
Agosto	267	6 225 097.00	330 800.00
Septiembre	162	8 983 151.00	465 847.75
Total	153 093	4 269 620 678.48	231 247 931.03

Fuente: Base de datos de exportaciones hortícolas del Banco de México <<https://www.banxico.org.mx/SielIntenet/consultarDirectorioIntenerAction.do?accion=consultarCuadro&idCuadro=CE122&locale>>.

Los intermediarios entrevistados me ha informado que la empresa Misión del Bisani tiene aproximadamente 650 hectáreas de producción de espárrago. Sus plantaciones se dividen en cuatro campos agrícolas: El Pirata, Armagedón, San Benjamín y Santa Otilia. Es precisamente en este último en el que laboraron los jornaleros agrícolas choles de Sabanilla en el periodo de 2017-2018. Se ubica en el ejido Fronterizo, perteneciente al municipio de San Luis Río Colorado, a una distancia de 50 km de esta ciudad fronteriza y a 120 km de Mexicali, punto de exportación del producto hortícola al mercado estadounidense. Es parte del desierto de Altar Sonora. Tiene un total de 103.6 hectáreas, divididas en dos secciones: la del este, con 87.58 hectáreas, y la parte oeste, con 16 hectáreas.

Figura 1: Esquema del campo Santa Otilia, empresa Misión del Bisani.



Fuente: Informe agronómico (Carreón 2014).

Sistemas de riego

Un elemento importante de los sistemas de producción hortícola es la infraestructura de riego. El agua es un recurso indispensable para incrementar la producción de las hortalizas durante todo el ciclo productivo.

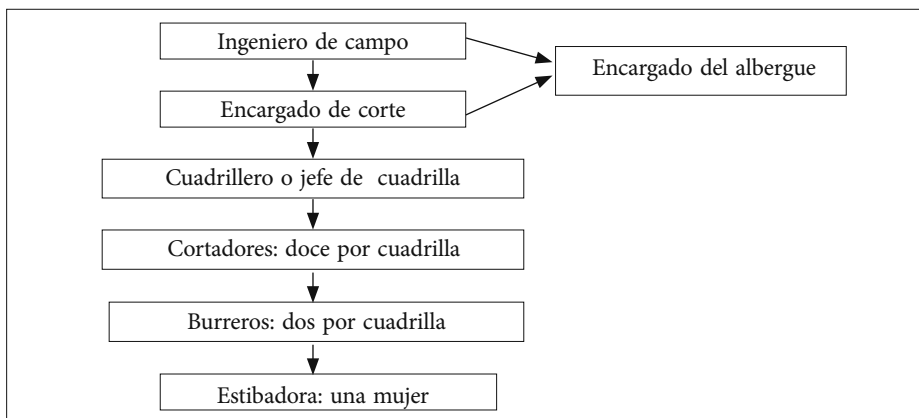
Se contrata personal para supervisar los ciclos de riego y reparar las fugas, además de darles mantenimiento constante. Hay un regador que vigila la apertura y el cierre de las válvulas, así como el tiempo de regado. Y otros que se ocupan de las filtraciones. Según las dimensiones del campo, puede haber solo uno o más responsables de reparar las fugas de las cintas subterráneas y de las superficiales que corren por encima de los surcos, así como de dar mantenimiento a todo el sistema. El personal fijo o cuadrilla de trabajo diario está compuesto principalmente por mujeres que apoyan en labores generales del campo como son: limpiar de maleza, ayudar a abrir las llaves del agua o aplicar pesticidas manualmente a las plantas infestadas por alguna plaga.

Los sistemas de riego que no tienen buen mantenimiento por falta de personal permanente presentan filtraciones en las cintas o mangueras que cruzan los cuadros, y se deben reparar lo más pronto posible para no afectar la cosecha. Para esa tarea, el ingeniero supervisor contrata a una parte de los jornaleros y los nombra «fugueros», lo cual significa que un pequeño grupo de trabajadores solo se dedicará a localizar este tipo de fallas en la irrigación de la esparraguera y sellarlas con cinta especial o sustituir las mangueras dañadas por nuevas. Esta actividad dura aproximadamente quince días, contabilizando diez jornales al día, y se requieren entre ocho y diez personas por hectárea, con una dedicación de seis horas como máximo por jornada. En este caso el salario se define por la actividad diaria; es decir, un pago fijo de 150 pesos por jornal.

Organización socioproductiva de la plantación de espárrago

Como ya se ha mencionado, la cosecha se realiza en dos periodos durante el año. El primero inicia en enero y termina a mediados de abril; el segundo empieza en octubre hasta mediados de diciembre. El personal se organiza de acuerdo con el siguiente esquema.

Esquema 1: Organización socioproductiva de la plantación de espárrago



La organización socioproductiva del campo responde a esquemas administrativos de la empresa agrícola encaminados al rendimiento óptimo de los recursos disponibles y a lograr la eficiencia productiva en el tiempo que marcan los mercados internacionales, en apego a un orden de jerarquías estructurado por un conjunto de empleados que administran los campos agrícolas pertenecientes a las empresas agroindustriales.

A continuación se describen los eslabones de la cadena de mandos en las plantaciones de espárrago.

El ingeniero de campo

El ingeniero del campo, ya sea o no agrónomo, es el responsable de coordinar las actividades del campo agrícola. Mantiene una estrecha comunicación con los encargados del corte, quienes a su vez coordinan las cuadrillas formadas previamente al propósito. El ingeniero del campo tiene poca relación con los cortadores, pero permanece observando y evaluando su desempeño. Otra de sus funciones es la de llevar un registro diario de las cajas de corte, contabilizar el número de cajas por cada cuadro que integra el campo agrícola, analizar la productividad entre los diferentes cuadros y crear planes de manejo para nivelar su producción. Tiene que informar al encargado o jefe de la empacadora del estado de la producción —ya que este calcula el número de empleados a contratar para la temporada— y verificar el corte y el tamaño del espárrago para que cumpla con los estándares de calidad e inocuidad del producto. Si detecta fallas en el tamaño del corte (el producto debe medir nueve pulgadas de largo, esto es, poco menos de 23 cm) tendrá que coordinarse con el encargado de esa actividad para que las corrijan. Asimismo, vigila y verifica que se acaten las indicaciones de calidad en el corte. Evalúa las funciones de la estibadora para que se apegue a las normas de calidad de los espárragos y coordina el empaque para que al estibar las cajas no se dañe el producto. Además, llena los formatos de entrega/recepción en la empacadora.

Encargado de corte

El encargado de corte es el responsable de las cuadrillas o jornaleros en los campos agrícolas. Al mismo tiempo forma parte de la red de intermediarios laborales que organizan el traslado de los contingentes de trabajadores desde las comunidades hasta los campos agrícolas. Esta persona tiene la función de mantener el orden y la disciplina tanto en el campo agrícola como en el albergue. Debe seleccionar a los jefes de cuadrilla o cuadrilleros antes de salir con rumbo al norte. Los elige en función del número de cortadores que pueden enganchar en sus comunidades de origen. La red de encargados de corte o cuadrilleros permite mantener el circuito migratorio Chiapas-Sonora. Constituye el eslabón fundamental en la estructura de intermediarismo laboral en la agroindustria alimentaria. Una de sus misiones en el campo agrícola es la de supervisar y observar que los cortadores cumplan y se apeguen a las normas de calidad de la empresa, e impedir que, por acelerar la cosecha, corten indebidamente los turiones de los espárragos y lastimen los nuevos brotes. El encargado de corte tendrá que llamar la atención primero al cuadrillero, y si persisten los errores, amonestar al cortador; y en caso de no corregir las fallas, suspender a ambos. Asimismo, dar indicaciones a los cuadrilleros para que limpien el campo de lo que se conoce como «brochas» (espárragos que crecen demasiado delgados o que tienen malformaciones y no alcanzan los estándares de calidad), y vigilar que haya uniformidad en el producto.

El cuadrillero

Es el encargado de supervisar a la cuadrilla, compuesta por doce cortadores de espárragos y dos burreros o cargadores. Debe observar detalladamente los cortes y verificar que tengan el tamaño deseado; además, ocuparse de controlar a la cuadrilla y erradicar las prácticas que dañen el cultivo. En caso de que la cuadrilla lo requiera, se sumará también a la función del corte para evitar rezagos que obstruyan a otras cuadrillas. Otra de sus obligaciones es la de

llevar un control del número de cajas cosechadas por sus cuadrillas. En lo que toca a las cuadrillas de indígenas (choles y tseltales), es común que el cuadrillero tenga una relación de parentesco con los cortadores y que provengan de la misma comunidad. Es decir, todos los cuadrilleros conocen personalmente a los integrantes de su cuadrilla, porque son parientes, paisanos, amigos o vecinos. Esto tiene ventajas en la organización de la cosecha, porque la comunicación basada en sus propios códigos culturales permite realizarla en el menor tiempo posible; además, la identidad étnica facilita un trabajo eficiente por razones de afinidad y lealtad entre los cuadrilleros y el encargado de corte o intermediario laboral.

Una práctica habitual es que con unos días de anticipación se notifique a todos los enlaces comunitarios acerca de la fecha de salida del transporte con destino a Sonora. Una vez que la mayoría de los convocados estén presentes en el punto señalado, el autobús iniciará el viaje, toda vez que el responsable o intermediario laboral dé la orden a los conductores. Nos han comentado que los camiones no siempre salen totalmente llenos, que a veces quedan asientos disponibles; es decir, que algunos jornaleros no acuden a la cita en el punto de partida, y al indagar por los motivos nos informaron que uno muy frecuente es la falta de recursos para pagar el pasaje desde la comunidad hasta la cabecera municipal de Sabanilla. Sucede también que en el último momento tomen la decisión de no viajar por razones como la enfermedad de algún pariente, o que, tratándose de un menor de edad, a última hora no le den permiso o lo convenzan de no hacer el viaje.

La competencia en el mercado de trabajo ha llevado a buscar nuevas formas de organización productiva mediante estrategias de flexibilidad: salarial (contención salarial y salarios a destajo); horaria (prolongación e intensificación de la faenas); temporal (diversificación de los cultivos y búsqueda de los nichos de mercado), mecánica (realización de múltiples tareas no especializadas) y geográfica (movilidad en diferentes territorios), que recaen en un sector de la población, eminentemente indígena, que mantiene lubricada y funcionando la industria hortofrutícola de exportación.

Los cortadores

Los cortadores son los jornaleros agrícolas propiamente. Las cuadrillas están compuestas por doce de ellos, más un jefe de cuadrilla o cuadrillero, como ya se explicó anteriormente. En el caso de los cortadores novatos, el cuadrillero ocupará las dos primeras semanas para instruirlos en el uso de las herramientas y la forma de seleccionar los brotes de espárrago.

Los cortadores son los responsables de cosechar toda la plantación y realizar los cortes adecuadamente. Son los primeros en tener contacto con el producto, por lo que se les exige que cumplan con ciertas normas como son: limpiar la cuchilla con yodo; no ir a trabajar en caso de estar enfermos; usar zapatos cerrados y ropa apropiada para trabajar: camisa de manga larga, gorras y tapabocas o paliacate; no escupir en el campo agrícola; usar el baño adecuadamente; y no utilizar celulares, relojes, anillos ni objetos de metal que puedan contaminar el producto. Estas medidas atienden al control de calidad e inocuidad de los productos. Los campos son supervisados por empresas certificadoras que efectúan diversas auditorías para acreditar los estándares de calidad y otorgan certificaciones que son exigidas por los mercados internacionales.

La jornada laboral, como ya se ha señalado, transcurre durante la mañana; hay un segundo turno, por la tarde, al que se conoce como «la tardeada», que inicia a las 15:00 y termina a las 18:00 o 19:00 horas, dependiendo de la rapidez, coordinación y vigor de la cuadrilla para trabajar a un ritmo intenso y cosechar el máximo de cajas en el menor tiempo posible. En la jornada vespertina el precio que pagan por caja es mayor que el de la jornada matutina.

La cosecha de los turiones se efectúa con cuchillo largo o gubia de 30 cm de largo con terminación en una hoja de metal afilada de cuatro a cinco centímetros de ancho. El cortador va seleccionando los brotes recién salidos del surco cuando las puntas del turión salen de la corona del espárrago. Deben cortar los turiones seleccionados por su tamaño y grosor y al mismo tiempo tener cuidado de no lastimar los brotes pequeños y tiernos de la misma corona de la planta. No deben picar indiscriminadamente la corona del espárrago.

Se toma el extremo del espárrago con una mano y con la otra se hunde en la tierra la punta de la cuchilla para cortar la pieza a 23 centímetros (nueve pulgadas). Debe deslizarse verticalmente con el cuidado de evitar un daño colateral en otro turión o yema. La operación es muy delicada, laboriosa y exige destreza en el manejo de la cuchilla y habilidad para sostener con una mano el mayor número de turiones y seguir realizando cortes en la corona sin provocar ningún daño en los brotes próximos.

Cada cortador forma mazos con la mano libre; cada uno puede sostener hasta 18 espárragos, pero hay cortadores con experiencia y habilidad para cosechar un doble mazo, es decir, que llegan a coger con una mano hasta 30 piezas por cada corte. Posteriormente colocan los mazos al borde del surco para que los «burreros» realicen una preselección por tamaño, grosor y color, y acomoden el producto en charolas de plástico para su transportación a la empacadora.

Es común que algunos jornaleros, en su afán por avanzar lo más rápido posible, vayan prácticamente corriendo entre los surcos para obtener la mayor cantidad de piezas y salir lo más pronto posible del campo agrícola. En esos casos, deberán tener especial cuidado de no pisar los surcos, pues podrían romper o destrozar los brotes tiernos.

Los novatos son los que suelen cometer más errores, por el deseo de terminar rápido y cosechar el mayor volumen, sobre todo cuando la jornada de trabajo se paga a destajo, por el número de cajas cosechadas. Cada caja la pagan entre nueve y quince pesos, según la zona de producción; es decir, el jornalero recibe un «porcentaje extra» en razón del número de cajas que coseche. Entre más cajas reúna la cuadrilla en la segunda jornada de trabajo, mayor será el porcentaje y eso se reflejará en las percepciones de la cuadrilla.

Los burreros

Dos trabajadores agrícolas por cuadrilla, los llamados «burreros», se encargan de levantar y meter en cajas los mazos de espárragos que los cortadores van

dejando a la orilla del surco. Estas cajas se colocan en la carretilla y se transportan al camino entre los campos agrícolas, donde la estibadora los recibe. El trabajo de «burrero» regularmente es efectuado por jóvenes que migran a los campos agrícolas por primera vez y no tienen experiencia en el corte; si continúan en el sistema migratorio y tienen interés en aprender podrán ocupar en la temporada siguiente la tarea de cortadores.

La estibadora

Regularmente es una mujer quien se encarga de acomodar el espárrago cortado, que fue previamente depositado en las cajas a la orilla de los surcos por los burreros. La estibadora revisa los brotes y desecha aquellos que no cumplen con las normas de calidad (tamaño, color, grosor) o que presentan alguna deformidad de crecimiento. Además, acomoda los brotes para que al momento de estibar las cajas no aplasten o despedacen el producto. Otra de sus funciones es llenar los formatos y tener control del número de cajas cosechadas por cada cuadro y cuadrilla. La estibadora al momento de recibir las cajas revisa si hay algún elemento extraño: basura, plástico o sangre en el producto. Además, reporta tanto al ingeniero del campo como al encargado de corte si alguna cuadrilla no realizó bien su trabajo. La estibadora es una mujer originaria de Sonora contratada por jornada; no pertenece al grupo de jornaleros que proviene de Chiapas y, por lo tanto, no tiene interacción con los cortadores, pues desconoce su origen y los códigos de comunicación entre ellos, más cuando solo hablan chol en el campo agrícola.

Los albergues

Los albergues son galerones prefabricados, contenedores de metal. La mayoría cuentan con infraestructura básica (agua, letrinas, regaderas y red eléctrica). Los empresarios y responsables de administrarlos se encargan de

mantener la seguridad. Están aislados de las ciudades y organizados bajo estrictos reglamentos de orden y disciplina. Todos están cercados y no se permite el acceso a personas ajenas a las cuadrillas. En muchos de estos predios hay guardias de seguridad armados que impiden el tránsito de los jornaleros fuera del alojamiento. El mismo albergue es un cosmos o comunidad interétnica o intercultural. Según su tamaño pueden acoger hasta 2000 jornaleros de diferente origen étnico y geográfico. Las barracas están diseñadas para recibir a grupos de 45 personas, lo que equivale a un camión completo. Los intermediarios y los encargados de los albergues procuran que no se mezclen contingentes que no sean de la misma comunidad y origen étnico.

Contratos, salarios y vida social en los albergues

El campo que sirve de ejemplo, Santa Otilia, tenía once cuadrillas laborando en 2018. El encargado de corte reparte el terreno de forma que todas cuenten con la misma superficie para cosechar. La estrategia de los intermediarios laborales es mantener la disciplina proporcionando trabajo por igual a todas las cuadrillas y evitar conflictos y favoritismos entre las cuadrillas para impedir que una cuadrilla gane más que otras. El corte se realiza de norte a sur y cada cuadrilla toma su lugar de forma que avancen coordinadamente cosechando cada uno de los cuadros.

Tanto la estibadora como el encargado de corte cuentan las cajas cosechadas por cada cuadro, y de ese modo pueden ponderar y calcular el número de piezas por día. El encargado del corte recorre durante las jornadas los cuadros cosechados para hacer estimaciones basadas en el número de cajas cosechadas previamente. Antes de la jornada se calcula el número de cajas a cosechar, y se lo comunican durante la mañana al ingeniero del campo.

La organización de los cuadrilleros recae en el encargado de corte. Este numera a los cortadores y les asigna un surco a cada uno para evitar traslapes. La organización del corte es supervisada por el cuadrillero y el encargado de corte, quienes amonestarán a aquellos que no estén acatando el procedimiento

del corte o que estén dejando espárragos maduros en el cuadro. El cortador debe dejar el surco libre de troncones, tallos mal cortados, conocidos como «brochas» (espárragos delgados y deformes), malezas y hierbas que impidan el desarrollo de los turiones. Se vigila que los cortadores no pisen los surcos, y si a la tercera advertencia no corrigen su trabajo serán suspendidos hasta por dos días sin trabajar en la plantación.

El espárrago es una planta de rápido crecimiento. Según se me ha informado, puede llegar a crecer hasta 2.5 cm por hora. Los cortadores realizan los llamadas repasos, conocidos como la «tardeada». El corte vespertino es la jornada más esperada por ellos, ya que un cortador logra obtener entre 120 y 140 pesos en ese turno, además de los 120 o 130 pesos del matutino. Sumando ambas jornadas laborales se llega a un salario neto entre 2100 y 2500 pesos semanales, dependiendo del número de cajas cosechadas por toda la cuadrilla.

En general, un cortador recibe una remuneración neta de 4230 pesos durante el primer mes de cosecha. Los gastos fijos de alimentación y hospedaje se los descuentan del salario a destajo; es decir, la empresa resta del total de cajas cosechadas dichos costos (incluidos agua, luz y mantenimiento de las instalaciones) y transportación. En el segundo mes de cosecha los salarios aumentan relativamente, pero también se incrementa la jornada de trabajo a 12 horas, los siete días de la semana. En este tiempo, un jornalero puede percibir hasta 3100 pesos semanales.

En el último mes la producción de la esparraguera disminuye paulatinamente; hay una merma en el volumen cosechado debido al ciclo vegetativo de las plantas. Las jornadas se reducen de ocho a seis horas por día y los salarios bajan paulatinamente. En toda la temporada un jornalero recibirá en total aproximado de 20000 a 25000 pesos por el contrato de tres meses. Muchos envían gran parte de su salario o la totalidad del dinero a sus familias, que permanecen en las comunidades de origen; sin embargo, hay otros que gastan una cantidad notable en el consumo de alcohol y en drogas como la marihuana.

La mayoría de las empresas agrícolas pagan los salarios a través de cuentas bancarias. Para ello, cada jornalero recibe una tarjeta para retirar el dinero

del cajero automático. Los cortadores que pertenecen a una misma comunidad o al mismo grupo familiar se organizan para enviar el dinero en la remesa colectiva a sus familias; dejan una tarjeta en la comunidad para que puedan retirar ahí el dinero en los cajeros de la cabecera municipal. En este sentido los jornaleros y sus familias campesinas se han insertado en nuevos procesos de bancarización; han sido obligados a aprender a usar los cajeros automáticos y a comprender cómo funcionan las cuentas bancarias. A falta de un contrato laboral formal, lo que ellos nombran contrato es la apertura de una cuenta bancaria por parte de la empresa, y por ello les exigen el acta de nacimiento y la credencial para votar del Instituto Nacional Electoral (INE), documentos necesarios para la apertura de la cuenta respectiva.

Muchos jornaleros cancelan sus cuentas en el momento en que retiran su dinero, de modo que en cada periodo hay que volver a tramitarles una. Los contratos se sujetan a los arreglos orales entre las partes; los jornaleros no tienen derecho a días de descanso; solo cuentan con seguro médico en caso de enfermedad o accidente durante la jornada de cosecha; además, no les corresponden compensaciones al final del contrato ni primas vacacionales, aguinaldos o ahorro para el retiro. De hecho, cada jornalero asume que durante el tiempo que dura el contrato debe laborar todos los días hasta finalizar el acuerdo o el periodo de cosecha.

Una de las principales funciones de los intermediarios laborales es vigilar la disciplina en los albergues y en los campos agrícolas. En los campos deben controlar que los cortadores no lleven aretes, pulseras, anillos ni relojes, y que se abstengan del uso de celulares y cualquier otro objeto que pueda contaminar el producto. Asimismo, son responsables de impedir que los jornaleros consuman alcohol en los albergues. Y no siempre lo logran. Llegan a aparecer casos de indisciplina que ameritan sanciones y, en situaciones de desacato reiterado, la expulsión.

A los jornaleros que se sorprende alcoholizados se les castiga con un día o dos de descanso obligatorio; eso implica que no obtendrán el salario correspondiente a ese día, y que eso repercutirá en detrimento de su salario semanal y mensual. Según testimonios, muchos jóvenes, en lugar de ingerir alcohol

después de la jornada laboral consumen marihuana de forma recreativa o como analgésico, pues muchos jornaleros sufren dolores de espalda a causa de la postura encorvada que mantienen al realizar el corte del espárrago, y que se agudiza después de las largas jornadas de trabajo a las que se someten los siete días de la semana. El efecto de la marihuana suele atenuar los malestares y dolores de espalda. Y los intermediarios la toleran como una forma de mantener bajo control a los jóvenes, que son los más afectos a su consumo. Otros jornaleros beben alcohol fuera del albergue y eso los coloca en un estado de mayor vulnerabilidad, pues se arriesgan a sufrir accidentes, robos y vejaciones por extraños. Los jóvenes que consumen alcohol y marihuana en exceso al final de la temporada de cosecha regresan a sus comunidades con muy poco o nada de dinero, y es común que se queden esperando la nueva convocatoria para aventurarse en un nuevo ciclo de trabajo y migración.

Redes de intermediarios laborales y comunalidad indígena

En diversas comunidades indígenas de la Zona Norte de Chiapas los intermediarios laborales (choles y tseltales) han construido redes sociales en un lapso relativamente breve, que destacan por tres elementos importantes: la proximidad y la interconexión de relaciones sociales intracomunales, intercomunales y extracomunales. Los valores de lealtad y confianza articulan la trama de toda la red social; existen otros que permiten la cohesión de la red social, tales como la solidaridad, la amistad y el paisanaje, sumados a los vínculos parentales y las lealtades familiares, además de la fraternidad entre amigos.

El intermediario laboral no solo se encarga de organizar la logística de transportación de los contingentes jornaleros de Chiapas a Sonora, coordinar a los cuadrilleros durante la cosecha y organizar el transporte diario hasta los campos agrícolas; también se ocupa de vigilar la disciplina en los alojamientos y evitar cualquier conato de violencia. Su prioridad es conservar las alianzas con los empresarios agrícolas y, por otro lado, supervisar la eficiencia en el trabajo y garantizar la exportación de los productos hortícolas.

Existen campos agrícolas con un manejo técnico inadecuado de la producción de las esparragueras o de otros productos hortícolas. En este caso los intermediarios serán los encargados de cambiar las prácticas culturales, el plan de manejo de los cortes y la periodicidad de los riegos para aumentar la productividad de las plantaciones. Es decir, las empresas y los productores ponen en manos de los intermediarios laborales ciertas responsabilidades en el manejo del proceso; les confieren el poder de organizar y manejar las cuadrillas de cortadores alternando los cortes en las plantaciones, aunque no reciben ningún pago extra por su conocimiento y manejo técnico especializado. Las empresas contratan a los intermediarios que mejor se adaptan a las circunstancias flexibles del mercado laboral. En cierto sentido se crea una relación de exclusividad, dependencia y credulidad entre el intermediario laboral y la empresa o el productor agrícola. Es decir, la cooperación y las relaciones entre la empresa y el intermediario son funcionales cuando ambas partes se embarcan en una tarea común, y los resultados dependen de las acciones de cada uno de ellos, pero en algunas acciones y en la toma de ciertas decisiones el intermediario está bajo el control inmediato del patrón.

En cambio, las relaciones sociales entre el intermediario laboral y los jornaleros agrícolas están fincadas en la construcción de lealtades y confianza, dispositivos simbólicos propios de su origen sociocultural. Primeramente, están sostenidos por su afinidad étnica y por el uso de la lengua indígena (chol y tseltal), rasgo unívoco de identidad y resistencia cultural frente al mundo mestizo y ante las empresas hortícolas del noroeste. Tienen como ancla la comunidad indígena; pertenecen a una estructura de parentesco amplio que incluye una extensa constelación de personas de diferentes condiciones y estatus social, económico, político y filiación religiosa e ideológica; construyen identidades sociales que permiten la empatía entre individuos del mismo estrato social. Cumplen la función de proveer de bienes simbólicos y materiales, además de una variada red de servicios y apoyos mutuos, y legitiman y defienden los intereses y la seguridad de sus paisanos, parientes y coetáneos.

La confianza es un dispositivo cultural indispensable de la red social. Se ha definido en términos generales, entre otros conceptos próximos, como

familiaridad, confianza, credulidad, certidumbre, desempeño y cooperación, pacto o convenio tácito o explícito en las interacciones interpersonales de las redes sociales. La función principal de la confianza es el logro de metas y objetivos de cooperación positiva de dichas redes (Luna y Velasco 2005).

Sin embargo, hay que distinguir entre la confianza construida entre el intermediario laboral y los empresarios agrícolas y la confianza emanada de las redes sociales étnicas; es decir, la confianza entre el intermediario laboral y los jornaleros indígenas no es equiparable y emana de significados culturales distintos. Mientras en el primer caso se construye una confianza y lealtad utilitaria e instrumental entre agentes económicos con base en relaciones de subordinación y desigualdad entre patrón y empleado, en el segundo, entre jornalero e intermediario, también hay subordinación, pero no hay desigualdad social, dado que ambos provienen de la misma comunidad de origen y comparten características socioculturales, económicas y condición social equivalentes. En lengua chol no es posible traducir literalmente el significado de confianza a su visión del mundo, para ello se utiliza el vocablo *ñop* 'creer, aprender y probar'. Esto implica que los jornaleros choles creen, aprenden y prueban el trabajo en unión con el intermediario laboral, y utilizan la expresión *comol e'tel* 'trabajo común o comunal'.

La confianza entre intermediario y jornaleros agrícolas se basa en resultados, logros y promesas cumplidas antes, durante y después del periplo migratorio. La confianza es el valor más importante del capital social atesorado durante los viajes realizados (Luna y Velasco 2005). La observación etnográfica permite describir tres elementos en la construcción de la confianza como elemento de cooperación entre los contingentes y los intermediarios laborales:

a) Desempeño y capacidad de entablar una relación de intercambio que puede ser generalizada o restringida: el intermediario proporciona las facilidades del contrato laboral y, a cambio, el jornalero transfiere su libertad y confianza como parte de la mercancía al vender su fuerza de trabajo voluntariamente. Entre ambos existe la expectativa de cumplir los contratos y, sobre todo, subjetivamente, el deseo de ganar-ganar, de trabajar colectivamente por una causa común;

b) La voluntad de ambas partes de cumplir con las obligaciones implícitas de los contratos orales y los reglamentos internos de los albergues durante el periodo migratorio;

c) Familiaridad y hermandad mutua entre los jornaleros y los cuadrilleros, complicidad entre los cuadrilleros y los contratistas para mantener la autoridad y la legitimidad y evitar la rotación desmedida de mandos en las cadenas de intermediarismo.

Por último, la comunalidad es una categoría difusa, pero de importancia capital para comprender e interpretar las relaciones sociales de los actores involucrados como jornaleros, intermediarios laborales indígenas y contratistas agroindustriales. Las relaciones extracomunitarias son la base de la permanencia y reproducción económica del sistema agroempresarial, y de la sobreoferta de la fuerza de trabajo rural que durante ciertas temporadas del ciclo agrícola local busca opciones laborales fuera de la comunidad. Sin la existencia de las comunidades indígenas no sería posible la producción y exportación de diversos productos hortícolas y frutícolas a los mercados nacional e internacional.

Las peculiaridades de las asociaciones empresariales agrícolas son de orden jerárquico y tienen estructuras de poder distintas a las de la comunalidad indígena. Quiero señalar que la comunidad indígena está compuesta por unidades socioterritoriales. La base de su reproducción social se sustenta en los conocimientos locales de los sistemas de producción campesinos, así como en sus estrategias y destrezas en el manejo de sus recursos naturales y simbólicos que permiten la sobrevivencia y la satisfacción de necesidades en diferentes escalas de interacción, entre lo individual, lo familiar y colectivo.

Asimismo, los integrantes de la comunidad comparten procesos históricos y estructuran su cosmovisión en una matriz cultural de relaciones sociales en la que el tiempo discurre en ciclos reproductivos acordes con la naturaleza; el pasado-presente-futuro fluye en un sentido de continuidad, discontinuidad, resistencia y utopía.

Por su parte, la base de reproducción de las asociaciones empresariales agrícolas está en función de los procesos productivos hortícolas para satisfacer la demanda de los mercados regional, nacional e internacional de las cadenas

de consumo global urbano y para contribuir a la generación y reproducción ampliada del capital global. Su objetivo principal es la generación de plusvalía. Se rigen por la competencia y los procesos administrativos jerárquicos de eficiencia y progreso tecnológicos y mercadotécnicos. Responden a los ciclos globales de la oferta y la demanda del sistema capitalista de producción/consumo. A falta de eficiencia e innovación, las asociaciones se disuelven o son absorbidas por otras de mayor complejidad administrativa y capacidad técnica.

La cohesión de las redes sociales entre los intermediarios laborales indígenas proporciona información básica unidireccional entre ellos y los campesinos-jornaleros. Una estrategia para construir relaciones intercomunitarias es efectuar visitas periódicas a otras comunidades vecinas en un radio de proximidad. En muchos casos son grupos de parientes liderados por un interlocutor con capacidad de negociación con el intermediario laboral. Además, se difunde la información sobre los periodos de contratación de las agroempresas. Otra estrategia es localizar a un operador local y delegarle la responsabilidad de reclutar nuevos jornaleros y construir un grupo de base local que permita el mantenimiento de la red como un canal de comunicación constante por diversas vías, ya sea a través de telefonía rural y celular o de visitas programadas a las comunidades con el fin de convocar al mayor número posible de trabajadores agrícolas.

Los intermediarios laborales indígenas forman parte de las comunidades; en ellas se formaron y posicionaron como interlocutores de las cadenas globales de contratistas e intermediarios. La lealtad se mantiene gracias a la promesa de colocación como cuadrilleros en la estructura jerárquica del intermediarismo laboral.

Por último, las relaciones intracomunitarias mantienen la solidaridad, la confianza, los roles, los valores comunes, la reciprocidad y la inclusión dentro de los contingentes de trabajadores agrícolas; pero también están presentes la exclusión, la segregación y la promoción de la competencia entre individuos por obtener una posición jerárquica en la estructura de poder, ya sea como cuadrillero o como intermediario laboral indígena. Los jornaleros agrícolas

choles y tseltales, en su constante migración pendular, estacional e itinerante acumulan aprendizajes y experiencias de todo tipo; obtienen calificaciones y cualidades que ponen en juego para aumentar las oportunidades de colocarse en la estructura de intermediación, ya sea como cuadrilleros y, llegado el momento, como encargados de trasladar contingentes de trabajadores a los campos agrícolas.

La comunidad indígena sigue siendo un espacio de reproducción social, un lugar relativamente estable y seguro, refugio ante la inestabilidad y la exclusión social externa; un lugar de encuentro de múltiples relaciones sociales cara a cara, corporales, micro e interpersonales, manteniendo roles inter e intragenéricos e intergeneracionales de convivencialidad. La comunidad es un lugar cálido, confortable, acogedor, valorado como espacio de «tortilla y fogón» para sus miembros. Los conflictos internos se dirimen en términos de consensos y diálogos y no de violencias exacerbadas. Aunque existen fricciones a nivel familiar, se intenta dirimirlas de forma pacífica; existen reglamentos y normas internas que regulan las relaciones sociales. La comunalidad representa los valores e ideales utópicos de mejor sociabilidad y convivencia pacífica.

Sin embargo, en los tiempos actuales la comunalidad atraviesa por un sisma o crisis social; sus instituciones son sacudidas, examinadas y puestas a prueba ante la realidad de perturbaciones exógenas y endógenas de elementos no comunales hostiles y violentos que apuestan por la inestabilidad y, en lo posible, por la disolución de los medios y modos de vida colectivos. Existen riesgos y procesos anticomunales por los efectos de la globalización dentro de los límites de las localidades; situaciones en que las normas y los códigos de conducta de sus integrantes se han perdido y han ocasionado perturbaciones del orden social.

La migración temporal a los campos agrícolas es un elemento de cambio y perturbación de las relaciones y del orden social. Caracterizada por ser una migración itinerante, pendular y por relevos, que fragmenta los roles tradicionales de género. Las diversas modalidades de movilidad contribuyen a procesos des-comunales y des-territoriales. Sin embargo, esto no significa que la

comunidad se desintegre o desaparezca. Hasta el momento observamos procesos de cambio y/o transformación, de configuración de nuevas relaciones sociales en las estructuras e instituciones comunitarias.

Es decir, la comunalidad se define por espacios ambiguos, móviles, integrada por universos transcomunitarios, translocales, desterritorializados y territorializados en otros espacios geográficos. Por lo tanto, los intermediarios laborales indígenas son actores sociales ambiguos, son personas liminares divididas entre dos mundos distantes. Por un lado, son indispensables para los empresarios agrícolas como interlocutores entre ellos y la comunidad indígena y, por el otro, no conocen a los verdaderos dueños, ni comprenden las estructuras organizativas de las empresas agrícolas. Representan la bisagra o puerta giratoria que permite la entrada y salida de los jornaleros a los campos agrícolas de las agroindustrias y son el puente que conecta a las comunidades indígenas con el mundo capitalista global.

Los intermediarios laborales indígenas dependen de los operadores locales para satisfacer la demanda de los mercados de trabajo, la cual muchas veces es rebasada por la oferta de personas dispuestas a enrolarse como jornaleros. Por su parte, los contratistas indígenas, que tienen un control relativo y subjetivo sobre los contingentes de trabajadores, están obligados a proveerles de hospedaje durante las actividades contratadas en la siembra, la cosecha y la poscosecha de los cultivos hortícolas.

El traslado del albergue al campo agrícola se subroga a los «raiteros»,² transportistas que por cuotas acordadas llevan a los jornaleros en camionetas o microbuses. La alimentación corre a cargo de los «camperos», que contratan los servicios de cocina, administran las compras de alimentos y descuentan cada fin de semana a los jornaleros el monto correspondiente a su consumo individual; también administran las tiendas ubicadas al interior de los albergues y llevan un estricto control de los créditos de los jornaleros.

Los salarios son acordados junto con los intermediarios laborales, quienes negocian los tiempos, los tipos de jornadas a destajo, por día o por tareas.

² Esta palabra es una hispanización de *ride* 'aventón', transporte gratuito.

Se apegan al esquema del mercado de trabajo agrícola con mecanismos flexibles e irregulares para generar puestos de trabajo de baja calificación, mantener precarizadas las condiciones laborales, proporcionar servicios médicos de bajo costo y ocultar los derechos que marcan las leyes laborales, sanitarias y educativas; en general, los intermediarios mestizos de las agroempresas actúan desde la óptica neoliberal sin percibir la macroestructura impuesta desde las relaciones de producción capitalista.

Para sostener el funcionamiento de dicha industria, los intermediarios laborales indígenas asumen parte de los procesos productivos; es decir, los empresarios e «ingenieros de campo» les ceden parte del proceso de producción para que aumenten los mecanismos de inocuidad y el estatus fitosanitario que se requieren para la obtención de calidad *premium*, con alto valor agregado en los mercados de productos orgánicos internacionales. Por otro lado, al final del periodo de contratación los intermediarios reciben las cuotas o el porcentaje de ganancias correspondiente al número de trabajadores trasladados, el pago al finalizar el contrato por las actividades en los campos agrícolas y la promesa de nuevas contrataciones para el siguiente ciclo.

El intermediario laboral tiene la obligación de mantener una comunicación constante con los contratistas mestizos mayoritarios y asegurar que los ciclos de producción de las empresas no se interrumpan por la falta de brazos. Están forzados a crear estrategias locales para imponer los ciclos de producción de la agricultura industrial sobre los de los cultivos tradicionales en las familias campesinas. La unidad doméstica campesina tomará en última instancia la decisión de permitir o no la salida de uno o varios de sus miembros para cubrir el tiempo requerido por el intermediario.

Las familias campesinas pueden recurrir a varias estrategias para suplir la ausencia de alguno o varios de sus integrantes. Una de estas puede ser la migración por relevos para reponer el desgaste de la fuerza de trabajo y la salud en forma alternada. Otra más puede ser la migración escalonada por generaciones, en la que se permite migrar a niños, jóvenes y adultos mayores, y, en casos excepcionales, toda la familia se aventura en esa forma de supervivencia. Todas las estrategias de migración dependerán de las necesidades económicas

de las unidades familiares para garantizar en última instancia la reproducción social del grupo.

Los intermediarios laborales sostienen la red social con promesas y relaciones de patronazgo u otras clientelares, dado que cualquier conflicto interpersonal durante el periodo migratorio, generado en la convivencia cotidiana en los albergues o en los campos agrícolas, repercute en las relaciones sociales entre los jornaleros agrícolas. Para ello, hacen uso de su capacidad y habilidades de negociación y diálogo, cuentan con la experiencia acumulada durante su etapa anterior como jornaleros, previa a su nuevo rol como intermediarios, ya que la gran mayoría de los intermediarios laborales choles y tseltales han vivido las mismas circunstancias de explotación en los campos agrícolas que sus compañeros indígenas a los que enganchan. Empero, si el jornalero indígena presenta características como liderazgo, carisma, astucia y perspicacia en el manejo de grupos y muestra sagacidad para resolver conflictos, tanto fuera como dentro de los campos agrícolas, será seleccionado por los «ingenieros» y/o contratistas mayores como parte de la red social y como un eslabón más en la cadena de mando para manejar a los cuadrilleros de los campos agrícolas.

Se debe agregar que cada año hay una demanda constante y creciente de contingentes de trabajadores agrícolas en las zonas agroindustriales y, al mismo tiempo, surgen nuevos intermediarios laborales tradicionales en diversas comunidades con estrategias de reclutamiento similares. Por eso mismo, hay una competencia entre ellos en la búsqueda constante de trabajadores agrícolas.

Al mismo tiempo, están expuestos a las críticas y el escrutinio social en sus comunidades de origen; no se libran de rumores, envidias y de la discordia de sus adversarios, y unos y otros se confrontan constantemente con el desprestigio y la descalificación en razón de la competencia por obtener el puesto de intermediario laboral o de cuadrillero. El propósito es comandar los contingentes de trabajadores agrícolas y obtener parte de las ganancias que genera la agricultura de exportación, así sea a costa de colocarse como un actor social con mayores exigencias y ejercer coacción hacia los jornaleros

para extraer de ellos mayores rendimientos, prolongar la jornada de trabajo al máximo posible, además de disuadir cualquier conato de violencia o de conflicto entre los trabajadores agrícolas o entre estos y los empresarios.

Este contexto cultural de rivalidad y desavenencia social en las comunidades choles y tseltales pone al descubierto la fragilidad de las redes sociales. La desconfianza y la divergencia son elementos que las debilitan, porque los operadores locales y futuros cuadrilleros pueden optar por uno u otro intermediario laboral, dependiendo de cuál ofrezca mejores garantías laborales y posibilidades de ascenso en la estructura piramidal del intermediarismo laboral. Estas redes sociales son, de hecho, un fenómeno reciente en el circuito migratorio entre Chiapas y Sonora. En algunos casos los intermediarios son jóvenes que han pasado por procesos de formación política y han pertenecido a movimientos de resistencia. Ejemplo de ello son los promotores de educación del EZLN. Durante su trayectoria política han ocupado cargos en la estructura de la organización comunitaria y por un tiempo han sido líderes comunitarios.

Nuevos sujetos y dinámicas rurales

Las formas organizativas que sostienen y dinamizan la economía moral y, en general, la reproducción de las formas de vida de las comunidades indígenas choles y tseltales están cimentadas en tres dimensiones inseparables: comunidad, tierra y territorio. La fuerza gravitacional comunitaria activa las otras dimensiones. La organización y las instituciones comunitarias específicas crean una manera de ser, estar y relacionarse con el mundo. La comunidad indígena nunca ha sido una esencia atemporal, inmutable desde tiempos de la colonia o incluso antes. Por el contrario, nunca dejó de transformarse y reinventarse a sí misma.

Las nuevas dinámicas rurales se expresan en las relaciones diferenciadas, contradictorias e incompatibles con la sociedad capitalista y sus lógicas o racionalidades expresadas en el modelo liberal y neoliberal, que han intentado despojarla de sus medios de vida e incorporarla al ideal y homogéneo Estado

nacional. Podemos definir la comunidad indígena por su organización y sus instituciones comunitarias que expresan una manera de ser y de hacer en su dimensión colectiva, la cual se construye bajo formas específicas de reciprocidad, de dar, recibir y devolver en diversas prácticas culturales. Es la expresión de la palabra colectiva en las asambleas comunitarias, espacio de diálogos, consensos y disensos, acuerdos y disputas, pero al fin y al cabo espacio de encuentro, de toma de conciencia y de decisiones.

La participación en los cargos políticos y religiosos que requiere la comunidad para mantener la reciprocidad, la ayuda mutua y el trabajo colectivo tiene el objetivo de valorar y cuidar los bienes comunes, por ejemplo, las ceremonias, fiestas y rituales de orden político y religioso, que son parte importante de la identidad y el sentido de pertenencia colectiva; el control de las tierras comunales bajo formas administrativas locales, ya sea en ejidos o en comunidades agrarias, lo cual permite la circularidad de la propiedad de la tierra dentro de sus territorios.

Los procesos migratorios y sus formas de movilidad: estacional, pendular, por relevos e itinerante, crean nuevos sujetos y narrativas rurales que legitiman las acciones de estos y forman una nueva ruralidad en sus comunidades. Toman elementos de las cosmovisiones y de la matriz cultural para crear nuevas relaciones con la sociedad capitalista. Estos nuevos sujetos rurales rompen con las viejas concepciones dicotómicas entre campo/ciudad, tradicional/moderno, secular/religioso; por lo tanto, son sujetos polisémicos que amplían la concepción sobre sus personas y sus acciones.

Los nuevos sujetos rurales son capaces de amalgamar diversas actividades, donde las agrícolas se combinan con las no agrícolas para lograr estrategias diversas que permiten la reproducción de sus formas de vida rurales. Como indica Carton de Grammont (2004:279-280), «la vida rural [...] no puede pensarse sectorialmente, solo en función de la actividad agropecuaria y forestal, sino que debe tomar en cuenta las demás actividades desarrolladas por su población, a nivel local, regional, nacional e internacional».

Retomo algunos elementos de la nueva ruralidad para realizar otra lectura a raíz de nuevos sujetos que encarnan estos procesos sociales dinámicos y los

llevan a la vida misma de sus comunidades y de sus ciclos familiares y cursos de vida.

El primer elemento es la movilidad individual, colectiva y geográfica, la búsqueda y articulación de espacios o lugares y su adaptación a los requerimientos y periodos determinados por las relaciones de producción del mundo globalizado. Las conexiones entre la vida comunitaria indígena y las empresas agroindustriales se dan en campos sociales que interaccionan. Las transferencias son desiguales y sus relaciones de poder están al margen de las fronteras territoriales comunales. La aparente contradicción campo-ciudad se reduce al cruce de fronteras en el ir y venir de los contingentes de trabajadores rurales. Más que un límite entre estos espacios hay un continuo de relaciones económicas, sociales y culturales.

El segundo elemento de innovación en la vida de los nuevos sujetos rurales es que el uso de las tecnologías de la información y las comunicaciones (TIC) se ha incrementado en todos los ámbitos de su vida, no solo en la producción agrícola, sino en la comunicación, con el uso de telefonía celular. Destaca aquí el acceso a internet que, a pesar de ciertas restricciones por la deficiente infraestructura local, es una práctica cotidiana, sobre todo entre los jóvenes. El uso de las redes sociales digitales como WhatsApp, Facebook, Instagram y el manejo de los celulares para reproducir música, videos, fotografía y realizar memes está cambiando las relaciones entre jóvenes rurales y urbanos, puesto que ambos mundos están conectados por las redes de este tipo. La urbanización paulatina de los núcleos agrarios esta cambiando las dinámicas sociales, de tal manera que las comunidades parecen ranchos urbanos. Se encuentran tendajones que ofrecen una variedad de productos para el consumo local. Destaca la existencia de bienes industrializados para consumir, no solo comida, sino otros como ropa, tenis, joyería y perfumería que consumen los jóvenes. Los medios de comunicación masiva son la ventana al mundo global. En cada hogar encontramos un aparato de televisión y de radio que sirve para tales fines. La penetración cultural a través de estos medios es un hecho que llegó para quedarse y aún no sabemos cómo cambiará la visión del mundo

comunitario. En las comunidades indígenas se viven procesos de hibridación cultural; la cultura indígena se urbaniza a una velocidad sin precedentes.

El tercer elemento es la adaptación de los cultivos de las empresas agrícolas a los sistemas de producción campesinos. He observado cómo los jornaleros retornados están realizando pruebas y adoptando los cultivos de espárrago y calabazas kabocha, algunos otros con la vid, la sandía y el melón, tratando de adaptarlos al manejo del huerto de traspatio. Los sistemas de producción campesina son dinámicos e incluyentes de nuevos elementos a sus formas de producción y consumo familiar.

Las diferencias con las estrategias económicas de las empresas agrícolas consisten en que estas funcionan bajo esquemas de cadenas productivas y agricultura por contrato, y tienen mucho más que perder si no son eficientes en su sistema de producción. Dependen totalmente de las exigencias de calidad de los consumidores en los diversos mercados. En cambio, en la adaptación de estos cultivos en las huertas campesinas tenemos un proceso completamente diferente que permite la experimentación y adaptación paulatina, ya que el sistema campesino no depende de ellos para su supervivencia. Los campesinos indígenas choles y tseltales dependen de la marginalidad de sus cultivos; la milpa chol es y seguirá siendo la base de la alimentación local, aun con la presencia de los productos industrializados.

El cuarto elemento son las diversas modalidades de migración de los miembros de la unidad doméstica campesina, como una estrategia colectiva para sortear la crisis de la economía ocasionada en parte por la falta de certidumbre sobre la producción y los precios del café, cultivo que fuera muy importante hasta alrededor de 2012, cuando empezó fuertemente el problema de la roya (*Hemileia vastatrix*), un hongo fitoparásito que acabó casi por completo con los cafetales. La capacidad de los campesinos de convertirse en agentes libres y móviles les permite hacer frente a diversos desafíos del mercado de productos local, regional, nacional e internacional. La búsqueda de un ingreso complementario es parte de la vida cotidiana de las familias rurales. No solo de frijol y maíz viven, sino del complemento de productos que no necesariamente son alimentos, sino otros bienes de consumo cultural.

El quinto elemento es el aumento de las diferencias sociales en las comunidades rurales. Los nuevos sujetos de este sector están más propensos a evidenciar estas diferencias por el acceso a nuevos productos de consumo. Se distinguen por los estilos que adoptan en su forma de vestir y por los productos de lujo que ostentan: relojes, cadenas de oro o plata, cortes de pelo al estilo moderno, zapatos y tenis modernos. Reflejan en su persona estas diferencias sociales y las trasladan a sus relaciones sociales.

Muchos jornaleros envían remesas nacionales para contratar a jornaleros locales en la siembra de la milpa o en la cosecha de café. Además, el aumento en el consumo de alcohol en sus comunidades también refleja las desigualdades: quien tiene paga puede comprar el alcohol que quiera, cuando quiera. Esto genera problemas comunitarios, pero sobre todo violencia intrafamiliar.

El sexto elemento es el cambio de las relaciones de género en las familias tradicionales choles y tseltales. Las mujeres indígenas están incorporándose rápidamente a actividades laborales remuneradas, lo que las dota de mayor capacidad de autonomía y derecho a decidir sobre su vida futura; además, el hecho de tener mayor acceso a la educación, sobre todo a los niveles de secundaria y bachillerato, les confiere una mayor capacidad de decisión frente a las formas habituales de ser mujeres. Están cambiando los sistemas tradicionales familiares y la autoridad patriarcal va perdiendo autoridad y poder de decisión sobre la vida de las mujeres rurales. Las jóvenes ahora toman la decisión de migrar sin el consentimiento de sus padres y hay ejemplos en las comunidades choles y tseltales que prefieren asumir los riesgos de salir del núcleo familiar y comunitario antes que aceptar las costumbres y tradiciones que se les imponen; por ejemplo, las reglas de matrimonio que las obligan a aceptar los arreglos entre familias; la opción, como estrategia de supervivencia y expresión de rebeldía ante la familia tradicional indígena, es migrar a las ciudades medias y contratarse como empleadas domésticas.

Capítulo 3. Narrativas de movilidad y procesos migratorios

En este último apartado me interesa finalizar con una reflexión sobre las narrativas de movilidad que los individuos construyen antes, durante y después del periplo migratorio. Incluyo doce narrativas de movilidad o relatos de personas que migraron o continúan haciéndolo con los contingentes de jornaleros agrícolas hasta el noroeste de México. Los testimonios expresan diversos motivos que orillaron a los sujetos a desplazarse de sus comunidades de origen a espacios distantes y diferentes como son los campos agrícolas de Sonora.

Para empezar, sostengo que toda persona que fue o es migrante en el curso de su vida tiene algo que contar sobre viajes y travesías. Porque migrar no solo supone el movimiento; también involucra pérdidas y ganancias. Toda persona cuenta en primera instancia con su cuerpo como objeto principal del movimiento, acostumbrada a girar en la órbita de su cultura; sin embargo, los procesos migratorios obligan a ampliar esa esfera y crear elipsis con relación a sus propias narraciones y dimensiones culturales.

Ningún migrante es una hoja suelta de un libro en blanco; por el contrario, lleva cargando sobre su espalda, además de la mochila con sus pertenencias, un almanaque o compendio de saberes, valores, creencias y una visión del mundo. Con base en estos componentes se posiciona ante sí mismo, ante el mundo que lo rodea y ante otros individuos que lo conforman. Los migrantes, en tanto sujetos sociales pertenecientes a una sociedad y a una

cultura, construyen procesualmente narrativas para explicarse su vida, la vida de otros y las interacciones con ellos, e interpretan los significados que subyacen en las narrativas.

Así, toda persona migrante se enfrenta a dos retos personales en el proceso migratorio: el primero es adaptarse a las nuevas circunstancias del universo social al que llega. Eso significa rehacer su vida o acomodarla a nuevas situaciones, desafíos, exigencias y, por lo tanto, reinventarse sin dejar de ser él mismo. El otro reto es experimentar y dejar que la experiencia molde su carácter y memorizar las impresiones y prácticas que acarrear cambios en su vida.

Las experiencias de estos sujetos son expresadas en narrativas o relatos de vida que describen la realidad social. Al contarlas asignan subjetivamente nuevos significados a las causas de movilidad, a los esfuerzos y retos personales de enfrentarse a nuevas situaciones. Pero es también la oportunidad de reflexionar sobre cuánto ganó y lo que perdió en el ciclo, y cómo es su retorno al lugar de origen. Por lo tanto, nos permiten entender la construcción de estas subjetividades y las prácticas en relación con los discursos, las ideas, la creatividad y la imaginación.

Los testimonios proceden de entrevistas a profundidad, método etnográfico utilizado durante todo el proceso de investigación; diálogos que, con la ayuda del método mayéutico, permitieron ir tejiendo un discurso autorreflexivo. El objetivo era desafiar, cuestionar y forzar a los sujetos a meditar sobre sus decisiones y sus prácticas.

Estas narrativas revelan el amplio abanico de las representaciones subjetivas de los migrantes, su perspectiva *emic*, a través de la elaboración y enunciación de sus relatos o historias de vida personales. Podemos dilucidar sus prácticas culturales como un sistema de significados y experiencias porque cada sujeto social es un mundo de reelaboración de significados, pero compartidos con otros. Es decir, interpretar a fondo los significados de las narrativas personales proporciona las claves para comprender la liga entre las acciones individuales y las colectivas.

Manuel: no soy pollero ni tampoco coyote

Manuel es un hombre alto, de compleción robusta, que rompe con el estereotipo del indígena chiapaneco. Los años de rudo trabajo se le notan en las manos callosas y en la piel morena tostada por el intenso sol y el viento helado del norte. Ha trabajado por muchos años en los campos agrícolas de Sonora y Baja California, en la cosecha de pepinos, tomates, calabazas, espárragos y de frutales como uvas, sandía y melón. Incluso ha colaborado en las maquiladoras de Tijuana, pero como él dice: «prefiero el trabajo del campo; es más pesado, pero estoy acostumbrado; desde niño he trabajado en el campo; es que en las maquilas se me dificulta, como que veo más pesado el trabajo».

Él es el *bankilal* ('hermano mayor' en tsetal) de su familia de origen, compuesta por ocho hermanos: cinco mujeres y tres hombres. Su padre falleció en circunstancias extrañas: una mañana salió a trabajar muy temprano al campo y jamás regresó con su familia. A falta de esa figura paterna, él tomó el rol de patriarca y proveedor económico familiar. Recuerda que empezó a migrar a la edad de 14 años. Su familia era muy pobre y los familiares de su padre los despojaron de la escasa tierra que tenían. Así, la necesidad lo obligó a salir, porque solo comían una vez al día y nunca alcanzaba para comprar ropa, medicinas y cubrir otras necesidades de la familia. Afirma que la necesidad obliga a mover hasta a los más tontos y sin estudios.

Él es el ejemplo vivo de sus reflexiones personales, pues atestigua que abandonó la escuela en el momento en que faltó su padre. Escribe y lee lo suficiente para plasmar su firma y hace cálculos básicos como registrar las horas laboradas y el volumen cosechado por cada uno de los integrantes de las cuadrillas en los campos agrícolas. Cualquier error de registro se refleja en los salarios de los jornaleros y, por lo mismo, en conflictos con los cuadrilleros.

Ahora tiene 65 años, pero aparenta muchos más. Afirma que a su edad todavía tiene fuerzas para trabajar en los campos agrícolas de Sonora. Recuerda que fue uno de los pioneros en migrar al norte, cuando nadie de su comunidad se aventuraba a ir en busca de trabajo a aquellos estados. Migró con los primeros contingentes de trabajadores chiapanecos contratados por

un enganchador de San Juan Chamula, municipio de los Altos de Chiapas, a principios de los ochenta. Durante sus constantes viajes a los campos agrícolas del norte aprendió a moverse con independencia y autonomía con respecto a los enganchadores chamulas. Eso sucedió a finales de los años ochenta:

Ya conozco todo, pues, allí, no se me dificulta mucho, porque ya lo sé dónde es, a dónde ir. Antes trabajaba yo en Tijuana, conozco toda la fronteriza, todos los estados del norte. En caso si no me conviene la paga, pues busco otro jale, porque allá se consigue rápido, hay muchas fábricas y se necesita siempre mucha gente en los campos agrícolas. Hay contratistas muy abusivos, se quedan con parte de los salarios de la gente, por eso me decidí a buscarle por otros campos... ¡el jale!

Su lengua materna es el tseltal, habla la variante de Bachajón, municipio de Chilón. Su español chiapaneco le permite mantener una conversación adecuada y funcional para comunicarse con el mundo mestizo con el que tiene que negociar. Dice que aprendió a hablar español en sus tantos viajes a la frontera norte. En ocasiones farfulla para explicar las experiencias de su vida laboral y su constante periplo migratorio. Pero su memoria es fresca y ejemplifica con detalles y anécdotas su peregrinar en diversos campos agrícolas y su breve incursión por las maquiladoras.

Ahora pasa más tiempo en su comunidad labrando las tierras de su rancho en las montañas del municipio de Chilón. Se dedica más a su milpa y al frijol. Incluso ha resembrado dos hectáreas de café catimor, porque las viejas plantaciones de arábica se secaron completamente debido a la plaga de la roya. Con un dejo de lamento indica que todos los arbolitos se murieron, no quedó ni uno solo, por eso decidió tumbar todo, prenderle fuego y hacer milpa para matar la plaga. Ahora se ausenta por periodos cortos, una vez al año viaja a la frontera norte cuando tiene que cumplir algún contrato apalabrado. Desde hace ya ocho años sus hijos mayores poco a poco se han encargado de organizar la logística de contratación y traslado de los jornaleros a Sonora.

Responde a mis preguntas con voz pausada y sin insistirle mucho relata el origen de su rol como intermediario laboral indígena. Recuerda que comenzó a llevar a «los compañeros tseltaleros» a los «ranchos hortícolas», cuando en uno de sus tantos viajes conoció a un «ingeniero» del norte que le propuso traer trabajadores de la selva lacandona. El ingeniero le ofreció un pago extra y garantías de enviarle autobuses con la condición de que estuvieran completamente llenos.

El ofrecimiento de ganancias extras y el cambio del rol tradicional de jornalero al estatus de intermediario laboral era la oportunidad que buscaba años atrás, cuando observaba que los enganchadores chamulas tenían a su cargo a los jornaleros y se rumoraba que recibían un pago extra por cada trabajador puesto en el campo. Dirigir, coordinar y dar órdenes a sus compañeros tseltales lo colocaba en una posición ventajosa, pero también exigía más responsabilidad. Además, había la promesa de ganar más si aseguraba traer gente cada año para los diferentes cultivos como calabaza, tomate y pepino, que en esos años empezaban a crecer en extensión y demandaban gran cantidad de fuerza de trabajo.

En los años noventa no había celulares. Manuel tenía que ir hasta la caseta telefónica de Ocosingo para comunicarse con los contratistas. Eso dificultaba la logística de transporte con los responsables de enviar los autobuses a Chiapas y retrasaba el arribo de los trabajadores a los campos agrícolas. Ahora es mucho más fácil hablar por celular con los ingenieros de las empresas. La comunicación es expedita con los transportistas y fluye más rápido la información entre los contratistas. El manejo de las redes sociales digitales le permite estar al pendiente del WhatsApp y enviar mensajes de voz a sus interlocutores de las comunidades vecinas, para informales de las fechas programadas de salida de los autobuses, anunciarles de último momento el cambio de lugar de salida o las fallas mecánicas durante el viaje, o cualquier otro imponderable durante la ruta al norte.

Recuerda que en los años noventa, cuando él empezó a llevar los primeros contingentes de trabajadores, no había problemas con las autoridades migratorias (INM). Transportar trabajadores, fueran mexicanos o

centroamericanos, era un negocio seguro y fácil. Había mucha demanda de parte de los empleadores y siempre estaban agradecidos de que les trajeran trabajadores en cantidades suficientes para sus campos. Pero a medida que los empresarios agrícolas exigían más mano de obra, era necesario traerla de lugares cada vez más distantes e incluso de otros países de Centroamérica. Sus socios y operadores locales enganchaban en la frontera sur a centroamericanos que buscaban trabajo del lado mexicano. Muchos de ellos provenían de Guatemala o de otros países más al sur. Él no conocía y no le interesaba saber o preguntar de dónde venían los individuos enganchados. Resulta que los centroamericanos no son muy diferentes del conjunto de los trabajadores chiapanecos que viven en la selva de Ocosingo, aunque hablan otros «dialectos», porque entre ellos, los «tseltaleros», se comunican siempre en lengua tseltal, y con los otros solo podía comunicarse en español; además, no entendía «los dialectos» que hablaban entre ellos.

Había, y sigue habiendo una composición multiétnica en estos contingentes de trabajadores agrícolas. Diferencias que se diluyen al subir a los autobuses, pero que se restablecen en los campos agrícolas de las empresas, porque los separan en las barracas por origen étnico, tratando de no mezclar a los trabajadores que no hablan la misma lengua o que no son originarios del mismo lugar. Los intermediarios laborales indígenas tseltales cumplen el rol de cuadrilleros sobre los jornaleros guatemaltecos, entre los otros provenientes del sur. Antes las autoridades migratorias mexicanas no revisaban a los trabajadores que iban en los autobuses; los trabajadores centroamericanos podían pasar inadvertidos ante los ojos de los agentes. No les exigían papeles o documentos oficiales que acreditaran su identidad y nacionalidad.¹

¹ A principios del año 2000 la política migratoria y la gestión de la migración indocumentada adoptaron nuevas formas de control y deportación. Las rutas tradicionales se modificaron, y con ello se vieron afectadas las redes de intermediarios. Ocasionaron competencias internas por el control de las nuevas rutas a lo largo del Pacífico y del Golfo de México. El objetivo de las políticas migratorias no solo era controlar el tránsito de trabajadores internacionales, sino gestionar y administrar los flujos de estos. La violencia estructural se hace patente desde el momento en que los migrantes son enganchados por los intermediarios laborales hasta que llegan a los campos agrícolas, y persiste incluso en el retorno a sus comunidades de origen.

Manuel comenta que ahora los migrantes centroamericanos vienen en caravanas que caminan a lo largo del territorio de México, como puede verse en los noticieros televisivos, y aunque son víctimas de abusos y robos seguirán haciéndolo porque son gente muy pobre que necesita trabajo. Siempre hay quienes se arriesgan a ir en los autobuses junto con los trabajadores chiapanecos. Tanto así que en noviembre de 2017, en los autobuses que iban a la cosecha de tomate y calabaza, un intermediario de Ocosingo enganchó a 20 hombres de Centroamérica y consiguió actas de nacimiento y credenciales de elector falsas para «comprobar» su identidad. Manuel lo relata así:

Hay muchos compañeros que se quedan a medio camino; el otro día [en noviembre de 2017] llevaron 20 [personas], pero no son de acá, son de otro país. Pero como se van, pues, por necesidad; son de Guatemala; se dan cuenta los encargados; se trata de ayudarlos. Pero como allá hay [agentes] de migración en medio camino, empiezan a hacer cola [los autobuses] y allí sí tenemos un poco de documentos, pues nos checan, nos hacen la[s] pregunta[s], porque hay diferencia en nuestra voz, allí es donde nos van a calar. Les decimos que hablen en dialecto para engañar a la migra, pero hay unos que se ponen nerviosos y de plano se apen-dejan... ¡Sí, migración nos para el autobús!, aquí, saliendo de Ocosingo [con dirección a Villahermosa]. El primer control es en Palenque. Antes no había en Palenque, sino hasta Villahermosa. Pero fíjate que hay una aduana, como ya están mejorando los controles, allí nomás los bajan en lugar de que ir allá [en Sonora], allí nomás se quedan... ¡Sí, los bajan a todos y revisan sus mochilas, checan bien sus papeles! Hay una casa especial allá en Palenque, se pasa el SOMEX y allí en medio de la carretera está la casa, allí se van a revisar, pero se nota, pues, en nuestro rostro, tanto en la forma de platicar y allí les hacen las preguntas, pero en caso de responder bien no hay problema..., pero sí se nota, pues, porque hay muchos compañeros que con temor responden con su palabra.

Subraya que los contratistas han aprendido mañas y acumulado experiencias en el ir y venir con los autobuses ocupados por trabajadores agrícolas. Saben cómo burlar o esquivar los puntos de revisión y control migratorio.

En algunos casos pueden corromper a los agentes mediante la respectiva cuota para que le den el paso libre a los contingentes migratorios. Muchos migrantes centroamericanos, a pesar de las peripecias y obstáculos en el viaje, logran llegar a la frontera norte. Algunos logran cruzarla y otros tantos son detenidos en el intento por la *Border Patrol*; así lo señala Manuel:

Pero, en cambio acá por [el] norte, si un guatemalteco quiere cruzar tiene que buscar a otro que lo ayude; si no, allí nomás se regresa con el autobús, hasta la mera fronteriza. Si los agarran la migra gringa, parece que los van a llevar hasta [la Ciudad de] México, no sé si los llevan en avión o no sé cómo los van a llevar, de allí los regresan pues a Guatemala de donde son ellos. Pero allí les dan alimento [en el centro de reclusión migratoria], los tienen encerrados por meses hasta cuando se junta pues toda la gente. Por ejemplo, si uno se encuentra a cinco o seis [guatemaltecos] allí dentro del autobús nos los llevamos, pagan su cuota, allí mismo. Pero si los agarran ya no es nuestra cosa. Los llevan a una casa con una reja, donde van juntando a la gente que pepenan en los camiones, en caso de que se junta 40 o 50 ya lo traen para la frontera sur.

En todo caso, él como todos los contratistas laborales chiapanecos sabe que la demanda de trabajadores agrícolas no decrece; por el contrario, en los últimos años se exige contratar más gente para completar las cuotas exigidas por los empresarios agrícolas. Es así como los intermediarios laborales indígenas chiapanecos se colocan como el gozne entre la migración interna e internacional; gestionan el tránsito y flujo itinerante de migrantes provenientes del sur de México y de Centroamérica.

Manuel reconoce que hoy es más difícil burlar los controles migratorios, pues ya no basta con la corrupción de la institución migratoria y la corporación policiaca, que exigen mayores cuotas para permitir el paso libre de los trabajadores. Ahora deben tener más cuidado de no enganchar a trabajadores centroamericanos, pues corren el riesgo de ser acusados por tráfico humano y caer presos en algún viaje. A Manuel le avisaron que un intermediario o pollero de Ocosingo, por transportar centroamericanos, fue aprehendido en

un puesto de control migratorio, acusado de tráfico de personas. Al respecto compartió:

Hay uno de Ocosingo que está o estaba trabajando así, porque lo agarraron, como te digo, como pollero, *porque acá* [en la frontera sur] *se dice pollero, allá* [en la del norte] *se dice coyote*. Bueno, ese cabrón, ¿sabes?, que les dice... ¡ahorita te voy a llevar hasta allá [a la frontera norte]!... pero ¿qué pasa?, son mentiras nada más, les pide dinero a los pobres guatemaltecos. Llega el autobús como si fuera de él, pero no es de él, nada más hace el contacto con el encargado [intermediario laboral mestizo]. Le dice el pollero: —Tengo cinco, diez gentes, llévalos hasta allá. Ahora, el encargado no sabe, ¡cómo va a saber si está solicitando más gente, pues!... Le dice si tiene diez gentes, le da las gracias, trae otras más, pero sin que le va a preguntar si son de aquí o de allá del otro lado de la frontera [sur], si es de mexicano o no es de mexicano, no les pregunta nada, pues. Bueno, hay encargados que no checan, hay otros encargados que ya son expertos, ya conocen, pues, porque en medio camino no se lleva completa, pues, la gente, eso es pérdida. Exactamente, porque el que les manda el camión nos pregunta si ya está completa la gente; si nos dice que ya está completo, pues ya puede salir y de allí sale el camión completo.

Hay diferencias semánticas importantes a destacar en el uso de las categorías subjetivas entre los intermediarios laborales tradicionales y los contratistas del norte. Los intermediarios laborales culturales no se autodefinen como «polleros»; según la noción de Manuel, los «polleros» son aquellas personas que contratan o enganchan migrantes centroamericanos y los mezclan con los jornaleros agrícolas tseltales o choles.

Manuel asegura que él y los cuadrilleros comparten el mismo origen de todos los jornaleros; se consideran asimismo como parte del pueblo y según él tienen las siguientes características: residen en una comunidad indígena; mantienen su arraigo en la propiedad de la tierra; comparten rasgos identitarios y usan su lengua vernácula (tseltal, chol o tsotsil) como recurso de resistencia cultural y como único medio de comunicación en la red social a

la que pertenecen; comparten valores y creencias con respecto a su posición social y su origen campesino; se autoperciben como pobres y explotados por los patrones del norte; legitiman sus acciones con base en sus relaciones de parentesco, compadrazgo, amistad, vecindad y paisanaje; forman parte de una comunidad de creyentes religiosos (las diferencias entre los católicos tradicionales y los evangélicos protestantes se diluyen en los campos agrícolas de Sonora); estos rasgos se integran en una identidad compartida que los cobija bajo relaciones de reciprocidad.

Manuel relata que cuando era cuadrillero siempre fue responsable de cuidar y procurar el bien de su cuadrilla; negociaba las mejores condiciones de vida en los albergues: limpieza, agua potable y alimentos suficientes para todos. Cuando una persona se encarga de buscar 20 o 40 jornaleros en su comunidad, la obligación de los encargados es nombrarlo cuadrillero; eso apun-tala la confianza para futuros viajes y asegura el interés de seguir manteniendo un grupo de jornaleros activos y cautivos. El cuadrillero conoce el origen y la vida de cada uno de los integrantes de la cuadrilla; sabe quiénes son, cuáles son sus vicios, si les gusta consumir alcohol u otras drogas; cómo se comportan con la autoridad y si acatan bien las órdenes y las instrucciones en los procesos de producción. Cualquier miembro de la cuadrilla que no se adapte a los requerimientos y ritmos de trabajo en el campo agrícola fijados por el cuadrillero será obligado a descansar uno o más días; y aquellos que incurran en prácticas que dañen el trabajo cooperativo de la cuadrilla o en un comportamiento reiteradamente conflictivo serán expulsados del campo agrícola; en estos casos tendrán que buscar sus propios medios para retornar a su comunidad o buscar trabajo en otro sitio.

Los jornaleros aceptan al cuadrillero como su único interlocutor, figura de autoridad y de apoyo. Lo ven como la única persona sensible y con capacidad para escuchar sus demandas y solucionar sus peticiones y problemas en caso de sufrir enfermedades o accidentes durante el trabajo, como acota Manuel:

Sí, fijate. Un encargado sabe que si lleva 20 o 40 gentes es su cuadrilla y va a quedar como cuadrillero. A él le van a decir todo lo que [a] ellos les pase: cómo se

sienten en el albergue, si la comida es buena o no les gusta, cómo es el trabajo. Queda responsable de los 40, en caso si les ocurre algo de accidente o de enfermedad él tiene el cargo de enviarlos al seguro médico, tiene facultad, pues, de ver su gente, porque son su gente, pues. En caso de accidente los llevan al hospital del IMSS, pero hay muchos que ya no regresan, pobrecitos, se mueren allí en los campos, porque yo lo he visto.

Las cuadrillas están compuestas por familiares (hermanos, primos y sobrinos entre otros parientes), vecinos o simplemente paisanos de la misma comunidad de origen. Comparten lazos de afinidad que perduran más allá del proceso de migración. Por lo general, el viaje al norte se percibe como un periodo de aventura entre los jóvenes y afianza lazos de amistad y sentimientos de pertenecer a un grupo de *kermanos* (en lengua tseltal significa 'hermanos'), compañeros de jale dentro y fuera de los campos agrícolas.

Los jornaleros jóvenes ven en el viaje al norte un paso de iniciación que marca el principio de su vida laboral: la independencia y la contribución económica a sus familias; pero también es una manifestación de rebeldía frente a las estructuras de poder y autoridad patriarcales. Durante el periodo migratorio muchos de ellos no acatan los reglamentos internos impuestos por los ingenieros en los campos agrícolas o por los encargados de los albergues. Manuel se detiene a comentar que los jóvenes de ahora son más rebeldes que antes; que muchos no quieren aceptar las instrucciones y las indicaciones de las prácticas agrícolas empresariales; otros hacen caso omiso de dichos reglamentos y obstaculizan el orden y la disciplina dentro de los albergues, como indica Manuel:

Muchos no obedecen los reglamentos, porque cada campo tiene reglamentos, pues. Llegando te aplican el reglamento, no sé cuántos reglamentos hay, en cada campo varía; pero por lo general, se prohíbe tomar [alcohol], se prohíbe salir de la malla [perimetral del albergue], porque allá está cada campo rodeado, tiene barda pues, un enmallado alrededor. Hay muchos compas que cruzan el desierto y van a ir a otro campo, porque corren mucha gente allá, viene otro a buscar chamba, pero es

que lo que consumen, pues, el mero mero guarumo [mariguana]. Pero hay muchos, pues, que se quedan tirados en el desierto, los encuentran muertos o los matan allí mismo.

El acceso a un salario implica que muchos jóvenes tienen la oportunidad de comprar y consumir productos que usualmente no pueden adquirir en su comunidad. Uno de los más solicitados es el alcohol, además de otras drogas como la mariguana. Manuel desenmascara que los viajes al norte abren a los jóvenes distintas posibilidades no solo de recibir un salario, que por ello migran, sino que muchos quieren ver el mundo, probar suerte, aventurarse más allá de los límites de su comunidad. La logística y organización de los viajes les proporciona la posibilidad de estar en otros estados del país. Tienen garantizado el traslado en grupo y la seguridad del hospedaje y la alimentación en los albergues, pero también hay riesgos, no para todos, pero sí para los más aventureros, rebeldes o intrépidos que, sin importar los desafíos y los peligros de estar en ambientes desconocidos y hostiles, experimentan una alta vulnerabilidad por su condición étnica, de género, origen social, posición económica e incluso «racial». Son propensos a sufrir accidentes y a ser violentados por personas ajenas o incluso de sus propios grupos:

Se salen a comprar su producto los que consumen alcohol; consumen mariguana y salen a comprar drogas. Hay gente que tiene vicio de fumar o de tomar [alcohol] y no hacen caso de los reglamentos de cada campo, pues de todos modos se salen. Hay algunos que les pasa algo, los asaltan, lo asesinan, allí los matan. Pero cuando uno se queda tirado en el desierto ya no corresponde a la empresa, porque ya sale de su territorio, no se hace responsable. Ahora si pasa algo dentro de campo de cultivo, dentro del área del albergue, pues allí sí; pero cuando uno tiene sus compañeros que lo cuidan, cuando sepa la suerte dónde lo van a tirar el cadáver. Así como nosotros, pues... hay unos que los queman, otros los desaparecen... otros compañeros, tu amigo, tu conocido reclama con el jefe... sabes que es mi familiar, mi amigo, mi conocido, ayúdele... los jefes dicen: ¡no!, sabe la ley, se le aplica el reglamento, si la persona no respeta, él se lo busca.

Ha sucedido —continúa comentando— que algunos mueren durante su estancia en los campos agrícolas. La mayoría de las defunciones suceden por indisciplina, desobediencia y rebeldía. En los campos agrícolas los jornaleros no solo generan riqueza para las empresas, sino que ellos mismos son una fuente de riqueza, un sector con posibilidades de consumir cualquier producto, incluidas las sustancias ilícitas.

Así también Manuel relata que muchos jóvenes no quieren trabajar la milpa como lo hacían sus padres antes. El trabajo del campesino es duro, exige esfuerzo, sacrificios y dedicación. Pero ahora prefieren ganar dinero, comprar el maíz en la tienda DICONSA, en lugar de producirlo en su tierra. Quieren tener celulares, una televisión, modulares para escuchar música, tomar fotos, subirlas al Facebook o enviarlas por WhatsApp. Manuel sabe que existe el internet, no entiende cómo y para qué funciona, pero está al corriente de que sirve para comunicarse con familiares; que todos los jornaleros tienen algún familiar que reside en una ciudad; que las familias tseltales de su comunidad ahora tienen más posibilidades de recibir dinero del gobierno si tienen hijos; y que los jornaleros que ahorran gastan el dinero en su comunidad.

El entrevistado farfulla que hay incluso quienes prefieren vivir en los campos agrícolas «rodando como piedras», de un campo a otro, porque trabajo siempre hay. Cuando se acaba la cosecha de tomate, empieza la de calabaza, y si no, la de melón y sandía; después viene la del espárrago; les sigue la de uva y kabocha (calabaza japonesa); siempre se necesitan muchos brazos. Los que deciden quedarse gastan sus ganancias en bebida, en los bares o con sexoservidoras. Desperdician sus vidas por un rato de diversión. Con un gesto irónico comenta que sus compañeros no saben usar bien el dinero, y que tal vez el destino de muchos es trabajar de jornaleros toda su vida.

Los campos de hortalizas y frutas de las agroempresas representan la interminable cadena de alimentos del sistema global de consumo. La agricultura industrial es el reverso de la agricultura campesina. Manuel lo comprende claramente; todos los productos que cosechan se van al mercado extranjero, pues hay una gran demanda de hortalizas y frutas frescas y de alta calidad. Recuerda que antes había «ranchos hortícolas pequeños» y el trato era directo

con los auténticos dueños; en los últimos años eso cambió, ya no saben para quiénes trabajan, quiénes son los dueños, solo tienen trato con los encargados de los campos, con «los ingenieros» y «los campereros» o los encargados de los albergues. Los campos agrícolas representan el complejo universo de empresas con amplias extensiones de tierra.

Bueno, pues allá en Sonora hay muchos campos. Parece que en Sonora hay más de 400 empresas, puros productos de cultivo, puras hortalizas y frutas, pero grandes cultivos. Pero como ellos [los empresarios] están registrados, están legalizados, pues, todo el producto que cosechan acá se manda a otro país, a Estados Unidos; lo mandan por barco, por tren o tráiler a llevarlo hasta allá. Donde más se saca es la kabocha, es muy demandada en China; la kabocha únicamente es lo más caro, pues, de lo que trabajan. Es una calabaza, pero está sabrosa para consumir también, pero no se tienen fábricas donde lo pueden moler, y cuando ya está podrido esa calabaza trae mal olor, pero como que nos mata, pues, el mal olor que trae; por eso la necesitan allá, pues, por eso, pues. Yo veo la noticia de allá, qué pasa en China, son más cabrones, pues, lo usan para hacer bombas. Las hortalizas y frutas de buena calidad se van a norte; lo malo, la resaca, se queda aquí en México.

Manuel dice que las empresas necesitan gente como él. Primero tuvo que ganar la confianza de los contratistas sonorenses y «los ingenieros» de los campos. Trabajó en muchos campos agrícolas como jornalero antes de llevar a su primer contingente de trabajadores. Recuerda que pidió el favor a unos contratistas de Sonora de que le concedieran un camión para transportar a su gente desde Chiapas. Como todo salió bien y cumplió los contratos, repitió al año siguiente y así sucesivamente lleva muchos años trabajando de esta forma.

O sea que si una persona ya lleva muchos años trabajando con esa empresa ya le dan confianza y saben que llega y habla con el ingeniero... ¿sabe... qué?... ¿nos puede hacer el favor de darme un camión para traerte gente de Chiapas?... ¡hasta acá! —le dicen, y ya le dan el camión y ya se encarga uno de buscar la gente y de

cargar todo el camión. Entonces se hace negocio, cuánto le van a dar a uno por la gente (por cada persona) que va a llevar. Si termina su contrato le dan el dinero.

Los tratos con las empresas no siempre son justos y transparentes. Manuel ha tenido problemas con algunos intermediarios o encargados de los campos que incumplen con los contratos, no respetan los reglamentos que ellos mismos han impuesto a los intermediarios laborales. A falta de sindicatos que defiendan los derechos de los jornaleros por incumplimiento o maltrato recibido, las empresas agrícolas crean estrategias coercitivas para obligar a los intermediarios a convencer a los jornaleros agrícolas de permanecer el mayor tiempo posible en los campos laborando por salarios míseros.

Los contratos son arreglos orales; no existen contratos escritos; se basan en acuerdos personales entre sujetos económicos, respaldados en una transacción simbólica entre el intermediario laboral indígena y el contratista sonorense. Usualmente se negocia por tres meses, dependiendo del tipo de cultivo que se vaya a cosechar; pero sucede que una vez que arriban a los campos agrícolas, las empresas extienden el tiempo de residencia de los jornaleros hasta por ocho o nueve meses, incluso hay quienes han permanecido hasta un año, sin posibilidades de regresar a su comunidad.

En estos casos entra en acción el intermediario laboral indígena, como explica Manuel, a quien le toca resolverlos, tratar de convencer a sus paisanos de quedarse utilizando todos los artilugios que ha aprendido en los años de experiencia acumulada. En última instancia les advierte que los camiones no los van a llevar de regreso, que el que quiera salir del campo pues tiene todo su derecho, pero que entonces tendrá que pagar su pasaje desde Sonora hasta Chiapas. Él calcula que cuesta a lo máximo cinco o seis mil pesos. Pero también sabe que por eso los albergues están ubicados fuera de las ciudades, a campo abierto: no es fácil para los jornaleros salir caminando a buscar la terminal de autobuses, y si aun así lo intentan, tendrán que caminar muchos kilómetros en el desierto para llegar a la ciudad más próxima. Muchos no saben dónde están y dónde queda la ciudad más cercana. Porque los camiones los trasladan directo desde Chiapas a los albergues de las empresas agrícolas,

y a su llegada es prácticamente imposible escapar de los puestos de vigilancia. No se les proporciona información más que la que necesitan para la cosecha; ni siquiera conocen el nombre de la empresa ni del lugar en el que trabajan.

Son pocos los jornaleros que se arriesgan a cruzar el desierto durante el día. El calor es infernal. Por la noche la temperatura baja hasta cero grados. Además, está el peligro latente de la mordedura de las víboras de cascabel que abundan en los montes. Por otro lado, no quieren invertir el poco dinero que tienen en el boleto de regreso a su colonia o comunidad. Mejor esperan y exigen que los autobuses los lleven de vuelta a donde los levantaron para ir a trabajar. Los salarios que reciben no alcanzan para pagar los pasajes, porque la gran mayoría no tiene ahorros suficientes para costearlos. Aunque es un hecho que los salarios han mejorado con respecto a los años anteriores. Manuel recuerda que antes les pagaban muy poco, por eso mismo se arriesgó a colocarse primero como cuadrillero y pedir el favor a los contratistas sonorenses de concederle el camión y transportar a sus paisanos chiapanecos; ahora los salarios están mejor que antes, aunque:

Depende de la empresa, le están dando como... ¿cuánto?... antes cuando yo empecé era poquito, pero ahorita como que ya está a 170 pesos el salario formal [por día]. Pero ahorita sé que los que salieron antes se fueron a la siembra de los cultivos, les dan por tareas. Si le echas ganas pues ganas más, es por avance, te dan como tres líneas de tarea, si sacas eso temprano, agarras otra línea. ¿Cómo cuánto mide una línea?... como de 100 [metros] de largo, 100 [metros] cuadrados, cada 100 [metros] cuadrados le corresponde a un jornalero, tienen el cultivo por tableros. Pero depende el cultivo, no todo es igual. La semilla se siembra a mano, depende, hay algunos que lo siembran por semilla o si no por mata, son como dedos, la empresa compra la [semilla] así por cajas, ya la vas sembrando, como te indica el cuadrillero.

El trabajo en los campos agrícolas no siempre está asegurado, ni siquiera durante el tiempo señalado por los contratos. Hay días en que no hay actividades, y en esos casos los intermediarios tienen que coordinarse con los

cuadrilleros para indicarles a los cortadores cuándo empieza y cuándo termina la jornada de trabajo; les marcan los ritmos de descanso y los de intensidad. Los cuadrilleros saben que la inactividad es motivo de conflictos, pues deben trabajar rudo para obtener su salario, pero también deben mantenerlos pasivos en lo albergues.

El cuadrillero se organiza con su gente. A él le avisan a qué hora entran a trabajar, a qué hora salen, a qué hora sirven la comida, cuándo van a descansar, para que él, en la víspera, le informe a su gente si al día siguiente habrá o no trabajo, para que en caso negativo no se levanten tan temprano ni se alisten en vano.

Las jornadas y el salario son convenidos cada día entre los intermediarios y los ingenieros de los campos. Normalmente las jornadas se dividen en dos tiempos. El primero empieza a las siete de la mañana y termina a las cuatro de la tarde. El salario puede ser una cantidad fija previamente acordada por las ocho o nueve horas de trabajo. El segundo tiempo se denomina el tiempo extra o la tardeada; es el remanente que necesitan las empresas para ampliar los márgenes de ganancia: empiezan a las tres o cuatro de la tarde y terminan a la seis o siete de la noche o más tarde si es posible. Depende de si la cuadrilla soporta o no las condiciones, el ritmo y las exigencias de la jornada de trabajo. Manuel explica que las mismas cuadrillas exigen horas extras porque se pagan mejor y son un complemento de su salario base:

Ya es un poco más de salario, antes parece que estaban pagando 20 o 30 pesos por hora extra; pero depende si es por día, te pagan por hora; ahora si es por tarea, pues depende de cuántos cuadros hagan las cuadrillas, cómo es el avance. Hay algunos que hacen dos tareas. O sea, el cuadrillero dice si va a ser por tarea o por día, depende el rendimiento de la gente [de la cuadrilla], si ven que les están rindiendo, pues ya pide la gente por tarea.

El trabajo a destajo o por tarea enmascara una forma de explotación laboral: la rutina de convencimiento-consentimiento de los propios jornaleros para exigirse mayor vigor, rapidez y disciplina. La ideología de ganar más ha

penetrado en sus vidas, al grado de exigir la ampliación de los horarios de trabajo como la única forma de sentir que vale la pena esforzarse y trabajar con rudeza. Valoran las ganancias extra como la autoafirmación que da sentido a sus vidas de migrantes.

A los jornaleros les conviene por tarea, porque ganan más; por ejemplo, si están ganando 150 pesos el día a día, saca una tarea son 150 [pesos] y agarra otra tarea por otros 150 [pesos], ya son 300 por día, aparte su salario del primer tiempo unos 170 pesos. Entre 470 o 500 pesos, es lo que está ganando por día, pero eso hay que negociarlo con el intermediario y la empresa, con el ingeniero encargado del cultivo. Las tareas se terminan dependiendo del avance de uno, yo [termino] como en cuatro horas, yo creo, termino una tarea lo más rápido, puedes hacer hasta máximo tres tareas si son chingones o dos completas al día. Depende del avance del jornalero y de la cuadrilla, si todos jalan parejo.

Pero al preguntar a Manuel por qué las empresas contratan a jornaleros chiapanecos, por qué los traen de tan lejos, por qué no buscan a los de Sonora, hace una mueca burlona y afirma con un dejo de orgullo:

Los chiapanecos son más chingones y trabajadores, es lo que dicen allí, son más trabajadores y se concentran más en su trabajo, trabajan bien. Sí, porque allá por Sonora [los jornaleros] no trabajan bien, no es igual como de acá de Chiapas. Es lo que les gusta a los de allá, los [jornaleros] de Sonora trabajan uno o dos días por semana, pero no quieren trabajar, no hay avance en el trabajo. El dueño del campo quiere rendimiento, quiere cosechar antes el producto y es por eso por lo que quieren más gente indígena.

Las empresas no solo tienen control sobre la fuerza de trabajo, sino sobre la oferta. Trasladan trabajadores desde lugares distantes hasta los sitios donde se ubican los campos para garantizar dos procesos. El primero es tener control total sobre los trabajadores y fijar los ritmos de producción de la fuerza laboral, establecer o delimitar los tiempos de la reproducción y el descanso e

incrementar el rendimiento con los tiempos productivos; es una fuerza de trabajo cautiva, asegurada para toda la temporada de cosecha, bajo contratos leoninos. El segundo es mantener los salarios bajos. Los empresarios fijan el tope máximo del jornal, seleccionan a los trabajadores o jornaleros locales para actividades que no alteran los procesos productivos y para no verse afectados en casos de deserción o ausencias; disminuyen los riegos externos en la producción de los cultivos, pues las actividades sustantivas del proceso están protegidas y, por tanto, garantizados el abasto del mercado y las ganancias.

Manuel me ofrece una taza de pozol agrio. La noche empieza a caer y en la penumbra observo su rostro cada vez más difuso. Bebemos en silencio, señal de querer dar por terminada nuestra conversación. De repente sucede un cambio de roles. La curiosidad del entrevistado sale a flote por la presencia de un mestizo que lo interroga sobre su vida, sus creencias y las de los jornaleros de su comunidad. Narrar la historia de su vida lo hace dudar de si lo que ha dicho pudiera perjudicarlo. Le explico que nada de lo que me ha relatado puede dañar su vida y la de sus familiares, pues ni su identidad ni su lugar de residencia serán revelados en ninguna circunstancia. Le explico mi interés en conocer la vida de los jornaleros chiapanecos, mi origen y mi trabajo en la universidad, y aunque hemos conversado la mayor parte en español, la ayuda de un intérprete me ha facilitado la conversación y entrar en su casa; hay una complicidad entre el intérprete y Manuel, pues mi acompañante también fue migrante y parte de los jornaleros de Manuel.

Le pido que sigamos conversando y volverlo a visitar; además de mi solicitud de conocer a su hijo Fidel, quien al parecer se coloca como un reconocido intermediario laboral de la región de las cañadas de Ocosingo. Actualmente varios hijos de Manuel viven en los estados del norte; dos de ellos en San Quintín (Baja California), y otro más en Sonora.

En el rancho de Manuel viven sus hijos Fidel, Pedro y el más pequeño. En el momento de mi visita Fidel se encontraba con un grupo de jornaleros en Sonora. Le dieron la oportunidad o, como dice Manuel, «le hicieron el favor de darle dos camiones» (45 personas por cada camión, en total 90 personas). Subió hace 15 días y no se sabe a ciencia cierta cuándo volverá a casa. Los

hijos de Manuel son los nuevos intermediarios laborales indígenas de su comunidad. Él desea que ellos corrijan los errores que él cometió, que no tengan problemas con la ley y que su experiencia sirva de ejemplo en el futuro.

También justifica que él no es más rico que sus compañeros indígenas de su comunidad, que solo gana para su comida y sus hijos mantienen a sus familias con la paga que obtienen de los viajes. Con sus salarios satisfacen los gastos y las necesidades cotidianas y el propósito no es la acumulación, sino satisfacer las necesidades tanto familiares como de la comunidad, ya que tienen que pagar las cooperaciones que les solicitan:

Quando salgo [al norte] quiero que no tenga necesidad mi familia, quiero que esté contenta y feliz, es mi intención. Porque cuando yo estoy por allá, pues de hecho, nosotros ganamos semanalmente, cada sábado allí está la lanita, porque pues mi esposa, pues tiene necesidad, hay mucha necesidad acá, todo es comprado, jabón, sal, azúcar, aceite. Además, estamos en la comunidad, pues quieren algo de cooperación en la escuela, en el ejido, de todo se coopera, tanto de la carretera como de la energía eléctrica, ¿no?, pues hay muchas cooperaciones en mi comunidad, como que todo el tiempo hay salida de dinero. Por eso, pues me preocupo, pues, por el dinero, si estamos acá [en la comunidad] no hay de dónde sacar el dinero, por eso nos pensaríamos de ir allá, con lo poco que ganamos, pues lo enviamos a la familia, para que se alegre también, pues. No es para juntar más dinero, para comprar lo que cuesta mucho, no, nada más para vivir contento, feliz, nada más para eso. Nada más.

En la televisión veo lo que pasó en San Quintín... Sí, casi una guerra, como la que hubo aquí en '94... hubo paro, siempre veo la tele, la gente hizo motín, están pagando menos de 100, no más de 100, es miseria, no se puede alcanzar para la comida. Pero ahora ya está parejo, ya está nivelado, sí, porque el que tiene cargo, como se llama el contratista, la empresa, les citaron y les sacaron un buen dinero, porque les iban a clausurar. Pero para clausurar una empresa es muy difícil para que se abra, no se sabe cuántos millones se tiene que pagar al gobierno, porque se van por ley. Una vez que trabajaba por Playa del Carmen, allí hay una obra de

hoteleros que estaban levantando allá, no sé qué problemas hubo allí, así como estamos hablando... Se la cerraron. Y para abrirla, no se pudo. Por eso conozco, así como dice usted, allá cuando hubo el motín, pues bien para la gente, porque estaban pagando menos, pues ya no rinde con su familia.

Por último, me solicita que le dé mis datos, mi nombre completo, la dirección y el teléfono de mi trabajo, muestra curiosidad de saber más sobre la UNAM. Quiere visitar San Cristóbal de Las Casas, visitarme en el trabajo. Nos despedimos cordialmente y hago la pregunta obligada, si puedo volver a visitarlo nuevamente y hablar con su hijo mayor, pero presiento que no habrá una próxima vez, que no volverá a recibirme en su casa.

Alonso: de cortador de espárrago a cuadrillero

Alonso es un joven intermediario laboral indígena chol. Nació en una colonia del municipio de Sabanilla. Es el hijo mayor de una familia extensa. Tiene 23 años. Llama la atención su estatura y corpulencia: mide un metro setenta y nueve de altura, sobresale del promedio de talla de sus compañeros choles sabanilleros. Su español es fluido y muestra mucha seguridad en la conversación. Cuando habla de sí mismo tiene mucho aplomo y reflexiona detenidamente antes de responder a mis preguntas. Tengo la impresión de estar hablando con un joven de mayor edad y experiencia.

Me llama la atención su forma de vestir. Lleva pantalones de mezclilla entallados, camisetas de manga larga y trae sobrepuesta una de manga corta, además de sudaderas con capucha con estampados de sus bandas de música nortea preferidas. Calza tenis de la marca Nike. Lleva un pequeño arete en la oreja izquierda y usa una cachucha o gorra beisbolera de color negro con placa metálica. Alonso se viste como el clásico chavo urbano de cualquier gran metrópoli de México. Tiene dos celulares y revisa constantemente el chat del WhatsApp; se mantiene ocupado la mayor parte del tiempo enviando y recibiendo mensajes de voz y texto con sus pares choles. Actualmente está casado

y tiene un hijo pequeño de año y medio de edad. Su esposa es más joven que él, tiene 18 años. Viven en casa de sus padres y con cuatro hermanas más jóvenes que él. Tienen un cuarto para ellos solos, pero comparten la cocina, el baño y el cuarto de la televisión; la vida de la familia transcurre entre la cocina y el solar donde crían aves de corral: gallinas, guajolotes y patos. Por las tardes toda la familia se junta para ver las telenovelas y películas por los canales de televisión satelital, que Alonso paga cada mes.

Se casaron hace tres años a la manera tradicional chol como es la costumbre en su comunidad. No todos los jóvenes choles quieren realizar el ritual de la pedida y el pago de la novia. Realizar bodas tradicionales implica costos para el novio, quien junto con sus padres y padrino debe visitar tres veces a la familia de la novia y entregar diversos regalos. Alonso se inclinó por el ritual por recomendación de sus padres, quienes lo apoyaron y aconsejaron que era mejor realizar la unión de esta forma.

Alonso recuerda que fue una boda muy alegre. Había música y bastante comida y bebida. Se enorgullece de haber matado un cerdo gordo y grande: la carne alcanzó para más de 50 invitados; además, se mataron 20 gallinas. Con satisfacción menciona que toda su familia ayudó en la preparación del evento. Entre los invitados al festejo estaban sus familiares y sus amigos que lo acompañan en sus viajes a los campos agrícolas de Sonora.

Para la pedida de la novia y los gastos de la fiesta tuvo que ahorrar una gran cantidad de dinero. Según su cálculo, se gastaron cerca de 25 mil pesos. Este dinero lo obtuvo de sus múltiples viajes al noroeste de México; representa el ahorro de dos años de trabajo. Junto primero trabajando como jornalero en los campos agrícolas de las empresas que se dedican a la producción de diversas hortalizas. Pero tiempo después subió en la estructura jerárquica de los encadenamientos laborales a cuadrillero. En dos años escaló a responsable de llevar dos camiones y como encargado de supervisar a ocho cuadrilleros con sus respectivas cuadrillas compuestas de doce personas cada una. En síntesis, coordinando diversas actividades de los campos agrícolas de las empresas esparragueras.

Como cuadrillero tuvo la posibilidad de obtener más dinero; aminoró la fatiga corporal, pero aumentaron las responsabilidades en el campo agrícola. Alonso señala un tanto melancólico que aún tiene deudas que pagar y eso lo obliga a seguir buscando gente para llevar a trabajar como jornaleros en los campos agrícolas del noroeste de México. Se ha dedicado y especializado con mayor determinación a los procesos de producción de espárrago para diversas empresas ubicadas en las ciudades de Caborca, Puerto Peñasco y Ciudad Obregón, Sonora.

Se coordina con una compleja red de intermediarios que abarca un amplio territorio entre los municipios de Sabanilla, Tila, Tumbalá, Yajalón, Chilón, Salto de Agua y Palenque. Estos intermediarios se movilizan y actúan en las comunidades indígenas choles más apartadas de las cabeceras municipales, ubicadas en las montañas de la zona norte de Chiapas, trasladando grandes contingentes de trabajadores agrícolas no solo a Sonora, sino a otros estados del noroeste de México.

Alonso y los jornaleros choles o cortadores, como él nombra a sus compañeros de viaje, se han especializado en la cosecha del espárrago. Aunque también han laborado en los campos agrícolas de tomate y calabaza, pero afirma que no le gusta trabajar en las empresas tomateras o de otras hortalizas, porque ha tenido problemas con los intermediarios mestizos y/o encargados. En una ocasión lo contrataron para la cosecha de tomate; tenía a su cargo una cuadrilla de veinte personas. El contrato era por dos semanas y la empresa pagaría 1700 pesos a cada jornalero al finalizar la cosecha. Pero al cabo de dos semanas de trabajo agotador, en condiciones precarias e insalubres en los albergues de la empresa, fueron timados él y toda su cuadrilla al recibir solo la mitad del salario convenido.

Alonso no sabe si echarle la culpa al contratista, a «los ingenieros», a «los camperos» o a la empresa, simplemente le dijeron que habían descontado los costos de alimentación y los servicios de alojamiento (agua y energía eléctrica, pago del *raitero* que los transportaba del albergue al campo agrícola) durante el tiempo que estuvieron viviendo en el albergue. Al carecer de contratos escritos y fiarse solo de arreglos orales con los contratistas no hay posibilidades

de reclamación o de levantar una demanda ante las autoridades competentes. Como él dice: nada se puede hacer, a nadie se le puede culpar, excepto a él por haber aceptado un contrato con la empresa sin tener un conocimiento previo de esta. Pero, como también explica, le sirve de experiencia y la próxima vez no volverán a timarlo a él ni a sus compañeros. Advierte que en los campos agrícolas de Sonora no se puede confiar en los contratistas mestizos si no los conoces de tiempo atrás.

Me explica que dirigir una cuadrilla no es un trabajo muy pesado y complicado cuando se organiza un buen equipo que responde a las órdenes. Los cuadrilleros conocen personalmente a todos los cortadores, saben quiénes son, de qué familia vienen, cómo es su vida en la comunidad; entienden cómo manejarlos y tratarlos tanto fuera como dentro de los campos agrícolas. Alonso señala lo siguiente:

En una cuadrilla tengo que revisar el trabajo cómo va, si va quedando alguien atrás voy a ir a ayudarlo, ayudando a mi cuadrilla, pues, es mi trabajo. Pero entrando como cuadrillero, hay otros trabajos que me pone el encargado, entonces tendría que encargarme de toda la gente, ponerle que le sale mal el trabajo o no están trabajando bien [los cortadores], yo les tengo que llamar la atención, decirles que hagan bien el trabajo.

Pero todo cambia y se complica cuando tiene que coordinar a los cuadrilleros que fungen como eslabones entre el intermediario laboral indígena y los jornaleros agrícolas de las comunidades. Estos actúan como operadores locales de los intermediarios en las comunidades; a través de ellos se engancha a los jornaleros que posteriormente serán trasladados a los campos agrícolas de Sonora. Sin los cuadrilleros no es posible operar localmente la organización de la red de intermediarios en un amplio territorio como es la zona norte de Chiapas.

En la primera vez [como intermediario laboral] me fue bien, hasta los ingenieros me agradecieron, porque hice bien mi trabajo, porque la gente aguantó, hizo bien

su trabajo. De hecho, cuando empecé sí me reclamaron por un par de cosas, por la comida, porque no había trabajo y un chingo de cosas que me reclamaron. Si los que llevé de allí les tuve que pasar a los ingenieros, mis compañeros me reclamaban... que por qué no hay trabajo... —¿Y por qué llaman a la gente si no hay trabajo rápidamente... si nosotros venimos de lejos a ganar dinero y eso? Pero sí nos concedieron el trabajo. Empezamos a trabajar diariamente. Pero la gente no tuvo que mostrar la cara, sino que yo, como yo soy el encargado, yo tuve que pelear por eso. La gente me agradeció, porque yo pude pelear ese trabajo, hice bien el trabajo y quedó agradecida la gente.

Alonso explica que en los contingentes que él lleva cada cuadrillero pertenece a una comunidad indígena y funciona como encargado de difundir la información o las noticias sobre las oportunidades laborales y de conseguir trabajo en la cosecha de un determinado sistema de cultivo. El cuadrillero se encarga de invitar, convencer y enganchar a los trabajadores jóvenes, realiza una lista con los nombres de aquellos que se inscriben para la temporada de cosecha de un cultivo. Informa sobre el tipo de trabajo y el contrato que deberán cumplir en el tiempo acordado con el intermediario laboral indígena, las fechas programadas de salida y el lugar de reunión para abordar el autobús.

El cuadrillero, por orden del intermediario laboral, solicita papeles que acrediten la identidad del jornalero: credencial de elector y si no cuentan con una, el acta de nacimiento o la constancia de vecindad emitida por el agente rural de su comunidad. En algunos casos los familiares, ya sean hermanos o primos, «prestan» actas de nacimiento o credenciales de elector al jornalero que no tiene dichos documentos y es común que, en caso de los menores de edad, se realice esta práctica para acreditar la edad requerida por las empresas (18 años) y poder salir de su comunidad.

Los intermediarios laborales están en constante comunicación con los cuadrilleros —a los cuales conocen generalmente de viajes anteriores— por medio de los teléfonos celulares o la telefonía rural, pues es imposible trasladarse a cada una de las comunidades en las que se ubican los cuadrilleros. Los jornaleros se conocen y reconocen en los campos agrícolas; allí se tejen

lazos de confianza y solidaridad, se construyen alianzas y se gestan compromisos con las amistades y compañeros del periplo migratorio para garantizar las cuadrillas del siguiente ciclo agrícola. Pero también sucede lo contrario. Alonso acota que el puesto de cuadrillero es el eslabón más débil de la cadena de los intermediarios, pues no siempre es posible mantener la confianza y la lealtad sujetas al intermediario laboral; el vínculo se rompe por el deseo de competir y escalar lo más rápido posible en la jerarquía del intermediarismo laboral, lo cual puede desembocar en conflictos interpersonales entre los cuadrilleros y los intermediarios durante el periodo migratorio. Alonso comentó al respecto:

A un muchacho de la comunidad X lo vamos a poner a cuadrillar, ya tiene 20 gentes apuntadas. Es que hay otro chavo en una comunidad vecina que no nos quiere ver. No sé, llegó con nosotros, pero solo llegó a robar la confianza que teníamos con otros morros (jóvenes) y llegó a otras comunidades a decir puras mentiras de nosotros. Es que hay una gran competencia entre contratistas y chavos que quieren llegar a ser cuadrilleros, pero en nuestro caso a nosotros no nos interesa ser cuadrilleros. La cosa es que tenga trabajo la gente y tenga trabajo yo también. Pero ellos no, se empeñan a que tienen que cuadrillar, buscan gente para que se sientan algo más importantes, pues, se sientan un poco más arriba..., creo. Pero en realidad ser cuadrillero no es algo fácil, ya que llegará el momento que les tocará eso y allí lo van a saber cómo es ser cuadrillero. Ser cuadrillero no es algo fácil, es muy complicado, porque es una responsabilidad, porque en diferentes casos hay muchachos que tienen vicios, por ejemplo, en tomar mucha cerveza, en la mota [marihuana], diferentes drogas. Pero tú como encargado no le vas a enseñar a la gente a hacer eso, a obligarlos a comprar cerveza o mota, a los encargados no se les permite eso. Porque ellos tienen que dar el ejemplo, por eso tienes que andar con cuidado, pero en el caso de estos muchachos que saben tomar y se le pone como cuadrillero y empiezan a tomar y se va a alborotar la gente, empiezan a tomar [alcohol] en el campo y hacen sus locuras, ya es incontrolable, pero ellos piensan que es muy fácil.

La comunicación y la forma de organización entre Alonso y los integrantes de su cuadrilla son la base para garantizar una buena cosecha y un mayor valor agregado a los productos hortícolas por el tamaño, la forma, el color y el corte del producto, además de llevar el registro de las cajas cosechadas del espárrago por cada cortador. Los errores de registro perjudican a los cortadores en el salario semanal y por consiguiente pueden ser motivo de conflicto entre ellos. El cuadrillero y el intermediario laboral indígena reciben las quejas y los reclamos de los cortadores.

Como Alonso señala: no es solo cosechar por cosechar, porque todos los cultivos tienen sus propias normas y reglas de inocuidad. Incluso las normas de calidad de los productos hortícolas varían de un campo a otro; dependen del grado o nivel de organización administrativa de la empresa, si cumple con las normas de producción impuestas por las certificadoras para el mercado de exportación. Los errores en los procesos de producción se corrigen en el momento en que hay mayor comunicación y control con los jornaleros. Por ejemplo, en el cultivo del espárrago lo que importa son los brotes clasificados por tamaño, color y grosor. Alonso lo explica con detalle:

Ponle que en los cortes [del espárrago], los cortes tienen siempre reglas en los cortes. Los cortes normales tienen un tamaño de nueve pulgadas [23 cm] del espárrago y no se puede cortar de un tamaño más bajo o chico, tienen que cortarse de nueve pulgadas. Si te dicen que tienes que cortar de ocho y medio o nueve, tienes que cortar, que no se ponga más para abajo, porque si empiezas a cortar de siete o seis [pulgadas] ya es un problema, ya los ingenieros te vienen a criticar en eso, ¿por qué?, porque en el empaque no reciben ese trabajo de esa calidad, porque ya es un trabajo muy corto que digamos, y tú mismo vas acabando tu trabajo. Porque si vas a cortar o vas a ir cortando los puros chicos, los más pequeños, va a ir bajando el espárrago [de precio], y pues si vas tumbando y tumbando los chicos de repente va a bajar [el precio] del espárrago y no te va a servir para nada. Por eso todo tiene su nivel.

Alonso indica que los jornaleros tienen sus mañas y argucias para avanzar rápido en la jornada, porque quieren terminar lo más pronto posible la cosecha del día, sobre todo si la empresa está pagando por volumen. Conoce bien esas prácticas porque él mismo fue cortador de espárrago durante tres años en diversos campos, además de estar al tanto del comportamiento laboral de sus compañeros que quieren burlar las exigencias de las empresas agrícolas cuando no hay un arreglo benéfico para ellos en los salarios. Alonso debe supervisar las prácticas de corte y corregir las de sus compañeros en caso de no cumplir con las normas impuestas por los ingenieros del campo agrícola; lo importante es no quebrantar la confianza entre el cuadrillero y los ingenieros encargados de los campos agrícolas. Al respecto explica lo siguiente:

En el corte del espárrago nunca se les pide [a los jornaleros] que corten corto. Pero algunos cortadores encuentran su maña, pues, dizque para avanzar rápido, para que salgan rápido, vienen haciendo sus truquitos atrás, que digamos, supón que el espárrago tira mucho, crece mucho espárrago. Empiezan a tumbar todos los chicos [los brotes], picotean los brotes chicos, como los brotes vienen saliendo chicos, si lo picoteas ya no se va a subir [a crecer], y si lo picotean todo pues ya no va a subir rápidamente, entonces ya no va a subir por los surcos... Un bordo que digamos es para cada cortador y si hace ese tipo de mañas va a ir de volada el cortador, va a ir caminado rápido, saliendo rápido de cortar; terminando de cortar se va a su cuarto. Pero el problema es que no es así el trabajo como está ordenado, pues, ya se me viene a mí el ingeniero,, pues, porque no estoy cuadrillando bien, porque no estoy supervisando bien eso [el corte del espárrago], y los del empaque me reclaman también.

Alonso subraya las mañas de algunos cortadores cuando ya han permanecido mucho tiempo en los campos agrícolas y están fatigados de las intensas y enajenantes rutinas del corte de espárrago o cuando no están de acuerdo en los salarios recibidos. Y no lo puede permitir ni tolerar por mucho tiempo. El trabajo mal realizado de un cortador afecta a toda la cuadrilla, porque si todos los cortadores hacen las mismas tácticas los perjudicados son todos:

A un cortador que destroza los brotes del espárrago, sí se le paga, de hecho se le paga al mismo precio la semana, el mismo salario, el problema, si te llegan a encontrar una vez, te llaman la atención... te dicen: ¡haz bien tu trabajo!... a la segunda te vuelven a encontrar, te vuelven a llamar la atención, pero a la tercera te mandan a descansar una semana o cuatro, cinco días, no sales a trabajar, se queda en el albergue, de hecho no vas a pagar tu comida, pero no vas a ganar nada, vas a estar simplemente durmiendo nomás.

Según Alonso, cuadrillar lo puede hacer cualquier jornalero, como ya lo ha mencionado, pero él mismo se contradice en su narrativa al indicar que hay momentos en que cuadrillar es un proceso desastroso, conflictivo e ineficiente, debido a la rotación y la movilidad de los jornaleros; cada año las cuadrillas se reconfiguran según las necesidades de las empresas. En su opinión, y por la experiencia acumulada, las empresas agrícolas no tienen control sobre la organización del trabajo; la flexibilidad la dejan en manos de los intermediarios laborales; hay mucha circulación de cuadrilleros; cada año eligen nuevos y también hay nuevos contingentes de trabajadores agrícolas. Pero el problema reside en la falta de un sistema de capacitación y permanencia; por eso no todos los cuadrilleros supervisan bien el trabajo de las cuadrillas; de allí la constante movilidad y búsqueda de nuevos elementos. Es decir, el cuadrillero puede bajar a cortador y volver a subir a cuadrillar a sus paisanos. Si no supervisa las actividades y la disciplina a los jornaleros o al cortador como le indican, entonces los contratistas y/o ingenieros le imponen castigos o lo mueven del puesto:

Si de eso también se trata, de aguantar cuadrillar; por eso le digo a la gente que hagan bien su trabajo, que no hagan las cosas mal, que así no está ordenado eso; por eso así vengo haciendo mi trabajo. Si yo no hago bien mi trabajo a mí me suspenden, meten a otro. Los contratistas e ingenieros te observan si estás haciendo bien tu trabajo o no, si haces bien tu trabajo no te van a decir nada, puesto que la gente va bien.

Alonso recuerda que cuando cuadrilló la primera vez no fue fácil lidiar y comunicarse con doce personas que no lo tomaban en serio en su rol de cuadrillero. Tenía 20 años. La cuadrilla se compone exclusivamente de hombres jóvenes de entre 15 a 25 años. Con los menores de edad no tenía problemas de comunicación, pero no era así con los jornaleros mayores, pues no lo veían con la suficiente autoridad y experiencia como para que les diera órdenes y les dictara las normas o reglas del campo agrícola. Sin embargo, su experiencia acumulada sobre los procesos de producción del cultivo del espárrago y sus habilidades de comunicación y mediación con diversas personas, tanto dentro de la cuadrilla como fuera de ella, le ha ido dando recompensas.

Alonso sabe que para permanecer y sobrevivir en un mercado laboral sumamente competitivo tiene que posicionarse a favor de sus paisanos y no solo aliarse con los intermediarios mestizos de Sonora; lo que rifa es la constante circulación de la fuerza de trabajo y la competitividad entre numerosos intermediarios laborales del sureste de México. Deben sopesarse los reclamos y dar soluciones rápidas a las peticiones de sus correligionarios lo más claro y expedito posible, pues cada año que «sube gente a trabajar» a los campos agrícolas de Sonora suceden incidentes y conflictos que tienen que resolverse oportunamente, evitar los riesgos de deshidratación e insolación en los campos y la violencia generada en los albergues, como lo explica:

Pero hay veces que reclaman. Porque también para reclamar todo tiene su sentido, pues; si no tiene sentido lo que les estás diciendo, por eso se ponen alterados. Pero cuando tiene sentido lo que les explicas, en su debido sentido, pues lo comprenden, todo en chol, la mayoría te responde bien, alguno que otro te viene con malas palabras y eso, algunos otros te ofenden, pero no todos, depende del carácter de la persona; no se alteran mucho si les sabes hablar bien.

Si bien el mercado laboral agrícola es creado por los empresarios, implica un proceso relacional y una construcción social en constante negociación entre la oferta y la demanda de la fuerza laboral y la productiva. Los intermediarios gestionan y actúan de forma autónoma negociando frente a las fuerzas del mercado laboral. Son parte fundamental del proceso de negociación

entre agentes económicos diversos. Dependiendo de su habilidad y del grado de flexibilidad de la negociación pueden lograr mejores condiciones laborales e incluso la concesión y exclusividad del trabajo agrícola en los sistemas de cultivo con las empresas en mutuo acuerdo y beneficio.

A los empresarios les importa tener jornaleros que trabajen a un ritmo acelerado y flexible para colocar las cosechas oportunamente en los mercados globales. Mientras que a los intermediarios laborales les conviene asegurar la confianza y obtener la concesión exclusiva de los campos agrícolas; los beneficios son mutuos, pero las ganancias son desiguales. Los intermediarios choles tienen que negociar constantemente con los contratistas mestizos para que cumplan cabalmente con los acuerdos orales, que normalmente tratan de incumplir; sobre todo, intentan prolongar lo más posible el periodo acordado en los campos, mantener el pago a destajo y salarios bajos, defender la migración itinerante y circular en los campos, estrategias que permiten obtener un mayor margen de ganancia en las actividades en los sistemas de cultivo.

Alonso intuye que las fuerzas del mercado laboral actúan de una manera diferenciada en las comunidades indígenas, ya que no todos los intermediarios indígenas involucrados responden de la misma forma ante las fuerzas económicas que los impulsan a innovar estrategias de coerción de contingentes laborales. La mayoría exigen cuotas a los jornaleros para trasladarlos a los campos agrícolas sonorenses. Las cuotas no son fijas, dependen de cómo se proyecta cada intermediario laboral y qué percepción tienen de él los campesinos choles en las comunidades. Si cobra una cuota excesiva, optarán por enrolarse con intermediarios que les exijan menos y en quienes puedan confiar durante el proceso migratorio. Por ejemplo, logran negociar y obtener mejores porcentajes en los salarios a destajo, además de condiciones de los alimentos y servicios básicos más dignos en los albergues durante el periodo migratorio.

Así lo ratifica Alonso cuando expresa las prácticas abusivas de las cuotas que cobran otros intermediarios laborales en las comunidades indígenas, donde la presencia de diversos actores económicos implica la competencia y la desacreditación entre ellos. Reflexiona que hay límites que los intermediarios no deben cruzar ni abusar del esfuerzo físico de los cortadores. También

opina que cada intermediario laboral indígena es independiente de las empresas para las cuales contrata y organiza los viajes, y que la forma en que se comportan con sus propios compañeros depende solo de ellos. Señala que el intermediario laboral con quien trabaja no exige cuotas elevadas, como lo hicieron otros en sus viajes anteriores, cuando aún era cortador de espárrago:

Ya me acordé: el contratista de antes era Pedro, que es de Tumbalá; él sigue todavía, no más que ese cabrón se pone pesado, solo se aprovecha de la gente. Él pide una cooperación de 100 pesos por persona. Pero la empresa no le permite pedir dinero, pero él sí le pide a cada persona, cuánto está ganando por 45 personas que lleva, está ganando 4500 pesos por cada camión, por cinco o seis camiones. Además, critica mucho, critica sin sentido. Yo estuve trabajando con él un año, sí, también me pidió dinero, de hecho, él no es nada para nosotros. Que nos dé trabajo está bien, pero el problema es que a veces te llega a tirar en el campo, no se hace responsable; supongamos, en un campo te llega a dejar, pero él no se queda allí, se queda en otro campo, no tiene responsables por cada cuadrilla, pues si te deja allí hasta el final de la cosecha, se llega a mostrar, pero si no, no lo vemos hasta que terminamos. En cambio, el Xilón no cobra tanto a los compañeros. A él lo que le pague la empresa. Pues sí, cada responsable tiene sus diferentes formas de trabajar, solo que en el sentido moral unos se ponen pesaditos para los trabajos, te condenan a trabajar mucho, te obligan mucho, tienes que hacer las cosas rápido. Pero en realidad no es así el trabajo, porque sabemos que todos somos humanos y pues siempre se cansa uno. Pues algunos contratistas no te consideran; así, aunque te vean cansado, te obligan; sobre todo los que vienen de otro lugar, no son choles. El contratista que te digo que se llama Pedro trae gente de diferentes comunidades [indígenas], maneja otras gentes; todos son chiapanecos, pero de distintas comunidades; es lo que hace. Pues sí, cada quien, por su forma de trabajar, tiene sus formas y sus defectos, cada contratista tiene su forma de pensar, forma de trabajar. A Xilón las empresas le pagan, yo creo que por camión, unos 10 mil pesos por camión, solo en la temporada de espárrago. Si llevan de abril a mayo cinco camiones, eso es lo que les pagan, eso es lo que hacen. Al Pedro le pagan eso más lo que cobra a la gente al subir al camión; es un chingo de dinero.

Alonso sostiene que las empresas agrícolas no tienen ningún tipo de control o restricción de las estrategias y prácticas de los encargados de contratar y transportar a los contingentes laborales. No las promueven abiertamente, ni tampoco las inhiben o prohíben, pero sí ayudan a gestionar y soportar con el fin de contar con suficientes jornaleros para lograr los procesos productivos.

Como bien lo señala Alonso, el intermediario laboral indígena recibe un pago extraordinario de las empresas agrícolas por el número de camiones colocados en los campos. Estos pagos se realizan discretamente entre los actores involucrados. Sin embargo, todos saben que el intermediario laboral indígena gana dinero por cada jornalero que logra enganchar y trasladar a los campos. Estos beneficios económicos son un secreto a voces. Los intermediarios mantienen los finiquitos y pagos extras en secreto y solo sus colaboradores y operadores más cercanos se benefician de los pagos extraordinarios. Al final del viaje reciben una compensación adicional por su trabajo. Según Alonso, hay intermediarios que tienen muchos más años llevando camiones de trabajadores desde Chiapas hasta Sonora. Recuerda que en sus primeros viajes conoció a uno importante que por su prestigio, experiencia acumulada y relaciones con diversas empresas en Ciudad Obregón tiene contratos exclusivos y nadie puede desplazarlo en la zona:

En Obregón hay muchas empresas que producen espárrago y otros cultivos, pero solo que allí hay un solo contratista, Armando Sánchez, es el único, yo creo que porque él inicio más antes. Él controla todo allí, él gana según doce pesos por cada cabeza de gente; ¿cuánto no estará ganando? Según que una temporada llevó seis mil gentes, los tienen en el cultivo de calabaza, de uva y espárrago, tiene un chingo de gente. Tiene muchos contratistas locales en las comunidades en Chiapas; conoce mucha gente; la empresa le paga y él a su vez les paga a sus contratistas locales. En Caborca es personal, directamente con el contratista; de hecho, el Armando Sánchez es más rico que los patrones, es lo que dicen, tiene casa en Empalme [Sonora], en Obregón, en Caborca, en Puerto Peñasco, y un chingo de terreno. El Armando Sánchez es de Salto de Agua, vivía en Palenque el cabrón, sabe hablar chol. Es cholero... Es que una vez nos chingamos también nosotros, no sabíamos

si era de aquí o de Chiapas, no sabíamos, era la segunda vez que llegamos, parece, nos conectó un chavo de Sinaloa; le preguntamos de donde era el contratista... nos dijo... ¿Qué, cabrón, por qué no lo saben? Es de Chiapas, según me dijo él... de por sí no lo conocemos de dónde es y no sabíamos que era chiapaneco. Allí llegó una vez en el campo, llegó a reclamar. Yo empecé a criticarlo en chol, sin que él me escuche, hablando con mis compañeros, sin que me entendiera, pensé, digamos, estaba hablando mal de él, me vino a hablar el cabrón, vino a hablarme en chol... yo estaba diciendo que la gente estaba ganado mal... que él estaba robándole a la gente y sí era cierto, porque el sueldo era de 1500 pesos por semana y él nos estaba pagando 1200; es lo que nos dijo el patrón: —¿Por qué el sueldo está a 1200 si yo les estoy tirando a 1500 por persona?, ¿dónde se está yendo ese dinero?. Él me vino a contestar en chol y pues me sorprendí también... solo me dijo: —Estás en lo correcto... tuvo que pagar los 1500 fijo. Estábamos reclamando eso, y sí lo pagó. Pues de allí ya me empezó a decir que es de aquí por Salto de Agua, que vivía en Palenque, que de allí es su mamá y su papá, que se fue a trabajar desde pequeño allí [a Sonora], que no había contratistas cuando él empezó. Ya me dijo su nombre y todo, hablamos en chol como por una hora o dos, ya no me acuerdo, casi igual el que hablamos en Sabanilla, un poco variado. Claro que todos le tienen miedo a ese contratista, es que él obliga a la gente a trabajar, si te ve mal trabajando te critica, pero a mí no me ha dicho nada hasta a la fecha, nunca le he tenido miedo.

Una de las funciones del intermediario laboral es viajar siempre acompañando a los contingentes laborales, tantas veces como sea necesario para cumplir con los contratos entre el contratista sonorenses y las empresas previamente acordadas, ya sea para la temporada de la cosecha y empaque u otro proceso de la cadena productiva de las hortalizas.

Para los intermediarios laborales el viaje empieza desde el momento en que los jornaleros salen de sus comunidades de origen y llegan al punto de reunión para abordar el autobús el día y la hora previamente acordados con los cuadrilleros, los transportistas y los encargados de los campos agrícolas. Los jornaleros previamente han pasado por un proceso de selección por sus antecedentes familiares y de experiencia en años anteriores.

En el caso de los choles de Sabanilla, el punto de reunión es la plaza central del pueblo. Los camiones llegan antes y allí esperan a que aparezcan los jornaleros que vienen de diferentes comunidades de la sierra para abordar. Pueden demorar la salida como máximo dos días, pero por lo regular salen en la fecha acordada, aunque siempre hay una o dos personas por camión que en último momento no llegan el día acordado, puede ser por falta de dinero para pagar el transporte local o porque la familia les impide salir.

El traslado y tránsito de los contingentes de jornaleros chiapanecos está organizado por una red de transportistas independientes de las empresas agrícolas que actúan en contubernio con los contratistas mayoritarios. Los intermediarios tienen que negociar con las empresas transportistas y los choferes para cumplir con los acuerdos de traslado desde los lugares de origen hasta los campos agrícolas y el retorno a sus comunidades. Los gastos de traslado recaen en las empresas agrícolas, pero en ocasiones también los intermediarios asumen gastos imprevistos durante el traslado al noroeste de México.

Alonso hace cálculos mentales de los costos que implica el retraso de los autobuses. Los costos extraordinarios no son cubiertos por las empresas agrícolas y los intermediarios laborales deben asumirlos. Pero también señala que la mayoría de esos gastos imprevistos los asumen los jornaleros agrícolas en el momento de pagar las cuotas de los autobuses impuestas por los intermediarios laborales indígenas:

La gasolina y las casetas de la carretera las pagan las empresas. Todo lo que se gasta al transportar a la gente lo paga la empresa. Los camiones vienen desde Sonora, por eso tardan en llegar. La encargada es una señora que maneja los camiones, ella es de Caborca, se llama Dalila, creo que ella es la dueña de los camiones, de todos los camiones, es una empresa grande. La empresa se llama «Albatros», es la misma que llega a Villahermosa [Tabasco]. Es que ella se encarga de contratar los camiones, ella es dueña de los camiones y contrata a los choferes, tiene un chingo de camiones. Porque en enero vienen siete u ocho camiones, se van y llegan otros, hay dos choferes por camión, a veces tres, sí, porque con uno está peligroso, se turnan. ¿Cuántas horas son hasta Sonora, desde Sabanilla hasta los campos en Sonora? Son

por lo menos dos días, a veces son dos noches y tres días, a veces tres noches y tres días. Varía, porque depende de la ruta, porque hay veces que los camiones se tardan un poco, a veces se paran mucho, se descomponen, hasta que se compongan se puede seguir. Durante el viaje de ida los jóvenes llevan comida, porque de ida nadie lleva dinero, nosotros llevamos comida, tenemos que llevar comida. Llevamos tostadas, pozol, agua, pues hay veces que en el camino no ajusta, pues compramos, lo que traigas en tu bolsa. Allí no se mete el contratista, cada quien tiene que comprar su comida. En el regreso la empresa sí te apoya, te paga la comida, hay veces que nos dan 500 o 600 pesos para las comidas, para el regreso, es lo que dan. Pero hay algunos que no se lo gastan.

Alonso explica que los jóvenes deciden por propia voluntad inscribirse en las listas de los cuadrilleros para ir a trabajar o bien quedarse a labrar las tierras de sus familias. Los salarios representan la principal curva de motivación para que los jóvenes choles decidan emprender el viaje a los campos agrícolas sonorenses. Muchos están al tanto de las fechas de salida de los autobuses y coordinan con la familia quién sale y quién se queda. Alonso explica que hay quienes solo quieren ir a conocer y viajar a otra parte y que muchos no lo hacen nada más por ganar dinero, que indudablemente importa, sino que es una forma fácil y barata de salir de la comunidad.

Como consecuencia del dinero ahorrado y/o enviado a las familias de la comunidad de origen se observa un aumento en el consumo de productos externos a la economía campesina, por ejemplo, bebidas gaseosas y comida industrializada, ropa y calzado moderno, celulares y otros artículos electrónicos. Pero también hay jornaleros más emprendedores y ponen tendajones o pequeños expendios de bebidas alcohólicas en sus comunidades. Otros, como Alonso, compran animales de pastoreo y traspatio o ahorran para la construcción de su casa. En general la migración estacional y por relevos se ha incrustado en la vida de las comunidades indígenas choles y tseltales como una forma de vida y como una estrategia de la reproducción social familiar, pero, al mismo tiempo, de la reproducción de la vida comunitaria.

Celerino: mi primer viaje a Sonora

Celerino tiene 17 años. Es el hijo mayor y el único varón de una familia compuesta por siete miembros: además de él, sus padres y cuatro hermanas menores. La familia de Celerino comparte el solar con la familia de sus abuelos, tíos solteros y casados. No es posible trazar límites entre las casas que habitan las familias, son una parentela extensa compuesta por varios núcleos familiares. La casa campesina, en sí misma, refleja la composición y complejidad del sistema familiar extenso de Celerino, integrado en un caserío de quince cuartos contruidos uno seguido del otro. En el centro hay un amplio espacio que sirve, al mismo tiempo, de patio de secado para la cosecha del café, además de congregarse a reuniones, celebraciones y eventos familiares, ya sean para festejos matrimoniales, nacimientos, funerales o rituales de curación.

Los cuartos fueron contruidos en distintas etapas y épocas. Por lo mismo, están edificados con diferentes materiales: hay cuartos hechos de madera con pisos de tierra, de bloc con pisos de cemento y madera con pisos de cemento. Todos tienen techos de lámina de «zintroalum». Las paredes sin repelear y el predominio del color gris del cemento y el bloc le dan una apariencia moderna y, al mismo tiempo, conservan aspectos tradicionales de la cultura campesina chol. En el centro del solar se ubica la cocina familiar, amplio espacio que lo mismo sirve para comer que para conversar y convivir en compañía de todas y todos los integrantes de la familia extensa.

La casa de Celerino tiene una composición peculiar no solo por los materiales de construcción y por los cuartos contiguos en forma de ele, sino porque en una de las paredes externas hay un retrato mural de la Virgen de Guadalupe amordazada con un paliacate rojo y la inscripción en chol que dice: *Ch'ujul Bā Lokña'Joñoñila*, 'nuestra madre sagrada tierra'; el mural expresa las creencias religiosas en coordinación con la ideología y la postura política de la familia extensa de Celerino.

La construcción de la casa refleja la inversión de las remesas que han enviado los hombres de la familia en sus periplos migratorios en diferentes años. La mayoría de los tíos de Celerino han acumulado una vasta experiencia

trabajando en diferentes estados de México e incluso en los Estados Unidos. Celerino no es el único, ni será el último miembro de su familia extensa en seguir los pasos de sus parientes migrantes. Sus tíos y su padre tienen la experiencia de haber estado trabajando por más de diez años en los campos agrícolas de Florida, Massachusetts y Carolina del Norte. La experiencia de Celerino destaca de la de su progenie porque ha iniciado su vida migratoria trabajando como jornalero agrícola en los campos del estado de Sonora, en las cosechas del espárrago y el tomate. Y como en la actualidad es prácticamente imposible cruzar la frontera norte de forma indocumentada, los jóvenes choles de Sabanilla como Celerino han optado por migrar a los campos agrícolas del noroeste de México.

Celerino realizó su primer viaje en 2016, a la edad de 17 años, y desde entonces ha continuado jornaleando en el corte de espárrago. Desde entonces cada año emprende el viaje al estado de Sonora junto con el contingente de jóvenes. Se desplazan en autobuses desde la cabecera municipal de Sabanilla hasta los campos agrícolas de las ciudades de Caborca, San Luis Río Colorado, Puerto Peñasco y Ciudad Obregón.

Los ahorros que Celerino ha podido guardar en su primer año de trabajo como jornalero los ha invertido en gastos colectivos de la familia. Por ejemplo, destinó más de la mitad de sus ahorros a la compra de llantas nuevas y refacciones para una camioneta que pertenece a la familia extensa. Este es un caso de inversión de las remesas de la migración nacional en activos fijos; otras veces se suman a un capital colectivo orientado a generar futuros ingresos para la familia. La camioneta antes mencionada funciona como transporte colectivo que va de la comunidad a la cabecera municipal de Sabanilla; presta ese servicio y representa además un medio esencial para trasladar diversas mercancías y, al mismo tiempo, servir como ambulancia para mover a los enfermos graves de su familia y su comunidad.

Otro destino de las remesas acumuladas por Celerino ha sido invertir las en la economía campesina. Una visión a largo plazo es colocar el dinero en actividades pecuarias, comprando novillos o vacas para incrementar los activos familiares. La cría de novillos y sementales es una estrategia de ahorro

colectivo o alcancía viva que reúne los recursos económicos obtenidos por la familia extensa en los periodos migratorios, como lo explica Celerino:

— *¿Siguen trabajando juntos en colectivo?*

— Sí, seguimos trabajando en colectivo, como ahí vamos a trabajar en los potreros, vamos a trabajar en eso, los potreros están por donde sembramos frijol. Allí se va a hacer un potrero grande, como ya tenemos 30 cabezas de ganado, son diferentes dueños, son de mi familia, de mi abuelito brotaron otros tres nuevos, algo así,

— *¿Pero son de la familia las 30 cabezas de ganado?*

— Sí, pura familia.

— *Pues sí es una gran inversión, porque ¿una vaca grande en cuánto está?*

— Está a..., la vaca grande está a 12 o 13 000 pesos; los toros que están más grandes están a 18 o hasta 21 000 [pesos], están más caros los toros, porque algunos los usan para su semental.

— *¿Es puro ganado de engorda?*

— Sí, es puro de engorda, no sacamos leche, si por eso hacemos eso, trabajamos en colectivos.

— *¿Acabas de comprar una novilla?*

— Sí, una novilla, me costó 8 500.

— *¿Solo tienes una o varias?*

— Una apenas, porque voy empezando, va bien.

— *¿Esta la compraste ahorita o cuándo?*

— El año pasado, fue en junio lo compré.

— *¿Entonces, cuánto dinero hiciste?*

— 16 000 pesos

— *¿Ahorrado?*

— Ahorrado como 10 000.

— *¿Con eso qué vas a hacer?*

— No, pues ahora que llegue en mi casa. Pues estuve platicando con mi mama cómo vamos a hacer, la vez pasada mandé 3 500, algo así, le enllanté su carro a mi papá, porque siempre lo uso; igual, le compré llantas nuevas. Para que no se sienta triste mi papa lo apoyé con eso, ya el resto estamos viendo que ahorita no salió

mucho maíz y yo creo que vamos a comprar, todavía es lo que estamos esperando, ya lo tengo ahorrado allí. Si necesitamos comprar maíz vamos a comprarlo, es lo que estamos pensando [como parte de la familia campesina], no gastar todavía, de hecho, íbamos a comprar un becerrito, pues, pero aún no, vamos a esperar, como yo tengo otro animalito que es un cerdo, me toca mantenerlo todavía, eso tengo que esperar todavía, qué tal que se acaba mi maíz y tengo que comprar, solo por eso se va a ir el dinero, así está.

Aunque no todas las familias choles trabajan en colectivos como la de Celerino. Hay otras que no tienen las mismas estrategias de reproducción económica y social; existe dificultad en la planificación e inversión de las remesas nacionales en proyectos familiares que puedan generar capitales a futuro o que la familia campesina pueda ahorrar en caso de necesitar dinero, ya sea para solventar los costos de una enfermedad, accidentes, o para realizar gastos a futuro en diversos renglones de la vida familiar. Sin embargo, la producción campesina no se ve comprometida ni en riesgo; las familias continúan realizando las actividades económicas que les garantizan la subsistencia y seguridad alimentaria de productos tradicionales como maíz, frijol y en casos específicos el café como cultivo comercial.

Celerino describe la primera vez que fue a trabajar a los campos agrícolas de Sonora: los deseos y la motivación que sintió al ver a otros jóvenes que salían a trabajar en dos periodos al año. Al respecto comentó:

— *¿Tú ves que resulta ir hasta Sonora a trabajar?*

— Bueno, pues sí.

— *¿Irías otra vez?*

— Sí. Como acá en mi comunidad no se consigue mucho la chamba que digamos, pagan más o menos allá, no conozco lugares dónde conseguir trabajo acá, por eso me conviene un poco allí. Pues sí que está lejos; no podría regresar en unas dos o tres horas. Tienes que decidir, pensar si aguantas el contrato, porque no vas a ir y a regresar al rato. Se necesita mucho pasaje, no podríamos juntarlo solo para ir y regresar con las manos vacías. Tienes que pensarlo una y dos veces para ir.

— *¿Y entonces te gustó el trabajo allá, en Sonora?, ¿por qué?*

— No, pues porque encontré a varios amigos allí trabajado, y pues me agradó el trabajo igual, cómo es y conocer cómo es el espárrago, pues. Allí me encantó trabajar. Iniciando sí era un poco duro.

— *¿Cuándo se fueron?*

— Parece que el 6 de octubre [de 2015], algo así.

— *¿Y cómo fue el contacto?, ¿quién te platicó del trabajo allá?*

— Escuchado varias veces que gente [de mi comunidad] llega allí en Sonora, y yo nunca me he interesado por eso. Me dijo un chavo que vive aquí.

— *¿Quién?*

— Uno que se llama José y hay otro que es el cuñado del Marciano, el Alejandro y él me dijo: ¿que si quieres ir a Sonora?, pues vamos. Estaban buscando gente, pues.

— *¿Vocean? ¿Hacen un llamado por altavoz, o cómo lo hacen?*

— Sí, estaban avisando si alguien quería ir y de allí empecé a platicar con ellos, cómo es la chamba, y cómo es el trabajo, cuántos meses; de allí, como siempre he querido conocer, pues, conocer Sonora cómo es. De allí dije que yo iba a ir, que me apunten mi nombre. Dijeron ¡órale!, platiqué con el Salomón [su tío paterno], él quiso ir igual... Pues vamos los dos, vamos a conocer, a ver cómo es la chamba. De allí nos fuimos los dos, apuntamos los nombres, nos fuimos.

— *Salomón dejó su familia. ¿Quién trabajó la milpa y el cafetal?*

— Sí. Parece que le dijo a su hijo que se encargara del trabajo, pues. Como tiene un hijo ya grande, pues. Su hijo le dijo: sí, vete. Sí, pues, yo necesito el trabajo. Su hijo hizo la milpa, ya llegando el Salomón empezó a chaporrear otro terreno.

— *¿Cuántos jóvenes se fueron de tu comunidad en total?*

— En total son [...], primero nos fuimos nosotros, parece que somos 20, luego llegaron otros 11, algo sí. Serían en total 31, algo así.

— *¿Cuántas mujeres?*

— No, mujeres no se fueron. Solo una que es de Tumbalá, de mi comunidad no.

— *Llegaron al primer rancho, ¿cómo se llamaba?*

— Campo Águila, no, campo San Rafael.

— *¿Cerca de...?*

— Cerca de Villa Juárez. Sí, es un pueblo. Es el primer campo donde llegamos.

Los intermediarios laborales indígenas que actúan en las comunidades choles se apoyan al mismo tiempo en los jóvenes retornados para facilitar y difundir las experiencias del trabajo jornalero en los campos agrícolas. En este sentido, el objetivo principal de los intermediarios es garantizar el retorno a las comunidades de origen en circunstancias que garanticen seguir trasladando contingentes de trabajadores agrícolas en el corto y mediano plazo y, a su vez, mostrar los logros y beneficios de la migración temporal en los campos agrícolas sonorenses. A la par, los jóvenes jornaleros deciden migrar en el tiempo señalado buscando la compañía de algún familiar, amigos y compañeros de viaje con quienes puedan dar y recibir apoyo mutuo en caso de necesitar ayuda; las redes migratorias funcionan simultáneamente como redes de apoyo recíproco y solidario; no solo están fincadas en la confianza hacia el intermediario laboral, sino también hacia las redes de familiares y amigos de la misma comunidad.

— *¿Y allí cómo fue la recibida, en el campo agrícola?*

— Pues allí llegamos. Llegamos en la noche, como a las ocho de la noche, por ahí. Llegamos en la noche. Estaban esperándonos. Ya llegaron a decir que cada quien, por su cuarto. Empezaron a ordenar por camión. Como ya había varios allí, ya habían llegado otros, llegaron antes, tenían una semana o tres días que llegaron también. Porque el cuarto era para cada camión.

— *¿Una galera?*

— Sí, una galera. Era para 45 gentes cada galera.

— *¿Tenía todos los servicios: baño, agua, regadera?*

— ¡Aja! Tenía todos los servicios: baño, agua, regadera. La galera de baños era una sola galera, para todos los equipos que están allí. La regadera igual, era un solo lugar. Haciendo turnos, igual, a quien le toca pasar, igual, haciendo colas allí. Pero sí tarda uno para pasar, porque hay mucha gente.

— *¿Cuántos baños hay entonces?*

— Hay varios. Hay como unos 15, por ahí.

— *¿Pero dan abasto para todos?*

— Porque son más de 100 o 200 gentes. Hay más en los albergues.

— *¿Allí en ese campo agrícola había trabajado más de 200 gentes?*

— Sí, porque eran más de seis camiones, no, ocho camiones. Ya no me acuerdo. Eran bastante gente.

— *¿Mayoría de hombres?*

— Sí. La mayoría hombres, sí, porque las mujeres que llegaban allí no dormían allí, solo llegaban a trabajar, eran de allí, de Sonora. Solo llegan a trabajar en la mañana y se regresan en la noche o en la tarde. Y solo estaban dos de Oaxaca, una de Tumbalá y otra de Villa Juárez, parece que son tres. No, unas ocho mujeres, una que trabaja de cocinera, otras de estibadoras, ese era su trabajo.

Celerino relata la experiencia del viaje a Sonora. Tardaron tres días en llegar desde el municipio de Sabanilla hasta los campos agrícolas de Villa Juárez, en el noreste de Sonora. La organización de los intermediarios laborales es separar los contingentes por comunidades una vez que arriban a los albergues de los campos. Esto permite, por un lado, reforzar las redes de apoyo de familiares, amigos y conocidos de la misma comunidad y ubicar los liderazgos y, por otro lado, segmentar los grupos para impedir posibles conflictos entre los jornaleros de diferentes comunidades. Es decir, evitar confrontaciones por viejas rencillas o problemas personales que pudieran ser motivo de disputa en los dormitorios. La migración chol es eminentemente masculina y, por consiguiente, es común que haya fricciones durante el trabajo.

No obstante, como expresa Celerino, el objetivo de los jóvenes choles durante el periodo migratorio es ganar dinero para ahorrarlo; sus gastos de alimentación y hospedaje están garantizados por el tiempo que dura el trabajo agrícola.

— *¿Allí cuánto pagaban la hora, o cómo era el pago?*

— Bueno, el trabajo era que entras a las cinco de la mañana, y te pones a chamber, si tu grupo sí tiene ganas de trabajar estarías saliendo a las diez o a las once de la mañana; son 150 [pesos] al día.

— *¿Te lo pagan o te lo apuntan?*

—No, te lo apuntan. Ya sales a medio día, si descansas a las diez, ponle que descansas de las diez, once de la mañana, a la una entras otra vez, otro turno.

—*¿Otro turno, de otros 150 pesos?*

—No; solo son 40 pesos nomás.

—*¿De la una de la tarde hasta qué hora?*

—De la una a las tres o cuatro o cinco de la tarde, depende del grupo cómo aguanta la chamba. Si son 40 pesos en la tarde, son 190 pesos en total la tardeada. Sí, son 190 lo que ganamos cuando más. A la semana sacaba 1130 [pesos], como había porcentajes de cajas, sí, porque en la mañana tienen que pagar diez caja por cada cabeza, como son doce cortadores tienen que pagar 120 cajas en la mañana, en la tarde solo tienes que pagar 40 cajas, ya si rebajas más de las 40 o más de las 120 en la mañana ya es un avance más un porcentaje, ya te pagan doce pesos la caja, algo así es el porcentaje, el que le echa ganas sí saca un poco, porque la ganancia son los porcentajes, así está. Y ya es más duro allí, porque el cuadro era de 100 metros de largo [se refiere a la parcela que trabajan en un día de jornal] de ancho tiene más creo. Tienes que sacar todo tu cuadro en la mañana, y en la tarde sí era un poco pesado.

El salario refleja eminentemente la carga de reproducción que imponen las empresas agrícolas a los jóvenes jornaleros. Al organizar en dos tiempos deferentes las jornadas laborales, separan y descargan en ellos los costos que se originaron desde el traslado de su comunidad hasta los de alimentación y hospedaje en los albergues. El porcentaje de salario proyectado en el número de cajas cosechadas expresa el grado de autoexplotación que los propios jornaleros se imponen con el fin de obtener una mayor participación en las ganancias.

Una consecuencia del grado de autoexplotación y desgaste físico de los jornaleros son los accidentes y las enfermedades en los campos agrícolas, sobre todo porque son obligados a soportar temperaturas extremas. Al estar expuestos mucho tiempo al calor y a los rayos del sol en los campos agrícolas llegan a sufrir deshidratación. Esto debido a la exigencia de cosechar las 120 cajas del trabajo por cuotas fijas en el primer tiempo de la jornada. Como lo

explica Celerino, los casos de deshidratación son constantes y en ocasiones letales para muchos jóvenes.

— *¿La gente se enferma?*

— Sí, se enferma; primeramente, a todos los que veníamos de Chiapas nos tocó un poco de calentura y gripa, solo eso. Pero hay un chavo que estaba allí, parece que es de la comunidad Puebla [municipio tsotsil de Chenalhó], era de Puebla, no sé qué le pasó, se desmayó en el campo, no, parece que en la galera, estaba por ir a comer, algo así, allí se cayó, se quedó allí tendido allí como si se hubiera muerto.

— *¿Qué hicieron?*

— Llegó el patrón, un encargado de allí [el intermediario de ese grupo] para llevarlo al hospital, sí, porque cada enfermo que ve tienen que tratarlo, pues si es tos o gripa le dan medicina, si es otra enfermedad lo llevan al hospital, así estaba. De allí se fue el chavo, no sé si llegó todavía, porque yo ya no lo vi. Parece que ya no regresó. Yo creo que lo mandaron [regresaron] ya para Chiapas. Sí, porque ya no te permiten trabajar si no vas a aguantar.

— *¿La mayoría de los trabajadores son jóvenes?*

— Sí, la mayoría son jóvenes, pero hay adultos, hay viejos ya. Esos son los más propensos a enfermarse, porque son grandes, ya no aguantan. Pero llegan a chambear igual, hay un señor que estaba allí, estaba muy viejo ya, pero sí aguantó el contrato, sí, porque ya estaba acostumbrado. Hay otro chavo que se enfermó igual, le empezó a salir mucha sangre de la nariz, por el calor, de allí lo llevaron al hospital igual, parece que estaba deshidratado. Estuvo descansando como unos diez, once días, de allí comenzó a trabajar otra vez.

— *¿Quién le paga?*

— Parece que sí le paga el patrón, sí le paga, parece [se refiere a los costos de hospitalización y medicinas]. Porque es un caso de enfermedad no es porque quiere, si es lo que le hicieron. Porque hay un chavo donde vivo [en la comunidad] uno que estaba trabajando igual con nosotros, no sé qué le pasó a su pie, parece que no podía caminar, un día nomás estuvo descansando, de allí entró a trabajar otra vez, le pagaron el día, sí, estuvo descansando un día, sí, porque de tanto descanso

se aburre uno. En tiempo libre estamos en el cuarto solo durmiendo [en la galera dormitorio], a veces salimos a pasear un rato en el campo a ver.

La rutina laboral es monótona, alienante y agotadora. Los contingentes la soportan por la necesidad de cumplir con «los contratos»; son acuerdos entre ellos y el intermediario laboral indígena de su comunidad. Escasamente llegan a tener contacto con los contratistas mestizos de Sonora o con los dueños de los campos agrícolas. Los intermediarios son los interlocutores y a ellos se dirigen siempre para cualquier petición o reclamo en el periodo laboral. Celerino menciona que hay albergues que cuentan con instalaciones deportivas o incluso hay algunos con capilla para hacer rezos, pero pocos son los jóvenes indígenas que hacen deporte o que son creyentes religiosos; por el contrario, viven en los campos agrícolas experiencias extremas con el consumo de alcohol y de drogas como la mariguana o la cocaína. De ese modo aligeran la enajenación, el tedio y el cansancio durante la estancia en el periodo migratorio.

— *¿No, juegan futbol o pelota?*

— Sí hacen futboles, pues hay veces que ya no hay ganas de jugar, como que es el cansancio que nos mata, igual sí, pero algunos lo hacen, empiezan a jugar allí en el albergue, sí hay espacio para jugar, algunos tienen capillas.

— *¿Dicen que hay muchos vicios, viste lo que hacen los jóvenes?*

— Sí hay. En el campo donde llegamos, en el primer campo en el San Rafael, allá no, porque era muy estricto; allí sí es muy estricto, si decían que no se permitía tomar cervezas, que el otro año que pasó en la segunda temporada que estuvieron tomando mucho, que hubo muchos problemas allí, que empezó muchos pleitos, por eso no permiten eso [tomar alcohol]. Ya no permiten, pero hay algunos que ni siquiera quieren oír el consejo, siempre toman, llegan tomados allí [en el albergue], pero no los meten, les prohíben el paso, se quedan dormidos afuera. Sí, porque así es el reglamento, pero hay algunos que logran de meter [alcohol], porque hay algunos que son amigos de los guardias, los meten. Pero echan bronca, entran allí solo para hacer enojar a uno, a molestar no más cuando ya estás descansando; llegan

a hacer sus pendejadas allí, a gritar, a pelear con los compañeros. Es lo que no le gusta a la gente, pues. Porque hay varios que no toman [sobre todo los compas que son muy jóvenes y zapatistas] que no hacen nada, pues descansan, es lo que hacen. En el campo en donde se va a trabajar no se permiten celulares, audífonos, relojes, nada de eso; porque no sabemos, según que le afecta al cultivo, tampoco collares, medalla, nada. Tienes que ir bien limpios, lavar tu mano antes de salir al campo, regresar, lavarlas otra vez. En la cocina no te permiten entrar en chanclas, en bermudas, tienes que ir bien vestido, tienes que entrar en la cocina con zapatos; la ropa no importa si está sucia o limpia, pero que sea con zapatos y manga larga tu camisa. Así está el reglamento. Allí estaban parados la guardia en la entrada de la cocina, checando. Si estabas en chanclas no te permiten entrar, hasta que pongas tu zapato entras a comer.

Los campos agrícolas tienen reglamentos internos que los jóvenes deben acatar. Cada empresa agrícola tiene sus disposiciones. Y si bien pueden variar de una a otra, la constante es que controlan el comportamiento y las actividades de los trabajadores agrícolas. Diversos organismos nacionales e internacionales aplican normas de sanidad e inocuidad impuestas en la producción de las hortalizas de exportación. Es decir, los jornaleros agrícolas deben someterse a las pautas de empresas nacionales e internacionales con el fin de lograr la calidad exigida en el mercado internacional. Para ello es importante nuevamente la organización del trabajo por cuadrillas, que garantiza los procesos de control y reglamentación de los contingentes agrícolas indígenas. El responsable de aplicar y controlar el trabajo es el cuadrillero, eslabón fundamental en la cadena de intermediarios, como lo explica Celerino en el siguiente testimonio:

— *De tu cuadrilla, ¿quién era el responsable?*

— José Hernández de Jolja, era ese chavo; él era nuestro cuadrillero; él nos cuidaba; él apuntaba cuántas cajas, cuántos días trabajábamos; apuntaba todo; si faltaba un billete, pues tenía que ir a reclamar; si le daban, esa es tarea de los cuadrilleros, tenía que estar bien con su cuadrilla. La cuadrilla es de doce personas, diez

cortadores y dos burreros. Los burreros, su trabajo es solo sacar las cajas, porque los espárragos los van dejando al lado del bordo, cada mazo que entra en tu mano lo dejas en el bordo, entonces otro, el burrero, viene a recoger; es el trabajo del burrero, así le llaman. El burrero solo viene a recoger, él no corta, pues, solo carga, gana igual. Todos los que son la cuadrilla ganan igual; si hacemos más cajas, entonces entre la cuadrilla se reparten las ganancias. Como él ya tiene tiempo que está viniendo al estado de Sonora, ya conoció a varios de los encargados y luego el tiempo que subió gente para acá, para ir a Sonora, ya se conectaron con ellos, que necesitaban gente, es eso. Él se conecta con el otro que está en Tumbalá, y ya llevan gente. Él regresa con nosotros, de allí se lleva la gente para Sonora y se encarga; ya cuando llega allá, ya se hace responsable el otro, porque ya le toca manejar a toda la gente.

— *¿José solo se encarga de llevar gente de tu comunidad o lleva de otras comunidades?*

— Solo de mi comunidad; los chavos quieren ir a trabajar pues solo le dices si quiere ir o no, él te inscribirte en su lista, ya estando allí ya se forma la cuadrilla; cuando uno ya es reconocido que sí sabe cortar, que es mejor cortador, le dan un puesto de cuadrillero; sí, depende de tu agilidad, por tu comportamiento, por tu corte, por tu calidad. Igual, si eres buen cortador te van a dar tu trabajo de cuadrillero. Pero de cuadrillero no es mucho trabajo, solo va a revisar a su gente cómo va trabajando, explicarle qué tamaño va a sacar, dónde está quedando, ese es su trabajo.

Las autoridades tradicionales de las comunidades indígenas choles de Sabanilla se ven impedidas e impotentes para restringir la salida de los jóvenes choles, aunque, de hecho, las fuerzas de la globalización económica y productiva no son lo suficientemente devastadoras frente al sentido comunal de las instituciones y de la vida familiar tradicional chol. Es un complejo ensamble entre la dinámica de las empresas agrícolas administradas bajo las exigencias del mercado internacional de productos hortícolas y las dinámicas familiares y comunitarias indígenas choles o tseltales, que en apariencia no causan distorsiones de identidad o conflictos y se concilian con el mundo de vida indígena.

Celerino habla sobre esos ensambles entre las familias indígenas, las bases de apoyo zapatistas y la migración a los campos agrícolas sonorenses:

— *¿Qué piensan los compas zapatistas ahorita que tú tienes tu cargo de promotor de educación, qué dicen?*

— Si los compas zapatistas de hecho sí aconsejan, dicen que no se vaya uno, pues, pero qué le podemos hacer si es la necesidad de uno que nos obliga. Como esta fecha que pasó, el año de 2015-2016, no tuvimos maíz, yo tengo unos animalitos igual que mantener [tenía cerdos para engorda] y por eso me tuve que ir; le pedí permiso al pueblo, a los compas zapatistas, a la junta; ya hacen una reunión, pues, para ver el caso; me dijeron que sí se puede, porque este mes voy a entrar otra vez [se refiere al mes de marzo de 2016] a mi turno, a recuperar lo que estoy haciendo en la escuela autónoma «La semillita», porque el tiempo que estuve en Sonora, de octubre a enero, mi hermanita cubrió mi turno, ya le toca hasta enero del próximo año a ella y yo le voy a entrar en este año, a partir de febrero voy a entrar yo para recuperar mi turno perdido.

Sin duda, los jóvenes indígenas choles responden a la convocatoria del mercado laboral agrícola que incentiva y promueve la migración nacional estacional, encadenando espacios o territorios diversos y heterogéneos. Ejemplo de esto son los procesos de los ciclos agrícolas de las plantaciones agroindustriales, que se coordinan independientemente de los ciclos agrícolas de las comunidades indígenas choles. Una estrategia de la familia es la rotación migratoria o migración por relevos; funciona adecuadamente para las familias choles. Cada año un miembro diferente de la familia sale a trabajar como jornalero y así mantienen constantes las remesas que necesitan para completar los ingresos globales, sin dejar a la familia sin miembros activos, encargados de las labores culturales de los cultivos tradicionales en las comunidades de origen.

Celerino sabe que en algún momento dejará de realizar el trabajo de jornalero, porque no puede permanecer en los campos agrícolas por tiempo indefinido. El vigor y la resistencia juvenil no son un bien que se pueda

mantener por tiempo indefinido; llegado el momento se verá obligado a buscar una nueva estrategia de reproducción económica en una vida marcada por un constate peregrinaje entre su comunidad y los campos del noroeste de México.

Una característica más de los intermediarios laborales indígenas es mantener los vínculos y consolidar las redes con los contratistas sonorenses. Los primeros se ven obligados a especializarse en la cosecha de un producto hortícola; en este sentido realizan una planificación de largo plazo para asegurar los flujos de trabajadores agrícolas a distintas empresas agrícolas. Celerino comenta:

Fuimos en el campo el Águila. Allí nos fue más o menos, porque llegué la primera semana parece que era el 16 o 18 de noviembre, llegamos a según a trabajar allí al corte de espárragos. Pero aún no estaban brotando los espárragos; no estaban cortando todavía. Comenzamos a trabajar, había varias chambas, uno que le dicen «fugueros», son las cintas, son las mangueras de agua donde hay fugas, donde escapa el agua, el que quiera trabajar para eso, el que quiera amarrarlo, encintarlo para evitar la fuga del agua, para que ya no salga, ese es un trabajo. La otra chamba es de «palero», solo es cubrir otra vez las cintas con tierra para que no se quemem, porque queman el espárrago. Porque el espárrago crece así de alto como un metro, pasan a tirar algo, no sé qué es lo que echan, un químico creo, para que se seque, así que el espárrago queda todo amarillo como pasto, de allí lo queman, una vez que está quemado todo, viene la máquina, para hacerlo pedazos, bajarlo todo, tumbarlo y queda al ras del suelo. Después empieza a brotar, como ya quedó muy limpio, quedó pura tierra, quedó todo limpio, empieza a brotar bonito. Pero brota muy rápido, supongamos que cortaron como hoy, quemaron y todo, ya en la mañana hay brotes ya, en doce horas o menos ya hay brotes. Si vas a cortar el espárrago les dicen a los cortadores que es de nueve [pulgadas] de largo, pues si no, tarda para que salga. Si hace mucho calor, muchísimo calor, sale más rápido y más rápido. Supongamos que está cortado bien al ras, solo tuvimos que esperar tres días. En la primera semana estuvimos trabajando en otra cosa, como no se quemó todavía, estuvimos trabajando un buen rato allí de «fugueros», de «paleros» de otras

cosas, de allí esperamos tres días, creció. Empezamos a cortar; allí aparecían brotes; de allí casi en el campo no salió mucho, no pegó mucho; como en el campo de San Rafael, allí sí pegó mucho, se veía el espárrago bien verdecito.

Los campos agrícolas son también espacios de relaciones sociales, dado que el constante flujo de jornaleros agrícolas de diversas comunidades étnicas propicia la expansión de las redes sociales. Las relaciones interétnicas dan lugar a intercambios de todo tipo, desde económicos hasta simbólicos; también puede ser motivo de diversos conflictos, pero sobre todo el jornalero sí está dispuesto a tener contacto con otros jornaleros, tal como lo comunica Celerino:

Siempre hay trabajo, porque el contratista que está allí en Sonora parece que es de Palenque, solo que está allá, vive allá. Ellos sí nos ofrecieron trabajo otra vez; que si queríamos, me dijo, que volviéramos otra vez este enero, pero no voy a ir yo, algunos sí van a ir, pero de mi parte voy a quedar en mi comunidad. Sí me dijo el contratista que regresara a trabajar, porque me dijo que era un buen trabajador, que aguantamos el contrato, nos fue bien, pues, no tomamos alcohol, nos portamos bien, ya con el tiempo les cambiaré de chamba, nos dijo. Pues sí van a ir conociendo, pues, la experiencia que va uno garrando, ya con el tiempo sí vas conociendo; te van agarrando confianza; te cambian de chamba; ya si te agarran como cuadrillero te pagan mejor y es menos la chamba. Pero sí, para iniciar es muy duro; es lo que veo, que hay algunos que ya tiene tiempo que están allí. Ya tiene tiempo que han llegado, dos o tres temporadas, pero ya tienen otro nivel de trabajo. Los mismos de mi comunidad, el cuñado del Mario llegó a ser cuadrillero igual por su experiencia; igual José llegó a ser cuadrillero. Hasta ahorita son contratistas. Así está la cosa, quién sabe cómo está la cosa si les cobran por cabeza por llevar gente, es lo que creo, pero si cobran, pues lo tienen que hacer por llevar gente. De hecho, si te prometen que vas a tener buena chamba, que te van a pelear el sueldo, sí lo hacen, porque donde llegamos en campo Águila estaban pagando a 1200 o algo así a la semana, pero ya empezaron a pelar los responsables

por 1800, algo así, solo quedó a 1550 por semana, por trabajador fijo, ya el resto, los 250, fue para la comida de la semana.

Celerino reconoce el esfuerzo y la capacidad de los intermediarios laborales indígenas para negociar los salarios con los contratistas sonorenses y mantiene la esperanza de movilizarse en los contingentes laborales y escalar en la estructura de intermediarismo laboral agrícola en las redes locales de su comunidad. Se presenta una posibilidad a futuro, pero depende de sus habilidades de negociación y de mantener constante la lealtad con los intermediarios.

Jacinto: nos tratan como a los cochinos

Jacinto es un hombre de 40 años. Se casó a los 19 años con Florentina y juntos tienen ocho hijos, cinco mujeres y tres hombres. En 2018 la familia de Jacinto fue beneficiada con el programa de vivienda rural, impulsado por la Secretaría de la Desarrollo Social (Sedesol) y la Secretaría de la Reforma Agraria (SRA). Las familias beneficiadas recibieron una vivienda de materiales de tres por cuatro metros cuadrados. El nuevo cuarto forma parte de la vivienda tradicional. Lo usan como tiendita y bodega para almacenar sacos de maíz y café. Jacinto dice que el programa de gobierno solo benefició a las familias que estaban afiliadas al Partido Verde Ecologista de México (PVEM), unas 30 familias de su comunidad. La condición para recibir los recursos del programa era entregar copia de la credencial de elector y comprometerse a votar en las próximas elecciones municipales por el candidato del PVEM.

Jacinto fue contratado en un empleo temporal operado por la Sedesol como albañil para trabajar en el programa de vivienda rural. Recibía un salario de 200 pesos al día. Sin embargo, cuando escasea el trabajo de albañilería él migra con los contingentes de jornaleros agrícolas a cosechar en los campos del estado de Sonora. Su reflexión personal es una profunda crítica a los intermediarios laborales a quienes considera vendedores o comerciantes de su propia gente.

La experiencia de varios años como jornalero agrícola lo colocan como una persona crítica y analítica. En sus reflexiones destaca la importancia de las relaciones no solo comerciales, sino de asesoría técnica e insumos entre las empresas mexicanas y las estadounidenses. Jacinto afirma que también estuvo laborando como jornalero agrícola durante ocho años en los campos agrícolas de Florida, Carolina del Norte y Massachusetts. Fue deportado en 2010 y se vio obligado a regresar a su comunidad. Desde entonces ha trabajado su propia tierra y desde hace cinco años ha tenido que migrar por temporadas de cuatro a cinco meses como jornalero agrícola al estado de Sonora. Al respecto relata lo siguiente:

Allá mismo fui con los compañeros, dice, pues el dueño del rancho donde llega la gente, que llegan pues los gringos, y sí cierto, así lo vi. Todos los camiones que tienen vienen de Estados Unidos, por eso ya lo conocí allá en el norte [en Estados Unidos]. El carro que viene del norte acá es el mismo que anda allá. Me platicó, pues, bien el patrón donde trabajé. Me fui a sacar, pues, mi seguro [médico]; hay, pues, estudio allí; aplican el reglamento los ingenieros gringos; prohíben que trabajes en el campo con plástico; que no entres con plástico; que no lleses; así como bota de hule, los que podemos trabajar; puro tenis lo más normal; no llevar agua en botellas de plástico adentro [del campo] donde está el tomate, está prohibido. Los jornaleros entran con puro zapato. Nos llevan agua con un rotoplás [tinaco]; van con un trocho [carro] caminando, van caminando entre los surcos, pero el agua dice que no sirve. Los campos están cerca de la ciudad de Caborca. También hay otros cultivos, pero hay mucho tomate. Bueno, allí depende, donde llegué a trabajar están pagando 25 [pesos] el bote. Pero es el tomate cherry, el chiquito, uno que parece bolita. Pero el tomate [de bola] más grande, allí pagan por día 100 pesos.

Como se ha mencionado, la producción hortícola esta orientada al mercado estadounidense. La fuerza de trabajo, como lo demuestra Jacinto, no siempre está organizada en cuadrillas en las plantaciones, depende del sistema de producción hortícola. Una característica más de la flexibilidad de contratación

es el caso de las plantaciones de tomate cherry. Los jornaleros están coordinados por un intermediario laboral quien formaliza previamente los arreglos con las empresas tomateras de Sonora. La jornada de trabajo es más prolongada, agotadora y con mayores riesgos sanitarios. Al respecto Jacinto comentó:

El trabajo empieza temprano. Yo entro a las seis y salgo hasta las cuatro; pero vas cortando por surco, y cuando ya acabas de cortar viene la máquina otra vez a fumigar. Hay veces la gente va pelando su tomate, con hambre no [se puede trabajar]. Yo le dije a un muchacho: —No lo comas, muchacho... dicen que enfermó ya... yo le dije no te comas el tomate, amigo... —Eso no hace nada —dice— yo estoy acostumbrado a trabajar así. —¡Sale pues! Llegó el tiempo que enfermó, dicen que cayó, desmayó, empezó a orinar pura sangra ya. Es lo que venimos a buscar [a los campos agrícolas] la enfermedad, pues ya ni modo, ya lo mandaron a Chiapas, mejor que vayas a tu colonia, a tu pueblo. Pero la gente [de su comunidad que estaban trabajando allí mismo] le juntó su pasaje y lo mandaron de regreso en camión. Dice que llegó al hospital y le dijeron que ya no tiene remedio. Es cáncer, creo. Sí, porque yo dilaté un mes allí; también me chingó allí [el químico]. Me chingó, pues, el tomate; también por cortar las uvas: vas cortando para abajo, y luego viene la máquina a fumigar. Me siento todo el cuerpo como chile, pues. Una vez que ya pasaste a cortar, pasa la máquina; en la mañana ahí está todavía. Está duro; a mí no me gusta ese trabajo. Mientras yo vengo, pues no sufro ninguna enfermedad; vuelvo a regresar a mi comunidad, solo lo junte mi pasaje me voy a Chiapas. Dice la gente [en el campo]: ese cabrón no aguanta a trabajar, no quiere trabajar, no sabe trabajar. No porque ya lo sé cómo voy a defender mi salud, mejor me voy a trabajar a mi casa, yo sé albañilería, gano más aquí [en mi comunidad]. Pero la gente se va, sigue yendo, pobre gente, no entiende cómo se está yendo, como se va su fuerza y le chupan la vida en los campos agrícolas. Los coyotes ya lo chequeé cómo los llevan, hasta no te dan dinero, no te dan comida, si solo llevas 10, 20, 30 hasta 100 pesos los llevan la gente así, van a echarle pura agua no más.

La exposición de los jornaleros agrícolas a los agroquímicos es una constante en todos los sistemas de cultivo de las hortalizas de exportación. Existe

una clara omisión de las autoridades sanitarias e inspectores de la Secretaría del Trabajo para prohibir el uso de pesticidas durante las jornadas laborales. Pocos jornaleros agrícolas son conscientes de los daños a la salud provocados por los agroquímicos. Es común durante la temporada de trabajo la intoxicación por exposición prolongada a agroquímicos, sobre todo en la producción de tomate, en que se utilizan diversos agroquímicos para mantener las plantaciones libres de plagas.

Asimismo, la mayoría de los jornaleros agrícolas perciben que su condición y procedencia campesina los protege de los efectos y daños causados por los agroquímicos utilizados en las plantaciones hortícolas. El ejemplo de Jacinto señala que sus compañeros ven como algo natural y hasta necesario soportar la dureza de las condiciones de trabajo; esa percepción de sí mismos los identifica como gente de campo y que, por consiguiente, deben resistir el arduo trabajo en las plantaciones agrícolas. Cualquier manifestación de cansancio, agotamiento o debilidad corporal durante la jornada laboral es considerada un signo de desprecio al trabajo y, por lo tanto, un signo de negación a su procedencia y condición étnica-social. La autopercepción del valor del trabajo campesino de los indígenas choles es su resistencia no solo corporal sino anímica, dimensión que funge como un elemento de separación entre ellos y los intermediarios mestizos. Quien no pueda rendir más y manifieste menor vigor y fortaleza en la jornada de trabajo no es apto para el trabajo y no volverá a ser contratado, además de ser objeto de discriminación e incluso de exclusión por parte de su grupo y sus redes de apoyo entre los mismos jornaleros. Jacinto continúa y menciona la falta de una alimentación adecuada y digna en los albergues de las empresas:

Si por eso yo no dilaté. Me enfermé el último viaje que hice (2018). Mejor me regresé; como un mes estuve allá; los primeros quince días empecé a trabajar y después me empecé a enfermar, me empezó a doler la espalda, empecé a vomitar. Aun así, empecé a echar ganas por contrato; gané en una semana como dos mil pesos; así, enfermo, trabajaba, no paraba. Lo encontré los cinco mil pesos; agarré mi mochila y pensé: voy a pagar mi pasaje y me regreso a mi comunidad. La gente come

puro cochinerero, no es igual como aquí: comes frijol, comes arroz, buen maíz, pero allá no, comen muy cochino allá; por eso te enfermas mucho en los campos. Pero la gente se aguanta, hay algunos que les gusta. Una vez nos dieron de comer pollo, lo comimos, pero la carne apestaba, yo no lo comí, lo tiré, no comí esa cochinada; unos que lo comieron empezaron con diarrea, dolor de estómago; es lo que a mí no me gusta ya. Mejor que me regreso, la gente sigue así. Pero regresar por nuestra cuenta es caro, primero fui a trabajar al espárrago, en Caborca, de allí regrese para abajo, para Empalme, Sonora, allí está el tomate, bajé a trabajar allí, porque pagué mi pasaje. Hay una señora que manda a la gente, tiene como seis camiones; se dedica al transporte; llega aquí a Tuxtla y a Villahermosa (Tabasco), tiene tres camiones que viajan a Villahermosa y tres que viajan a Tuxtla. Yo llegué a preguntar adónde llega el camión... me dicen se va para Tuxtla... si te tomas el de Empalme (Sonora) hasta Villahermosa (Tabasco) yo pagué 1400 (pesos), aparte pagué otro carrito para venir a Tila, que salió como dos mil (pesos). No, pues mejor que estoy aquí en mi casa, yo hago mi frijolar, mi maicito, sin tanta enfermedad. Toda la gente que está llegando... dice que trae enfermedades de tanto ir a trabajar.

Jacinto opina que las condiciones de salubridad y alimentación en los albergues no son las mejores para recibir a los trabajadores agrícolas durante la temporada de cosecha de tomate. Sostiene que la comida ahí proporcionada es causa de enfermedad. Los alimentos que se elaboran en los albergues son tema de conversación recurrente y motivo de conflictos entre los jornaleros agrícolas y los intermediarios laborales. La mayoría de ellos no están conformes con su calidad y su cantidad. Y, como expresa Jacinto, alimentan a los jornaleros como cochinos. Los alimentos rompen con las dietas tradicionales de las comunidades indígenas. Jacinto prosigue su relato y explica la situación actual de su hijo como parte de un grupo jornalero agrícola:

El encargado que los lleva es de aquí, de mi comunidad [El Paraíso]; hay uno de Buenavista [municipio de Sabanilla] que está llevando bastante gente. Allí tengo un hijo, pero más grande (18 años); ya lleva como un año; allí anda, ya no quiere regresar de Sonora. Lleva un año [trabajando en los campos agrícolas], yo le dije que

no se vaya, pero bueno, es su decisión. Se fue porque quiere dinero, pero aquí hay trabajo, yo le enseñé de albañil, ya sabe un poco pegar bloc, dice que quiere aprender rápido, pero no se puede aprender rápido. Tiene 18 años... [interviene su hija corrigiendo a su papa]... tiene 17 años. Pero yo le he enseñado a hacer amarres en los castillos, yo así lo aprendí todo, empecé de peón, amarrando varillas, de todo aprendí, para albañil es fácil, no tiene efecto [en la salud], pero sí, el cemento tiene un poco, pero no mucho. Pero allí, en donde se fue a trabajar, todo el día están fumigando, pues.

El ejemplo del hijo de Jacinto expresa las estrategias de migración por relevos en las unidades domesticas campesinas. Cuando un integrante de la unidad doméstica migra por medio de la red de intermediarios laborales, otros individuos de la unidad familiar podrán con mayor facilidad incorporarse a la misma red y circuito migratorio, estructurando una cadena de relevos. Por consiguiente, las agroempresas se benefician de estas estrategias familiares al asegurarse una constante rotación de fuerza de trabajo en los campos agrícolas. El hijo mayor de Jacinto ejemplifica la constante movilidad laboral de los jóvenes indígenas motivados por el deseo de obtener mayores ingresos. Se incorporan a los contingentes laborales desarraigados de sus lugares de origen, como explica Jacinto:

No está ahorrando, está sufriendo y perdiendo más, es lo que yo pienso; cuando no trabaja, pues no hay paga. Yo si me voy un año voy ahorrando mi paga, si no me ahorro, adónde voy a llegar; si no tengo mi casita, adónde voy a llegar con mi mujer sin dinero; porque ese es un problema de no juntar el dinero. Ya le dije que junte su paga, pero no quiere escuchar y que mejor se regrese, pero no quiere, ese es su problema. Ya está grande, pues; no manda dinero, no piensa que tiene mamá; no tiene pareja todavía. Yo creo que anda allí trabajando donde el tomate, después se va para Caborca, al espárrago, ya subió al campo que se llama «Chaparral». Pero allí sí yo no voy a ese campo; te mandan a trabajar, eso sí, de volada te mandan, así nomás, trabajan corriendo. Esta vez salieron más de 100 gentes de la comunidad; no, como más de 200, o más, como 250 personas, puros jóvenes; hay unos que ya

tienen edad y también se fueron. Pero no sé si aguantas trabajando, no se sabe, solo el que los lleva. Los chamaquitos también ahí andan trabajando; las viejitas allí andan trabajando. Lo encontré un chamaquito de 14 años, donde fue a trabajar un rato en la uva, llegué en Caborca, me mandaron a otro pueblo, que se llama la Y griega, me mandó el patrón de otro campo, nomás me dijo tú te vas a ir para allá. Me dijo... no va a quedar camión aquí... pues si me mandan, pues yo me voy. Llegué en el otro campo, allí encontré dos muchachos... les pregunté de dónde viene... me dijeron de Chiapas también, vienen de la comunidad de Nueva Esperanza (municipio de Sabanilla), un chamaquito viene de 14 años, está metido en el trabajo. Está metido trabajando en la uva. También trabajan de cortar calabaza, el pepino; la calabaza es la chiquita, cortan la más tiernita, la buscan; cuando ya está maciza ya no la reciben [en la empaquetadora]. Dice pues mi hijo que lo iba a picar una culebra, pues, pero como llega a cortar calabaza, dice que hay una cascabel adentro, lo bueno es que no lo llevó [mordió]. Ya le dije: pues ya no te vayas, regresa a la casa, vamos a trabajar juntos, así como ahora yo estoy trabajando de vivienda [programa social de la Sedesol, empleo temporal en las comunidades que reciben el programa]. Yo hago dos o tres vivienda y ya tengo mi quincena, y voy con mi chalán y voy aparte de él [se refiere al salario que reciben]; y no quiso, pues; es que siempre hay unos que siempre salen [sus pares y compañeros se van a los campos para salir de la comunidad]; viene a buscarlos aquí.

Los jornaleros agrícolas son una fuerza de trabajo dispuesta a realizar cualquier tipo de actividad en donde los intermediarios laborales los ubiquen. Una vez colocados en los campos agrícolas se definen como una mercancía fácil de movilizar, disciplinar y dirigir en los diferentes sistemas de cultivo. Los jornaleros agrícolas se desmovilizan políticamente al ser obligados a estar constantemente en circulación y, al mismo tiempo, son una mercancía intercambiable, fácilmente reemplazable para los intermediarios laborales, porque ellos pueden convencer a los jóvenes de las comunidades de ocupar las vacantes, como lo indica Jacinto a continuación:

Los convencen, pues. Ese que viene aquí [a la comunidad], llega a vender gente nomás. Así como yo voy a buscar ese trabajo, ya me dijo el patrón, ¿sabes qué?, si no aguantas a trabajar, vete a tu colonia. Búscame unos 20 o 30 en tu colonia y te mando un camión. Pero a mí no me gusta vender gente. Mejor que yo hago mi trabajo, así lo hacen, solo ve a ver cómo está la gente allá. Porque allá en la Y griega [empresa de Sonora], donde se cultiva la uva es en el tiempo de enero; muere la gente del frío, sí, pues, es porque es puro desierto, nada de árboles, está pelón, y está todo plano; pero la gente ya está perdida, creo. La gente está por temporada, termina la uva, entra el espárrago; termina el espárrago, hay veces entra la calabaza; se bajan otra vez por Empalme, Sonora. Ahorita en tiempo de cosecha suben todos a Caborca, al cultivo de espárrago; sí, porque lo conocí el tiempo que estuve en Estados Unidos, yo conozco bien el Altar, Sonora [el paso ilegal de migrantes indocumentados], allí he pasado. Es su problema de mi hijo si no quiere regresar, yo estoy en mi casa. Pero es lo que estoy diciendo a mi mujer si llega a hablar por teléfono, apenas hace ocho o quince días habló por teléfono. Yo le digo a mi mujer, que es con la que habla: dile que busque su pasaje, aunque no tenga paga [ahorrada], que venga a su comunidad, hay trabajo, tengo trabajo que darle. Ahora hay café, hay unos que están sacando diez o veinte bultos, es algo ya; para qué voy a sufrir tanto en los campos. Aquí hay paga. Vino uno [intermediario] de otra comunidad a querer llevar a otro hijo; es más pequeño que su hermano; vino a llevar gente; me dijo si lo voy a llevar, lo voy a cuidar. Pero él ya tiene su cafetal... le dije... aunque no trabaje su cafetal, pero si ya tengo plantilla, pues, si yo trabajo de maestro albañil, él va a quedar por su cuenta.

Los cambios más abruptos de los procesos migratorios se originan cuando los jóvenes jornaleros se desligan y rompen con sus familias de origen. El ejemplo del hijo de Jacinto expresa dicho proceso de desarraigo, no solo con su familia, sino con su comunidad de origen. Esto sucede por muchos factores, tanto endógenos como exógenos. Diversas esferas: familiares, económicas y socioculturales, incluidas las políticas y religiosas, son trastocadas por un sistema de producción agrícola que irrumpe de forma violenta en las estructuras comunitarias al obligar a los trabajadores a permanecer el mayor tiempo

posible en los campos agrícolas. Los jóvenes sustituyen la autoridad paterna por la de los intermediarios laborales.

Mi otro hijo tiene como 15 años, a la fuerza quiere ir también, quiere ir a conocer. ¿Verdad que hay trabajo también en San Cristóbal? Pero aquí en la comunidad hay trabajo en los cultivos, en la milpa, el frijolar, en el cafetal, pero no hay dinero, y los jóvenes quieren dinero. Pero está muy matado allá, pues, en los campos, así como este muchacho no va a aguantar, ya cuando tenga 20 años ya se va a enfermar. Es lo que no aguanté yo, lo que fumigan con pesticidas, no aguento el olor, es veneno. Hay unos que allí mueren en los campos. De mi comunidad, no han muerto todavía, pero de otras partes sí. A un amigo de otra comunidad lo mataron. Lo que pasa allá, una empresa, el patrón, vende pura coca; cuando llega el sábado, pues, día de paga, llegan a vender, pues, la mota. Preguntan quién quiere comprar; el mismo patrón les vende. A mí no me gusta esa coca y mota. Ese no es patrón como trabajan otros; aunque le dices: «no quiero esa cochinateda, no quiero que metan coca», otros meten cuchillo, otros dicen que deben de trabajar limpio, no se puede dormir bien en los cuartos por temor a que te vaya a pasar algo; entran como seis personas por cuarto. Pero llegan unos cabrones que traen en su bolsa y empiezan a fumar [mariguana, después del trabajo]; ¡puta!, no podemos dormir, están tirando humo allá adentro [en los dormitorios], así como el fogón.

Por último, Jacinto destaca los brotes de violencia dentro de los albergues. El encierro, la fatiga y la falta de un día de descanso provocan tensiones y estrés entre los jornaleros agrícolas que experimentan largas jornadas de trabajo monótono. Aunado a lo anterior, la convivencia cotidiana entre jornaleros de diversa procedencia étnica y comunitaria genera fricciones y situaciones tensas que llegan a derivar en conflictos, todo ello sazonado por el consumo tanto de alcohol como de cocaína y mariguana, que pueden precipitar momentos de extrema violencia.

Sebastián: *u'chan troñel, usat'a troñel, trabaja bien, trabaja fuerte*

Sebastián tuvo un accidente automovilístico en 2014, junto con sus hermanos, en el tramo carretero de San Cristóbal de Las Casas a Ocosingo. Regresaban de la fiesta guadalupana del 12 de diciembre. En una curva cerrada fueron embestidos por una camioneta cargada de carbón vegetal. El impacto entre los dos vehículos lo recibió directamente el asiento del copiloto en el que iba sentado Sebastián. Sufrió fracturas en tres costillas del lado derecho y la clavícula, además de hematomas en el brazo y la pierna derechos. Fue un milagro que nadie haya perdido la vida en aquella colisión. Los demás pasajeros, mujeres y hombres antorchistas que iban en la parte trasera de la camioneta, salieron disparados como muñecos de trapo sobre el pavimento; muchos recibieron golpes en diferentes partes del cuerpo, pero ninguno de gravedad. Solo Sebastián y sus acompañantes de la cabina resultaron heridos y fueron trasladados al Hospital de las Culturas en San Cristóbal; pero, al no contar con el Seguro Popular, no les dispensaron la atención que requerían. Sebastián recibió una consulta médica básica que consistió en un vendaje y que le recetaran analgésicos. Al final le recomendaron que volviera a su comunidad.

La unidad en que viajaba Sebastián quedó prácticamente destrozada por el impacto. El presupuesto de la reparación de ambas camionetas ascendía a 120 000 pesos. El conductor y los dueños del otro vehículo, que pertenecía a una organización de transportistas de los Altos, exigieron la reparación total de los daños. Fue una ardua y tensa negociación entre los antorchistas choles y los tsotsiles de la organización de transportistas. Al final se entregó la cantidad que estos últimos demandaban para dejar libres a los antorchistas y que continuaran su camino.

Sebastián y sus hermanos eran responsables de transportar a los antorchistas. Así, quedaron comprometidos a pagar el total de los costos del accidente automovilístico. Al regreso a la comunidad, la familia de Sebastián se encontraba con una deuda de 80 000 pesos y con la imposibilidad de trabajar su parcela debido a las lesiones. Su recuperación fue lenta y costosa. Sebastián acudió con el huesero de su comunidad, quien lo atendió durante seis meses.

Sin dinero, endeudado y con una salud precaria tuvo que tomar la decisión de vender dos vaquillas para abonar a la deuda. La otra decisión que adoptaron él y sus hermanos fue la de migrar a Sonora con los contingentes de trabajadores agrícolas que se dedican al corte del espárrago. Desde hace cuatro años jornalea en el norte. En años pasados había escuchado por los altavoces de los tendajones de su comunidad que solicitaban gente para el corte de espárrago y de otros cultivos como el tomate, el pepino y la calabaza. También había escuchado a los migrantes retornados decir que el jornal mejor pagado era el de la cosecha del espárrago.

Sebastián y su sobrino decidieron acudir y hablar con el intermediario laboral indígena en su comunidad para inscribirse en el siguiente viaje programado. El intermediario les solicitó copia de la credencial de elector y del acta de nacimiento, a manera de formalizar el contrato de octubre a diciembre. El contratista les prometió que recibirían su salario cada semana por medio de una tarjeta bancaria. Como ellos nunca han tenido cuenta en el banco no sabían cómo manejar la tarjeta ni el cajero automático. El sobrino de Sebastián, mucho más joven y hábil en el uso del celular y de las tecnologías digitales, fue quien se encargó de las tarjetas. El intermediario informa sobre las reglas que hay en los diversos campos y la imposibilidad de cancelar el contrato sin ser afectados ellos mismos, como lo indica Sebastián:

Hay un contratista que viene a buscar gente hasta acá, manda el camión aquí y espera hasta que se llena; después va hasta allá [se refiere al contratista que trabaja el tomate]. Pero hay uno aquí en mi comunidad que tiene el contacto con todas las empresas. Se llama Xilón Pérez, es joven todavía; él es quien organiza los viajes. Siempre anda viajando. No siempre se encuentra en la comunidad; ahorita está allá; cuando llega su gente se vuelve a salir. Hay noticia que apenas salieron ayer para Sonora; regresa cuando ya se acaba el trabajo. Ya terminó la chamba donde está mi sobrino Celerino, el lunes terminó; salen el miércoles de Sonora, llega el lunes, salieron de Ciudad Obregón. Ya cerró el campo donde estaba, sí, porque el problema es que el Celerino no pudo ir al campo donde estaba el Chuno todavía; es muy costoso para llegar hasta allá; el problema es que está bien lejos; dice que el

viaje cuesta como 700 pesos para llegar hasta donde está el Chuno. Los camiones no los pueden llevar al otro campo porque viene directo a dejar la gente, ya viene bien lleno, lleva 45 trabajadores, por eso no hay chance de venir hasta allá [donde está el otro intermediario laboral].

Sebastián ha formado parte de las bases de apoyo de los zapatistas en un municipio autónomo de Sabanilla. Desde que sufrió el accidente decidió salirse de la resistencia de las bases de apoyo zapatista. El cambio en sus convicciones políticas se debió a la pérdida de credibilidad en las autoridades del municipio autónomo zapatista cuando se negaron a darle el respaldo del municipio autónomo para pagar la deuda que contrajo en el accidente, y tuvo que salir a buscar el dinero fuera de su comunidad. Su formación política y las habilidades de liderazgo lo han colocado como parte de las redes de intermediarios laborales. En cada viaje que realizaba a Sonora se sentía obligado y comprometido a seguir trabajando con los intermediarios locales. Las remesas obtenidas durante los primeros años en los campos agrícolas le permitieron pagar poco a poco la totalidad de la deuda; pero al mismo tiempo se le abrió una ventana de oportunidad para seguir laborando en los campos de Sonora y recuperar el dinero perdido; así lo refirió:

Allí hace grupos el encargado; cada grupo, cada cuadrilla, son de 20 allí en Caborca; pero en otros campos son doce personas nada más [cada cuadrilla]. En cada cuadrilla hay un responsable; hay un cuadrillero que le toca ver el trabajo de todos. El cuadrillero checa todo el trabajo si va bien o no va bien; checa el tamaño [del espárrago], el corte, porque hay veces que hay gente que corta todo lo que viene con el brote todavía, lo van cortando. El contratista nombra al cuadrillero; él dice y elige; pero en mi caso también la gente dice a quién quieren. Bueno, en la mañana hay veces que ganamos 150 [pesos], cuando todavía no hay porcentaje; hay veces que el espárrago sube más [se refiere al crecimiento del espárrago en los surcos]. Es que en la cosecha del espárrago cortamos dos veces al día: en la mañana, de seis de la mañana hasta las ocho [de la mañana] ya está listo el primer corte; descansamos como desde las nueve hasta la una, ya empieza otro corte; hora viene otro en

la tarde, de la una hasta las cuatro o cinco. Es otra paga, allí te pagan 20 pesos por la caja. La paga es por caja, porque el día ya está pagado por el trabajo de la mañana, de 150 [pesos], de seis a ocho de la mañana. Pero sí hay porcentaje en la mañana; si te dan unas 100 o 200 cajas, hasta 300 cajas ya es otra cosa, te pagan 200 o más en la mañana. Hay veces que no hay espárrago, solo te pagan el día; cuando ya hay mucho espárrago se paga diferente el día; cuando hay mucha cosecha pagan por caja, para que se trabaje rápido, gana uno más. En la tarde tienen que pagar otros 80 pesos. Desde la una hasta las cinco [de la tarde] ya está listo, cuando no hay espárrago todavía; pero cuando hay, te puedes ganar hasta unos 500 pesos al día por todo el trabajo; 400 cajas puedes ganar; siento que se gana más así. A la semana, si le echamos ganas, ganas 2500 o 2800; como ahorita ya está grande el espárrago, los que se fueron ganan casi los tres mil a la semana; pero solo ganas más en el mes de marzo, hasta abril, porque el espárrago va a salir mucho, por el sol y que allá no va a llover nada, es muy frío allá.

Según el cálculo de Sebastián, por toda la temporada de trabajo recibió 11200 pesos; de ahí tuvo que descontar sus gastos. No todas las empresas pagan el mismo porcentaje por las cajas cosechadas. Hay algunas que dan menos de veinte pesos por unidad. El ciclo productivo no es permanente durante la cosecha y afecta los salarios de los jornaleros. En parte, estas ganancias se abonan a los ingresos de la familia campesina y contribuyen a la reproducción social de la fuerza de trabajo campesina, pero también se utilizan para pagar deudas, atender enfermedades o necesidades urgentes de las familias, como lo afirma Sebastián:

Había mucha deuda, pues. Se gastó el dinero. Gané 12000 pesos cuando llegué la primera vez. Lo di todo —ese año no pude hacer nada— del choque que tuvimos en San Cristóbal. Tenía mucha deuda cuando sucedió el accidente. Fueron más de 85000 pesos lo que debíamos por el choque. Tuve que vender una vaca que tengo; mi jefe [papá] vendió dos; el Marciano [hermano] vendió una. Pero gracias a Dios ya se acabó. Cuando llegué la segunda vez sí gané algo. Fui a Caborca. Ya puede hacer algo. Compré un becerrito, recuperé el animalito que vendí, ahí está

todavía. Pude ahorrar 20 000 pesos cuando llegué la segunda vez. Pero fue mucha chinga; sí se gana algo, pero es una chinga. Se trabaja diario, todos los días, hasta el domingo también. Toda la semana, no hay descanso. Sí, porque en medio día te descansan, casi no hacemos nada, medio día nada más, por eso tienes que entrar en la tarde otra vez. Porque el espárrago rápido se crece, si no cortas en la tarde, ya en la mañana ya no sirve. Pienso volver en enero del próximo año (2019); se queda mi hijo, pues abandono el trabajo cuando uno se va. El cafetal sí se está recuperando algo. Tengo en la casa, todavía no he vendido [los sacos de café], pero sí se está recuperando. La cosecha pasada coseché diez bultos, mas o menos va a salir. Los toritos que tengo ya tienen dos años, ya tengo otro que nació el 2 de febrero, otro torito. En total tengo cinco, tengo comprado dos, una becerrita, ya se está recuperando. Lo de la deuda ya lo pagué, así pasó.

El dinero obtenido del trabajo jornalero también permite hacer inversiones en la economía campesina. El caso de Sebastián confirma que parte del dinero obtenido lo invirtió en la compra y cría de ganado bovino. La ganadería en pequeña escala es una estrategia para mantener los activos familiares; además, sirve como caja de ahorro y es fácil de utilizar en casos de emergencia. Aunque se debe tener en cuenta que la ganadería de traspatio puede ser un elemento de azar, pues un inadecuado manejo de los animales de pastoreo y de las enfermedades puede ocasionar pérdidas irreparables para la familia campesina. No obstante, es la más socorrida estrategia económica de invertir y ahorrar los ingresos del trabajo jornalero a mediano y corto plazos.

Las remesas enviadas por Sebastián se utilizaron básicamente para hacer inversiones a mediano plazo. Otra parte se destinó al gasto corriente de la familia, para comprar insumos y alimentos procesados que no pueden obtener cultivando las tierras de la familia o sembrando la milpa y el frijol que necesitan para su alimentación cotidiana. Además, Sebastián sigue trabajando el cafetal y mantiene la esperanza de que en los próximos años obtendrá una buena cosecha. Está renovando las plantaciones con variedades de catimor resistentes a la roya de café. Al mismo tiempo, los jornaleros experimentan con los cultivos de las agroempresas en sus comunidades de origen, trasladan los

conocimientos adquiridos en las plantaciones y experimentan en sus propios solares y tierras de cultivo. Así lo explica Sebastián:

Sí, traje para sembrar en mi casa; sí, porque el año pasado nos tocó sembrar el espárrago allí en los campos a donde fuimos a trabajar, y nos trajimos la semilla. Sembramos cuando llegamos, porque no había mucha chamba todavía, porque en enero hay mucho frío. En enero que llegué al campo San Rafael pagaban 150 pesos al día, pero solo en la tarde, nada más un rato, como una hora u hora y media ya está lista la chamba; allí no hay mucha chinga, porque está facilito echarle la semilla al suelo; las semillas son negras, muy chiquitas, es más o menos la chamba; nomás que está bien lejos, pues, está retirado, se queda la familia sola.

Los cultivos hortícolas no solo despiertan un interés económico, sino también un valor simbólico; ahora se pueden encontrar espárragos en los solares de las familias de Sabanilla, a una escala pequeña y con el propósito de experimentar si la planta se adapta al clima y los suelos de la comunidad. En algunos casos han tenido éxito y los han incluido en la producción de traspatio de las familias y en lo sucesivo es probable su adopción en las dietas de las familias choles de Sabanilla. La migración pendular no solo explica la venta de la fuerza de trabajo de las unidades domésticas campesinas; también permite observar los conocimientos que adquieren sus miembros al salir de sus comunidades. Asimismo, los jóvenes mayores de 15 años han incluido el trabajo jornalero como una forma de iniciación en la vida laboral, como explica Sebastián. Su hijo mayor sale a trabajar con los contingentes de trabajadores al corte de espárrago mientras él se queda en casa a labrar sus propias tierras:

El Seferino es aparte ya de los cortadores. Es [con] el mismo contratista, nada más que él está en otro campo. El contratista los manda a otros campos diferentes, de otras empresas. Es que les tocó dos empresas allí, una es La Agrícola del Desierto y la otra El Caderazo, parece; es el campo donde se fue el otro, donde está el Chuno ahorita. Hay muchas empresas de espárragos; hay un chingo; no sé cuántas hectáreas hay, pero son muchas, como 2000 o 3000 hectáreas o más, parece, solo de

esas empresas. Llega mucha gente de diferentes lugares. Hay veces de otros estados; de aquí, desde Yajalón hasta de San Cristóbal; pero son otros responsables, otros contratistas. El contratista también llega a buscar gente hasta Jolja, Nueva Esperanza, Sabanilla [pueblo]. Hay otros. Donde quiera hay contratistas. Por ejemplo, en Yajalón sí hay. Se comunica con la gente por celular. Sí, porque el liniero [se refiere a la empresa de transporte de autobuses de la línea de Chiapas a Sonora], cuando hay chamba, le llama para que traiga la gente. Este año (2018) juntó un chingo de gente; ahorita movió ocho camiones de 45, es mucho. Él solito, si casi no duerme cuando ya empieza a juntar la gente. En la comunidad anuncia por la bocina de las comunidades. Si alguien quiere ir a chambear llaman allí; siempre hablan allí donde está el Jorge [se refiere a la tienda y telefonía rural que está en el centro de su comunidad]; siempre llaman allí quién quiere ir a chambear a Sonora. Allí llega el Xilón a juntar la gente. Apunta el nombre en su libreta, después pide el acta, la copia del acta de nacimiento, credencial de elector, es lo que piden, nada más eso. Las actas de nacimiento siempre lo piden allí en la empresa, copia del acta, credencial, es que siempre en la Hortícola del Desierto pagan con tarjeta [del banco], allí no te pagan en efectivo. Te depositan en la tarjeta de Bancómer, tengo la tarjeta todavía. Me depositan en una cuenta, para mandar dinero tenemos una tarjeta con mi sobrino Chuno, es la que usamos todavía, ellas [las esposas] van al cajero y sacan todo, así lo mandamos con tarjeta.

Sebastián ha tenido que aprender a manejar la tarjeta bancaria en los cajeros automáticos, pero desconoce el cobro de las comisiones por apertura y manejo de las cuentas. Explica que muchos jóvenes al terminar la temporada de cosecha desechan las tarjetas bancarias, lo que ocasiona que el intermediario cada temporada de cosecha solicite la credencial de elector y el acta de nacimiento para tramitar la apertura de nuevas cuentas para el pago de la nómina electrónica. No obstante, se me ha informado que los jornaleros crean estrategias monetarias de envío de remesas colectivas, grupos de cuatro o cinco trabajadores reúnen sus salarios semanales para depositarlos en una sola cuenta bancaria y enviar el dinero a una sola familia; de esta forma aseguran la misma cantidad de dinero en cada envío para cada familia del grupo; la

remesa colectiva tiene mayores posibilidades de fungir como un capital de inversión y no solo cubrir gastos corrientes de las unidades domésticas.

Este es un nuevo escenario para las familias de la comunidad. Antes solían obtener sus ingresos mediante la venta de café o de ganado vacuno; era una vez al año, un solo pago. Pero con la crisis del café y de los últimos años, dichos ingresos prácticamente desaparecieron.

Otro efecto son los cambios en los roles de género de la familia tradicional chol. Actualmente la dinámica de la migración temporal y estacional permite que diferentes miembros familiares se incluyan en el circuito migratorio. Las mujeres jóvenes choles de la comunidad de Sebastián migraban normalmente a Villahermosa y Tuxtla Gutiérrez para trabajar como empleadas domésticas, pero esto ha cambiado con los nuevos circuitos migratorios; en los últimos años ha venido aumentando la presencia de mujeres en los contingentes laborales; aunque sigue siendo marginal, hay una tendencia creciente; se observa año con año el aumento de su presencia en los campos agrícolas:

Las mujeres, sí, a veces van; van a estibar, hay veces de cocineras. Ganan igual que los cortadores, por caja, sí, porque así ganó mi sobrina; porque en Ciudad Obregón es otro precio lo que ganan; es que en octubre no sube mucho el espárrago, siempre baja; por eso siempre ganan 1400 [pesos] nada más a la semana. Solo que van una temporada de tres meses. Salen el 15 de octubre, o antes, depende de la fecha que acuerda el intermediario; eso lo marca el contratista. Allí empiezan a cortar, hasta el mes de diciembre, puede estar hasta el 15 de diciembre, el 18 de diciembre regresan todos otra vez a la comunidad. Vuelven a ir hasta enero, el 14 o el 15 de enero o 16 de enero, de allí hasta abril. Allí ya se paró todo, vuelven a regresar todos a sus comunidades.

Sebastián calcula mentalmente las ganancias obtenidas por su sobrina como estibadora en la cosecha durante el ciclo de 2017-2018. En el primer viaje, de octubre a diciembre, obtuvo 16800 pesos; en el segundo, de enero a abril, el total fue de 17500 pesos. Reunió un ingreso total de 34300 pesos por toda la temporada de corte de espárrago. El trabajo es extenuante y agotador

para los jornaleros y las estibadoras en las empacadoras de la empresa. No hay descanso durante el tiempo que dura el contrato, pero las ganancias son una motivación para seguirse aventurando en los viajes a las cosechas de cultivos hortícolas.

Sebastián explica que los que saben usar el dinero y ahorrar lo gastan en la construcción o remodelación de la casa o invierten en pequeños negocios; por ejemplo, su sobrina tiene una pequeña joyería de fantasía que surte en San Cristóbal de Las Casas. Revende la mercancía en su casa y las clientas más asiduas son las amigas y compañeras choles de su comunidad, cuyo dinero proviene de las remesas que envían sus hermanos y parientes desde Sonora.

Sebastián afirma que no todas las familias permiten que sus hijas viajen solas con los jornaleros agrícolas. Todavía hay muchas restricciones en algunos sectores choles tradicionales para dejar salir a las mujeres a trabajar solas y mezclarse con los trabajadores varones. Porque se ha sabido de casos de violencia hacia las mujeres jóvenes, y de algunas que han salido embarazadas de los campos agrícolas. En esos casos la responsabilidad se atribuye tanto a los cuadrilleros como a los intermediarios laborales que permiten la violencia sexual hacia las mujeres de su cuadrilla. Como se ha explicado en otros ejemplos, aun cuando hay reglamentos estrictos en los albergues y en cada una de las empresas agrícolas, no todos los jornaleros los acatan, y por ello mismo son expulsados de los albergues, como lo explica Sebastián:

En el albergue hay reglas. No te dejan meter con las chamacas; así están allí: no te dejan ver las chamacas. El noviazgo no se permite. No lo permiten porque hay veces las chamacas se embarazan cuando ya regresan, por eso la empresa no quiere. Sí ha pasado; por eso la empresa ya echaron muchas reglas. Hay otras reglas: no dejan tomar alcohol, ni cervezas, fumar marihuana, también está prohibido salir en la noche del albergue. En la comida de medio día, así como llegas de trabajar, como vienes, te permiten entrar a comer, porque entras a trabajar otra vez en la tarde; no te dicen nada; pero en la tarde sí tienes que estar bañado. Entras con zapatos. Con chanclas no te permiten. Hay empresas que te dan bien de comer, por ejemplo, en la Hortícola del Desierto te dan carne, pollo, hay veces arroz con

huevo, depende lo que haya. En otras la comida no es buena. En otros albergues es igual. En Obregón te dan lo que quieras. Dicen que antes no era igual que ahora, no había eso, pero ya ahorita está bien.

Los intermediarios laborales indígenas tratan de controlar los brotes de violencia surgidos en los albergues de los jornaleros. Principalmente se coordinan con los cuadrilleros para controlar a la gente de sus propias cuadrillas y comunidades. Sebastián afirma que el cansancio y el tedio ocasionan muchos problemas entre los jornaleros y los cuadrilleros, pues no hay un día de descanso que permita recuperar el ánimo y las fuerzas menguadas por el trabajo extenuante, ni espacios adecuados para la convivencia entre los diferentes jornaleros; porque, como afirma Sebastián: la gran mayoría de los trabajadores agrícolas son indígenas de diferentes comunidades, y no todos respetan la autoridad de los cuadrilleros, más cuando no pertenecen a la misma comunidad. Sebastián lo explica así:

Conmigo llegan a trabajar puros choleros; les hablo en chol; por eso está facilito de entender a la gente. Por ejemplo, el que trabaja bien le digo: «*u'chan troñel, usa'ta troñel*», 'que trabajen bien, trabajen con fuerza, que no haiga problema'; por eso le decimos a la gente, porque la gente que me tocó la última vez son bien conscientes, son compas todos: sobrinos, familia que me tocó la vez pasada. Por eso no hay problema, son tranquilos, son cortadores buenos, no hay duda ahorita, por eso está fácil. Cuando te toca otra persona de otro lugar, de otra comunidad, ahí sí te llevó la chingada, te chingan mucho. No me ha tocado todavía, pero lo veo con otros cuadrilleros. Por eso está fácil cuando trabajas con tu gente; y si uno no sabe cortar todavía, lo enseñas. No hace nada enseñar a los compas. Todos trabajan parejo cuando nos llevamos bien. Pero hay lugares donde son muy difíciles. Si la gente no te quiere y aunque les digas que trabaje y no quiere, tú sabes que lo sacas ya. Le dices al ingeniero. Él responde que lo sacas a esa persona que no obedece las cosas que le dices. Así dice el ingeniero... tienes que sacar a la persona... lo mandas al albergue a descansar. Pero si sigue comportándose mal ya lo sacan de plano del campo. El encargado del campo lo saca, lo regresan por su propia cuenta. No es

fácil, no... quiere dinero para regresar, creo que el pasaje cuesta como dos o tres mil pesos, es porque está muy retirado, es lo que pasa allí cuando la gente no obedece, pues, dan castigos. Te manda hasta tu comunidad. Tienes que obedecer. A mí no me ha pasado; a nosotros no; pero de otros lugares sí ya. Hay veces toman mucho [alcohol], hay veces que quieren dar de tomar [alcohol], los sacan todos del campo, por su propia cuenta. Pero nosotros de aquí no; la gente de mi comunidad no. Por eso vienen muchos a mi comunidad, porque la gente se comporta bien.

La construcción de la identidad social de los jornaleros es un proceso heterogéneo. Los elementos que la componen no son estáticos ni unívocos. Los contingentes de trabajadores agrícolas no tienen el mismo origen étnico y comunitario; no tejen lazos solidarios permanentes, dado que están conformados por contingencias y circunstancias efímeras que se disuelven tan pronto como retornan a sus comunidades; el proceso periódico de integración de nuevos contingentes laborales impide su organización y percepción propia como sujetos sociales organizados políticamente.

Aunque los contingentes laborales comparten rasgos étnicos, no son culturalmente homogéneos; comparten la lengua, pero hay otros rasgos culturales que los definen como un grupo social heterogéneo. Entre los mismos choles hay sentimientos de excepción y segregación. No se consideran responsables de construir un núcleo uniforme con identidad única o una comunidad moral étnica chol; por el contrario, las identidades choles son contradictorias; forman parte de identidades lúdicas; se incluyen y al mismo tiempo se excluyen. Se agregan en los contingentes laborales, pero los procesos de globalización económica y productiva los diferencian y los segmentan laboralmente; los fuerzan a competir entre sujetos de la misma condición étnica, social y cultural.

Como menciona Sebastián, los cuadrilleros trabajan coordinadamente y sin conflictos con quienes son familiares y «compas» [compañeros] de la misma comunidad. La identidad social en los campos agrícolas en primera instancia es la organización cuadrillera, cimentada por la distinción entre la lealtad por elección y consenso y la lealtad impuesta por sujeción y autoritarismo.

Mientras que la primera es el resultado de una elección libre, consensuada, además de colectiva, contribuye a la autodefinición del individuo social como parte de un nosotros colectivo incluyente desde su cosmovisión chol, contrario a un nosotros colectivo excluyente. La segunda es el resultado de una estructura de poder y de estrategias desplegadas por los intermediarios laborales, de una coacción y una inducción para actuar de una forma determinada en los procesos de producción en los campos agrícolas, como afirma el mismo Sebastián:

Ya decidí ir el próximo año, hasta enero del próximo año, ahorita está mi hijo, que es cuando hay más trabajo, en enero; [no] regresa hasta abril. Los tratan bien en los campos, más o menos, en los campos y en los albergues. Las empresas de Sonora quieren gente de Chiapas. Porque dicen que no quieren trabajar los que viven allá en Sonora, no aprenden el trabajo, no aprenden a cortar. Dicen que lo probaron la vez pasada; la gente que salió, dicen que no aguantan el trabajo, que los probaron y que no aguantaron, dicen que los que viven en Chiapas sí aguantan un chingo, aguantan el sol y todo; por eso contratan todos aquí en Chiapas: aguantan mucho la chamba. Los chiapanecos son perros para trabajar allí, sí trabajan mucho; hace poco se fueron jóvenes de 15 de 20 años, esos aguantan un chingo. Son mayoría jóvenes, se van, pero sí aguantan, se acostumbran también. Nos han ofrecido otras empresas a ir a trabajar a otros cultivos; pero no, queremos ir nada más el espárrago. Hay unas personas que trabajan en otros cultivos, el chile, el tomate, pero nosotros solo hacemos esto. Esos cultivos son en otro lugar, otra parte, otros contratistas. El próximo año vamos a ver qué me toca allí... si me eligen cuadrillero le entro otra vez; si no, tengo que cortar; las dos cosas. Voy mucho tiempo agachado, pero sí aguanto; ya llevo cuatro veces. Así como yo, hay gente más grande trabajando; no son muchos, pero sí hay varios que tienen como 50 años; algunos 60 años; aguantan todavía; son choleros; sí llega la gente. Mi hermanito el Severiano quiere ir este año, dice... Me lo voy a llevar; ya quiere ir a conocer. Pero no siempre nos toca juntos en el mismo campo. Depende si ya está lleno el campo. Se reparten. Como ahorita, el Armando es cuadrillero; le tocó toda la cuadrilla, nomás. Serveriano es también cuadrillero. El Xuno es encargado ahorita, encargado

del campo; está manejando los cuadrilleros. Tienes que manejar unas 200 o 300 gentes si hay allí; tiene que coordinarse con los cuadrilleros, la comida, el agua, si falta la comida él toca verlo, los baños, todo que estén limpios. Es otro trabajo. Hace comisiones para limpiar. Funciona como los cargos de la comunidad, así también en el campo; el burrero es el primero, luego el cortador, la estibadora, después el cuadrillero, el encargado de campo, el encargado en general y el ingeniero también. El ingeniero coordina todos los campos, ve los cultivos que hay. Solo que los que ganan más paga son los encargados. Por ejemplo, la vez que llegó Xuno en octubre le toca encargado de campo, él cobraba 2100 por semana, pero en Caborca se paga más, creo, más de 3000 se paga a la semana.

El trabajo en los campos agrícolas funciona por jerarquías. Los jornaleros se incorporan conscientemente de forma natural. Como señala Sebastián, las diferencias entre el burrero, el cortador y la estibadora son mínimas. El salario es prácticamente el mismo. El siguiente puesto es el de cuadrillero, que recibe un sobresueldo de 200 a 300 pesos a la semana del salario base de los puestos inferiores.

Por lo pronto, Sebastián explica las diferencias sociales entre los jornaleros indígenas y los sonorenses por la poca resistencia de estos al trabajo del campo, al afirmar que «los chiapanecos son perros» para las labores en los campos hortícolas de Sonora. Considera que el trabajo en el campo es una actividad de resistencia y denota orgullo de poder soportarlo. Aprendió las prácticas y estrategias de resistencia en el ámbito comunitario y homologa el trabajo físico con la capacidad de resistir las formas de explotación a escala agroindustrial. Una última reflexión de la narrativa es la comparación y funcionalidad de la organización de los cargos tradicionales de la comunidad y su adaptabilidad a las formas de las organizaciones empresariales. No es casual que los contingentes de trabajadores sean indígenas; los empresarios no conocen estas formas de organización tradicional, simplemente dejan actuar libremente a los encargados y organizar el trabajo en los procesos productivos; el objetivo es lograr la eficacia productiva y ser competitivos en la escala global.

Petul: la tropa jornalera no tiene destino

Petul nació en una pequeña comunidad tseltal del municipio de Chilón. Recuerda con nostalgia que cuando estudiaba tenía que caminar por lo menos diez kilómetros diarios sobre caminos montañosos, desde su comunidad hasta la primaria rural del pueblo de Bachajón. No importaba si había mal tiempo, si había frío y lluvia, sus padres lo enviaban junto con sus hermanos a la escuela. En Bachajón estudió la primaria y no pudo concluir la secundaria, porque escuchó de sus compañeros que el ejército mexicano realizaba campañas de reclutamiento para hacer el servicio militar en la base de Ocosingo. Su deseo entonces era salir de su casa y ver el mundo más allá de las montañas de su comunidad. Como adolescente, entre los 14 y los 16 años, no veía porvenir en aquellas tierras. Con congoja afirma: «no teníamos destino» en la comunidad. Ante este panorama desolador decidió ingresar en la única institución del Estado mexicano que le ofrecía un destino e incluso una paga segura cada quincena: las fuerzas armadas.

Entró entonces en el ejército a los 18 años, y estuvo activo hasta que cumplió los 38 años. Se desempeñó en destacamentos y operativos militares en el norte de México, en los estados más violentos: Tamaulipas, Nuevo León y Chihuahua. Petul relata sus experiencias vividas en las campañas militares con un dejo de desilusión y melancolía, en la llamada guerra contra el narcotráfico que encabezó Felipe Calderón durante el periodo presidencial (2006-2012). El ímpetu de salir adelante, así como su resistencia física y emocional le dieron a Petul la destreza y las habilidades para destacar en los entrenamientos militares de alto rendimiento, que lo llevaron a formar parte de los GAFES, cuerpo de elite encargado de operaciones de alto impacto en el combate antidrogas.

Afirma: «me tocó vivir la parte más violenta de ese periodo; ya no pude aguantar y mejor pedí mi baja; no me la querían dar; tardó tiempo para que me liquidaran». Renunció al ejército por circunstancias personales que no quiere recordar ni explicar en detalle. Cuando obtuvo la baja regresó al único lugar donde podía sentirse seguro y vivir en paz: su comunidad, ubicada en las montañas del municipio de Chilón.

Actualmente está casado con María, indígena chol originaria de una pequeña ranchería de Tila. Juntos tienen tres hijas pequeñas y ambos son propietarios de un pequeño comercio de venta de sandalias y huaraches en el mercado de Bachojón. Petul se abastece de mercancías en La Mesilla, en la frontera con Guatemala. Allí adquiere las «chancletas, sandalias de plástico, zapatos de cuero sintético, entre otros tipos de calzado de mujer y de niña que oferta en su puesto del mercado. Aunque, como indica, las ganancias le dan dinero para comprar la leche de las niñas y parte de la comida de la familia, no es su única fuente de ingreso. Además de ese pequeño negocio, es propietario de un desvencijado taxi con el que cubre la ruta de su comunidad al pueblo de Bachajón. Explica que no trabaja todos los días el taxi, porque también realiza viajes a La Mesilla a comprar mercancía de otros comerciantes que lo contratan.

Además de estas actividades, heredó de su familia paterna dos hectáreas de tierra y continúa sembrando y cosechando la milpa y el frijolar, solo para el consumo de la familia. También cosecha plátanos, calabazas de temporada y una diversidad de plantas verdes comestibles que obtiene de la milpa. Es un hombre emprendedor y ha sembrado media hectárea de árboles de papaya, que calcula cosechar en un plazo de tres a cuatro años. Pretende colocar la producción en la central de abasto de Ocosingo y en lo posible llevar una parte a la ciudad de Palenque, donde le han dicho que hay buen mercado para las frutas durante la temporada de mayor afluencia de turistas.

Cuando recién salió del ejército no contaba con dinero para instalar los negocios que imaginó. Lo inmediato eran los rumores que escuchaba en su comunidad y en el pueblo de Bachajón sobre los viajes que cada año realizaban los jóvenes, a trabajar, a los campos agrícolas de Sonora. Una ventaja era que conocía personalmente al intermediario laboral que los organizaba, como explicó a continuación:

Hay un intermediario de Ocosingo. Igual empezó desde abajo, de chalán; a él se lo llevaron por un desconocido también; allá, creo, ya le dieron trabajo; pero el chiste es que se hizo contratista. Lleva mucho tiempo llevando gente, parece que desde

que era joven, dice, y ya es una persona como de 40 o 45 años. Desde los 13 años empezó a trabajar en los campos, y ya tiene mucha experiencia. Ya lleva años trabajando y es que nos lleva a Sonora a trabajar. Se lleva principalmente a la gente de la región, los choleros, los tseltales. Abarca dos o tres municipios, principalmente Ocosingo, gente de Chilón, Yajalón, Tila, Sabanilla; él los contrata, los lleva, él manda su camión. Paga todo el gasto; nos da tres comidas al día. Desayunamos temprano a las seis, luego a la una, y a las ocho de la noche la cena, hasta llegar a Sonora. Que dura como..., depende, si no hay contratiempo, cuatro días y cuatro noches; si hay contratiempo, ocho o diez días. Llegamos y nos dan campamento. La temporada que yo fui, pues, cobraba por nosotros diez pesos por peludo [persona]. Nosotros fuimos dos camionadas de cuarenta cada uno, son ochenta personas. No digamos que pagan mal; pagan bien; hay veces la comida es igual, es normal, es campo, es campamento, hay ciudades, pero ya depende de la bolsa de cada uno [se refiere a quien tiene el dinero para gastar]. Contrata más hombres que mujeres, pero igual, si las mujeres quieren ir, hay trabajo para ellas; no es trabajo duro: arrancar hierbitas; allá abundan más los quelites silvestres que nacen en el campo, pues es lo que se arranca; no hay trabajo duro que hacen las mujeres; igual trabajamos por parejas, o individual; sembramos las plantillas, depende, son papayas, sandías, melones, chiles y otras verduras, desde que sembramos hasta cosecharlo, el contrato es de seis meses. Yo me fui en octubre y regresé en marzo, no, en el mes de abril.

Explica que conocer personalmente al intermediario laboral puede ser una ventaja en el momento de solicitar trabajo, porque una vez arribando a los campos agrícolas la relación de amistad y confianza con este puede influir para que te nombre «cabo de una cuadrilla». La autoridad del intermediario laboral depende de los años de experiencia organizando los viajes hasta Sonora; empezar desde abajo forja la resistencia de la persona para aguantar el trabajo en los campos agrícolas, comparable con lo aprendido en la tropa cuando estuvo en el ejército mexicano. Asimismo, está de acuerdo en que el intermediario laboral indígena cobre una cantidad de dinero por cada persona enganchada en las comunidades, porque es parte de la logística de los viajes

a Sonora. Prosigue explicando la relación del contratista con los jornaleros enganchados:

Quando dicen contrato, hay un contrato escrito, escribes tu nombre y firma. No tengo una copia. Para qué pedimos. Con que nos paguen bien y ya, basta. El contrato no dice nada; es solo por el seguro; vamos asegurados. Ponle que uno se enferma allá, pues; el ingeniero de la empresa, pues, el bueno, ya el pesado es un español, creo es español, es el pesado, responde por todos. Hay heridos o tienen su enfermería; tiene a un doctor activo. El contratista nos llevó al campo «La Choya», así se denomina, por rumbo a Guaymas o Empalme [Sonora]; entre estas ciudades está el campamento; también está el Campo 5, hay Campo 2, hay varios campos. Nos concentran en un albergue. Ah, no, sí, en un campamento. El albergue es saludable, aceptable; tienen gente especial el campamento. Uno nada más se dedica a trabajar en el campo.

Los contratos suelen ser para los trabajadores una formalidad garante del acceso a los servicios de salud; de por sí, los empresarios están obligados por las leyes laborales a prestar atención médica a los trabajadores agrícolas. Sin duda, el contrato es un arreglo oral entre el intermediario laboral y el jornalero indígena. Es funcional para las empresas porque aplican un esquema flexible: no genera ningún tipo de vínculo económico ni político con los contingentes jornaleros. Los cataloga como una masa amorfa de origen rural; no son campesinos, sino trabajadores libres, desposeídos y sin tierras, sin ningún medio para sobrevivir a excepción de su propia fuerza de trabajo. La prioridad de las empresas es ejercer control sobre la fuerza laboral y lograr los estándares de exportación exigidos por el mercado global y lograr acreditarse como socialmente responsables. Pero en la realidad no existen garantías ni prestaciones sociales para los jornaleros agrícolas; no hay garantías de que recibirán una remuneración adecuada ni de que tendrán los mismos beneficios de seguridad social que otros obreros de las diversas ramas de la producción. Petul continúa explicando dicha relación de subordinación:

Es que dondequiera se maneja la política. Supuestamente, el seguro nada más acepta a gentes mayores de 18 años, hombres y mujeres; allá no hay distinción de raza, ¿verdad? De edades. Pero luego el problema que ha pasado en nuestra comunidad es que salen niños de 16 o de 15 años, toman presentado un acta de nacimiento de sus hermanos —como te digo, dondequiera hay política—; con eso llega y lo contratan. Luego hay veces que falta gente, es que allá contratan gente de a cientos. Yo creo que contratan a más chiapanecos que de otros estados, porque así lo vi en los campos donde yo estuve trabajando. Los contratan por lo mismo que son resistentes al trabajo, a eso van; van con la moral de trabajar fuerte como acá. Llegan al trabajo, no es duro, no es duro sabiendo trabajar. El trabajo empieza a las seis [de la mañana] hasta las seis [de la tarde]; a veces de seis a dos o tres, pero luego nos ofrecen horas extra. La gente quiere las horas que sea necesario, dos o tres horas más, cuatro horas, depende; si hay avance pues no necesitan de horas extra; pero si no hay avance necesitan horas extra y contratan gente; a la hora de la cosecha se necesita más gente, porque unos van a las bandas del empaque, van a empacar, ¿verdad?; llevan gente y mujeres; es cuando contratan a más mujeres que hombres. El empaque esta más destinado para mujeres, porque es en la sombra, hasta con ventilación, aire acondicionado; necesitan a más mujeres, a seleccionar las frutas, las verduras, sí. Les pagan por tarea, depende, ponle que un bote de serrano [chile] te cuesta siete, ocho pesos y de otro tipo de chile va por reja o por bote, pero ya depende qué tan rápido uno trabaje que gane más, que saque más botes, más trabajo; es lo que uno cobra a la semana, cada semana. Cada trabajador gana variado, yo a veces saqué hasta 4 000 o 3 000, o desde 800 pesos, depende el trabajador y las ganas que le echas. Hay un checador, hay un cabo, así se llama, el que va anotando por persona, apunta el número de empleado, sí, pues también hay número de empleo. Es lo que gana uno, por destajo, por tarea, por avance. En el contrato no se explica cómo va a ser la paga, en el momento de subir al camión nadie pregunta cuánto vamos a ganar; lo que uno quiere es ir a la aventura, por eso no pregunto por contrato. No, eso ya es diferente, es hablado, el contrato nada más es por el seguro [médico], por si hay algún accidente, nada más para eso.

Para incrementar el salario semanal hay que autoexplotarse, depende de las habilidades personales y de la resistencia y fuerza corporal. Las modalidades del trabajo a destajo, por tarea o por avance, expresan una de las formas más añejas de explotación de la relación capital vs. trabajo: el trabajador, para poder aumentar el salario recibido que permite su reproducción, contabiliza el número de botes cosechados en una jornada de trabajo de ocho horas que puede prolongarse tanto o más como pueda resistir. Así, a mayor número de botes cosechados, mayor será la proporción de salario que pueda obtener por el trabajo vivo, alienante, porque los jornaleros cosechan sin saber a dónde se exportan las hortalizas, como lo explica Petul en clave jornalera:

¿A dónde se envía la verdura? Eso sí, a la exportación. Supuestamente lo mandaban a Europa o China, a Estados Unidos; va por clase, va por calidad. En la comunidad corren rápido las noticias de boca en boca, funciona igual que el celular, mejor aún. Por lo mismo que acá sale gente, se corre la voz, ya más o menos sabemos qué meses son cuando se contrata gente. Ya sabemos cuándo salen los camiones; empiezan a correr los rumores y pues los que necesitan trabajo se van; por ejemplo, ahorita no nada más están subiendo a Sonora, ya llegan a Cancún, ahorita tenemos gente en Playa del Carmen, tenemos varios familiares que están en Campeche, eso sí no he llegado, llega mi hermanito el Mariano. Trabajan de seguridad privada, en Cancún. Hay gente que llega a podar algún tipo de árboles frutales. Lo desconozco, pero sí ya han salido apenas; como hace 15 días salieron 10 o 15 jóvenes juntos en grupo. Pero ellos solo van por tres o cuatro semanas o un mes; regresan pronto por lo mismo que está cerca; Campeche no es lejos. Pero el que quiere, solo se va por conocer. Por lo mismo que no vale la pena; también como le digo, acá hay también trabajo, no es necesario ir a trabajar a Sonora; aquí también hay trabajo; el trabajo que yo hago nadie lo hace; se dedican al cafetal o a la milpa; yo hago mi milpa, pero también me dedico al comercio; ese es mi trabajo, como de allí mantengo a mi familia también. Hasta Sonora está muy lejos, está muy aburrido.

La economía campesina crea estrategias con una lógica de diversificación o pluriactividad. No depende de una sola fuente de ingreso para lograr la reproducción social. Las fortalezas de la organización económica de las familias campesinas es la constitución de unidades de producción-consumo caracterizadas por su capacidad de adaptación y la distribución de actividades entre sus integrantes y/o de uno solo y su capacidad de realizar simultáneamente diversas actividades distribuidas a lo largo de los ciclos de vida: niñez, juventud, adultez y ancianidad. Estas capacidades están definidas por los patrones culturales en los que se desarrolla el ciclo de vida de las familias campesinas. Otra fortaleza es la capacidad de sostener los ciclos productivos de autoconsumo de la unidad doméstica campesina. Los encadenamientos migratorios escalonados y por relevos permiten mantener las actividades agropecuarias para satisfacer las necesidades básicas de alimentos como el maíz y el frijol, productos básicos de la culinaria cotidiana campesina. Petul continúa explicando la relación entre los intermediarios o contratistas y los jornaleros:

Es por lo mismo que ya han llegado varias veces que ya saben qué fecha, y hay lugares donde vive la gente que ha llegado a trabajar, donde hay señal, hay cobertura de Telcel [telefonía celular] les hablan por teléfono, un mensaje o un WhatsApp y ya empieza a correr la voz, pues ya se junta la gente, así de fácil, no necesita papeles, basta con el acta de nacimiento. Por lo mismo no es un trabajo de peligro que digamos, no es muy riesgoso. Las actas no son chuecas, es que no lo sacan, lo piden prestado de entre sus hermanos, de entre sus primos o familiares, piden prestado. Por eso el encargado del viaje pues siempre hay un encargado que va pagando la comida en el camión. El vive en la comunidad, es parte de nosotros mismos... El que recibe primero la llamada, ese es el que va a juntar la gente y él se convierte como el cabo, además de encargado del viaje, y llega a entregar allá, pues automáticamente tiene su trabajo también. Eso sí lo desconozco, cuánto recibe por llevar gente, pero su trabajo es otro. Ya llegando allá no, él pasa a ser el guía, por eso le llaman también, porque ya sabe, ya lo conocen, ya es un conocido, es de confianza y le dan un *checo* o le dan una tarjeta; le depositan paga en su propia tarjeta para llevar a la gente y allá le dan su viático también, automáticamente, si

lleva 60 personas él se convierte como el cabo, es el guía y cobra un poco diferente que los jornaleros que trabajan en el campo, también tiene su lugar, así de fácil.

Las empresas agroindustriales fincan su confianza en los intermediarios laborales por los resultados que obtienen de él: controlar eficientemente al grupo de jornaleros que tienen bajo su cargo y la manera de solucionar cualquier conflicto que surja en los campos agrícolas como en los albergues. La confianza se construye en años de haber funcionado primero como jornalero, después como cabo de cuadrilla, y por último como intermediario laboral. Pero la confianza se puede quebrantar si el intermediario no logra cumplir con las cuotas de trabajadores agrícolas que les imponen las agroempresas o por retrasos en los procesos de producción que pueda ocasionar la falta de coordinación entre los jornaleros y los cabos que manejan los contingentes laborales.

El cabo vive en Tiaquil, aquí nomás. Acá en mi comunidad sí hay, a escasos 200 o 300 metros, tenemos a los García, son los que reciben primero la llamada; ellos viven donde hay cobertura [de telefonía celular]; no está muy lejos, como a 250 o 300 metros; es quienes reciben la llamada, y él aparta su tiempo y recorre casa por casa donde ya sabe que hay gente, ¿verdad?, si vive, si hay, hay varios... Él apunta en su cuaderno quién va a ir, si él junta los papeles, los requisitos, si piden un acta de nacimiento, una o dos copias, pues él pide, ¿verdad?, él reúne los papeleos, él pone la fecha.

Como ya he señalado, en las comunidades indígenas de Chiapas los intermediarios compiten por reunir la mayor cantidad de jornaleros; se encuentran en un espacio en el que confluyen diversas rutas migratorias y una competencia entre intermediarios, que siempre están buscando enganchar la mayor cantidad de personas que quieran ir a trabajar en Sonora. Se convierten así en rivales dentro de su propia comunidad. Y las redes sociales que han construido a lo largo de su experiencia no les garantizan permanencia, debido a que la rivalidad y la competencia propician la disolución de las

redes más débiles; es decir, la red social de los intermediarios puede ser efímera; se caracterizan por estar centradas en un reducido núcleo de operadores que compiten por el control de los contingentes laborales. Además, se deben coordinar con los transportistas:

El camión es aparte. Es enviado por el contratista mayor de allá. Él manda sus propios camiones. Se juntan en Ocosingo. Allí se concentra la gente, se reúne cierta cantidad de gente, pues se manda uno o dos autobuses para la gente contratada; ya depende del cabo si por una u otra causa se puede suspender el viaje. Pueden suceder muchas cosas: de que pues siempre no, que siempre sí. Ha sucedido varias veces [que] se suspende el viaje por un día o dos o máximo tres días; no sale el día acordado, pero siempre sale. Pero luego hay veces [que] se demora la gente por lo mismo, pues: hay muchos que no traen paga, ponle que de acá a Ocosingo se gasta 60 pesos, más la coca [el refresco], para salir de su casa y llegar a Ocosingo. La gente no tiene para pagar el pasaje y se pospone la salida, porque la gente no llega; no se junta suficiente gente o no llega el camión, o se descompone o algo; hay un contratiempo, es lo que hace que retrase la salida.

Las empresas que transportan los contingentes laborales agrícolas funcionan bajo el membrete de «viajes turísticos». Los pasajeros están expuestos durante el trayecto a todo tipo de riesgos y son vulnerables a constantes vejaciones por parte de grupos delincuenciales o por las propias autoridades del estado encargadas de garantizar el respeto de los derechos humanos fundamentales. Sobre cuántas veces para el camión al día, Petul respondió que es variable:

Ponle que acá en Coatzacoalcos o en Minatitlán [Veracruz], pero primero rumbo a Palenque, de allí a Villahermosa, de allí los que ya te dije, de allí a Córdoba, de allí pasan al Estado de México, pasan por Puebla, Querétaro, pasan por Guadalajara, allí agarra toda la autopista, creo que es la panamericana, cruzan por Sinaloa. Accidentes, que yo sepa, no; por lo menos no me ha tocado a mí... mandan conductores profesionales, hay dos choferes, llevan su relevo. Pero pasa que los camiones

son muy viejos, sí. Me ha tocado que se atrasa el viaje por tres o cuatro horas, o una noche, o un día completo, hasta que mandan otro camión, o esperar, bajarse y relajarse y esperar un rato. Luego les ha pasado que los asaltan por Veracruz; todo ese tramo es muy peligro; lo que es desde Palenque y todo lo que es el estado de Tabasco y Veracruz asaltan a los trabajadores; a mí no me ha pasado, pero a mis compañeros sí; me han comentado y ha pasado mucho.

En lo tocante al regreso, el contratista solo se hace cargo de aquellos que permanecieron trabajando toda la temporada. A los que les urge regresar, lo hacen por su cuenta. Pero si lo reclama sí le dan —comentó Petul—, pues «es la obligación de la empresa»...

Para eso tienen a un contador, a un licenciado; o sea que está legalmente establecida la empresa; le digo, llegan a patrullar la policía estatal, la policía municipal; como le digo, luego pasa el ejército, pasa la marina, allá llega uno en medio del desierto, es desierto pues no hay nada.

Petul observa sagazmente la ausencia de las instituciones del Estado nacional. Las empresas se manejan en los límites de la institucionalidad o del sistema establecido. Una vez que los contingentes laborales arriban a los campos agrícolas se convierten prácticamente en fuerza de trabajo cautiva durante el tiempo que dura el contrato. También observa con normalidad la presencia de los cuerpos de seguridad, que sirven solo para legitimar el limbo institucional en el que se hallan tanto los jornaleros agrícolas como las empresas productoras de riqueza y reproductoras del capital agroindustrial transnacional.

Eso sí, está prohibido salir del campo, por la propia seguridad de los trabajadores, porque en las inmediaciones del campo de cultivo pues hay maleantes, hay narcotraficantes, hay contrarios a ellos, ¿verdad?, pues también eso nos afecta; luego se confunden con uno; luego va uno que no sabe castellano o nunca ha viajado; luego se presentan problemas, pero ya si uno siente que sí puede salirse solito, apartarse de la gente [del grupo con el que viaja] o del resto, pues sí se puede; pero que está

prohibido, está; el campo tiene dos o tres entradas principales; tienen vigilantes allí; tiene portones; toman nota de los que entran y los que salen; luego por la astucia de uno se puede saltarse la barda o buscar otro camino. Las empresas tienen camiones para sacar y traer gente; hay camiones. Caminando no se puede normalmente. Es grandísimo y planada; no se puede ir caminando; en el desierto ponle que sí, pero pierden tiempo; entonces prefieren transportarlos por camiones. Sales a las seis y a las siete ya estás en el trabajo. Primero, desayuna a las cinco; cinco y media ya hay fila para pasar por la comida; ya sea que le piden una aportación cada semana, le piden 200 o 300 pesos para la comida para toda la semana a cada trabajador. Hay campos que descuentan de su raya o de salario semanal, pero hay campos donde pagan normal. Hay veces allí mismo del campo se saca, de tu mismo trabajo, se cosechan calabazas, calabacitas, hay muchos tipos y clases de calabacitas; allí mismo sacan los chiles morrones, lo hacen relleno. Las cocineras se encargan, ponle que sí les descuentan 100 o 200 pesos de su salario, pues le dan una mejor atención, un poquito mejorcito la comida. El campamento tiene su tienda, tiene su casino, te vende sopas, chicharrones, comidas, refrescos, sabritas [frituras, comida chatarra], hay de todo; te pueden vender guantes, calcetines, calzones, lámparas; allá te lo pueden proveer. Si una persona no lleva paga, de allí mismo sale; en la semana sale que ya llega uno y te apuntan. Si llegamos a la una de la tarde da tiempo para trabajar otras dos horas... Sí, uno ya va a lo que va.

Los campamentos o albergues donde pernoctan y se alimentan los jornaleros son en sí micromundos rurales multiétnicos, donde se reproducen las fronteras étnicas y las convivencias comunitarias, sin ser comunidades en sí, sino contingentes desterritorializados y móviles. Los albergues de las empresas tienen sus propias normas y funcionan de una manera independiente de los procesos productivos que controlan. Así, también reproducen las desigualdades sociales, pues lo que suceda al interior del perímetro de los albergues es exclusivo de las empresas. La vigilancia es la prioridad para mantener el orden y la seguridad de los contingentes laborales; expresa la precariedad laboral y la baja calidad de vida de los jornaleros en los campos agrícolas.

En opinión de Petul, la agroempresa provee de equipo y ropa adecuados para las actividades que realizan los trabajadores. Todo lo que necesitan lo pueden adquirir en comercios ubicados en el perímetro del albergue. Muchos de estos son propiedad de la empresa o están concesionados a operadores de la compañía. Las tiendas funcionan dando crédito a los jornaleros, y de ese modo se suman a la estrategia para retenerlos, pues la deuda será liquidada una vez que el jornalero reciba su salario al final del contrato.

O sea, a las dos o tres de la tarde se acaba el primer jornal y los regresan al campamento; después piden o preguntan quién quiere trabajar horas extra. Pero ya no es obligado. Pasan cuarto por cuarto —hay muchos cuartos; bastantes cuartos— preguntado quién quiere horas extras. En cada cuarto pueden haber diez, quince, ocho personas. Hay cuartos grandes, hay chicos, sí hay baños, está bien, hay regaderas colectivas. En el casino puede uno comprarse su sartencito, su ollita, zukumo [polvo endulzante para agua de sabor], refresco, o cosas para cocinar allí mismo o, por ejemplo, cuando yo llegué tuve que comprar mi estufita eléctrica, parrilla eléctrica. Porque la comida que da la empresa hay veces que no llena; hay veces que no acepta el estómago la comida del albergue. Si ya hay paga también se puede comprar unas comidas. Me compraba mis chuletas, mojarras, en la tienda, en el casino. Ya lo preparamos tomate cherrys, pues sobran; hay varios tipos de tomates; es lo que se come; yo lo preparaba. En la cocina de la empresa hay menú para toda la semana, diferente: arroz, lentejas, frijoles con salchichas o jamón, chuletas ahumadas, o luego nos dan calditos.

Por último, Petul percibe el jornalerismo como estilos de vida diferenciados. Una gran cantidad de trabajadores agrícolas migran porque tienen una necesidad urgente en sus comunidades; pero hay ejemplos como el de Petul, en el que la migración es un estilo de vida y una salida a las condiciones de exclusión. Depende de cada sujeto lograr cambiar su condición anterior o si solo es una válvula de escape para obtener ingresos económicos; sin embargo, muchos no logran ahorrar o enviar remesas a su comunidad de origen, porque el salario obtenido se gasta durante su periodo migratorio.

Moschan: quiero tocar música para dejar la mala vida

Moschan es un joven tselal. Nació y pasó la mayor parte de su vida en una pequeña comunidad enclavada en las montañas del municipio de Chilón. Actualmente tiene 30 años. Es soltero y vive con sus padres y su hermano mayor. Cuando regresa a su comunidad, después de breves periodos de migración, ayuda a su hermano a cultivar la milpa y el frijolar. Ambos cuidan a sus padres, que tienen más de 65 años y ya no pueden trabajar las tierras. Sin embargo, las labores cotidianas de reproducción las sigue realizando su madre, quien cocina para toda la familia, además de efectuar otros trabajos domésticos para los integrantes del núcleo.

Cuando Moschan está en su casa se encarga de partir la leña y cargarla hasta el solar, cortar el zacate para alimentar a los animales de traspatio. Cuida a los cerdos. Cada tercer día quiebra el maíz de la cosecha para alimentarlos y mantener limpio el chiquero donde están las crías más pequeñas. Asume esas tareas con el afán de aumentar la reproducción de las crías y venderlas cuando alcancen el peso adecuado.

Ha trabajado y probado suerte en diferentes circuitos migratorios, que recorren gran parte del territorio nacional de sur a norte y la Ciudad de México. Otras rutas incluyen las ciudades de Cancún y Villahermosa. La ruta migratoria más reciente se dirige a los campos agrícolas de Sonora. Recuerda haber salido muy joven de su casa, a la edad de 15 años, a trabajar, y desde entonces ha migrado a donde tiene contactos y amistades con otros paisanos de su comunidad. Su trayectoria migratoria es multivariada. Sigue las rutas que otros migrantes de su comunidad han trazado y que resaltan las redes de apoyo y solidaridad.

Moschan es músico. Toca de oído la trompeta y el saxofón. Ensaya todos los días las melodías que necesita practicar con el grupo de músicos de su comunidad. El conjunto está compuesto por cinco integrantes. Conforman una banda de mariachi tradicional. Tocan en los templos católicos de la parroquia de la misión jesuita de Bachajón. Animán los sermones y las homilías durante las misas domingueras y en las fiestas de los santos patronos de

las comunidades tseltales. La música representa una actividad fundamental en la vida de Moschan para mantener activa su participación religiosa y sentirse parte de la comunidad de creyentes católicos. Aunque no siempre puede tocar con todo el grupo de músicos, porque como él, los demás integrantes salen a trabajar a los diferentes circuitos migratorios que a continuación relata:

Quiero estar aquí [en mi comunidad] un tiempcito, para descansar y ayudar a mis jefes.

— *¿Cuándo te fuiste la última vez?*

— Como a principios de marzo, 8 de marzo más o menos [de 2018].

— *¿A qué fuiste a allá [a Cancún]?*

— Pues a trabajar, le hice de guardia de seguridad privada.

— *¿En dónde, en un hotel?*

— A un lado de un hotel que se llama Royal Thom, es un predio grande.

— *¿Allí quedaban los guardias para cuidar el predio?*

— Ándale, allí nos quedábamos permanentes, el calor y las condiciones, porque no es lo mismo que estar aquí. Aquí puedes andar, dondequiera tienes más libertad; en cambio, estando en un trabajo [tienes que estar allí], entraba de seis a seis, desde la mañana hasta la tarde, todos los días, diario. Pero también uno se aburre, por estar encerrado.

— *¿Es la primera vez que vas a Cancún?*

— No, he ido ya como en tres ocasiones.

— *Siempre has trabajado de guardia de seguridad allí, ¿cómo es que consigues trabajar allí?*

— Una vez me conectaron con el dueño de la empresa, porque tengo amigos que andan trabajando por allá.

— *¿De aquí de la comunidad?*

— No, de allá más abajo, a media hora de aquí [se refiere a otra comunidad vecina]; ellos trabajan de eso; exacto, un día me dicen: no, pues si no tienes trabajo, vente para acá, aquí hay chamba.

— *¿De qué comunidad es la persona que contrata a los jóvenes?*

— Es de Cantajal, él a eso se dedica.

— *¿Él contacta a los jóvenes que quieran trabajar?*

— Ándale, más o menos los que conozca que sean trabajadores, no a cualquiera, porque hay cada persona, hay responsables o hay irresponsables, así. Él ya tiene tiempo viviendo en Cancún, ya tienen años, quién sabe cuántos años, pero sí, ya tiene tiempo allá.

— *¿Y cómo hace él? ¿Regresa a buscar gente?*

— Viene a vacacionar nada más, una semana o dos semanas y de allí se va.

— *¿Cómo contacta a los jóvenes que quieren ir a trabajar?*

— Por teléfono, o algún familiar, o me dice a mí, ya tiene mi teléfono celular registrado... Me dice: —¿Sabes qué? Consígueme tres, cuatro personas que quieran trabajar, le platicas más o menos como está el jale para que no se desespere, y así funciona. Entonces yo voy a ver a mis amigos que conozco, a alguien que esté necesitado, entonces llego y le digo: —¿Sabes qué? Están ocupando gente allá, si quieres te puedes ir, y así es como funciona.

— *¿Cuánto pagan?*

— 1500 pesos a la semana.

— *¿Él paga el pasaje de ida?*

— No, uno tiene que pagar su pasaje.

— *¿Consiguen alojamiento o hay albergues?*

— Allá nos dan carpa donde quedarnos, en la misma empresa que cuida el predio; en el trabajo, pues.

— *¿Hay días de descanso?*

— Prácticamente no tenemos días de descanso. No descansamos.

— *¿Ni un día?*

— Solamente los domingos, porque los días domingos no llegan trabajadores, porque allá diariamente llegan los ingenieros, los arquitectos, a ver cómo sigue el terreno. Entonces, los domingos no llegan, es cuando tenemos más o menos la libertad de salir a cotorrear un rato.

— *¿No tienen como un rol de trabajo donde se turnan?*

— No, porque pues supuestamente los que se van para allá se van con un objetivo: ahorrar el dinero; entonces, no todos quieren salir; nada más se les dice o

pregunta: ¿Quiénes quieren salir?, y contestan. Dan el banderazo y órale, en la tarde regresan allí mismo.

— *¿Logran ahorrar algo?*

— Pues la verdad, muy poco. Bueno, en cuanto a mí, pues muy poco. Yo tengo vicios y todo eso, prácticamente es lo que echa a perder.

La vida laboral de Moschan es ejemplo de la versatilidad y plasticidad con la que los sujetos migrantes se adaptan o acceden a redes sociales que abastecen un determinado mercado de trabajo, ya sea agropecuario o no agrícola. En la actualidad, una de las características de las economías campesinas es la capacidad de adaptación de los trabajadores migrantes para realizar múltiples actividades distribuidas a lo largo del ciclo agrícola de producción.

En el caso que estamos presentado, la vida laboral de Moschan se define por el subempleo, enmarcado básicamente en el sector servicios. Las condiciones de trabajo son muy precarias y los salarios no cubren completamente las necesidades de reproducción de los trabajadores. Moschan nos muestra la importancia que tiene la movilidad de los sujetos rurales para lograr su reproducción no solo individual, sino colectiva. Como podemos observar, Moschan, al igual que muchos jóvenes indígenas tseltales que realizan este tipo de trabajos, por ejemplo, como guardias de seguridad encargados de vigilar terrenos o predios ubicados en la Riviera Maya, pueden llegar a ahorrar como máximo 5500 pesos al mes.

Otra característica del subempleo es la estacionalidad y la rotación constante de la fuerza laboral. Así lo explica Moschan:

— *¿Cuántos jóvenes se fueron en enero contigo?*

— En ese trabajo donde yo estaba, nada más estábamos cuatro guardias y un encargado. Hay otros predios donde están otros 25, 30 elementos, no precisamente de mi comunidad, pero sí del estado de Chiapas, de aquí, de las comunidades de Chilón, la mayoría son de [la comunidad] Cantajal, de aquí para allá son 10 minutos.

— *¿Cómo se llama el encargado de contratar a la gente?*

— Carmelino Gómez, él vive en Cantajal, pero ya tiene tiempo de vivir en Cancún.

— *¿Es una empresa de seguridad?*

— Sí. Yo creo que es una empresa de seguridad.

— *¿Qué te dice, te da un contrato, te da a firmar uno o no existe?*

— Prácticamente no existen papeleos ni nada. Como le digo, contrata a las personas que más o menos las conozca, pues. Es un contrato oral, nomás llega uno, le dices, y te pregunta: —¿Por cuánto tiempo vienes? — Vengo de aquí hasta tal fecha.

— Ah, bueno, entonces nomás anticipame una semana antes de que te regreses, para yo buscar tu relevo, así nomás.

— *¿Tuviste que hacer eso, nomás avisar antes de salir?*

— Sí, ándale; si yo regresaba para la otra semana, yo tenía que anticiparle: —¿Sabes qué? Yo ya me voy, terminado esta semana yo ya me voy. Entonces, para que él tenga tiempo para contratar a alguien que cubra ese mismo trabajo.

— *¿De aquí mismo?*

— Aja. O sea que, si no hay nadie que quiera irse para allá [o porque están en otro estado trabajando de jornaleros], entonces tienen que salir a la ciudad a contratar gente.

— *¿Tú crees que es fácil contratar gente para ese trabajo?*

— Yo creo que siempre hay, pero a muchos no les gusta por lo mismo que no dan día de descanso, y por ciertas cosas. Entonces, como ya me conoce el patrón, me da la facilidad de hablarle cualquier día, yo le digo: —¿Sabe qué, jefazo? Necesito trabajar. Entonces me dice: —Vente tal día y te mando a tal lugar... De guardia de seguridad. Pero en cuanto a seguro o contratos, nada; prácticamente eso no existe; no se habla. De hecho, nadie lo exige. De hecho, muchos dicen que esa empresa es fantasma y la chingada. Yo les digo: —La verdad, yo vengo necesitado; por necesidad tengo que trabajar así. Sí, es cierto, hay mucho trabajo, hay un sinfín de trabajos, desde chalanes de albañil y todo eso en las obras; pero eso sí, cada quien busca la comodidad. En las obras yo creo que sí exigen papeles, porque para que te den ese seguro [médico] también tienes que proporcionar ciertos papeles. Ganan a un poquito más, que yo sepa, ellos ganan 1800 los chalanes, y los maestros 2800 por semana. No estoy muy seguro, pero el trabajo es muy rudo. Normalmente los maestros como que se la llevan más o menos tranquila, pero los más matados son

los ayudantes, los chalanés; a ellos son los que le cargan, ellos son los que la llevan de perder.

Como en otros circuitos migratorios, es constante la existencia de intermediarios laborales indígenas, personas de la comunidad con experiencia migratoria previa a los centros urbanos. Anteriormente trabajaron en las actividades que definieron y construyeron la red social para futuros migrantes. Regularmente los intermediarios laborales indígenas dependen de un contratista mayor, un mestizo que se ubica como un eslabón o nodo de la red extendida a una gran cantidad de comunidades indígenas, donde sus operadores facilitan el enganche y aseguran un número necesario de trabajadores. Desconocen por completo su origen, las necesidades y la identidad de los sujetos.

Los jóvenes tseltales saben que en Cancún y, en general, en toda la Riviera Maya existe una demanda de fuerza laboral en todas las ramas de la economía, pero sobre todo en el ramo de la construcción y los servicios de hotelería, además de la seguridad privada. Como explica Moschan, basta con que los jóvenes lleguen a determinado parque de la ciudad para conseguir trabajo; allí el intermediario laboral o coyote, como ellos los llaman, los contacta y les ofrece trabajo en el sector en el que ellos se ubican. Así explica Moschan las estrategias de búsqueda de empleo en esa ciudad:

Siempre es seguro, siempre hay la manera de conseguir trabajo en Cancún. Llega uno y encuentra. Hasta eso, uno puede llegar al parquecito, allá hay varios parques como en cualquier otra ciudad, entonces nada más te ven con tu maleta y se acercan y te preguntan: —Oiga, joven, ¿necesitas trabajo? —No, pues sí, necesito trabajar. El parque más famoso es el del Crucero, allá en Cancún. Normalmente llega la gente los días sábados y domingos, los que necesitan ayudantes, van y contratan, y así funciona. De todo se contrata: de guardias de seguridad, tablarroqueros, son los que ponen las tablarrocas..., alumineros, de todo, de cualquier oficio. Hasta vendedores y empleados en las tiendas Oxxo, allí se surten y si no, nada más ponen el anuncio: «Se solicita persona», y así. La verdad no me dio por buscar otro trabajo,

sé que hay trabajo donde pagan un poquito más, pagan mejor, pero pues quiero regresar a mi comunidad.

—¿Qué te hizo regresar a tu comunidad?

—Pues es que cuando uno sale, ya ve que uno empieza a extrañar su familia, no sé por qué, pero eso le pasa a cualquiera; aparte, porque en esta comunidad tenemos un grupo de mariachis; por eso no me puedo ausentar mucho: somos nueve músicos, por eso no puedo salirme más de un año, porque tengo que ensayar, de hecho, ahorita voy atrasado.

La nostalgia es un sentimiento que surge en los jóvenes migrantes como un mecanismo de autoafirmación sobre la identidad y comunidad de pertenencia. En este mismo sentido, la unidad de pertenencia en primera instancia es la familia y sucesivamente se amplía a otros grupos sociales: los compañeros de generación y coetáneos o los grupos de filiación religiosa, que sirven de apoyo y vínculo comunitario, proporcionan un lazo afectivo y son un soporte, una perspectiva de sentido y pertenencia a un lugar; forman parte fundamental de la estructura del mundo del migrante y constituyen a la persona en su totalidad, además de acompañarla en sus múltiples estados de migrantidad. En ocasiones estos grupos de pertenencia son tanto o más importantes que las mismas unidades domésticas originales. Por ejemplo, los grupos religiosos tienen la característica de congregar no solo a través de las creencias, sino de las actividades culturales; en el caso de Moschan el grupo de música cristiana de la iglesia católica le proporciona un sentido de pertenencia e identidad, rompe con el sentido individualista y antepone los valores colectivos, como lo indica a continuación:

Tocamos música el domingo. Primeramente Dios, aquí van a estar los muchachos, en la fiesta de la comunidad. Ya ellos vienen y aquí vamos a estar cantando y tocando. También salimos a otras comunidades cuando nos invitan, sin cobro, es un servicio aquí en las comunidades; es un servicio de la iglesia católica. Tocamos y ensayamos lo que son rancheras cristianas; los cantos que cantamos son alabanzas, música mundana no; entonces, nos conviene que nos inviten a nosotros, porque

así vamos perdiendo el miedo, agarrando más práctica. Pero los jóvenes ya están muy cambiados, ya en estos tiempos si en Cancún esta difícil, dicen que ya está como Chihuahua, como está el norte, por la pelea de las plazas, y así es; hay muchas personas que andan en Cancún, que son de aquí de las rancherías vecinas; muchos andan en Cancún en playa del Carmen, en el Distrito Federal [Ciudad de México], en todas partes de la república, también muchos se van a Sonora.

La experiencia migratoria de Moschan fue haber participado en los contingentes de trabajadores agrícolas que se dirigen a Sonora. Aunque como él dice, se fue más por conocer otros estados de la república y porque sus amigos le platicaban cómo era el trabajo en los campos agrícolas y la cantidad de salario que recibían por un periodo de tres meses. Nos relata su experiencia y la manera como observa el trabajo jornalero en estos momentos:

También he ido a Sonora, cuatro veces, pero yo ni tenía ni idea de cómo era el trabajo allá. En ese tiempo estaban cosechando calabaza italiana. Estuve allá como tres meses la primera vez, creo; no me acuerdo de qué meses, pero la verdad solo duré tres meses... y eso a duras penas, porque allá el calor y luego el frío... está loco el tiempo, yo creo que fue en diciembre... porque de día hacía mucho calor, mucho calor, y ya a eso de las doce de la noche o una de la mañana empezaba el frío, pero un friazón, que hasta las diez u once de la mañana se viene quitando. Pues allí me aguanté, cortando calabacita. Pero ya regresé [pensé] para allá ya no voy, para qué. Me fui porque unos camaradas me contaron, me dijeron cómo estaba el jale, que en el camino nos daban comida. Y sí, llegó el camión. Fue en Ocosingo. Me apunté. Me apuntaron. Un día antes me tomaron los datos: ¿cómo te llamas?, ¿de dónde vienes? Y así. Yo creo que para efectos del contrato solo de qué comunidad preguntan; al día siguiente salimos. Te dicen salimos mañana a tal hora. Te dicen, vamos a salir a las nueve de la mañana y te dan ciertas condiciones que no andes relajando durante el viaje, y aparte que no conocíamos las ciudades y todo eso, [el encargado] nos decía: quiero que se porten bien; hagan eso y eso así. Entonces nos fuimos. Llegamos a Sonora. Llegando uno se siente emocionado, porque yo no conocía cómo era el lugar, y así. Y veo un montón de gentes

de diferentes lugares, del estado de Sinaloa, otros de Chiapas, de Oaxaca, unos de Veracruz, y así, era un campo, pero sí está grande. Había fácil como unas 600 o 700 personas. Había hombres y mujeres, solteras, solteros, casadas y casados; así, de todo. Al día siguiente me contrataron. Allí sí me pidieron mi credencial de elector, el acta nacimiento, yo creo que eso era para el seguro, algo así, de hecho nos hicieron examen médico. Nos preguntaron cómo veníamos, si teníamos una enfermedad. De a uno por uno nos tomaron la presión, era otro rollo.

La experiencia de Moschan en los campos agrícolas no es diferente de otras historias de migrantes hasta ahora presentadas. Su vida y trayectoria laboral nos muestran las situaciones por las que atraviesan las comunidades indígenas de Chiapas a causa de los procesos de globalización económica y cómo estos actúan estructurando los mercados laborales agrícolas. Los circuitos están configurados por estas fuerzas internas que atraen a grandes contingentes migratorios. La vida de cada uno de los trabajadores agrícolas refleja la condición precaria y de exclusión social en la que se encuentran. Son excluidos de los beneficios del Estado y despojados de sus derechos laborales, sociales, culturales y políticos y, sin embargo, son funcionales y generan plusvalía para el sistema capitalista nacional e internacional:

En esa ocasión [me] avisó el encargado de juntar el personal. Como me conocen, pues, como yo salgo, de repente te lo topas en el camino y me dice: —Fíjate que tal día sale un camión. Y como saben que yo soy curioso y jalador, que yo sí me aviento el tiro, entonces todas las veces que salen los trabajadores de cualquier este... que se van a cualquier lugar me dice... —¿Sabes qué vamos a salir a chamber?, si quieres apúntate. En Sonora yo creo que ganaba 750 [a la semana], pero de los 750 me descontaban para la comida, para el desayuno y la cena, prácticamente me quedaba con 500 pesos a la semana. Pero llega lo que es la temporada de uva. Entonces allí sí nos alivianábamos, porque allí sí ganábamos 1800 pesos a la semana, de cargadores; unos cortaban y dejaban la caja a la orilla del camino, se acomodaban las cajas y pasábamos nosotros, y pun... pun... a cargarlo en los camiones. De allí nos movieron a otros campos, pero eran de la misma empresa.

Tienen diferentes lotes. Así le dicen. Tienen lotes de uva, de sandía, calabaza italiana y calabaza kabocha, algo así. Tienen varios lotes al mismo tiempo. Los terrenos están grandísimos. Entonces, por decir, en 20 o 30 lotes de uva, de allí seguía sandía, de allí otro tipo de cultivo. Eso fue en Hermosillo, Sonora, no en la mera ciudad, pegado a la ciudad. El campo, la empresa, se llamaba Agrícola Don Roberto. Supuestamente la producción se va a Estados Unidos y a Canadá, quién sabe a dónde más. De hecho, tiraban la mitad de lo que se cortaba, que salía mucha «resaca» [resaca, cuando no cumple con los estándares de calidad para exportación]. Se echaba a perder mucha fruta; y así, nada más seleccionaban la de calidad y la empacaban y la mandaban para quién sabe dónde.

Moschan corrobora la forma de organización de las empresas agrícolas para obtener el máximo provecho de la fuerza laboral, en estos casos de la población indígena, compuesta en su mayoría por jóvenes de 15 a 30 años. Las estrategias de producción son las mismas de otros casos analizados: salarios a destajo y por tareas, contingentes desterritorializados y móviles en regiones de agricultura por contrato. Sorprende el desperdicio de la producción hortofrutícola desechada por no cumplir los estándares de calidad e inocuidad. Los trabajadores agrícolas entran en el mismo círculo de desecho y remplazo, alimentando la maquinaria del capitalismo global. Moschan prosigue su relato:

Las uvas yo creo que sí lo distribuyen allá en las tiendas de Sonora, pero lo que son las sandías, lo tiraban, porque sonaba medio bofo, hueco o quién sabe qué tenía y ya la tiraban, montones de sandía. Así tiraban las calabazas italianas; ellos no aceptaban calabazas que ya estaban bien grandes; nada más aceptaban una medida, ni menos ni más de la medida. Pero así es la chamaba. Me vine con la mayoría de ellos, porque cumplimos el contrato de tres meses. Si alguien no aguanta al mes o mes y medio, no a fuerzas, bien se puede... como te diré... no pasaba nada. Nada más que el que se quería venir antes de tiempo, tenía que pagar su pasaje por su cuenta. El que quería quedarse, se puede seguir otros tres meses, seguir trabajando, sí, porque terminando la cosecha empezaban con la limpieza y de allí venía la siembra y mantenimiento, y otra vuelta cosechando; empieza otra vez el ciclo; de

hecho, hay gente que prácticamente ya están viviendo allá. Hay familias que viven allá; tienen hijos; los niños van a la escuela; les dan facilidades para mandarlo a la escuela. Pero sí, la mayoría sí regresa, se van nada más por cierto tiempo y regresa a sus comunidades de Chiapas. Yo regresé porque extrañaba a la familia o porque prácticamente es lo mismo estar trabajando aquí que estar trabajando afuera; aquí a lo mejor no tenemos dinero, aquí no hay dinero, pero prácticamente te puedes alimentar con verduras, con cualquier tipo de frutas. Ir a las ciudades, sí, es cierto, uno puede ganar dinero, pero qué pasa si uno no sabe administrarse o malgasta el dinero, prácticamente es lo mismo que estar aquí.

En el sistema capitalista, como es el caso de la agroindustria, la producción hortícola de los monocultivos tiene consecuencias perversas, no solo para el medio ambiente, sino también a nivel social y económico. Los productos que no alcanzan los estándares exigidos y que son de mala calidad se desechan como basura o desperdicio. Los costos externos los asumen los empresarios que trabajan bajo la modalidad de agricultura por contrato; las grandes cadenas de alimentos procesados trasladan las pérdidas a los empresarios regionales. En cambio, los empresarios sonorenses tratan de compensar las pérdidas bajando la rentabilidad de los productos, aumentando su productividad a través de la reducción de los salarios y la retención de la fuerza laboral. El abaratamiento y la prolongación de la jornada de trabajo son estrategias que funcionan para generar plusvalía. Al final el que realmente asume el costo del desperdicio de alimentos, definido como costos invisibles, es la misma fuerza laboral, porque lo único que genera el valor de los productos hortícolas es el trabajo vivo, el trabajo humano. Moschan continúa su relato:

Ahora nada más tengo dos opciones, ya sea ir a Cancún o al Distrito Federal [Ciudad de México], sí, nada más; si no, hay otra chance, pues, a los campos de Sonora, nada más que es matado y está muy lejos. La mayoría de los chavos que están en el DF [Ciudad de México] son vendedores ambulantes. Las mujeres se quedan en los locales, pero los hombres tienen que cargar la mercancía, ya sea entregar o traer, en un diablo: echarlos y vámonos, ya sea ropa, zapatos, montables o mochilas,

bolsas, carteras, de todo. La mayoría tiene familiares o amigos que trabajan en los locales del centro, se van por su cuenta. Pues yo lo que hago es hablar con alguien que esté allá, tengo primos que andan por allá; entonces, lo que yo hago es pedir el número de ellos y marcarles y decirles: —¿Sabes qué? Quiero ir para allá... no sé si me das *viada*. Entonces ellos me dicen: —No, pues vente, aquí tengo el cuarto, güey; yo pago mientras tú te alivianas, mientras consigues trabajo. Entonces llega uno y ya no hay necesidad de buscar cuarto luego, ni tampoco trabajo; luego, está caro vivir allá; te cobran la renta del mes y aparte un depósito; prácticamente uno paga el doble. Yo así le hago, para no batallar. Los primos mismos saben dónde hay trabajo; si no, sale uno a la calle y por medio de las pancartas y anuncios, donde se dice «se solicita personal» y llega uno y pregunta en qué consiste el trabajo, y ya se trata de esto y esto y yo ya veo si me conviene o no. Aparte, hay un señor que ya conozco y también ya me conocen, viven en la Ciudad de México, son comerciantes, son del Estado de México, pero tienen locales en el DF, en el mero centro, conocen gente de la comunidad, porque hay unos que ya tienen tiempo allá. Hay unos que tienen seis, siete, ocho años viviendo allá. Unos se van y no regresan hasta unos seis, siete años. Otros están igual que yo, van y vienen, nada más van por temporadas.

Una función de las redes sociales es su operatividad y sostenimiento por tiempo limitado o indeterminado. Se obtiene gracias al soporte tanto de las relaciones de parientes como por los paisanos de la comunidad, quienes construyen lazos de apoyo solidarios. Sin embargo, los paisanos, sin ser propiamente parientes consanguíneos, crean lazos de parentesco simbólicos: se llaman «primos» como una forma de identificarse, de tejer relaciones de confianza, lealtad y compañerismo. Por tanto, la red social de migración es el andamio en el que los actores construyen las relaciones de reciprocidad, reciben apoyos en forma de bienes y servicios materiales y simbólicos, y otros en su momento devuelven los favores, para nuevamente abrir el círculo de dar, recibir y volver. Esta norma cultural de reciprocidad entre pares se activa fuera del espacio comunal en el proceso migratorio, como lo explica Moschan:

Los que tienen tierra o trabajan con sus familias siempre regresan a su comunidad. Se van cuando está empezando la temporada de venta, en septiembre, en noviembre y diciembre es lo mero bueno. Entonces, desde el 7 de enero ya se regresan para su tierra y continuarán hasta el otro año. Como te digo, se vienen a trabajar a sus tierras, y a lo que se dediquen, hay algunos que vienen a trabajar y otros a poner sus negocios. Porque sí hay personas que triunfan, traen dinero y lo traen a Chiapas y ponen un negocio, una tiendita o algo, y ahí se la llevan. A eso se dedican. Ya hasta la próxima temporada se van a ahorrar otro dinero, y así, compran mercancía en el DF, o si no, aquí mismo, en dondequiera, aquí mismo en Chiapas, en la frontera, en La Mesilla, o si no, en Guatemala.

La tierra de labor es un bien colectivo. Su significado no es solo económico. Posee una dimensión simbólica de arraigo al terruño. Aunque muchos jóvenes no son poseionarios de la tierra como sujetos agrarios, sin embargo participan y disfrutan de ella como parte de la unidad doméstica campesina. Los jóvenes rurales migrantes que tienen las posibilidades de ahorrar optan por comprar tierras en su comunidad. Existe un mercado de tierras al interior de estas que facilita el acceso para aquellos que no tienen derechos ejidales. Otros, como lo afirma Moschan, instalan pequeños negocios para obtener un ingreso sin dejar de migrar cuando se requiere. Pero la migración itinerante tiene riesgos para los jóvenes; muchos pueden incluso perder la vida durante el proceso migratorio:

Lo bueno es que regresé bien. Hay algunos que ya ni regresan. Tengo un primo que vive en Tiaquil. Se fue, y por donde andaba lo mataron en el Distrito Federal, no saben quién fue. Estaba juntado el morro; quién sabe si tenía hijos; estaba joven; creo que tenía sus 20 o 21 años; estaba morrillo. Los policías son los que se pasan. Luego te apañan y te andan quitando el dinero; si no les das la mochada te andan amenazando. Es igual en todos lados, en Cancún o en Puerto Morelos; nada más porque te ven así, atarantado [despistado o inseguro], a mí me levantaron como dos o tres ocasiones, que porque andaba ebrio en vía pública, algo sí, en estado de ebriedad. La verdad, sí andaba borracho, pues, pero lo primero que hacen

es agarrar y luego la borseada [se refiere al cateo de la personal] para quitarte lo que traes. Ya si encuentran algún dinerito, le dicen al compa: déjalo ir. Te quedas libre. Si no traes nada, te llevan al bote por dos o tres días. A mí nunca me han llevado. Siempre me encuentran de 200 o 500 pesos; lo que ellos quieren es que salga para la coca, andan buscando a los jóvenes de Cancún con pretexto de proteger a la población, de dar seguridad; puro cuento.

Todo proceso de migración expresa cierto grado de violencia, ya sea simbólica, física, económica o emocional. Las instituciones del Estado pueden ser las principales promotoras de estos tipos de violencia. Los migrantes están expuestos a todo tipo de exclusión social y las autoridades encargadas de la seguridad pública no son la excepción, pues los extorsionan, los despojan de sus pertenencias y los amenazan simplemente por ser indígenas, migrantes, pobres y jóvenes. El consumo de alcohol es una forma de evadir la realidad en un mundo en el que de por sí son discriminados y explotados por la sociedad.

Sí, la verdad, sí. Hubo un tiempo que dejé de tomar, creo que casi un año. Tomaba, pero muy muy leve. Apenas empezábamos a tocar, entonces como que le puse mucho interés, todos los días practicaba yo, me invitaban y ya estaba yo (bien puesto), no fallaba, pero de repente por problemillas entre el grupo, así, por habladurías, entonces poco a poco me fui alejando; pero nada más dejé de tocar un tiempo y otra vez al vicio. Ahorita tranquilo, la verdad, sí, no estoy tomando. Apenas llegué hace como 15 días; tiene muy poquito. Si se puede, quiero juntar otra vez a los compañeros. Uno de ellos es mi hermanito, el más pequeño; también se salió y quién sabe dónde ande ahorita. Yo lo que estoy pensando es ir a visitar a los demás y preguntarles si todavía quieren integrarse, así, para armarla de nuevo. Voy a tocar el próximo domingo con otro grupo. Unos ya dejaron de tocar y otros continúan, son los que vienen. Ahorita tenemos la oportunidad de estar recibiendo talleres cada dos meses. Llegamos aquí, en Bachajón, nos enseñan, nos dan a leer una tarea, nos enseñan a leer música, nada más que los cantos vienen en dialecto (tseltal); bueno, la idea es que toquemos cantos religiosos, estos cantos son para niños, son infantiles. La idea no es hacer dinero con la música, sino dejar la mala

vida, esa es mi tirada, no tanto para ganarme la vida, para eso, pero lo voy a lograr, primero Dios lo voy a lograr...

La historia de Moschan permite observar la relación entre la juventud rural y los procesos de migración. Moschan inicia a edad temprana su periplo migratorio; además, nos muestra los diversos circuitos migratorios recorridos durante su vida laboral. Asimismo, la variedad de actividades de su vida laboral refleja la pluriactividad, la conjugación tanto de actividades rurales como de otros sectores productivos y de servicios. En definitiva, su vida muestra la identidad de la persona migrante enlazada tanto a su comunidad de origen como a las diversas redes de migración en las que se intercala.

Luciana y Petra: mujeres rurales con maridos ausentes

Los estudios de caso de las narrativas migratorias hasta ahora presentadas han tenido como protagonistas a hombres de diferentes edades. Todos ellos, enlazados a sus respectivas historias familiares, expresan diferentes motivos por los que deciden migrar. Las trayectorias no están aisladas de los marcos generales de las relaciones familiares y comunitarias; son, ante todo, estrategias colectivas de movilidad y expresan, al mismo tiempo, los efectos de fuerzas externas en el tejido social de diversos actores económicos y políticos como son: las empresas agroindustriales, las redes de intermediarios y los mercados de trabajo nacional y regional.

Las mujeres tienen una función relevante en su participación en los circuitos migratorios. Aunque los contingentes laborales agrícolas están compuestos en su mayoría por hombres, las mujeres ocupan espacios laborales que los hombres rechazan, ya sea por el bajo salario o porque la actividad está fuera del panorama masculino. Sin embargo, se ha observado que el aporte de las remesas de mujeres migrantes tiene efectos directos en la vida familiar y comunitaria. A continuación destaco en dos ejemplos enlazados los procesos

migratorios y el uso de las remesas administrados por mujeres pertenecientes a un mismo grupo doméstico campesino chol.

Luciana es una joven de 35 años, de lacia cabellera negra, estatura pequeña y complexión robusta; cara redonda y brazos gruesos y fuertes. Actualmente está casada con Manuel. Tienen cuatro hijos. Es una típica familia chol de Sabanilla. Durante los primeros años de su matrimonio vivieron en casa de los suegros. Luciana cumplía con los deberes que su suegra le indicaba. Ayudaba tanto en los quehaceres domésticos como en las labores del campo, ya fuera cosechando café, acarreando leña o cosechando maíz y frijol. Sus dos primeros hijos nacieron ahí, en la casa de los suegros. Allí se criaron. Jugaban con sus tíos y tías no mayores que ellos. Luego vinieron otros dos hijos, que nacieron en los Estados Unidos. La suerte de nacer en ese país les concedió la doble nacionalidad, mexicana-estadounidense. Luciana había migrado a Estados Unidos en 2006, junto con su cuñada Luisa, esta última tenía entonces 13 años de edad. Fueron de las pocas mujeres de su comunidad que se arriesgaron a cruzar la frontera por el desierto de Altar-Sonora, que se extiende más allá del límite internacional entre México y Estados Unidos. De hecho, es un solo desierto dividido por una franja imaginaria. El desierto es un vasto territorio de arena, saguaros y cactus con temperaturas de hasta 45 grados centígrados durante el día y heladas noches de cero grados. Luciana decidió cruzar aquella distancia para reunirse con su esposo. Manuel había emigrado tres años antes y la esperaba del otro lado. Dejó a los dos hijos pequeños encargados con sus suegros, con la promesa de enviar cada tiempo dinero para su manutención, como lo venía haciendo Manuel desde años atrás.

Cuando Luciana y Luisa iniciaron el viaje a la frontera norte, Manuel mantuvo comunicación constante con los coyotes que trasladaban el grupo en el que iban ambas. Las dos se reunieron con el primer coyote en Coatzacoalcos, Veracruz; de allí salieron rumbo al norte, hasta llegar al poblado de Sonoyta, ciudad fronteriza y paso obligado para cruzar caminando por el desierto. En el transcurso del viaje no tuvieron contratiempos. Recorrieron el país en autobús hasta llegar a la ciudad de Hermosillo y de allí en camionetas hasta el límite fronterizo.

Luciana recuerda la travesía por el desierto como una proeza personal. Caminaron durante siete días sin parar. De día descansaban un par de horas, y en la noche reanudaban la caminata a través del paisaje desértico agreste, lleno de espinas, piedras y senderos sinuosos. Luciana menciona que había otras mujeres en el grupo de migrantes, pero para su mala fortuna no todas lograron llegar al punto de reunión donde los esperaba la camioneta para trasladarlos hasta la próxima ciudad. Las mujeres mestizas de Veracruz no estaban acostumbradas a caminar por el monte. Algunas se lastimaron los pies y tenían dificultades para seguir el paso a los guías. A medio camino algunas desistieron de su proyecto de ingresar a los Estados Unidos. Así lo relata Luciana:

Entramos por Altar, Sonora, por el desierto; por allí llegamos como un grupo de 18 personas a Sonoyta, y allí nos metieron a una casa, a esperar. Hacía mucho calor; era el mes de marzo y la casa no tenía aire... ¿Cómo se llama la máquina?... no tenía la máquina que enfriaba el aire. Era bien caliente. Allí nos dieron de comer y nos dijeron que descansáramos. Luego nos avisaron cuándo vamos a salir, ya nos faltaba bien poco para llegar al norte, de allí tardó como un día y medio que estábamos en la casa. Caminamos siete días; era muy difícil; salimos en la noche; pasamos una alambrada y nos dijeron que debemos correr en la noche. Caminábamos en el día y en la noche; eran dos guías y nos decían siempre que nos apuráramos a caminar; si no, pues nos quedábamos en el camino; que la migra siempre patrulla en la tarde, en la noche ya no tanto. Sí, está más peligroso en la noche, porque no ves bien el camino y te puedes perder; hay mucha piedra y espinas; algunos se lastimaron por las espinas. Sí, unas mujeres que no aguantaban se quedaban; se lastimaron; se quedaron. Sí, se regresaron para atrás, otra vez, ya no pudieron caminar; como que no estaban acostumbradas; nosotras sí, porque de por sí caminamos en la comunidad, en la montaña, pero hay gente que no sabe. El guía les dijo que siguieran la carretera y que en el mañana, seguro la migra las encuentra, de allí ya no supimos qué paso con esas dos muchachas, ya no las volvimos a ver. Había otros que nos estaban esperando, unos que conocimos allá en el norte, eran de Veracruz; ellos nos llevaron y los otros nos esperaban

en una gasolinera; nos subimos en la góndola (camioneta) y nos dijeron que nos acostáramos; nos taparon con una lona; de allí hasta en la tarde que llegamos a otra ciudad, no sé dónde era... ya hablé por teléfono con Manuel y le dije que estaba bien que parece que llegamos mañana en la mañana.

Las únicas pertenencias que cargaban en su larga caminata de siete días por el desierto eran una mochila con víveres y una garrafa de agua. No traían más ropa que la puesta. Con un tono de congoja recuerda que el mismo calor quita el hambre y la sed es insoportable. Los coyotes recomendaron chupar piedrecillas en la boca para hacer saliva y no beber tanta agua en el camino. Luciana relata con detalle su experiencia:

No da hambre. Nada. Nada más pura agua. En el camino no da hambre. El desierto es muy espinoso; hay que cuidarse de las víboras y alacranes. Nos dijeron que nos untáramos ajo en los pies y en los zapatos para espantarlos. El coyote tiene su agua. Hay veces que ya no tenemos agua, nos morimos de sed. Así nomás tomamos, pero poquito nomás, si no, no alcanza. Pero nadie tiene más agua. Son bastante gente que llevó. Todos sufrimos un chingo. Solo llevé dos galones, pero no alcanza, porque caminamos en el día y en la noche. Cuando caminas te cansas, descansas un poco, pero luego tienes que volver a caminar, si no, te dejan allí. De comer llevaba latas de atún y sardina, pero no las comía; no da hambre, da mucha sed. Sí, lo bueno que no nos pasó nada. Hay noticias que unos no sé qué, que pasó esto..., que no sé qué..., pero no nos pasó nada. Dicen que hay algunos que se mueren en el desierto. Sí es cierto; ves una cruz de gente que se murió allí, pero a nosotros no nos pasó nada. Llegamos bien, gracias a Dios. Solo íbamos las dos, mi cuñada de 13 años y yo. Las dos solitas. Mi esposo estaba allá. Tenía contacto con la señora que nos cruzaba. Eran conocidos de mi esposo; son de Veracruz. Es un grupo grande en el que nos fuimos; son varios; son como 18 personas. No todos son mi comunidad, otros eran de Veracruz. Ya nos prepararon, nos quitaron la ropa que llevamos en la mochila. Te dicen que cuando llegas al otro lado te van a comprar tu ropa. Cuando pasas allí te van a comprar tu ropa. Sí, cuando llegamos lo compraron, nos dieron dinero, nos llevaron al *Wolmar*; allí compré un pantalón

y una camiseta. Hay que sacrificarse para ir hasta allá; hay que sufrir. Así me lo dijo mi marido: no va a ser fácil cruzar; por eso me dijo que me preparara y que cuidara bien a su hermanita. Ella sufrió mucho, tenía mucha sed y hambre en el camino, pero aguantó. Ya cuando llegamos vivimos en casa de unos amigos de mi esposo. Nos dieron un cuarto para los tres. Compartíamos gastos. Manuel pagaba la renta; tenía trabajo en la empacadora. Cuando encontramos trabajo, ya buscamos otro lugar dónde vivir. Trabajamos los tres en la empacadora. Pero en Florida está muy caras las rentas; la comida no mucho, pero las *trailas* son muy caras. Entre todos pagábamos la renta. Ya nos repartíamos los gastos de la comida, y a quien le toca, cocinar y limpiar el baño. Éramos cinco; entre todos pagábamos de a 100 dólares cada uno: 500 dólares la renta al mes. Las *trailas* están muy largas, son casas con ruedas, son de metal y tiene cuartos al interior, son móviles.

La experiencia de Luciana y Luisa marca un antes y un después en su viaje migratorio. Durante su travesía por el desierto las personas inhiben todo tipo de sentimientos, pensamientos y nostalgias; se privan de todo y tratan de mostrarse siempre fuertes. Cualquier proyección de tristeza, cansancio o debilidad es causa de abandono por parte de los coyotes. El viaje implica muchos sacrificios personales y riesgos para los que cruzan la frontera árida. Luciana advertía las señales de los decesos en el cruce fronterizo: migrantes que mueren por deshidratación, accidentes y violencia en su intento por llegar a su destino final.

Una vez allí, al otro lado de la frontera, la vida no es nada fácil y requiere otras estrategias, sacrificios y privaciones personales; por ejemplo, compartir casa con los paisanos y contribuir con gastos de hospedaje y alimentos aminora el costo de la vida cotidiana. Lo más oneroso es el pago de la deuda contraída con los coyotes, que exigen entregas puntuales cada mes, con sus respectivos intereses. Luciana indica que el día a día no es más fácil y lo resume en dos renglones: trabajo y casa. Según su experiencia, los migrantes indocumentados no salen de sus domicilios en el tiempo de descanso por temor a ser capturados y deportados por las autoridades migratorias. Así lo explica:

La vida allá en los Estados es puro trabajo; casi no salen de su trabajo. Cuando uno termina ya, viene a la casa. De allí nos vamos otra vez al trabajo; solo vamos a comprar al *Walmart*; no vamos a otro lado; dicen que la policía agarra a los mexicanos. Trabajaba en la empacadora de Chile, pepino, otras verduras. Escoges la verdura de un tamaño, las muy grandes las tiras al bote. Desperdician mucha verdura. Se tira mucha calabacita. Manuel, mi esposo, también trabajaba de empacador. Ahorita está en la empacadora. Empezó en el mes de noviembre (2017) y va a terminar 30 de mayo (2018). Trabaja todo el día, de siete a siete. Vive cerca de Orlando, no en mero Orlando, a la orilla. Todos los que están allá se quieren regresar; no dejan trabajar a gusto. Solo los migrantes vienen a trabajar allí. Pero no pueden regresar a México, porque ya subió mucho el coyote, ya cobran más de mil dólares la pasada. Decidí regresar porque van a quitar a los niños, dicen; los que deportaron a sus mamás, los dejan encerrados o se quedan con otros parientes; pero nosotros no tenemos familia allá, por eso decidimos regresar a la comunidad. Hay algunos que ya los están deportando y ya no le van a dar a sus niños, así como yo, si me deportan aquí, ya no voy a poder traer a la niña, allí se va a quedar encerrada. Algunos sí tienen chance, tienes familia, se queda con ellos; pero si no conoces a nadie, los dejan encerrados, en una cárcel. Otros los dejan con amigo, pero yo no quiero que me quiten a mis hijos; no tenemos amigos con quien se puedan quedar allá. Aunque ellos tengan papeles legales se van a la cárcel, nosotros no. Manuel quiere regresar, pero no sabe cuándo, pero quiere, cuando junte más dinero. Quiere hacer su negocio en Sabanilla. Aunque cambien la situación ya no quiero ir, no hay papeles. Arreglar los papeles tarda mucho, dicen. Por eso los que se fueron de mi comunidad siguen allí, no pueden regresar a la comunidad; todavía hay muchos. Hay algunos que regresaron, pero hay muchos que siguen allá. Trabajan en los campos de naranjas, en el tabaco, o en la construcción. Siempre están viajando de Florida a Carolina. Donde hay trabajo van a buscar otro trabajo; como termina el trabajo van a buscar a otro lado. La gente siempre está trabajando o están ocupados en otra casa. Los que toman mucho pues se quedan en sus casas, pero luego se pelean y tienen problemas con la gente. Los vecinos llaman a la policía; por eso llega la migra y los deportan. Nosotros siempre nos quedamos en la casa. Nos quedábamos solo en Florida. Mi esposo busca allí mismo, cuándo ya se acaba el trabajo de

la empacadora, trabajaba en la construcción. Depende cuánto pagan en el trabajo de construcción; a veces es mejor en la empacadora, como que es menos matado. Ahorita está muy bajo, pagan muy bajo, por eso no quieren trabajar allí, un día pagan a 10 dolores la hora, pero a las mujeres pagan nueve. Con mucho sacrificio ya logramos nuestro sueño, ya tenemos nuestra casita, es lo más importante. El sufrimiento tiene su fruto. Por eso si una persona se va tiene que sufrir para lograr su sueño. Él [Manuel] empezó a viajar en el 2001, empezó primero a llevar gente a la frontera, dos años estuvo así: va y viene, va y viene, tarda unos 15 días, unas tres semanas. Ya por último se pasó con un grupo en el año 2003, ya tiene tiempo que está allá.

El trabajo que realizan los migrantes indocumentados en los Estados Unidos es básicamente en las agroindustrias y en el sector de la construcción. Luciana explica que ella trabajó la mayoría del tiempo en empacadoras de frutas y hortalizas, aunque por un salario menor que el que recibían los hombres. Obtenía nueve dólares la hora por su jornada, mientras los hombres ganaban diez. Su retorno a México se debió al riesgo de ser separada de sus hijos y al endurecimiento de las disposiciones migratorias impulsadas por el gobierno de Donald Trump.

La nueva política de deportación y separación de las familias es una estrategia que ha funcionado causando temor en la población inmigrante indocumentada de origen mexicano y latinoamericano en general. Luciana observó con miedo que las aprehensiones y deportaciones habían aumentado en los centros de trabajo y la invadió la incertidumbre. Decidió regresar con sus hijos pequeños a México. En cambio, Manuel sigue trabajando en los Estados Unidos y enviando remesas para la familia.

Luciana es de las pocas mujeres de su comunidad que tienen la experiencia de haber estado residiendo como indocumentada en los Estados Unidos. Afirma que no volverá a intentarlo sin papeles, mientras persistan las políticas de separación de familias indocumentadas. Su experiencia le ha servido para tomar conciencia de que la vida en el norte no es mejor que la que ella tiene en su comunidad. Explica que la gente de su comunidad no sabe cómo se vive

en aquel país, que el trabajo no es como se lo han imaginado. El logro más importante de su periodo migratorio fue haber concluido la construcción de la casa y la compra de una camioneta, que utiliza su suegro para transportar mercancía y realizar viajes de su comunidad a la cabecera de Sabanilla. Según la opinión de Luciana, Manuel conserva la esperanza de regresar a su comunidad cuando tenga suficientes ahorros para invertir en un negocio familiar. Así lo indica en el siguiente testimonio:

Manuel quiere ver si puede regresar. Extraña a sus hijos y la comunidad, pero sigue trabajando en la empacadora, y cuando acaba ahí trabaja en la construcción; quiere ahorrar para poner un negocio en Sabanilla. Ya tiene muchos años lejos, por eso ya se aburrió, pero trabaja y manda dinero. Otros hombres que igual se fueron ya no envían dinero, ya se consiguieron otra mujer y se la pasan tomando allá. Yo estuve nueve años viviendo allá, pero es puro trabajar. Unos meses en la empacadora, otros en la cosecha de frutas, pero es pesado el trabajo, tienes que pararte a las cuatro y media de la mañana y sales ya tarde de trabajar, y casi no veía a mis hijos. Los cuidaba mi cuñada en el horario que no trabajaba; ellos se acostumbraron, porque tienen sus hermanos que juegan con ellos, por eso no se aburren, están jugando. Hay gente que agarran en los centros de trabajo, los mandan para acá, dicen, los regresan en avión, pero luego los encierran unos meses en la cárcel, hay unos que duran tres o seis meses encerrados; conozco uno de Nueva Esperanza que estaba allá, otro de acá de mi comunidad. Ya vinieron unos, pero los agarraron tomando en la calle. Han venido varios, pero ya tiene de por sí, ya, como ocho años que se fueron; algunos que porque según la migra los agarró tomando, los agarran y los deportan; han venido como cinco o seis deportados por tomar. Vienen bien tristes, porque esas personas que vienen así llegaron sin nada; a veces llegan descalzos; así como los encuentran, así los sacan. Los echan, creo que los mandan a la frontera con México. Tienen que hablar con su familia, que les manden dinero para que puedan ir a su casa.

En las comunidades indígenas de la Zona Norte de Chiapas los circuitos migratorios están interconectados y relacionados por diferentes movi-
lidades

laborales, ya sean nacionales o internacionales. Es decir, que la migración internacional puede dar pie a la migración nacional, y a la inversa, la migración nacional puede desencadenar la migración internacional. En el momento actual la migración internacional está acotada y restringida por diversas causas, tanto políticas y sociales como económicas. Pero no así la migración nacional, que ha tomado un impulso mayor en los últimos diez años.

El regreso de los migrantes adquiere un sentido temporal, dado que muchos de ellos vuelven a insertarse en nuevas rutas migratorias. Una de ellas es el circuito migratorio de Chiapas a Sonora, además de otros de menor importancia que no constituyen contingentes de trabajadores migratorios como los jornaleros agrícolas.

El retorno de Luciana, quien migró internacionalmente a los Estados Unidos, no significa que su ciclo esté cerrado; en cualquier momento puede decidir volver a enrolarse en los circuitos migratorios nacionales o internacional, en caso necesario. Quien tiene experiencia acumulada en la migración internacional o nacional se coloca potencialmente como un sujeto migrante activo, como es el caso de Manuel. De ser parte de los coyotes que trasportaban a gente se colocó como un migrante más en el entramado de la red internacional. Así lo indica su hermana Petra, quien es parte de estas redes transnacionales, pero sin moverse de su comunidad. Como indica a continuación:

Teníamos unos primos de aquí de la comunidad de Tierra y Libertad, por la Selva Lacandona. Él llega de visita allí con ellos. Hay tíos y primos que ya fueron al norte y le empezaron a platicar y un primo diciéndole que él también se va, pero en esos años no era tan difícil, a los ocho días o a los siete días ya se comunicaba diciendo que ya estaba allá. El coyote siempre pasa caminando. Ya cuando vieron que se fue mi hermano, la gente [de mi comunidad] viene y empezó a preguntar y a saber cómo se fue y cómo llegó y cómo se contactó. Ya nosotros les empezamos a decir: —No, pues tal persona que lleva gente por allá... y tardó nada más un año o más de un año, regresó mi hermano. Al ratito lo vinieron a buscar..., la gente le decía: —No, compadre, nosotros también queremos ir. Así es cuando empezó

a llevar, a ayudar a la gente de acá para allá. Pero hay algunas personas que los llevó y como él les daba todo para poder llegar, algunos ya no pagaban ese dinero. Nada más mi hermano se sacrificaba, ayudaba a esas personas, se endeudaba y ya se perdieron y ese dinero no lo recuperaba, y algunos otros pues que los regresan o que se cansan de caminar y no llegan hasta allá. Pues mi hermano ya hizo un gasto para llevarlos y luego ya empezaron a regresar. El chiste es que ellos ya regresaron, fueron a conocer y a mi hermano le toca gastar todo. Fue así como empezó a darse cuenta de que ya no le servía, ya mejor se quedó a trabajar él también en Florida.

La logística de organización y cruce de fronteras de la migración internacional responde a las redes sociales desplegadas por los coyotes. Estos poco a poco consolidan las redes sociales y sus estrategias primero en el ámbito local, al interconectar las comunidades de parientes que viven en la región. Posteriormente se expanden a otros ámbitos que permiten darles funcionalidad, facilitando el transporte, hospedaje y traslado de los migrantes por rutas seguras. Al mismo tiempo, la información local refuerza la utilidad de los circuitos migratorios internacionales, al ser percibida por los paisanos y coetáneos de la comunidad como una opción laboral. Llegado el momento acudirán a los coyotes para solicitar su apoyo, no sin antes endeudarse para poder cruzar la frontera norte. Como continúan explicando en la narrativa:

Siempre es un gasto llevar gente hasta allá. El préstamo. Que la gente le va a responder. No, nada, es una pérdida, de que uno se confía y luego no, uno se siente mal. Ya la experiencia es así. Algunas personas que tienen la posibilidad de llegar, y no todos le quedaron mal. Ya con uno se puede hacer de algo. Pero sí, muchas gentes que se fueron con él sí tuvieron sus cositas aquí [en la comunidad], su hermano, otros tíos y primos. Todos acá sí los ayudaron a llegar y algunos están allá, algunos ya regresaron. Los últimos que salieron de acá, que se fueron, ya les salió muy caro, más de 100 mil pesos. Sí, antes estaba de 12, de 14 mil pesos. Es mucho dinero para la gente; todo el año están pagando el dinero. Hay gente que vendieron sus terrenos o un solar. Ahorita un terreno, pues, una hectárea, me salió en 34 mil [pesos]. El otro terreno en donde voy a construir me salió, para mí muy barato, en

siete mil pesos; es de 20 por 30 de largo; es un solarcito grande. Tiene agua. Allí pasa un arroyito.

Petra expresa los cambios económicos generados por las remesas en las comunidades indígenas de Chiapas. Ella no es migrante, pero vive los efectos de la migración nacional e internacional. Su esposo, que tiene más de ocho años que migró a Estados Unidos, enviaba regularmente remesas. Con los ahorros Petra ha logrado invertir en varios negocios. Primeramente, en la instalación de una caseta de telefonía rural. Además de brindar un servicio a las familiares de los migrantes nacionales e internacionales, la telefonía rural se ha colocado como un servicio de mucha demanda en las áreas donde no se cuenta con acceso a la red de telefonía celular e internet y, por ello, la instalación de estas casetas resulta una alternativa factible y rentable. El costo de las llamadas telefónicas varía si es de larga distancia nacional o internacional. Al mismo tiempo, Petra ha invertido las ganancias y las remesas en la instalación de una tienda de ropa y zapatos, productos de belleza y perfumería; poco a poco ha ido ampliando la variedad de productos que ofrece a las mujeres y niños de su comunidad.

Otra parte de las remesas la ha dedicado a la compra de tierras de cultivo y un terreno dentro del área urbana del ejido, donde planea fincar una casa propia. El ejemplo de Petra muestra el empoderamiento de las mujeres en el manejo de las remesas internacionales. Las utilizó no solo para el gasto corriente de las familias, sino también para generar cambios en su economía doméstica; por un lado, ampliando las tierras de labor o, en su caso, adquiriendo nuevas para urbanizar o colonizar. Por el otro, administra el nuevo negocio que implica acudir a los mercados internacionales, como es el de La Mesilla, en la frontera sur de México.

La vida de Petra tiene varias aristas que reflejan y al mismo tiempo conectan diversos procesos o niveles de interacción social. Primeramente, se coloca como una persona importante en la configuración de su sistema familiar; apoya en el cuidado de los hijos de su hermano y su cuñada, quienes emigraron a los Estados Unidos. En un segundo momento rompe con el clásico

rol de mujer indígena dependiente y subyugada a la autoridad de los hombres de su sistema familiar. Se coloca como una mujer emprendedora y microempresaria y genera nuevos cambios económicos en su comunidad, al propiciar nuevos patrones de consumo y traer mercancías de diferente origen (ropa hecha en China, calzados centroamericanos, perfumes y cosméticos de Estados Unidos), además de introducir la nueva telefonía rural satelital.

Un tercer elemento es el cambio de percepciones de género en la comunidad. Rompe con la forma tradicional de que las mujeres no son buenas para crear negocios y administrar el dinero de las remesas enviadas por los migrantes. Las familias tradicionales choles excluyen a las mujeres del patrón de herencia de la tierra, tanto de tierras de labor como de los solares destinados a la vivienda. La explicación puede deberse básicamente a las normas culturales del sistema de parentesco, definido por el sistema patrilineal con residencia patrilocal, donde los hombres son los que heredan las tierras de labor y al hijo menor le corresponde la herencia de la casa de los padres, asumiendo los cuidados de los padres cuando llegan a la senescencia. La nuera se coloca como un actor fundamental para mantener y cuidar de los suegros mientras vivan. En cambio, con los procesos de migración los roles tradicionales de género de la familia chol se han alterado para dar paso a una nueva configuración de las relaciones sociales en los sistemas familiares indígenas. Petra continúa explicando en la siguiente narrativa

El dinero no lo voy malgastando. Cualquier cosa, bien, se puede vender, pero cuando tiene necesidad grande; pero cuando no, allí está. Los terrenos que he comprado pues son de los dos, de mi esposo y de mí. La vida no es tan difícil como se ve, porque mucha gente dice: —Oye, por qué soy la única que llega a surgir. Ir y venir, dicen algunas: esas son cosas de los hombres, no son cosas de las... [mujeres]... pues les digo yo: —Pues las cosas de los hombres es buscar un dinero e ir a traer cerveza, esas son cosas de los hombres. Pero yo esto que hago es cosas de trabajo, no son cosas que no pueda hacer como mujer. Eso dice la gente. Sí. Que son cosas de hombres. Pero para mí no, así como estamos platicando, aquí no ves a una mujer que maneje carro, y cuando me vean se van a sorprender, porque

para ellos son cosas de hombre. Mucha gente ya empieza a ver que sí se puede hacer. Ya van aprendiendo, de que se puede hacer. Es de querer y que sí se puede hacer. No es nada difícil. Varias mujeres vienen y me preguntan: —¿Y cómo lo haces? Bueno, pues así. Una igual tiene necesidad, no hay que maltratarse, hay que buscarle. Porque luego vienen los hijos y ¿que les vas a ofrecer? Pues no nos queda nada. Dicen: —No, pues sí. Hay algunas que sí se animan, pues, pero no es fácil. Para las mujeres es de quedarse a lavar, a mantener el marido, y hay algunos que se atreven a golpear y eso. Pero para algunas personas eso les parece bien, se quedan allí, no le buscan. Uno, porque no tienen la experiencia; bueno, tienen, pero no lo quieren hacer; y se dejan maltratar y aguantan, pues, las cosas que le hace el marido, la cantidad de hijos que tienen y luego los hombres se ponen a tomar y todo eso. Yo voy para los 29 [años]. ¿Cómo le dijera? Tener hijos, hay que ver qué darles y tener un trabajo para poder apoyar y enseñarle algo a los que vienen. Por ejemplo, los jóvenes que vienen ya tienen dos, tres hijos, y hay veces que ni una casita, ni un hogar tienen donde vivir, viven con sus papás, con sus mamás, luego hay cualquier detalle en la casa y ahí se andan dando [se refiere que hay violencia], es muy triste.

En las comunidades indígenas la violencia familiar es una dinámica compleja. Intervienen muchos factores que la propician y desarrollan. Sin duda, hay un vínculo entre la violencia, la falta de perspectivas a futuro y la extrema pobreza que viven las familias campesinas. La violencia puede expresarse de distintas maneras y modos. La narrativa anterior destaca tres de sus manifestaciones: física, estructural y cultural. Partiendo de estas dimensiones de la violencia, resalta su vinculación con la pobreza. En las comunidades indígenas choles y tseltales de la Zona Norte de Chiapas, la pobreza y la violencia forman un binomio inseparable, resultado de procesos y cambios sociales, en el que intervienen diversas fuerzas exógenas y endógenas. Una de ellas es la migración. Así lo reseña Petra:

Las mujeres aquí en mi comunidad no tienen mucho valor; así lo veo la mayor parte; sí, así son las cosas: qué quieren los esposos. Por ejemplo, ahorita, que es

temporada de café, muchas mujeres se van a las cinco, a las cuatro de la mañana. Van atrás de sus maridos a cortar café, traerlo, cargarlo, llevarlo; aparte tienen que llegar a hacer la comida, la tortilla. Más si hay café para lavar, tienen que madrugar de tres o dos de la mañana, empezando a trabajar. Ya terminan sus trabajos ya que está el café, pues los maridos lo llevan cargando hasta venderlo a Sabani-lla. El dinero de la venta, ¿dónde queda? Quién sabe. Ya llegan bien borrachos, sin una cosa que traerles a las mujeres, a sus hijos; y hay veces que todavía les llegan a pegar. No importa el esfuerzo, el empeño del trabajo, pero que tengan su parte ellas; pero esto no. Algunos sí trabajan, sí comparten los hombres sus trabajos, sus dineros, pero hay unos que definitivamente no y algunos que se van a tomar allí y se quedan un día, dos días, y regresan ya sin dinero, sin nada. Sí, porque apenas me platicó una señora y me dice: —¿Viste a Sebastián? —Sí, me está prestando [pidiendo prestado] un dinerito. Me dice: —¿Qué, se lo prestaste? —No, le digo, porque ahorita estaba bien borracho... —¡Ah!, ¿como está pidiendo dinero si llevé tres bultos de café, y cuánto no le pagaron por esos tres bultos, si yo le ayudé? Le sequé el café, y sin embargo tenía yo un dolor de la espalda, y ni un peso me vino a dar, y allá se lo terminó, nada más llevó unas cositas que compró de comer, ni para sus hijos. ¡No cuidan su familia! Igual uno golpea a su esposa, [la mujer] sale, se va con su mamá, después llega el muchacho, la llega a buscar ahí, se la trae otra vez, pero igual él se va a trabajar a Sonora, sale, no le manda dinero para nada, se mantiene de lo que le dan en el programa de Prospera de las mujeres, porque la mayor parte de las mujeres de acá con eso se mantienen. Por eso hay hombres que dicen: —No, pues esta vez hay café, pues todo esto es para mí, porque a mi mujer le dan cada dos meses el gobierno su Prospera; tiene quien la mantenga, pero por lo menos yo tengo que trabajar para que yo pueda tener mi dinero. Algunos que dicen eso.

La violencia física es potenciada por el consumo desmedido de alcohol. En general, en las comunidades indígenas suele venderse sin ningún control de por medio. Cualquier persona de 15 y más años puede tener acceso a bebidas embriagantes. Existe una clara relación entre violencia física, pobreza extrema, consumo de alcohol y migración; el alcoholismo de los jefes de familia

en las comunidades indígenas conlleva incumplimiento de los compromisos y de las responsabilidades familiares y comunitarias; incita episodios de violencia física y familiar; propicia accidentes; desajusta la identidad social e individual; induce depresión y suicidio en casos extremos. Como bien señala Petra:

Hay mucho alcoholismo aquí. Sí, demasiado. Cada festivo, por ejemplo, el año nuevo, el 24 [de diciembre], el día de los muertos: pura borrachera. En lugar de convivir, de pensar en hacer un convivio, estar disfrutando, el hombre es de ir a traer trago; hay algunos que sí, no todos, pero los que traen dinero, los que se van a trabajar a Sonora, pues la mayoría lo gasta en la borrachera. Toman trago fuerte los mayores, pero los jóvenes toman cerveza, traen sus paquetes, es más caro; hay una muchacha acá que trabaja en eso, se dedica a vender solo trago. La mayor parte de la gente llega por allí, allá arriba, ese es su negocio. Ahorita ya se casó, se progresó bastante, por el trago, es lo que más busca la gente, los hombres. Hay algunos que me dicen: —¿Y por qué no vendes? —me dicen— No, porque ese trabajo no me gusta. —Pues se vendería más bien, porque tu casa está en el centro, está cerca. —Igual, la gente que tienen necesidad de ir a buscar, que se arriesgue donde sea. Aquí no, lo que va a encontrar son cosas de comida, cosas de vestirse, solo eso, yo les digo: trabajando se gana respeto; mi forma de trabajo es igual. No, porque fijate que esa muchacha que trabaja de eso se hizo de la noche a la mañana bien famosa, pero ya no la respetan, ya es mucho que se dice de ella. Igual algunas personas hablan de mí, si es cosa buena, si es cosa mala. Igual la otra no se le puede criticar, porque es su forma de trabajar, así le está buscando el trabajo, pues, ella sí tiene un carro, no maneja, tiene su chofer, pero si ya le va más bien que tú, me dicen. Igual me puede ir bien como a ella, pero poco a poco.

En algunos casos los hombres se endeudan por haber consumido o para seguir consumiendo alcohol. Implica que la familia puede contraer deudas impagables y perder el patrimonio familiar a consecuencia del alcoholismo del jefe de familia. Esto mismo desarrolla violencia cultural y simbólica cuando las prácticas de consumo de alcohol se normalizan y se integran a la vida social de las comunidades. Los sujetos alcoholizados se insensibilizan y se

despojan de su ser colectivo y de su afinidad; y obviamente, las mujeres, los niños y los ancianos son las víctimas de este tipo de prácticas.

Son los jóvenes que ahorita son muy diferentes. Es por lo que ellos están llegando a trabajar y ya traen muchos males de experiencias que van a Sonora: ya regresan tatuados, con el vicio del alcohol; ya regresan como que se sienten ya alguien muy grande, porque traen dinero y ya tienen para gastar. ¿En qué gastan ellos? ¡En la borrachera! Algunos, no todos. Para hablar bien, hay algunos que sí llegan a construir casa; un muchacho que se compró una moto, algunas cosas, pero algunos, no todos. Hay algunos jóvenes que se van allá; cuando apenas no han ido allá, todavía se ven bien, pero ya llegan acá y son otros, muy cambiados; ya como que de la noche a la mañana ya llegan bien diferentes [...]; en esta temporada está llevando el Celerino, porque empezó ir a trabajar con ellos, ellos lo llevaban, ahorita ya se están dedicando a llevar gentes, poco a poco les va aprendiendo, pero sí se ve que les va bastante bien, porque en la quincena o cada semana mandan dinero, tienen dinero. Hablan aquí en este teléfono, en mi caseta, algunos que les mandan a sus esposas; hay algunos chavos que dicen «voy a mandar dinero, pero me lo van a guardar, porque lo voy a llegar a ver ese dinero», y cuando llegan solo lo llegan a malgastar, en lugar de que le digan a su mamá: «¿sabes qué?, cómprate comida, lo que te hace falta», y no. A la semana, hay algunos que mandan cuatro [mil pesos]; según, cuando hay mucho trabajo, en dos semanas; y cuando hay menos, dos mil, tres mil a la semana o a la quincena, pero eso en dos o tres meses que tardan. Hay algunos que se hacen tres meses de contrato. Dicen que algunos traen sus 30 [mil pesos] 25 [mil pesos], hay veces hasta sus 40 [mil pesos], los que sí ahorran; los que tienen vicio no ahorran. Sí, bueno, no todos; pero sí se ven esos cambios. Antes, cuando no se sabía nada de Sonora, casi la mayor parte se empezó a ir a los Estados Unidos, pero ya se cerró la puerta; ahora ya se van a Sonora, sí, de hecho está bien que haiga un trabajo así; pero lo malo en parte afecta a la comunidad, porque muchos chavos tienen sus 13 o 14 años, ya llegan tatuados, con aretes, toman o fuman mucha marihuana. Las mujeres también se van. Esta vez que fueron llegó mi prima, dos primas que fueron tenían sus 14 años; trabajan ellas en la empacadoras; les pagan de burrera, es de cargar las cajas de los espárragos y contarlas.

Las mujeres se van con sus hermanos, sus primos, sus tíos, no van solas, la mayor parte son de acá, se van en familia.

Por último, en la reflexión de Petra las relaciones comerciales locales generan nuevas relaciones sociales entre diferentes actores, tanto al interior como al exterior de la comunidad. Internamente generan cambios en los patrones de consumo de las familias choles. Y con el exterior, enlazan a las comunidades con nuevos agentes económicos, principalmente comerciantes mayoristas de los mercados nacional e internacional. De esta manera los casos de las mujeres muestran que la experiencia de la vida cotidiana revela que el cosmos de la vida de las familias choles no es de estructuras monolíticas, sino que las estructuras están pasando por procesos que cimbran sus cimientos y dan paso a nuevos sistemas familiares. La observación de Petra permite mirar los cambios desde su mirada femenina y trata de encajar su visión en la estructura general del mundo que la rodea. Se sitúa en el nudo de las contradicciones entre su comunidad y la globalidad.

Gonzalo: no hay pozol en los campos agrícolas

Gonzalo es un hombre de 34 años. Está casado con Marux y juntos tienen seis hijas. Para él su familia es el acicate que lo impulsa a buscar nuevos horizontes e incursionar en los territorios del noroeste de México. Tiene experiencia de seis años como intermediario laboral. Sus habilidades sociales lo han colocado como una persona reconocida en varias comunidades de su comarca. Es de carácter jovial, de buen humor y bromista. Cuenta con habilidades lingüísticas, pues domina con soltura tres lenguas: puede traducir del español al chol y tsotsil y viceversa. El conocimiento de las lenguas lo dota de un pensamiento ágil y creativo, cualidades indispensables de una personalidad emprendedora, inquieta y cuestionadora. Su carisma y liderazgo ayudan a crear lazos de confianza y lealtad entre los contingentes de trabajadores agrícolas que cada año traslada a los campos agroindustriales sonorenses. Las habilidades como

educador popular le proporcionan las herramientas para dirimir conflictos entre los jóvenes que lo acompañan en sus largos y constantes viajes al noroeste de México.

Sus trayectos de Chiapas a Sonora le han dado la experiencia y oportunidad de relacionarse con una variedad de actores sociales, desde el personal encargado de los campos agrícolas, los choferes y los empresarios transportistas, así como con los ingenieros y directivos de las agroempresas. Pero su actividad principal es relacionarse con los jóvenes de diversas comunidades choles, tseltales y tsotsiles.

Pero no siempre se ha desempeñado como intermediario laboral. De hecho, tiene escasamente seis años que inició con esta actividad. Antes sus compromisos políticos y el cargo que desempeñaba como promotor educativo en la escuela autónoma zapatista de su comunidad se lo impedían. Percibía a los diversos grupos de trabajadores agrícolas salir con rumbo a noroeste de México. Los migrantes retornados contaban las experiencias y anécdotas del viaje al norte y hacían alarde de las ganancias obtenidas. Con dinero en la mano podían gastar en diversos productos de lujo, tenis nuevos, ropa nueva, herramientas de trabajo, celulares y grabadoras ruidosas.

Gonzalo explica que antes de 2008 esporádicamente se escuchaba de gente que salía a trabajar a los campos agrícolas de Sonora o de otro estado del noroeste de México. La mayoría de los jóvenes de su generación y comunidad querían ir y probar suerte al otro lado de la frontera norte. Indica que entre 1999 y 2005 muchos hombres se fueron al norte, algunos eran jóvenes y solteros, otros eran casados y tenían familia con hijos. Migraban en pequeños grupos de cuatro a seis hombres; el éxodo era constante.

Él calcula que en ese periodo salieron aproximadamente entre 200 a 300 hombres de su comunidad, y muy pocas mujeres se atrevieron a salir: las que se arriesgaban era para seguir a su marido y alguna que otra para probar suerte. Si un hombre tenía el deseo de ir a trabajar al norte, debía contactar a los coyotes de la selva lacandona. Ocosingo era y sigue siendo el punto de reunión para aquellos interesados en cruzar la frontera norte. Los coyotes tienen sus redes bien asentadas en varias comunidades de la selva lacandona; de

hecho, las redes de coyotaje no se ciñen a fronteras o límites que les impidan el cruce de personas.

Las convicciones políticas y el activismo en diversos cargos, como parte de las bases de apoyo del EZLN, le impedían a Gonzalo correr los mismos caminos que otros compañeros migrantes en los Estados Unidos. Advierte que la migrantidad propició muchos conflictos familiares por la ausencia de los cónyuges. No era el caso de las familias adherentes a las bases de apoyo del EZLN y sus promotores agroecológicos, de educación y salud, que vivían los procesos de resistencia y mantenían la utopía como «un mundo donde quepan otros mundos». Ahí encontraban el sentido y el impulso necesarios para seguir la lucha por un mundo mejor, un mundo que les diera la posibilidad de sostener sus proyectos autonómicos.

Gonzalo y otros zapatistas encarnaban los imperativos de resistencia y autonomía en su vida cotidiana, vislumbrando las posibilidades del cambio real. El EZLN los capacitó con las herramientas para exigir y luchar por sus derechos humanos, en su proceso de asumir una conciencia crítica y ejercer una praxis política con base en eso que escucharon una y otra vez de los promotores «ver, analizar y actuar».

El escenario social y político comunitario fue cambiando paulatinamente después de 2008, con el retorno de los migrantes internacionales. A finales de 2010, los migrantes retornados de los Estados Unidos se incorporaron a los contingentes de jóvenes trabajadores a los campos agrícolas de Sonora, como jornaleros. En ese mismo año, por diversos problemas y conflictos entre las familias y los liderazgos locales del EZLN hubo una división en su comunidad: una fracción de familias decidió salir de la resistencia zapatista y continuar con sus propios objetivos y proyectos autónomos bajo una nueva forma de organización colectiva. Entre ellas se encontraba la familia de Gonzalo, que también decidió salir del grupo de apoyo del EZLN y buscar nuevos horizontes. Como él, muchos jóvenes promotores decidieron emprender la marcha a los campos agrícolas del noroeste de México. Gonzalo se decidió a probar suerte con un grupo que lo animó a irse como un cortador más en la cosecha de espárragos. Al respecto comentó lo siguiente:

Ya llevamos seis años en hacer esto. Empecé primeramente como cortador. Fuimos en grupo como de unos quince. Primeramente, en los campos de la Hortícola del Desierto. Llegamos allí la primera vez y yo no sabía cómo era la onda del trabajo, porque muchos me dicen: «no sale», «no sirve», «que se cansa uno», —¡Ah, bueno!, voy a probar junto con el Sebastián [su hermano mayor]. Los dos fuimos directos hasta Caborca; bueno, allí fuimos a trabajar. Fuimos con ese señor de Tumbalá. También estaba junto el Josué. El Josué era cuadrillero todavía, no era supervisor ni era contratista; era simple cuadrillero; igual él era mi cuadrillero. Josué me dijo: —Mira, tienes que trabajar de esta manera. Si un día logras trabajar bien en este trabajo; si trabajás bien, hacés bien el trabajo, tendrías un puesto más seguro —me dice. —Ah, bueno, está bien —le dije. Como yo soy tan guapo con la gente, yo siempre trabajo y trabajo bien, siempre hago bromas, me pongo alegre; entonces empecé a ver que ese trabajo sí sale. En el primer año empezamos a sacar a 2500, 2800 [pesos], por semana. Estaba bien pagado; por eso, allí vi que el trabajo del espárrago está rete bueno. Luego seguí, seguí, seguí trabajando. Pero no tardé de cortador, pues. Empezó a organizar el Josué y fui con él en Obregón la siguiente temporada. Solo fui dos veces como cortador. Sí, fue en Obregón. Me dio chance el Josué. Le pidió paro al señor de Tumbalá [al otro intermediario laboral]: —¿Sabés qué? —dice— este bato tengo que meterlo como cuadrillero, porque él es quien me respondió en los trabajos y además tiene un poquito de gente. Llevaba yo quince gentes de aquí, de mi comunidad..., como tengo seguidores, los chavales de aquí me siguen; yo no pedí ese puesto. Pero el Josué dijo: —¿Sabés qué? Lo voy a meter como cuadrillero, porque yo sé que tiene ganas, parece bueno. Entonces me llamaron junto con el Miguel y con el Josué: —¿Sabés qué, Gonzalo?, me habló Josué que te van a dar un puesto, que te conocen, que eres un buen trabajador, sabés que tienes el valor del puesto. —Ah, bueno —le dije—, y ¿que trabajo es? Porque yo no sabía qué cosa es estar de cuadrillero. Para ser cuadrillero es duro, pues, tienes que aprender los tamaños del corte [del espárrago], cómo trabajar los cuadros [del espárrago] y cómo trabajar con los cortadores.

Las capacidades de liderazgo de Gonzalo y su experiencia para organizar a sus compañeros lo coloca como una pieza clave en la red social de los

intermediarios laborales, quienes también aprovechan la existencia de liderazgos de las redes sociales comunitarias para expandirse a otros territorios que no estaban bajo su control. Al mismo tiempo, migrar con familiares e incondicionales seguidores del carisma facilita la cooperación en los campos agrícolas. Aunque los agroempresarios desconocen las formas de organización comunitaria, se benefician de ellas por su versatilidad y plasticidad, porque se adaptan fácilmente a los mercados laborales flexibles. Gonzalo continuó explicando:

Las empresas buscan la alta calidad: los espárragos de nueve [pulgadas]; esos son los buenos. Cuando inicia la temporada empiezan a cortar todos los que son de siete [pulgadas], chiquititos; como no hay mucho todavía. Entonces empieza el tiempo, la temporada de mayor demanda y te van a pedir puro de nueve [pulgadas], nada de forzar el corte y, además, de cortar los más gorditos. Es así como empecé. El cuadrillero es el responsable de la gente; de organizar, más que nada; de ver los cuadros [del espárrago]; ve a la gente en cada surco; que no dejen «la brochita», lo que es la suciedad de los campos. Como los campos producen una suciedad que no sirve en la empacadora, cuando brota [el espárrago], si lo dejás crecer mucho, florea; es lo que siempre tienen que picarle. Picarle y picarle todo el día. Hay un ratito que brota, y de repente se florea, y son muy chiquitos [los brotes], y eso tienen que picarle todo el tiempo. Ese producto no sirve, eso es un desperdicio y siempre lo deben de picar en la mañana y hay algunos que son muy delgaditos; pero hay delgaditos que lo llevan todavía, lo seleccionan y no todos los delgados se quedan tirados, tienen bastantes nombres que se llevan en el empaque, solo que los cortadores no saben muy bien el nombre, porque no les pertenece saber, solo cortan. Los mazos de los espárragos lo dejan encima del surco. Hay algunos que lo pueden manosear bien, así, el manojito del mazo; lo meten aquí en puño, otro doble mazo le da los que sí saben [se refiere a la habilidad de los cortadores para cosechar más espárragos y rápido]. Al cuadrillero le toca ver a la gente, que no suban en los bordos, encima de los bordos; como el bordo está así en pilón, a veces los cortadores empiezan a cortar en ambos lados, aquí y allá; pero no es así, al cuadrillero le toca dirigir a los cortadores que corten en hilos, van a salir así recto, en el

otro extremo del surco y cuando acaba se pasa en el otro surco y se vuelve a regresar; lo hacen así para avanzar y no matar los *brotos*, porque si le vas a dar en bordo —así se le llama al surco—, si le van dar así porque como están ancho los bordos y los cortadores tienen que subir los pies encima, ¿qué es lo que está pasando? El cortador está matando los *brotitos*, los aplastan con los zapatos; luego lo que va a pasar con el espárrago empieza a crecer, pero ya torcido, pero ¿de qué va a servir? No va a sacar nada.

La narrativa anterior de Gonzalo describe los procesos productivos y la organización social interrelacionados en un espacio o territorio dinámico; primero se sitúa a sí mismo en un ambiente tecnificado y ajeno a la realidad de su vida en la comunidad. Su primera impresión de los campos agrícolas de Sonora es de asombro y curiosidad frente a aquel sistema de cultivo del cual no tenía antecedentes. La producción de espárrago es diferente a la producción campesina; las circunstancias lo obligaron a aprender nuevas labores culturales de la producción del espárrago. Siendo una persona sagaz, se colocó muy pronto dentro de la red de intermediarios laborales; primero como cuadrillero por liderar a un pequeño grupo de cortadores.

Pone énfasis en la importancia de la compañía de familiares y paisanos de esta comunidad en el periplo migratorio. Las redes sociales de trabajadores rurales agrícolas y no agrícolas utilizan lazos de parentesco, de amistad y de paisanaje para tejer e hilvanar vínculos de solidaridad, cooperación, confianza y lealtad entre sus pares, además de motivarse emocionalmente en momentos de soledad, nostalgia, penuria y enfermedad.

Los intermediarios laborales observan el trabajo de las cuadrillas. Su objetivo es ubicar y seleccionar a posibles aliados. Buscan jornaleros disciplinados con capacidad de liderazgo para construir alianzas y consolidar las redes de intermediarismo local. Su labor es convencer, persuadir y ofrecer ventajas económicas, materiales e inmateriales y prometer mayores garantías de permanecer en las redes. Como indica Gonzalo, si una persona está al mando o encabeza un grupo y facilita la coordinación de las cuadrillas en diversas actividades en los campos agrícolas es un candidato idóneo; los responsables le

ofrecerán formar parte del grupo de intermediarios laborales. Se debe agregar que el nuevo integrante de la red estará obligado a seguir reclutando y trasladando a trabajadores agrícolas año con año a los campos agrícolas sonorenses. Asimismo, deberá mantener la lealtad y confianza con sus compañeros para resistir las actividades de intermediación. Una actividad principal es en las comunidades de origen donde se maniobra bajo una lógica de convencimiento y ofrecimiento de trabajo temporal, de transportación, de pago de salarios, de albergue y alimentación por un determinado periodo de tiempo. Gonzalo prosigue explicando sus actividades durante la entrevista:

El Josué me habla. —¿Sabés qué? buscame cocineras, si tienes. Es lo que me dice. O haz de cuenta ahorita, pues, por eso [él] queda siempre allá [en Sonora]. Aquí ya me habló, me habló hoy igual. También me dice que hay chamba, pero no vas a ir en Guanajuato, no, ahorita no, mejor no te muevas, no te molestes, porque en octubre tenemos otra chamba. Sí, no te preocupes, porque en Guanajuato sí hay chamba; hay la misma cosecha de espárrago. La temporada empieza el 15 de junio [2018]. La cosecha dura mes y medio, o sea, hasta el mes de agosto. Él ya me platicó, habló directo con el patrón, el Josué, es que él no trabaja en Guanajuato con la gente, nomás en Caborca, en Obregón, Puerto Peñasco, San Luis Río Colorado [Sonora]. Pero ya tiene pase para entrar igual con la gente en Guanajuato; ya tiene conecte con los patrones. Me dijo: —Si tú quieres venir, pues adelante, pues. Tú regrésate, pues, vete a buscar gente allá. Pero como lo veo, aquí esta muy fuerte el trabajo, con mi hermanito el Abelardo, con mi papá. Y como mi papá ya esta muy quebrado de tanto trabajar, ya decidí que no voy a ir, aún no, tengo que meter todo mi frijolar, trabajarlo, ver mis milpas, ver los animales. Por eso ya decidí quedar [me] y posiblemente voy hasta octubre a Sonora. Hasta en Caborca, allí nada más. Hay un chingo de empresas. Cada campo es de empresarios. Por ejemplo, la Hortícola del Desierto, esa es una empresa grande, muy grande, que maneja 29 campos. Todo lo que producen es para la exportación. Pero esta temporada, ya no, ya lo vamos a dejar. Es que allí en la Hortícola del Desierto, haz de cuenta que allí cuando sale mal tu pago o no te sale bien, allí no te devuelven, no, haz de cuenta que no te valoran lo que trabajaste, que no salió bien, que te van a reponer, y allí

no. Porque hemos vivido allá. Hemos trabajado allí. Sacamos 2500 [pesos] semanal, por cada turno, y tuvimos porcentaje. Como sabemos que la caja se va así, por porcentaje, nosotros sabemos ya la cuenta cuando trabajamos al día. Sabemos: tal día lunes trabajamos esto, en todo un día trabajamos 300 o 400 pesos; cada día, cada día vamos apuntando los siete días de la semana. El cuadrillero apunta en el cuaderno eso. Entonces el cierre de semana se va a hacer para los siete días. Entonces hago mi cuenta, ¿cuántas cajas de porcentaje y cuánto es lo que me va a salir? Entonces, sacando así, me salió 2500 [pesos]; es lo que tengo que pelear. Si es que no me sale los 2500, entonces voy a la oficina, le hablo al secretario: —Secretario, qué es lo que está pasando, cómo lo están pagando, por qué no me salió la cuenta final. Igual nos topamos allí, como que no nos hacen caso, no nos pagan lo que son las cajas, nos pagan menos. No puede ser, como la gente son muy abusados, entonces pelean entre nosotros, nos vienen a decir, y ese es el trabajo de cuadrillero, y de cuadrillero a contratista también; más con los cuadrilleros. Con esa empresa ya no volveremos a trabajar. Ya decidimos entrar con puros propietarios, si son pequeños, grande o medianos productores, así es. Sí, porque allí llegamos, pues, igual cuando uno falla, siempre peleamos; quejamos entre el patrón y entre nosotros como cuadrilleros que somos; pelean el precio de la caja, de a cómo va a hacer este año; no siempre es el mismo [precio]. Porque el año que pasó solo llegó en 19 pesos la caja, este año fue 23 pesos; por eso tuvimos otra propuesta allí. Si va a salir bien el trabajo teníamos que hacer lo mismo: cuadrar un poco los precios. Por eso lo hablamos entre yo, el Josué y otros cuadrilleros, otras personas, otros responsables. Si de hecho nos atienden, pues, los de allí, los pequeños propietarios; y luego cuando no te salen bien los cheques siempre, allí te sacan; no te van a decir que no te vamos a pagar, siempre te lo completan, al siguiente cheque de la semana te lo depositan.

Gonzalo pormenoriza la interrelación de los procesos productivos y la constante negociación entre intermediarios laborales y las agroempresas. También describe los significados ocultos del trabajo agrícola subordinado a las empresas agroindustriales, caracterizados por la discriminación, la exclusión y el racismo. Los intermediarios laborales choles están expuestos a experimentar

denuestos de exclusión y menosprecio por sus actividades, a pesar de que ellos son el eslabón prioritario en las cadenas productivas de los cultivos de exportación. El mercado de trabajo laboral agrícola es una construcción económica y simbólica entre agentes económicos diversos y antagónicos, donde los agentes productivos tratan de controlar los eslabones más débiles para obtener mayores ventajas económicas.

Para las empresas agroindustriales la fuerza de trabajo agrícola es una mercancía flexible, reemplazable y subordinada; un objeto que en lo posible hay que cosificar para despersonalizar. Los trabajadores agrícolas choles y tseltales chiapanecos son una entelequia del mercado laboral agrícola. No hay distinción étnica, de género ni de origen, si son campesinos con o sin tierra, son tratados bajo una misma lógica empresarial. El objetivo de las empresas exportadoras de hortalizas no es hacer alianzas con los trabajadores agrícolas, sino aprovechar al máximo las ventajas del mercado laboral flexible y móvil de fuerza de trabajo rural que permita aumentar las ganancias y competir eficientemente con los productores de Estados Unidos, como continúa explicando:

El espárrago tirado no tiene valor. Lo que se van a hacer allí es nada más picarle y dejarlo tirado allí, porque ya están torcidos [los nuevos brotes]; es lo que hace el cuadrillero mirando el trabajo de los jornaleros en los campos. Todos los cortadores le responden al cuadrillero, le hacen caso; como el trabajo es estricto, la persona que no hace su trabajo bien solo le dicen al cuadrillero: «¿qué quieres?, ¿me vas a hacer caso? Si no, te paso al supervisor o al patrón». Por eso lo descansan. Sí, de hecho hemos pasado. Es como siempre les digo al empezar los trabajos: hay veces que los nuevos cortadores se ponen muy necios, porque la gente quiere salir rápido en los trabajos, quieren ganar mucho y quieren avanzar solos muy rápido, es lo que pasa. No se trata de avanzar rápido, mientras que no tengas cajas, es como le digo a la gente: no hay por qué vas a correr. Entre más corremos, dejamos todo tirado; entre más despacito, vamos tranquilitos juntos y vas juntando bien, bien cortando, limpiando los surcos; para mañana o pasado tendrás otro espárrago; mañana, pasado, tendrás otro corte, porque estás cortando bien hehecito. Quedas bien con

los patrones. De eso se trata cuando te ven que tienes una gente buena; una cuadrilla buena cortan bien; el patrón te felicita; es lo que hemos pasado en Caborca; es lo que hacen.

En contraste con la lógica empresarial, Gonzalo nos explica la importancia de estar anclado a su tierra y comunidad. Si bien el salario que percibe como intermediario laboral cumple una función económica y provee de insumos materiales para la reproducción de su grupo doméstico, ello no significa el quebranto de su identidad ni del valor simbólico y económico de la producción de la milpa y el cafetal de su familia. El valor del trabajo campesino, más que competir con el valor que genera el trabajo asalariado, se suma a las estrategias de reproducción de la familia y de la economía campesina. Gonzalo observa la producción de valores en los campos agrícolas y prosigue su explicación:

Al cuadrillero también le toca ver cómo se hacían las cajas; con la estibadora, contar las cajas que no las roben. Porque hay estibadoras que son *transeras*, pues, no apuntan bien la cantidad de las cajas de los trabajadores. No sé qué intención tienen. Siempre son mujeres. Las estibadoras casi siempre son de Sonora. Una vez le pasó a uno de aquí, es el primo del Josué, es cuadrillero: le robaron más de 78 cajas de porcentaje; 78 son un montón. Llegó a contar. Suerte que todavía los *troqueros* no recogieron las cajas. Como pasa un tráiler a cargar, se van del sitio. Cómo a ese bato, que está muy abusado, le sacaron las cajas. Fue así: cuando se ve la chinga del espárrago, el esparragal del mazo, uh..., así nomás, se ve que así están. —¿Sabe qué?, no salió la cuenta. Vamos a contar una vez más. Lo mandó contar una tras otra. Allí se dio cuenta que le hacen falta cajas. Lo apuntó y empezó a reclamar con la estibadora. —No lo conté bien..., —No. Nos estás robando. ¿Por qué estás robando si estamos trabajando nosotros? Bueno, ya que ahorita fallaste, estás robando cajas, a partir de mañana no queremos que trabajes ya aquí. Le dijeron al supervisor: —Entonces, para mañana ya no queremos a esta chava, queremos otra estibadora. —Pero ¿por qué? —dice el supervisor. —No, pues nos está robando las cajas, no la queremos. —Ni modo, mañana le diré al patrón. Mañana

vamos a convocar una reunión. En la mañana convocó para todos, que así fue. Fácilmente la sacaron. Hay honestidad: —No se trata de chingar, porque ellos están trabajando. No. Los patrones de allá no son como dicen, como que sí nos atienden allá, sí nos hacen caso.

En los mercados laborales flexibles son frecuentes las prácticas desleales entre empresarios y fuerza laboral. La omisión de reglas y protocolos en la organización de los procesos productivos propicia que los agentes económicos traten de sacar el mayor provecho a través del despojo de la plusvalía de la fuerza laboral. En el ejemplo anterior Gonzalo explica que no puedes tener seguridad de que los empresarios respeten los acuerdos previos. Siempre hay riesgo de que los empleados que no pertenecen a su red social estén coludidos con los encargados de los campos agrícolas o con la misma empresa para no llevar adecuadamente los registros de la cosecha realizada por los jornaleros.

Como señala Gonzalo, el cuadrillero tiene la obligación de hacer un registro detallado de las cajas cosechadas por cada uno de sus jornaleros. Sin embargo, las estibadoras trabajan sin la coordinación de los intermediarios laborales y pueden manipular el conteo de las cajas totales a su favor para obtener una ganancia extra, ya sea para la ellas o para la empresa empacadora para la cual están contratadas. Gonzalo deja entrever estas acciones de las estibadoras: si están coludidas con las empresas empacadoras o trabajan aisladamente. Por eso mismo ellos tienen especial atención sobre las estibadoras y realizan un conteo final para cotejar las cajas reportadas por el cuadrillero y por la estibadora.

Todo proceso de organización socioproductivo tiene características subjetivas que afectan el sistema total. La estrategia es ejercer el mayor control posible de los procesos, como explicó Gonzalo:

Al cuadrillero también le corresponde el cuidado, la sanidad del producto, diciendo cómo lo quiere la empresa a los cortadores. Lo checa también que no llegan los cortadores con huaraches, no traer aretes, nada de anillos, ni reloj, ni audífonos, nada. Celular únicamente lo puede cargar el cuadrillero, por seguridad, por

cualquier cosa de emergencia, para llamar cuando algún cortador está mal o está enfermo, hay accidente, es él único. Ese es el trabajo del cuadrillero. Pero cuando tenemos problemas con los cuadrilleros, se cambia, porque fíjate que en enero, cuando fuimos, llevamos un cuadrillero de aquí de otra comunidad, un chaparrito, y no pudo hacer el trabajo. ¿Por qué? No sé. Quizás le hace falta empeño o inteligencia. Es el tamaño, que nunca lo entendió. Ya había pasado antes como cortador, pero como cuadrillero no sé qué habrá pasado, y llegó allá en la empresa, como allí son más estrictos con los pequeños propietarios, te llegan a checar las cajas, el tamaño de los mazos; entra el supervisor a los cuadros. Te llegan a hablar, sabe qué fallos tiene tu gente, cómo van las cajas. Checan las cajas. Te dicen cuando no está bien el trabajo; te dicen: —Pues corrige con el cuadrillero —Está bien, le voy a decir. Sale a los surcos a mirar. Se va a las cajas. Empieza a checar, a checar. Si te encuentra montones por caja, si hay error, si te encuentra unos cinco, siete o diez espárragos en la caja no hay problema, porque siempre suceden los accidentes. Normalmente en cada caja son montones, mazos, le dicen; podría salir diez o quince mazos de un manojo. Un manojo trae unos 17 espárragos, los que son gruesos traen no más unos diez, porque hay unos espárragos así gruesotes; entonces, cuando te encuentran muchos fallos así, ahí viene ya la puteada, digamos; te dan una buena carrilla; sí, es lo que hacen. Entonces el encargado de campo le enseña el corte. Pero como no, por más... Otra vez me dijo el supervisor —No, Gonzalo, ni modos, sácalo. Lo volví a poner como cortador. Sí hay alguien en la cuadrilla. Lo tengo visto en la calle. He visto cortadores que sí son buenos. Yo rápido seleccioné que tú vas a poder, ya resuelto el problema, así se hace. El cuadrillero gana un poquito más; bueno, allá en Caborca son 150 pesos la diferencia por cada día; en Obregón es muy poco, son 50 pesos nada más la diferencia por la semana; está saliendo en la semana como 350 allá en Caborca, de diferencia, pero no le corresponde al cortador pagarle las cajas, le toca al patrón pagarlo.

Los cuadrilleros tienen interacción directa con los jornaleros agrícolas y son responsables de ejercer control y vigilar las actitudes y aptitudes de los trabajadores en los campos agrícolas. En ellos recae la responsabilidad sobre la calidad e inocuidad de los productos cosechados. Las habilidades de los

trabajadores son esenciales para alcanzar la calidad de exportación y cumplir las exigencias impuestas por el mercado internacional.

Los cuadrilleros son fácilmente removidos de sus funciones si no cumplen con las expectativas de los intermediarios laborales. Esto significa que la red de intermediarios laborales funciona como agencia subordinada a la estructura social compuesta por los empresarios agrícolas que ejercen diferentes acciones sobre el intermediario para remover a los cuadrilleros de sus puestos, si estos no cumplen con las exigencias del empresario. Una forma de incentivar la productividad del cuadrillero se refleja en la remuneración recibida por la jornada de trabajo. Como explica Gonzalo, los empresarios de Caborca pagan 350 pesos a la semana al cuadrillero; en Ciudad Obregón les pagan 300. Las diferencias se deben a la productividad por el grado de tecnificación alcanzada y por las condiciones edafológicas de cada territorio.

Nuevamente la flexibilidad del mercado laboral agrícola expresa las contradicciones económicas y sociales. El mercado hortícola está sujeto a la competitividad entre las empresas agroexportadoras. El remplazo de la fuerza de trabajo es una estrategia tanto de abaratar costos como de controlar los procesos de calidad de los productos. La experiencia acumulada de los jornaleros es una destreza individual, pero no una fortaleza de la empresa, que le apuesta a la circularidad de la fuerza de trabajo como estrategia para generar valor a sus productos y trasladar los costos externos a los intermediarios laborales. Como lo reseña Gonzalo:

Entonces Josué tiene la experiencia. Pudo hacer lo que hace el de Tumbalá. Porque para ser responsable lleva años trabajando. Cuando empezó, según nos dijo, que había campos muy pobrecitos. Es igual donde llegué, no había cuadros. Algunos pequeños propietarios no tenían sus albergues, ahorita ya tienen todos, tienen colchones, está un poco bien. Por eso se van la gente a buscar su paga de las comunidades. Hay muchos que llevan gente a Sonora. Yo supongo que no hay bronca. Aceptan que hay otros, hay muchos campos. Siempre se requiere de muchos trabajadores, cuando vas en cada ejido llegas a encontrar puros chiapanecos. Se conoce un chingo de gente allí. Sí, también hay gente de Altamirano, Palenque, llegan,

porque conocí bastantes compas allí que andábamos en talleres de capacitación en Palenque, y nos conocimos otra vez allá [se refiere a que son o eran promotores educativos en las bases de apoyo del EZLN]. Sí, allí los encontré, como yo los tengo olvidados en la vista, ellos me vienen a hablar: —Oye tú, compa, ¿será que tú eres? —No, pues que pasó, ya ves: aquí ando en la chamba. Sí, es que hay mucha necesidad. Encontré allá compañeros. Tengo su número de teléfono, que fue promotor de salud. Resulta que ahora es contratista. Ya me dio su número, que tienen campos allá en el campo de la Y griega; otros campos que se llama Las Palomas. Este compa me está invitando para ir para allá. —Si quieres, para enero nos jalamos para allá —me dice. Pero yo le digo que pues no, nada más con el Josué.

Actualmente muchos promotores de educación y salud de las bases de apoyo del EZLN están involucrados en los nuevos circuitos migratorios de Chiapas a Sonora. Los procesos de formación política y la experiencia acumulada en el movimiento social les ha proporcionado las capacidades sociales de negociación, además de empoderarlos para hacer frente a todo tipo de obstáculos en las relaciones con los empresarios agrícolas del noroeste. El cambio de convicciones sociopolíticas e imperativos zapatistas ha dado lugar a nuevos proyectos de autonomía comunitaria. Algunos proyectos autonómicos son sostenidos y capitalizados con las remesas obtenidas del jornalerismo. En este sentido, observamos que el cambio de convicciones políticas no necesariamente conlleva al quebranto de la autonomía comunitaria. Estas nuevas manifestaciones y significados de las acciones comunitarias de autonomía han engendrado una nueva narrativa política. No es casual que promotores de educación como Gonzalo hayan optado por un cambio de vida y que al colocarse como intermediarios laborales en sus comunidades, el capital político, social y simbólico siga operando más allá de los límites en la estructura del poder social, como lo explica a continuación:

El otro intermediario es buena persona, y los trabajos que hago por él siempre me da mi liquidación. Llegué en Obregón [Sonora]; terminé mi trabajo allá; me dio seis mil [pesos] de mi liquidación de mi trabajo por la temporada. A él también

lo liquidan. Como ya le di paro de checarle la gente y todo, me da mi parte. Él me tiene más confianza. Ahorita también está el Manuel. A ese bato le gusta salir a buscar gente, a mí no, porque es mucho gasto igual. Pero el gasto lo asume el Josué. Es que a veces es una pérdida de tiempo, mientras que quiero aprovechar mi tiempo aquí en mis tierras. Aprovecho por mi trabajo. Veo mi cafetal. Hacer los trabajos del potrero, dejarlo limpio, ya para no gastar el dinero que me gane. Porque fíjate, si lo dejo muy tupido los cafetales, y como tengo mujer, tengo hijas, ellas pueden ir en mi cafetal a recolectar semillitas. Porque ellas siempre recolectan lo que son verduras, como esto que comen que es el *chapy*. Siempre le gustan traer verduras de la milpa, del cafetal. Como hoy, salieron a traer leña sin que yo les dijera; por eso lo dejo un poco limpio, para que puedan caminar allí y puedan recolectar. Las gentes que busco, solo en mi comunidad alcanza para cubrir la cuota. Ellos confían mucho en mí. Aunque siempre hay fallos, hay veces que solo lleno dos camiones, máximo. En cada camión llevamos 46 o 45. Allí mismo salen los cuadrilleros. Se seleccionan primero aquí; llegando allá tienen la lista. Ya sabe quién tiene que entrar como cuadrillero. Le aviso. Cuando llegamos allá en Caborca igual no llevo cuadrillero, son puros nuevos que llevaba yo. No, pues ¿en quién voy a confiar así? Yo allí seleccioné, va a entrar mi sobrino el Francisco de allá, va entrar el Julio, y otro, un amigo que vive allá del otro lado, con él ya son cuatro cuadrilleros. Un camión lleva cuatro cuadrilleros, doce gentes por cuadrillero. Los faltantes los tengo que sacar en el otro camión o los que van a llegar todavía.

Los liderazgos comunitarios construyen redes sociales cerradas en la afinidad y confianza. Difícilmente un agente extraño a ellas tendrá oportunidad de ingresar a la red. Así lo ejemplifica la relación de Gonzalo con los intermediarios laborales externos, quienes no tienen oportunidad de controlar los contingentes de jornaleros agrícolas. Por ello se necesitan operadores comunitarios que faciliten el proceso de reclutamiento. Al fin del periodo de contratación los intermediarios locales son recompensados o gratificados para asegurar su participación en el futuro. La red es sostenida en un tiempo indeterminado. Por ello mismo, tiene debilidades o fragilidades, porque puede reconfigurarse y ser aprovechada por otros intermediarios. Todos los operadores

locales están obligados a mantener activas las relaciones sociales con los jornaleros y usar todas las estrategias personales para conservar la lealtad. Como acota Gonzalo:

Manuel tiene que salir a buscar gente afuera. Él tiene ganas de salir. Se va con el Josué. Pero a mí no me gusta moverme mucho. Los que salen a buscar gente lo anuncian por teléfono, por casetas. Supongamos que ya tengo la salida programada. Entonces, tengo un contacto, por ejemplo, en Tila, tengo una gente allí que hace el favor de apuntar los nombres. Me manda su número para que yo le marco. Entonces yo voy a la caseta, le marco, le digo: —¿Sabés qué?, alístense, porque para mañana el camión va a venir. No le doy horario fijo, porque el camión a veces falla, no son puntuales. A veces me preguntan a qué hora puede pasar aquí... —No te puedo mentir, solo espera en un día, bien sea al anochecer o en la tarde podría salir. —Ah, bueno está bien. Solo queda así. Los camiones hay algunos que salen nada más de Tuxtla, unos en Veracruz, otros en Villahermosa. De San Cristóbal hemos traído uno que otro en... no sé qué año ya no me acuerdo. No sé qué compañía, la neta ya no sé. Solo sé que es de una patrona que se llama Lorena, que es de San Cristóbal el camión, que viaja de San Cristóbal hasta Sonora. La otra patrona de los camiones de Sonora se llama Dalila, es de la Y griega. Ella llega siempre que sube la gente, que carga la gente, allá en Sonora. Llega junto con el camión. Llega la patrona y llega el camión. Lo checa la gente que suban. Pide quién es el encargado. Ella es aparte. Haz de cuenta que el patrón lo poner así: —¿Sabés qué? Terminó su trabajo la gente; lo trae la patrona o el dueño del camión... —¿Sabés qué? Yo te encargo a mi gente. Lo checas, lo ves y lo llevás hasta allí donde son. Es el responsable que queda el dueño del camión. Entonces queda aparte. Si le llega a pasar algo a la gente, entonces el dueño del camión le habla al patrón para que conecte también al encargado. Es lo que hacen. Es lo que me dijo igual el patrón allá. Si les pasa algo con el camión o algo necesitan, háblale con el dueño, para que el dueño me diga igual. Tengo en mi celular todos los teléfonos, toda la agenda, del dueño del camión, tengo también el teléfono del patrón.

Gonzalo explica los pormenores a lo largo de la ruta de Chiapas a Sonora de ida y vuelta. Entre el origen y el destino hay una distancia aproximada de tres mil kilómetros, recorridos durante tres a cuatro días desde la comunidad de origen hasta el destino final, dependiendo de la ubicación de los campos agrícolas. Los camiones pertenecen a diferentes empresas de transportación. Los empresarios agrícolas alquilan las unidades, pero el costo ya está asumido por el mismo trabajo jornalero.

Los choferes de los autobuses cuentan con los contratos que les permiten circular por las diferentes rutas para evitar problemas con las autoridades y los controles migratorios. Según Gonzalo, el contrato explica los términos del viaje y los puntos de origen y destino y las obligaciones de las partes. En todo el trayecto el intermediario laboral es el interlocutor entre ambos agentes económicos, es el encargado del viaje y su función es solucionar los problemas durante el trayecto.

Siempre hay riesgo de ida y de vuelta. Nos chingan mucho en el camino. Son la policía. Peor cuando llevamos menores de edad. De los 13 a los 14 años, llevamos hasta 15 años. No, 12 no, pero de 13 o 14 años sí. Porque piden papeles, piden esto, dicen: —¿Por qué lo llevan?, no merece todavía, tienen estudios. Según está prohibido el trabajo infantil en las empresas. Una vez encontraron puros chavalos de 14 años; se bajaron todos. Llevé siete menores: bájense, son puras migras [agentes de migración], allí en Veracruz. Tenían un carro donde se trasladan los de la migra. Llevaban un carro que son puro enmallado. Mala suerte de los siete que llevaba yo: se los querían llevar. Por eso les digo que no son ilegales, les digo: —Mira, ¿por qué los vas a llevar?, yo soy el responsable de esos chavales. Soy el encargado. No dudo que no soy nada, pues. Yo le digo: —Claro, soy el encargado de estos chavos. Los llevo porque tienen una necesidad seria. Esos chavalos no quieren robar, no quieren asaltar, ni quieren fumar [mariguana], por eso así se resignan de ir a trabajar, buscar un sueño. —Sí, pero tienen escuela. —Sí, pero no hay escuela en sus comunidades. Es como digo: ellos no quieren estudiar, a veces siempre les digo así, además los jóvenes se complican, porque quieren gasto por el estudio, piden esto y esto y esto, y si no tienen, ¿qué pasa allí?, le digo, así está la situación. Nosotros

llevamos papeles. Yo siempre llevo credencial del INE, llevo CURP, es lo que llevo. Ellos pura acta de nacimiento. Son menores de edad, pues. La migra nos chinga allí, porque tuve que dar una mordida, tuve que quedarme allí hablando, platicando allí. Luego la policía siempre los chinga a los menores, empiezan a preguntar, cómo se llaman sus papás, sus mamás, cómo se llaman sus comunidades, sus estados, sus municipios. Es como yo lo tengo dicho siempre a los chavalos: piensen, aunque sí saben estudiar, sí saben hablar, pero pónganse como un tonto, o si quiere háblenle al chingadazo al policía, háblenle en sus lenguas [se refiere en lengua chol], para que no van a preguntar y preguntar, póngase tontitos digan cosas lo que no se entiende, hablen siempre en chol. Sabés qué una vez empezó a decirle a uno, empezó a preguntar cuántos años tienes, cómo se llama su papá, qué edad tiene, si sabe el himno nacional, no contesta, pero en chol, puro en chol, entonces viene [a mi] me viene a decir: —Oye, ¿que es lo que le pasa aquel muchacho? —Te está hablando, te está respetando. —¿Cómo me está respetando, si me está hablando así. —Yo sé que tú no entiendes —le digo—; debes de entenderme y entiende aquel, ¿sabés?, te digo que cada persona tiene un pensamiento, su idea de cómo hablar. Tú hablas en español, él habla en su idioma, ¿me comprendés?, entonces allí solo se ríen, es lo que les digo siempre. —¡Chingale! —le dije en mi lengua—, chingale al poli, solo uno que no pudo defenderse, tiene pena de hablar en su chol, pero sí sabe español, tiene estudio, solo que es menor de edad. Le da pena. No quiso hablar. —No, tú tienes la culpa —le dije—, tienes que cantar el himno nacional como te digo, primero en español luego en chol —le digo. Se fue abajo. Allí está el pinche chofer. —Oye tú, muchacho, haz lo que te dice el oficial. Cántale uno de los Caminos de Michoacán [risas]. El chofer empezó a reír; también el policía se empezó a reír. Allí se acabó. No, pues son muy cabrones. Siempre en la ida revisan nomás, en el regreso no pasa nada, está tranquilito. Hasta ahorita seguimos llevando muchachos de 13 o 14 años. Ahorita lo que estoy haciendo ya, cuando chingan a los menores de edad, siempre van uno en uno, los que son mayores de edad, por ejemplo, si llevamos algún familiar, primos, hermanos, entonces yo tengo que dejar en el primer asiento y aquí los que son menores de edad [asiento interior, junto a la venta] para que ellos se defiendan, si aquel menor no sabe, entonces que

intervenga el que ya tiene credencial. Me los acomodo. Le puede decir que es mi familia, no pasa nada, para que no lo chinguen, es lo que hago ya.

Los problemas durante el trayecto son principalmente con diversas autoridades policiales y con los agentes del Instituto Nacional de Migración (INM). Ellos son los principales actores que violan los derechos humanos y obstaculizan el tránsito de los contingentes laborales. Principalmente porque dentro de los contingentes laborales hay trabajadores infantes entre 13 y 17 años contratados. Según Gonzalo, los agentes de migración son los que se encargan de interrogar a los menores y cuestionar si son migrantes indocumentados centroamericanos. Como explica Gonzalo, los intermediarios laborales crean estrategias de resistencia para hacer frente al acoso e interrogatorio de los agentes de migración. Una es el uso de su lengua indígena como signo de identidad indígena y resistencia ante las instituciones de gobierno; ejemplifican el desconocimiento de la diversidad étnica por parte de los agentes de migración. Otra es el fracaso de las instituciones del Estado en su tarea de proveer educación, entre otros derechos sociales, culturales y económicos. Son la mejor defensa de Gonzalo ante los asaltos de los agentes de las instituciones de gobierno. Gonzalo prosigue su relato y explica lo siguiente:

La diferencia entre Obregón y Caborca es por la tierra. Porque en Obregón no es tan desierto como se ve. Se ve como que la tierra es como la tierra de aquí, pero allá en Caborca eso sí es vil arena, vil arena del desierto. Allí no lo ves, no lo ves la cuchilla si sale llena de tierra, no lo ves que es *pegasoso*. Allí en Caborca la cuchilla sale limpia, y no es mucha la chinga allí. Porque fijate, le chingamos ocho cuadros. Una cuadrilla podría trabajar hasta ocho cuadros de espárrago. Estamos hablando entre 20 hectáreas al día, todo el santo día, es un chingo. Pero en Obregón le echamos nada más un cuadro y medio por cuadrilla, de punta a punta, sería de un cuadro y medio, estamos hablando de tres cuadros por día, posiblemente de seis o ocho hectáreas nada más, es mucho menos; ¿te imaginás con 20 hectáreas? Porque sacaba muchas brochas, y luego es muy *pegasoso*, se pegan mucho los cuchillos en el lodo y es más duro para picar y picar los brotes del espárrago. El brazo

se cansa demasiado, pero en cambio en Caborca haces así y así fácil, y vas caminando rápido, el corte es rápido; allí en Obregón lo metés y lo sacás y está muy duro, esa es la diferencia, y no saca buenos espárragos en Obregón, no saca buena calidad, por eso el precio es menor también. En Caborca es un poco más alto, porque en Obregón la caja de porcentaje la pagan a 15 pesos, es muy baratos, en Caborca son 19 pesos y el *raite* [flete] son 20 pesos, cuando te van a quitar las cajas a la otra cuadrilla te pagan a 20 pesos o 23 pesos, es lo que más le conviene a la gente en Caborca, porque va ganando un poco más. Una cuadrilla se le echa ganas, son, como digo, ocho válvulas, son 20 hectáreas, avanza rápido, pero si te dan ocho cuadros aquí en Obregón, ¡Ay Dios!, no van a poder sacar una sola cuadrilla. Si de hecho lo checan, aquí en Obregón no puede sacar la gente; lo saben, por eso le dan cuadro y medio nada más; ya tienen checado cómo es la onda, pues. En Caborca es más chingón, ganas mejor. Sí, de hecho también en Obregón se gana un poco y es menos chinga, porque fijate, te dan válvulas y media; le chingan durante una hora y media o dos horas al día, y ya estás: entrás a las seis de la mañana y a veces a las siete y media o a las ocho ya está listo el primer corte. Si vamos al albergue a dormir, a descansar, empiezan otra vez entre la una. A la una y media empezamos otras dos horas de corte. Se acabó la chinga del día. Pero yo sí creo que es un poco más fácil, sí, aunque las dos horas te cuesta, pero no es mucho tiempo que te das, y a la semana seguro tus 1480 pesos; eso está seguro. Además, vas a tener tus treinta o cuarenta cajas de porcentaje; si no, ahí tienen que pelear con el patrón. La casa ya está pagada por el trabajo; el transporte igual, ya está pagado; son 280 o 270 además de la comida a la semana, por persona, tres veces al día.

En la narrativa anterior Gonzalo explicaba las diferencias entre los sistemas de producción hortícolas. La del espárrago ejemplifica estas diferencias. Las empresas agrícolas ubicadas en Caborca y Ciudad Obregón son entidades económicas heterogéneas, clasificadas en pequeños, medianos y grandes productores según la extensión de sus tierras, la infraestructura y las tecnologías modernas de riego, además del uso de técnica de control de plagas, sanidad vegetal y fertilización de los cultivos hortícolas.

Gonzalo suele seleccionar y colocar a los jornaleros principiantes y de menor edad (13 o 14 años) en los campos agrícolas de Ciudad Obregón, donde la actividades y la duración de la jornada de trabajo son menores, pero no menos intensas en el desgaste de la fuerza de trabajo. Los salarios ahí son más bajos comparados con los de Caborca, debido a las condiciones tecnoambientales y características edafológicas de los sistemas de producción.

El caso de Gonzalo ejemplifica la obligación de involucrarse en todos los procesos productivos. Comprender las diferencias ambientales de los campos y familiarizarse con el uso de las nuevas tecnologías, pero sobre todo la experiencia como responsable de campo, le dan ventajas para comprender cabalmente dichos sistemas. Por otro lado, elabora estrategias de adaptación y coordinación de la organización socioproductiva en las cuales las cuadrillas jornaleras tienen un papel fundamental para incrementar la productividad.

Gonzalo explica que para esta zona productiva, en su jornada laboral, una cuadrilla integrada por doce cortadores puede trabajar como máximo un cuadro y medio, equivalente a tres hectáreas de tierra sembrada de espárragos. Cada jornalero recibe por el primer corte de espárrago un salario aproximado de 211 o 212 pesos por tres horas. En el segundo corte o turno, los intermediarios laborales negocian con los empresarios el pago a destajo de 15 pesos por caja cosechada. El cuadrillero forzará entonces a cada jornalero a que intensifique la productividad en un tiempo menor para lograr entre 30 o 40 cajas de producto cosechado, con una duración laboral de tres o cuatro horas. Eso representará entre 450 a 600 pesos al día por jornalero. En total el jornalero recibirá a la semana un salario bruto de 1930 a 2080 pesos, pero habrá que descontar de ahí la comida, el albergue y el pago de los servicios recibidos (agua, luz, TV por cable, entre otros); el costo de la comida varía de 270 a 280 pesos a la semana por las tres comidas de cada jornalero; el salario neto equivale en promedio a 1800 pesos semanales.

En comparación con lo anterior, en los campos de Caborca los trabajadores reciben salarios mayores. La diferencia radica en las características específicas de los empresarios agrícolas ubicados en una zona de alto potencial productivo como es la costa de Caborca, con sistemas de riego basados en pozos

profundos y paquetes tecnológicos aplicados a la producción del espárrago. Además, la cercanía de los mercados norteamericanos tiene ventajas comparativas que incentivan una mayor productividad de las hortalizas.

En las empresas ubicadas en Caborca, una cuadrilla de jornaleros puede trabajar en una jornada laboral ocho válvulas o cuadros de tierra de espárragos, equivalentes a ocho hectáreas. Las condiciones del suelo y la humedad en los campos agrícolas facilitan el rápido crecimiento del espárrago, lo que repercute en una mayor productividad del cultivo: solo requiere 220 días de trabajo al año en diversas actividades realizadas por los jornaleros, desde la siembra hasta la cosecha y poscosecha.

Durante la cosecha de espárrago los jornaleros reciben un salario en el primer corte de 220 pesos por una jornada de seis horas, empezando desde las seis de la mañana hasta la una de la tarde; hacen luego una pausa de una a dos horas para recibir alimentos en los albergues. En la segunda jornada o segundo corte, el trabajo se contabiliza a destajo. Previamente hay una negociación entre los intermediarios laborales y los empresarios para fijar el pago por caja. En el ciclo agrícola 2017-2018 se cerró el pago del porcentaje a destajo en 19 pesos por caja cosechada; es decir, las cuadrillas tenían que laborar seis horas más y esforzarse por cosechar de 480 a 500 cajas de espárragos al día. En un modelo ideal cada jornalero, dependiendo de su resistencia, estaría obligado por su cuadrillero a cosechar de 30 a 40 cajas de espárrago para alcanzar un salario adicional de 560 a 570 pesos por jornada. El salario bruto recibido por semana sería de 2300 pesos por jornalero. Pero de eso habría que descontar la comida y los servicios que cada empresario ofrece a sus trabajadores.

En un ejemplo ideal, un jornalero que trabaja a un ritmo normal recibe a la semana 2100 pesos. Multiplicados por cuatro semanas representan 8400 pesos al mes. Al final del contrato, que suele durar tres meses, serían 25200 pesos por cada jornalero. Sin embargo, no todos pueden ahorrar esa cantidad, por la sencilla razón de que el dinero que reciben cada semana lo envían en remesas nacionales a las familias en la comunidad. Ese dinero se ocupa en diferentes gastos corrientes, ya sea en la compra de alimentos, en productos personales como ropa, calzado y medicinas, además de otros gastos, como

celulares, aparatos de televisión o radio, herramientas de campo. Hay algunos casos de jornaleros que ahorran en varios periodos migratorios para la construcción y/o remodelación de sus viviendas; la compra de ganado vacuno o aves de corral como gallinas, guajolotes; la cría de puercos; o invierten el dinero en tendajones. De estos ejemplos nos ocuparemos en los siguientes estudios de caso.

La inversión de los recursos provenientes del trabajo jornalero temporal responde a una estrategia colectiva y familiar que complementa el ingreso global de las familias. Existe la percepción de que la vida de estos jornaleros está marcada por la extrema pobreza y la exclusión social; que las causas que impulsan la migración interna obedecen a falta de empleo y a malas condiciones de vida en las comunidades de origen y que la única alternativa es salir en busca de alternativas. Precisamente los estudios de caso como el presente cuestionan esta visión reduccionista sobre el sector social campesino y las estrategias de reproducción de la economía campesina indígena del sur.

A lo largo de los años, los intermediarios acumulan una vasta experiencia en los diferentes sistemas de cultivo y están obligados a especializarse en ellos para sobrevivir en un mercado que se basa en la competencia. Sin embargo, los jornaleros y los intermediarios laborales mantienen el arraigo con su tierra y sus comunidades. El sistema de producción hortícola empresarial no ha podido despojados ni desarraigarlos por completo de su forma de vida. Así lo ratifica Gonzalo en el siguiente argumento:

Tengo tierra. Yo lo tengo comprado aquí, arriba. Porque baja en una hondonada y luego sube. Pero ya es su decisión dónde él quiere hacer. Es como le dije: yo tengo a mi sobrino el Manuel, a mi hermano el Arturo. Yo les dije al principio: miren ustedes dos, si piensan venir a vivir aquí, piénsenlo primero. Yo sé que allí en la casa donde está mi papá ya está muy reducido el lugar. Pero si ustedes quieren, ahí tengo reservado el solarcito, mi solar. Está por donde la escuela, donde está la mata de cacaté, hasta allá, todo es mío, como es de mi papá. Y ese solarcito, ese no lo compré, es herencia de mi papá. Ese terreno me lo dio a mí: —A ver si te sirve algún día. —Está bien —le dije. Entonces como vinieron los demás futuros, como

el Manuel, el Arturo, y yo no me gusta ser tan malo con mi gente, egoísta, yo tengo que repartirles. Como no tengo hijos, tengo puras hijas, ellas no se van a beneficiar tanto, no lo van a necesitar, porque son mujeres; me basta con este solarcito que tengo, me basta. Entonces lo que les dije yo, miren: si ustedes quieren, busquen sus lugares. Ahí lo tengo lo que está comprado, ahí lo tengo lo que es del patrón, pues, ¿Cuáles les gusta?, yo le dije al Manuel, mi hermanito el Arturo. Bueno, el Manuel me dijo: —¿Cómo ves, tío, por qué no me das un pedazo de aquí? Porque me gusta mucho. Como tú lo quieras hacer, ya le llegué a medirle qué tanto le vas a agarrar. —Este siempre va a ser todo tuyo —le dije—; si tú también te gusta quedar aquí, si te conviene estar, no te preocupes, este solar va a ser siempre todo tuyo, y no va a ser medido. Pero es como digo, si te doy todo, como allí tengo matas de cacaté, hay a una familia que siempre llegan a pepenar el cacaté; dan frutos, pues, y no quiero que se adueñe Sergio, pues, quiero que le dé permiso a la familia, y no quiero que diga no, no vengas aquí porque ya es mío. No, nunca, porque yo nunca he hecho así. Yo cuido ese solar, pero he dicho a la familia: vayan a pepenar sus cacatés, ahí está. Si quiere venir, si quiere el Saúl (su hermano mayor, otro cuadrillero) vayan a pepenar, pueden entrar, porque es de la familia; es lo que digo siempre. Bueno, Manuel aceptó allá; el Arturo que según allá. El Arturo quiere construir acá; entonces, tiene que ahorrar para construir, quiere construir de material de bloc; dice que de material completo; pero ya lo tiene casi la mitad, sí, porque esta casa me salió un poco baratísimo, porque no está completo el ventanal. Me salió a cuarenta mil (pesos), ocho por cinco metros, más la cocina, por ahí son sus quince metros. Estoy pensando construir, pero primero quiero terminar de subir estos muros; estoy pensando en la cadena de en medio. Pienso darle loza. Requiere una cadena más, lo que estoy pensando darle un muro atrás. Porque en el futuro puedo hacer un cuarto arriba para las chavas, es lo que estoy pensando, primeramente, si Dios quiere es lo que estoy pensando hacer.

La vida de Gonzalo nos permite observar la creatividad y multiplicidad de estrategias de reproducción social y económica, la toma de decisiones individuales y colectivas y la adaptabilidad a las circunstancias internas y externas de la vida comunitaria. Aparentemente, la decisión de migrar es una acción

individual, pero la vida de Gonzalo muestra la hebra de una trama o urdimbre de una red colectiva y una dinámica social en varias dimensiones donde lo económico, lo sociocultural y lo político no están separados, sino que forman un continuo interrelacionado.

Los intermediarios laborales culturales como Gonzalo son un nuevo sujeto social, forman parte de una estructura compleja y construyen redes sociales dinámicas en multiescalas de interacción que lo colocan como un actor-red. Él no actúa solo, pues hay un entramado de actores que influyen en él y, al mismo tiempo, él influye en otros, dependiendo de la posición que ocupe el sujeto en la red social. Por lo pronto, solo quiero señalar que las acciones y el cambio de convicciones políticas de Gonzalo, al pasar de ser miembro activo de la resistencia zapatista a intermediario laboral, responde al desgaste de los liderazgos locales, al quiebre de alianzas, lealtades y conflictos internos de todo movimiento social, además del cambio de las circunstancias externas e internas de la comunidad.

Isnardo: de promotor comunitario dental a cortador de espárragos

Isnardo es un hombre joven de 25 años; tiene esposa y tres hijos pequeños. Lo conocí en la clínica autónoma zapatista de su comunidad. Realizaba una extracción de muela a una señora. Durante tres años recibió capacitaciones como promotor odontológico en el caracol de Roberto Barrios. Allí obtuvo las habilidades y los conocimientos necesarios para ofrecer el servicio en su comunidad. Existe en las comunidades indígenas una necesidad apremiante de atención a la salud oral. Muchas personas de otras comunidades acuden a la clínica autónoma zapatista para solicitar los servicios de extracción y atender diversos problemas ocasionados por caries.

La mayoría de los indígenas de la Zona Norte no pueden pagar los elevados costos de odontólogos en las ciudades. Los técnicos dentales autónomos ofrecen un servicio accesible, bueno y barato que la mayoría de las personas pueden solventar. Por ejemplo, el costo de una extracción de muela varía

entre 30 a 50 pesos; las amalgamas pueden costar de 100 a 150 pesos. Como indica Isnado, los costos de las aplicaciones de amalgamas dentales son solo para recuperar los materiales utilizados y cubrir los gastos de transportación a Ocosingo o San Cristóbal, donde se pueden surtir nuevamente, a bajo costo, los insumos. Isnado explica por qué optó por la migración temporal como jornalero agrícola en los campos de Sonora.

— Sí, fui a trabajar a Sonora como cortador de espárragos y empecé a ahorrar, y lo que me sobraba lo guardaba, lo guardaba; poco a poco ahorré el dinero.

— *¿Cuándo empezaste a capacitarte como técnico, cómo promotor de odontología?*

— Empecé en 2008 y comencé a trabajar en 2011; tres años me capacitaron; fue un poco duro, pero quería ir a capacitarme.

— *Tres años ¿en dónde?*

— Allí, en caracol.

— *¿Ah, en caracol de Roberto Barrios?*

— Sí, ahí en Roberto Barrios. Y cuando ya estaba un tanto equipado me mandaron los materiales y empecé a trabajar. Ya pasé; en ese día empecé a pasar en otros pueblos.

— *¿Te movías de pueblo en pueblo para atender a los pacientes?*

— Sí, como una gira en cada pueblo, programábamos las fechas en cada comunidad.

— *En el municipio de Rubén Jaramillo, ¿en cada pueblo tenías que llevar el robotín?*

— Sí, tenía que llevar, era el aparato más principal para usarlo; sin el robotín no se puede poner las amalgamas y quitar la caries de las muelas picadas.

— *Pero esta pesado, ¿No?*

— Sí. De hecho está muy pesado. Hay que transportarlo con mucho cuidado. Donde hay carretera lo llevo; pero donde no hay, ya no lo llevo, porque el robotín sí esta pesado para llevarlo. No siempre llevo el robotín. En donde está cerca la otra colonia, cito a los pacientes para que lleguen allá. Solo trabajaba en las comunidades del municipio autónomo de Rubén Jaramillo, era la gira. Éramos dos los que nos capacitaron. El otro ya lo dejó, no le interesó seguir, porque antes no

se pedía nada, no había cobro, solo lo que la gente pudiera dar, unos podían dar veinte, treinta, hasta cincuenta pesos.

Isnardo formaba parte del grupo de los promotores odontológicos zapatistas. Tenían el objetivo de dar atención gratuita no solo a los integrantes y las bases de apoyo de comunidades zapatistas, sino a toda persona que acudiera a requerir los servicios odontológicos de las clínicas autónomas zapatistas. La salida de Isnardo como promotor del EZLN se debe básicamente a conflictos internos en la comunidad. Al dejar de formar parte de las bases de apoyo le fue retirado el instrumental y los materiales de curación odontológicos. Sin embargo, su salida del grupo no ha limitado sus actividades como promotor de la salud oral en su comunidad. Por el contrario, sigue realizando consultas como técnico odontológico, pese a los escasos recursos para comprar los medicamentos y los diversos materiales dentales.

Una de las causas que lo orillaron a salir en busca de trabajo y contratarse como jornalero agrícola fue para ahorrar dinero y comprar los instrumentos odontológicos y materiales de curación dental que necesitaba para continuar con su labor. Así empezó a viajar a los campos agrícolas de Sonora como jornalero agrícola a partir de 2014, hasta 2019. Continúa explicando los motivos que lo llevaron allá:

Cinco veces he estado en Sonora. Fue duro ahorrar, pero cuando uno se propone una meta, lo hace. Hay otros que nomás se la pasan gastando en el trago o en otros vicios. No saben ahorrar. Piensan que siempre es fácil ganar el dinero... como en los campos siempre hay trabajo en el espárrago, en el tomate o en otro cultivo. Te dicen que si quieres ir a otro campo cuando termines tu contrato. Hay más chambá. Pero yo solo voy por un sueño, por una temporada de tres a cuatro meses al año. Esa era la idea. Bueno, la idea primera es que me enfermé; tenía deuda, como seis mil o siete mil pesos. Pedían que pagara. Creo fue en el año de 2013. Me operaron de un quiste en el cuello. Fui a buscar esa deuda en los campos de Sonora. Fue la primera vez que fui a los campos de Sonora. Ese tiempo todavía era promotor de la odontología zapatista. Entonces no pensé si lo van a llevar el robotín;

todavía estaba en la clínica autónoma. Entonces como ya pagué mi deuda me quedó un poco de dinero: Pero yo no lo imaginé que iba yo a comprar otro robotín, porque ya no hay cómo; ya no tengo el material, la máquina. Los otros compas se llevaron de repente todo el instrumental y el material. Por eso me decidí, trabajar otra vez en Sonora y ahorrar para el robotín y los materiales. Porque, la gente siempre me dice: «pues, atiéndeme el dolor de muela». Sí, pues, siempre vienen a buscarme a mi casa. Hay algunos que llegan a la comunidad, que ya están viviendo allá en San Cristóbal, se fueron a vivir de aquí y llegan a visitar a sus familias y hay veces, cuando llegan a la comunidad, llegan también a consulta. Porque hay veces aquí lo cobramos un poquito barato, pero ahí en la ciudad está más caro. Cobran mucho, es lo que me vienen a decir. Hay veces les cobro 100 pesos o me dejan 20 o 30 pesos. Porque allá está muy caro ir con el dentista.

Los diferentes promotores de las comunidades autónomas realizan actividades esenciales que no pueden ser cubiertas por ninguna institución u órgano de gobierno. La autonomía es un concepto polisémico, depende del ángulo desde donde se defina y se ejerza en las diversas acciones. No pretendo analizar por qué sucede la disidencia y los conflictos en las bases de apoyo zapatistas, pues se trata de un proceso muy complejo y no cabe aquí un examen antropológico profundo. Simplemente quiero acotar que el movimiento social tiene contradicciones en sus discursos, tanto como en sus prácticas, y que las rupturas son propiciadas por diversas confrontaciones entre los liderazgos comunitarios. Aunados a lo anterior, los procesos migratorios al mismo tiempo son una válvula de escape e inciden en los procesos organizativos de las bases, porque son una alternativa de movilidad individual y de estrategia económica familiar o colectiva, como explica Isnado:

En Sonora soy cortador de espárrago. Micaela, mi esposa, se queda sola con los niños, aquí en la casa. Cuida la tienda y mantiene a los animales que tenemos. Si pasa algo, aquí está luego luego mi papá. Vivimos muy cerca de casa de mis papás y los papás de ella no están lejos. Tenemos muchos familiares en la comunidad. La primera vez fui [a Sonora] y aprendí a cortar espárrago. Estaba durísimo. Me

dolía la espalada, porque íbamos todo el tiempo agachados. Pero se acostumbra a las dos, tres semanas. Se acostumbra, pero la primera semana sí son duras, difícil. Pero cuando ya estamos acostumbrados, ya no duele tanto. Tienes que trabajar rápido y seguir el mismo paso de tu cuadrilla, para que todos ganen. Si uno se atrasa, todos se atrasan. Trabajaba al día como cinco, ocho horas. Por todo el día a veces; en la mañana trabajamos tres o cuatro horas, de las seis hasta las diez de la mañana. En la tarde hay veces que entramos a las tres y salimos a las cinco de la tarde, dos horas más. En la mañana ahí se trabaja en común, en cuadrilla; hay veces trabajamos con diez, con todo el burrero, dos burreros y se queda el otro cortador. Yo no quiero ser cuadrillero, no sé por qué, me gusta más el corte. Bueno, de hecho, el trabajo del cuadrillero es lo mismo como nosotros, solo que va apuntando las cajas de porcentaje de cada cuadrilla y cuenta las cajas totales para que las estibadoras no las roben. Para que la cuadrilla no se atrase va cortando y viendo si va quedando bien, este, si el espárrago esta bien cortado o lo van quebrando. Él lo checa si el trabajo queda bien, si la gente ya lo sabe todo, si no lo quiebra, si no deja espárrago quebrado, si no está picando el brote y ya entra a cortar también. Nos ayuda también el cuadrillero. En la mañana hay veces hacemos 300 o 250 cajas de espárrago; hasta 350 cajas salen cuando hay campos buenos. No siempre es fija la cantidad de cajas; hay veces que suben o bajan. Es variado, porque hay veces que los campos no producen mucho espárrago. También depende: los campos de Obregón son un poco más duros de trabajar; la tierra es mas chiclosa. Los campos de Caborca son suaves: pura arena; es más rápido cosechar. La cuadrilla depende si gana más en el cuadro: si este da más espárrago va a ganar más la cuadrilla. En la semana nosotros ganábamos hasta 2500. Pero no es siempre así, cada semana baja. O sea, el tope máximo es 2500 pesos, lo mínimo a veces llegamos a ganar 1500, depende si hay espárrago, si los cuadros están bien manejados desde un principio.

Hay diversos motivos de los jornaleros para acudir a los mercados de trabajo agrícola. Si bien las causas pueden ser económicas, la raíz del problema no es exclusivamente esa, sino que hay una variedad de efectos que confluyen. En el caso de Isnardo la primera vez que acudió a los campos agrícolas sonorenses fue para solventar una deuda contraída a causa de una

enfermedad. Al no recibir ningún tipo de apoyo de los programas sociales o no contar con un seguro médico que cubriera los costos de la operación tuvo que acudir a préstamos privados para pagar la atención médica.

Su ejemplo muestra que aun cuando se deja de pertenecer a la comunidad de resistencia zapatista, las convicciones políticas autónomas se siguen conservando: aceptar la ayuda de los programas de gobierno no figura en las decisiones personales o familiares. La opción más próxima para saldar las deudas personales era trabajar por un periodo como cortador de espárragos. En este sentido, el trabajo asalariado agrícola representa una salida y una oportunidad de un conjunto de acciones de índole personal, pero en el caso de Isnado, sus acciones individuales tienen una repercusión colectiva a nivel comunitario.

En los subsiguientes viajes a Sonora el objetivo era ahorrar suficiente dinero para comprar los instrumentos y materiales odontológicos que necesitaba para volver a instalar el servicio de odontología comunitaria. La pérdida de los instrumentos y materiales no fue un obstáculo para iniciar una nueva forma de autonomía. Los conocimientos y el capital social que había logrado acumular durante su periodo de formación y como promotor odontológico le permitieron colocarse como un agente de cambio local con sus propios recursos y conjugar los ciclos migratorios con su práctica como técnico dental comunitario. Al respecto, continúa su narrativa y explica cómo en los viajes subsiguientes concretó la iniciativa de ahorrar y diversificar su producción e invertir en la cría de puercos de traspatio junto con su familia:

Nunca he llegado en octubre. Solo trabajo de enero hasta abril. El 15 de febrero empieza lo mero bueno: puedo sacar 2500 a la semana. A finales de marzo, como al 20 o 25, ya se empieza a bajar otra vez. Es igual como el café: si madura rápido, al último ya queda un poquito. Todavía no sé si voy a poder ir al norte. Tengo cafetal, tengo que limpiarlo y tengo que hacer milpa. Y tengo trabajo también acá en la tienda. También en la odontología, los enfermos de muela me vienen a buscar a la clínica, es que solo soy yo. También tengo mi *coch* (cerdo). No puedo dejar a mi mujer sola atender los animales y atender la tienda. Nos repartimos el trabajo. Ella se queda al tanto cuando yo no estoy, pero es mucho trabajo para ella; igual tienen

que ver a los niños. Tengo demasiados cerdos, parece que once o doce. Micaela responde, diciendo: «tenemos por todos 15 animalitos». Sí, es lo que estamos haciendo, pues más que nada trabajar, trabajamos todo el día. Buscar cómo mantener la familia. El *coch* se vende en pie, en el mes de octubre o noviembre lo piden las familias de la comunidad. Los que venden su café lo pagan; en diciembre te piden fiado. Sí, porque en noviembre todo sale, piden más, piden *coch*, venden su café y ya los productores tienen dinero. Lo piden ya grande para comer. Pero ahorita están chiquititos, son lechoncitos. Se vende por tamaño, hay veces de cinco mil o cuatro mil, pero cuando ya están grandes. Pero de hecho sí quiere trabajo. Ahorita no estoy dándole maíz, puro alimento. Fue una inversión del trabajo de Sonora, aparte compré tres *coch* con el ahorro y de allí ya se fue aumentando.

En algunos casos las remesas son aprovechadas para hacer inversiones a futuro, siempre que exista una buena comunicación en el sistema familiar y las estrategias económicas se construyan colectivamente de mutuo acuerdo. Los animales de traspatio son una caja de ahorro vivo, ya sean puercos, gallinas, guajolotes y, en lo posible, ganado vacuno. La ganancia es rápidamente aprovechada, aunque hay riesgos. Y aunque las enfermedades o un manejo inadecuado pueden ocasionar pérdidas, es una inversión muy segura. El caso etnográfico de Isnardo confirma que las estrategias de la familia campesina apuestan por una diversidad de actividades; por ejemplo, la cría de cerdos es una opción viable; además, promueve la participación de toda la familia en el proyecto productivo. Mientras Isnardo migra temporalmente, para obtener recursos económicos, la familia se responsabiliza de la tienda de abarrotes, la cría de puercos y de continuar produciendo la milpa y el cafetal. El conjunto de actividades productivas contribuye al ingreso global de la familia. Isnardo no se supedita a los tiempos de las empresas y los intermediarios laborales, sino que él mismo fija sus tiempos y sus capacidades para alistarse en los contingentes jornaleros, como a continuación aclara:

No lo sé todavía si voy a ir a Sonora en la próxima temporada, depende de cómo esté el trabajo. Es que si dejo abandonada la casa de salud desconfía la gente. Si

vienen y está cerrado, se van con otro promotor que está en Sabanilla. Aquí en mi comunidad no hay otro. Bueno, sí hay otro. Vive por allá, del otro lado de la comunidad, pero no está equipado. A lo mejor sí, pero lo que pasa no sé por qué no compra su material. Como me faltaba dinero para comprar materiales fui esta temporada de enero que pasó para juntar más dinero, ahorrar para comprar el robotín. En los campos siempre están rotando a los cuadrilleros, porque hay cortadores que, digamos, ya son cortadores viejos, con mucha experiencia y ellos ya entran. Ahí mismo lo sacan de las cuadrillas. Si el cuadrillero no está funcionado bien su trabajo, pues lo sacan y entra a cortar y buscan otro en la misma cuadrilla. Y si no funciona, vuelven a buscar otro más, pero en la misma cuadrilla. Muchas veces no funcionaba por los vicios. Porque toman demasiado, toman drogas, fuman mucha marihuana que consiguen allí mismo. Pues como nosotros llegamos a *descambiar* el cheque en Caborca, ahí la compran y ahí empiezan a tomar cerveza. Luego cuando ya están bien borrachos empieza el pleito entre ellos por problemas que tienen en la comunidad o por las mujeres. Sí, yo también tomo de vez en cuando, pero tranquilo. Pero hay gente que nomás va a tomar y gastar su dinero. En las empresas nos pagan con cheque y luego te vas a *descambiar* en casa de cambio y luego te dan efectivo. Si te pagan mil pesos es un porcientito, sería diez pesos; lo cobran allá y lo cambian el cheque. Si tiene valor tu cheque de dos mil, te cobran veinte pesos de *descambiarlo*. Es que ahí en el banco, como son muchos trabajadores, llegan de otros campos y llegan a hacer cola y los esperamos y vamos ahí donde están pagando. De hecho, el banco no cobra, pero lo que pasa, como llega mucha gente, se hace cola, se tarda mucho, luego ya pasa el tiempo y cierran el banco. Parte del dinero que gano lo envió a mi mujer, lo deposito en el banco y ella lo saca acá, ya sin costo en el cajero.

Por último, el caso particular de Isnardo muestra cómo la decisión de migrar temporalmente a los campos agrícolas no solamente pasa por criterios de índole económica, sino también de aprovechamiento del capital humano acumulado y de poner en práctica y al servicio de la comunidad los conocimientos y recursos odontológicos adquiridos. La narrativa de Isnardo antepone las necesidades colectivas y comunitarias al impulso individual de migrar. Se

migra ante todo como parte de la cuadrilla que garantiza la suma de esfuerzos individuales para lograr los objetivos comunes durante el periplo.

Por otro lado, el salario recibido fuera del ámbito de la economía campesina tiene el objetivo de cubrir gastos imponderables que rebasan los ingresos generados por las actividades de subsistencia de la familia campesina; sin embargo, más que disolver las formas de intercambio y socavar la economía moral comunitaria, es parte de un plan que se suma a las estrategias de reproducción de la estructura comunitaria.

En este sentido, observo que la migración estacional y pendular a los campos agrícolas sonorenses cumple la función central de proveer de capital o dinero a los jornaleros de las comunidades; pero las relaciones económicas capitalistas, representadas por las agroempresas y la red de intermediarios laborales no han erosionado la estructura social comunitaria al extremo de ocasionar el desarraigo de la población local y de asentarla en los campos agrícolas como fuerza de trabajo permanente y cautiva. En efecto, la población joven se moviliza por el deseo de obtener mayores ganancias y otro tipo de bienestar, pero conserva un sentimiento de pertenencia a su comunidad y, por tanto, al territorio; en el caso de Isnardo, su visión del mundo responde a la convicción de asentarse y continuar con el proyecto de odontología comunitaria. El tiempo nos dirá si las circunstancias sociales lo obligan a tomar nuevamente la decisión de migrar al norte junto con los contingentes de trabajadores agrícolas.

Serafín: de campesino cafetalero a cuadrillero de espárragos

Serafín es un joven de 20 años, hijo soltero de una típica familia campesina milpera chol y productora de café. Su padre, un hombre de unos 75 años, formado como catequista en la iglesia católica de Sabanilla, le ha inculcado los valores religiosos y la importancia del trabajo colectivo en la comunidad. Serafín a su corta edad ha servido en su comunidad como policía rural en el comité de caminos rurales (limpia y bacheo de la carretera). También participa en el grupo de jóvenes católicos y formaba parte de la organización de

los festejos del 12 de diciembre, día de la Virgen de Guadalupe. Igual que su padre, se perfila para ocupar el puesto de catequista en su comunidad. Su participación en diferentes actividades comunitarias lo coloca como un joven sa-gaz, con habilidades de liderazgo.

Al principio miraba a sus amigos y paisanos con admiración y deseos de emprender, como ellos, la marcha rumbo a los campos agrícolas de Sonora. En una ocasión un primo lo invitó a acompañarlo en una temporada de corte de espárrago, pero su padre le negó el permiso, porque había escuchado que todos los jóvenes que salían a trabajar a las cosechas de los cultivos ingerían mucho alcohol y se drogaban en los campos agrícolas para aguantar las largas y extenuantes jornadas de trabajo.

No fue sino hasta 2013 que, a raíz de las deudas económicas causadas por la enfermedad de su padre, se vio obligado a incorporarse a los contingentes de trabajadores que van a la cosecha de espárragos. Migró en compañía de uno de sus hermanos mayores y su primo que conocía directamente al inter-mediario laboral. Desde entonces viajó en dos periodos al año, el primero de enero hasta abril y el segundo de octubre a diciembre. Su experiencia y habi-lidades adquiridas en los últimos años como migrante lo han colocado como cuadrillero en los campos agrícolas. Al respecto comentó:

Fuimos primero a Caborca. Allí estuvimos desde enero hasta finales de abril. La segunda vez estuvimos en Obregón, 15 de abril, allí empezamos a trabajar, hasta el sábado 19 de mayo, creo. Es que tenemos un contratista que nos contrata y él vive allí en otro lado de la comunidad y es el que tiene conecte con los patrones. Vive aquí seis meses y seis meses en Sonora. Ahorita no está aquí, se quedó en Obre-gón; regresa en octubre. Él sabe cómo está la movida en los campos y tiene todos los contactos con los patrones, y pues a la gente de aquí le consigue trabajo. Hay mucho trabajo en los campos agrícolas; siempre están solicitando personal; si ya se acabó la temporada de espárrago, viene la del tomate o la calabaza; hay un chingo de productos. Las empresas a él le piden, porque él sabe correctamente cuánta gente necesitan los campos. Este año llevamos noventa. En la temporada de ene-ro a abril hubo cuatro camiones; en total fueron 180 personas, pero hay veces que

no viene lleno el camión; siempre hay quienes no llegan, porque no tienen para el pasaje o a la mera hora se arrepienten, o porque sus familias no los dejan salir. Así pasa, siempre hay fallos: uno o dos. Yo fui el responsable nada más de dos camiones que llevé en Caborca. Me dio el encargado dos para que yo lleve a Caborca. Así, pues, mucha responsabilidad, pero gracias a Dios pasó todo tranquilo. No hubo problemas (ríe). Noventa cabezas. Todos hablan diferente. Otro que piensa bien, otro que piensa mal. Pero siempre sale la mayoría que lo piensa bien. Hay problemas en los jóvenes por la borrachera a veces, por el alcohol. Yo les prohíbo tomar alcohol. Siempre les digo a la gente que no tomen, que no haga eso, que vinimos de un lugar lejano y no es que vinimos por gusto. Vinimos por alguien, por una necesidad, por la familia. Pero no, la gente no escucha. Escuchan y ya a la hora del cobro, vámonos, a lo que sigue. Es lo que pasa. De hecho, los encargados de los campos prohíben. Sí, de hecho, el patrón nos dice: permite que tomen alcohol, pero ahí, en el cuarto; allí, en el lugar, y responsables del cuarto. Como tiene campos grandes, esparce envidia a la gente. Ya cuando la gente está borracha, pasa patrullero y checa la gente cómo están, si están bien. No están prohibidos, pero lo malo que la gente no lo sabe evitar, se pasan. Se pelean allí en el albergue, contra ellos mismos. Yo no puedo hacer nada. Trato nada más de controlarlos, que hablen en vez de estar peleando. O si no se controlan le mando a llamar al patrón. Porque es lo que me dice: —Pues si las gentes no se controlan, márcame y les mando la patrulla. Si están muy borrachos, ¡A la cárcel!, para que pasen la noche o tres noches de castigo. Porque hay algunas personas incontrolables. Si siguen así, ya el patrón los tienen que regresar. Los van a sacar de allí del campo, porque se dirigen por campos. La violencia está bien cabrona, hay un chingo de campos, está bien cabrón. Dondequiera mueven la gente. Salen aquí, se van aquí, se van dondequiera.

Como se ha podido constatar con ejemplos anteriores, una de las funciones de los cuadrilleros es disciplinar a los jornaleros, no solo en los procesos de trabajo, sino en la convivencia diaria. La mayor responsabilidad es mantener el orden y la disciplina en los albergues después de la jornada laboral. El encierro provoca sentimientos de frustración, aburrimiento y rispidez entre los jornaleros. La falta de opciones recreativas provoca tensiones en la convivencia

cotidiana entre los jóvenes. No obstante, Serafín explica que los conflictos surgen por el consumo desmedido de alcohol y drogas como la mariguana durante los tiempos de ocio. En los campos agrícolas se vive y se reproduce una violencia estructural, expresión de todas las manifestaciones de las relaciones de exclusión social provocadas por la flexibilidad del trabajo jornalero.

Los procesos productivos agroindustriales están imbuidos por diferentes formas de violencia, desde la física, simbólica, económica, laboral y, por último, estructural. La violencia simbólica se manifiesta primeramente en los procesos de enganche o enrolamiento de los jornaleros jóvenes desde sus comunidades hasta llegar a los campos agrícolas. La violencia física surge en la convivencia cotidiana entre los jóvenes, exacerbada por el alcohol y las drogas. La violencia laboral y económica tiene diferentes aristas, pero se expresa en la precariedad de los salarios que reciben por las jornadas de trabajo. Los jornaleros para poder aumentar el salario durante su jornada necesitan autoexplotarse. Desde su percepción, el pago por el trabajo a destajo es lo que más conveniente, porque perciben que la jornada es corta y rinde más que el pago de salarios fijos. También perciben que la empresa les provee de transporte, alimentación y hospedaje prácticamente gratuitos, sin percatarse de que está diferido y pagado por adelantado desde el momento en que son enganchados por el intermediario laboral. Por lo tanto, la violencia estructural es aquella reproducida por las diversas instituciones del Estado que no garantizan los derechos laborales y humanos; los jornaleros son sujetos móviles y políticamente desorganizados y, por tanto, no gozan de plenos derechos ciudadanos.

Por último, como indica Serafín, su labor como cuadrillero no solo se enfoca a disciplinar y controlar los procesos de inocuidad de los cultivos, sino sobre todo de suministrar brazos jóvenes a las agroempresas. Opera localmente promoviendo y ofertando trabajo en periodos de tres a cuatro meses por medio de contratos; promete transporte, hospedaje y alimentación en los albergues durante el tiempo del contrato y les garantiza el retorno a sus comunidades de origen una vez finiquitado el compromiso. Por supuesto, los contratos son orales, no explican los detalles que implica la jornada de trabajo en los campos agrícolas ni las condiciones de alojamiento.

La vida cotidiana en los albergues se torna conflictiva, llena de tensiones y disputas interpersonales. La composición y diversidad étnica de los contingentes laborales provoca fricciones y desconfianza entre iguales, pues el ambiente y la cultura laboral están cargados de competencia, individualismo, envidia y rivalidades entre los jóvenes. Asimismo, los cuadrilleros lanzan rumores para exhibir los errores cometidos por otros intermediarios laborales y desprestigiarlos; y esperan la oportunidad para remplazarlos y entrar como su relevo en la jerarquía y la cadena de intermediarismo. Todo ello propiciado por las relaciones sociales en los mercados de trabajo rural. Por su parte, los empresarios parecen indiferentes a los problemas que persisten en los albergues; la nula inversión en el mejoramiento de estos refleja el abandono y la exclusión social a la que son sometidos los jornaleros. Serafín continúa relatando su experiencia:

Son puras empresas. Nada más que depende del tamaño del campo. Hay empresarios pequeños, medianos y grandes. Unos tienen un campo, y otros tienen más. Hay una empresa que tiene como 20 campos, pero no producen solo espárrago, tienen un chingo de cultivos. O sea, no es una sola, son muchas. Hay unas que son más grandes, por ejemplo, la Hortícola del Desierto, tienen campos grandes, varios campos con diferentes hortalizas. A donde llegamos a trabajar más solo tienen dos campos. Son pequeños empresarios. Nada más donde llegamos es una sola empresa. Los pequeños y medianos empresarios tienen sus propios compradores, sus propios empaques, están completos. Porque cuando estuve trabajando allí llegaron los compradores, llegaron a checar la calidad del espárrago. Llegaron en una camioneta, pura troca grande llegaron. Sí, me dijeron que son de Arizona. Son gringos *hueros*, mecos, pues. A esa empresa ya hemos llegado, llevamos por segunda temporada allí mismo. Les gusta cómo trabajamos. Yo fui el responsable en esa temporada. Hasta que se cumplan los tres meses, como vine con un contrato de tres meses para ese campo. Cumpliendo los tres meses, bueno, pues te dan camión para que regreses a Chiapas, pero ya depende de la gente si se quiere venir para acá o se quiere quedar allá a seguir trabajando en otro campo; siempre hay jale para otros campos. Ya nada más el encargado reporta que [se] van a quedar tanta

gente; entonces le van a depositarle su plata, cuánta gente es que va a llegar para Obregón. Entonces se termina el contrato. Así hicimos allá: son 450 de pasajes que le dan a cada cortador. Los cortadores se vinieron por su cuenta, pero el patrón pagó el pasaje. Todos, los noventa cortadores. En esa fecha, cuando subimos a Obregón tuvimos 24 que se quedaron; los demás regresaron. Regresaron, porque se cansaron, supongo. Sí, por su familia, y otra cosa, por la diferencia de sus salarios. Ahí en Obregón solo ganas lo que es fijo, ahora ya subió, antes era 1200 semanales. Ahorita subió un poco, son 1480. Por eso a los que regresaron en enero no les conviene, porque son fijos. Lo que les conviene más es en enero, porque ahí sacas puro porcentaje. En porcentaje nosotros rayamos a veces 2000 o 2500 por semana y más adelante sacamos más, porque hasta que se componga un poco el tiempo, que se vaya el frío sube el espárrago y ahí llegamos a 2800 por semana. Le convine más a la gente. Hay algunos que sí pudieron ahorrar, pero es como le digo, cuando uno va con necesidad se acaban la mayoría. Hay algunos que tienen su sueño de construir casa, comprar materiales, otros tienen un sueño de comprar otras cositas como ganado. Otros que no tienen ese sueño, por su gusto, en alcohol, en drogas como la marihuana. No todos tienen una meta. La gente, pues, que llega según su sueño. Pero la mayoría se gastan en vicios la paga que ganan a la semana. Hay algunos que sí ahorran, pero no todos; nosotros no podemos meternos, es su dinero, pues. Yo no pude hacer nada esa temporada. Lo que pasa que tenía muchas deudas con las niñas, son mis sobrinas, hijas de mi hermano. Como se enfermó demasiado la Florencia y gasté demasiado dinero. Las llevé al hospital particular, es que allí en el hospital general no atienden para nada, te ven que estás muriendo, te mandan a comprar medicina porque no hay, pero si te vas al particular, en un rato te llevan al médico. Como allí en Yajalón estuvieron atendiendo. Ahorita ya pasó, gracias a Dios, ya se sano, pero gastamos un chingo de dinero en sus medicinas. Sí, es lo que hice con el dinero. Pero hay unos que llegamos allá y compran algo; gastan en cerveza, en mariguana. Es que siempre hay gastos en la casa. Por eso mucha gente se va para allá, pues, porque ahorita vienen rozando la milpa [mayo] y se van en estos meses [septiembre y octubre]. Ya ves, cuando no es temporada y no llueve mucho se viene el calor, en mayo, se viene secando la planta. Hay veces que deja de crecer y viene una tormenta y en un rato se echa a perder todo y de ahí viene la

crisis de comprar el maíz. Mucha gente compra el maíz para pasar el mes de enero. Bueno, algunos compran en Sabanilla, con los que venden allí. Alguna parte cosechan y algunos compran en la DICONSA, aquí en la comunidad. Un kilo vale cinco pesos. En otro lugar, en Sabanilla, 6.50 el kilo, solo que el maíz de DICONSA no es muy bueno, por eso la gente solo compra poco, por eso mucha gente se va a Sabanilla a comprar con los coyotes.

Por último, los cuadrilleros se esmeran en responder a las exigencias de los encargados de los campos agrícolas y en presionar a los jornaleros para acelerar la productividad. Los jornaleros principiantes son supervisados y capacitados por el cuadrillero para evitar cualquier retraso en la cosecha. Al mismo tiempo, Serafín explica que hay jornaleros que al terminar el contrato de tres meses deciden no regresar a su comunidad y son contratados por otras agroempresas para laborar en otro sistema de cultivo. El jornalero agrícola chol se coloca entonces como trabajador agrícola errante y desarraigado de su comunidad. Como indica: de un contingente de 45 personas, 14 decidieron permanecer laborando en otro sistema de cultivo. Cuando regresan los jornaleros a su comunidad hacen un balance de los salarios recibidos. El salario a destajo resulta más atractivo que los salarios fijos, aunque la jornada de trabajo es intensa y agotadora. Regularmente los jóvenes solteros son los que deciden permanecer más tiempo en los campos agrícolas que aquellos que tienen familia en sus comunidades.

Por lo que se refiere a las inversiones, dependen de los objetivos que Serafín define como «sueños». Regularmente responden a estrategias familiares y/o colectivas e involucran a los otros miembros de la unidad doméstica campesina. Algunos invierten sus remesas en la construcción, remodelación y ampliación de su vivienda. Otros destinan sus ahorros a la compra de ganado vacuno y otros más adquieren maíz. Al respecto, Serafín conecta dos dimensiones en el proceso migratorio. Primero señala que hay jornaleros que deciden migrar al noroeste porque no tienen los recursos económicos para comprar maíz, debido a que no producen lo suficiente para todo el año; por último, explica que el ciclo agrícola local se ve afectado por la sequía o el retraso de

las lluvias o, por el contrario, el exceso de lluvias afecta la milpa y el frijol. Es decir, los jornaleros ponderan el tiempo de trabajo en sus parcelas y los tiempos de contratación en los campos agrícolas agroindustriales y con base en sus tiempos y necesidades deciden migrar en el periodo de menor trabajo agrícola de sus familias.

«El May»: el ingeniero descalzo

Mariano es un joven chol de una comunidad del municipio de Sabanilla. Vive con su mujer y dos hijos pequeños en la casa de sus padres. Lleva años migrando a los campos agrícolas de Sonora. Su experiencia con los productores de espárrago lo ha colocado como un intermediario laboral muy solicitado por los empresarios agrícolas. Sus compañeros de trabajo y otros intermediarios le han puesto el mote de «El May», sobrenombre que expresa los conocimientos adquiridos y especializados en los procesos de producción del cultivo del espárrago. Cada ciclo agrícola le da una nueva oportunidad para poner en práctica su experiencia y los conocimientos adquiridos y diseñar estrategias para aumentar la productividad.

Como él mismo lo explica: todos los campos agrícolas están supervisados por encargados o responsables contratados por los empresarios agrícolas, con el objetivo de controlar los procesos de producción. La mayoría de ellos viven de tiempo completo en los albergues. Sin embargo, puntualiza, algunos encargados o encargadas no tienen la experiencia ni los conocimientos necesarios para enfrentar los problemas de producción de espárragos y mucho menos controlar a la gente que llega a laborar a los campos agrícolas. Los supervisores de Sonora desconocen las lenguas indígenas que hablan los jornaleros en los albergues: llegan indígenas y mestizos de Veracruz, Oaxaca y Chiapas.

Había una señora. El patrón la tenía allí como encargada del campo y era supervisora a la vez. Vivía allí de planta. Salía muy poco del albergue. Su trabajo era supervisar todo, era bien metiche. Los trabajadores se burlaban de ella porque no

entendía nada. No entiende los dialectos de los oaxacos y chiapanecos. Le decían de groserías y no entendía nada, y más se enojaba con los cuadrilleros. El ingeniero tenía allí un supervisor, pero el problema es que ella no podía manejar la gente, había como cuarenta... no, noventa gentes. Y ella no podía meterse a controlar a esa gente, pues la gente no le hacía caso. En ese año todos eran de Chiapas. Todos los cortadores eran de nosotros. Un camión era de Sabanilla, el otro camión era de Tila. Pues esta doña no se metía mucho con la gente, porque tenía miedo, como no es de ella la gente; además, no le hacían caso, se burlaban de ella. No hablaba chol, y el otro problema: había otro chavo que estaba a cargo de los cuadrilleros y no podía controlar la gente. El otro supervisor era de Tila, se llama Humberto; él sí podía controlar porque era su gente. Yo no estaba allí, estaba en otro campo, donde llegué primero. Yo estaba supervisando otro grupo, pero como bajó el otro encargado, el Seferino, bajó allí en el campo, ya quedó allí como supervisor. A mí me mandaron cerca de Ciudad Obregón, de por sí el campo ya lo conocía, porque ya había trabajado una temporada a donde me mandaron y de por sí conocía a la doña, ya la había visto antes, solo que no platicaba con ella; pues sí es un poco alterada la señora. Entonces me mandaron allí, sí, pues me dijo aquel contratista: —Lo que te diga la doña lo tienes que hacer, le tienes que cumplir —dice—. —Está bien —le dije—. —Porque es un poco cabrona la doña, a ver si te cae bien trabajar con ella, a ver si te gusta, ella te va a calificar —dice—; si ella no le gusta que trabajes allí, si no le gusta o no le cuadra lo que estás haciendo, te va a echar rapidito de ese campo. Le dije: —No hay problema, yo sé cortar también—. —No, pues ojalá que hagas bien tu trabajo, porque en el otro [campo] donde llegaste sí nos salió bien.

Los campos agrícolas de pequeños, medianos y grandes empresarios tienen personal de base encargado de diversas actividades. En el relato anterior «El May» explica cómo es la movilidad de los intermediarios al interior de la red. Las cadenas de intermediarios son complejas porque están compuestas por diversos actores. Los intermediarios laborales indígenas están supeditados a la red de empresas agrícolas; son agentes económicos movibles según las necesidades de cada empresa. Un elemento más que se suma a las diferencias sociales entre los intermediarios laborales y los empresarios agrícolas son las

características étnicas. Mientras que los intermediarios tienen dominio de los códigos culturales y de la lengua indígena de los contingentes de trabajadores, los empresarios tienen operadores mestizos para garantizar el control de la producción. En muchos casos los resultados no son los óptimos para las empresas como continúa explicando «El May»:

No era el contratista de nosotros; era otro contratista el que está allá. Se llama Armando Sánchez. Es de aquí de Palenque. Él esta allá, vive en Sonora, habla chol también, solo que casi ya ni nos habla en chol, pues, puro español. Llegué allí en el campo. Ahí estaba el otro muchacho, el otro cuadrillero. Pues yo, confiado de cómo hacer el manejo del espárrago, las reglas que tienen, necesitaba preguntar todavía, pues. Llegó el ingeniero. Me llega a regañar, que porque estaba mal el trabajo, que esto y esto. —No, pues no me he metido todavía en los surcos —le digo—, aún voy llegando y no sé cómo están las reglas y el corte. —¡Ah, eres nuevo! —Sí —le dije. —Y el otro, ¿qué está haciendo?, ¿está parado nomás? —dice. —No sé quién es el otro supervisor. Aquel chavo no está haciendo bien su trabajo y esto... me está chingado mucho el espárrago —dice—; hay que echarlo ya ¿o qué, vas a quedarte con él? —me dijo. —No, pues yo tengo que trabajar solo —le digo—; si con dos o tres ideas no se va a poder —le digo. —No, pues está bien «May», pues ya el otro está despedido —dice. Y pues se enojó mucho el otro morro, me llego a hablar: —¿Qué, de dónde eres? —Soy de Sabanilla —le digo. —¿Por qué me echaste? —me dice. —No, yo no te eché —le digo—, yo solo vine a supervisar a mi gente, que es un camión de 45 [gentes]. Aquel se enojó conmigo, estaba bien encabronado. Él no entendía nada. Solo lo metieron allí porque no había supervisor. Llegó el contratista y le dijo: —Tú tienes que salirte ya —le dijo—: yo te di chance de que hicieras bien tu trabajo, pero no, no pudiste, en vez de cuidar la gente, te ponías a tomar [alcohol] con la gente, y te regresabas tempranito, antes que los cortadores. No, pues no. Te creías el patrón, pues, y no se hace eso, hasta que salgan todos los cortadores te regresas también —dice. Eso yo sí lo sé, que así tiene que ser, pues, porque tienes que supervisar todavía las cajas: cuántas salen, porque tienes que llevar tu control también, porque si te pregunta el patrón cuántas cajas sacaste hoy, tienes que decir cuántas: ayer y hoy, tienes que avisarle. El primer día me fue muy

mal, que digamos, porque estaban muy dañados los surcos, estaba muy jodido el trabajo, pues, ya me daban ganas de regresar, porque estaba bien jodido; porque la bronca sería para mí, yo ya agarré ese tramo, pues, ¿cómo le voy a hacer? Estuve pensando toda la noche, pero de hecho tenía ideas, pues, como ya llevo años trabajando en el cultivo, tengo ideas de cómo manejar los surcos, los cuadros y el campo. Tuve que recortar a 36 gentes.

El campo agrícola es la arena donde se confrontan no solo diversas formas de organización del trabajo, sino también estructuras de poder. Pues todo sistema de producción está estructurado, al mismo tiempo, por relaciones de poder entre diversos agentes económicos. Los intermediarios laborales forman los eslabones finales de la estructura de poder y son parte de la compleja maquinaria de producción hortícola. De hecho, ningún intermediario laboral indígena es indispensable; son fácilmente reemplazables por las complejas estructuras de la industria hortícola, a menos que tengan una posición privilegiada dentro de la estructura empresarial. Pero generalmente los trabajadores agrícolas son sustituibles o transferibles entre las empresas agrícolas, como señala a continuación «El May»:

Porque en vano estaban las cuadrillas. Estaban noventa gentes y no había nada de espárrago; no estaba ganando nada la gente, nadie ganaba. Le dije al contratista que eran muchos cortadores para el campo. Después les hablé y acordaron otra chamba. Los mandó al corte de tomate; de hecho, no los quería recortar, pero no querían trabajar en el espárrago. Eran de Tila. Se quejaban un chingo. No les gustaba el espárrago, no, puras quejas. Los de Tila van al tomate, según, pues no se podía hacer nada. Por más que les decías, no te hacían caso, pues no querían. Entonces pensé: ¿para que me sirve esta gente si no quieren trabajar? Por eso tuve que recortar. Recorté esa gente y me quedé con 36 cortadores, con la gente de mi comunidad, de San Juan El Mirador y gente de Nueva Esperanza. De allí me empecé a proponer a darle rotación a los cuadros, para que me rindieran cajas, pues; tuve que platicarlo con los cuadrilleros y los cortadores. Supongamos que los cuadros tienen o están cortados en pedazos, pues, allá le llaman válvulas; cada cuadro

tiene una válvula, ponle que un tramo de 100 metros, allí llega la válvula y empieza otra; suponemos que es por una tabla y la válvula; empieza otra tabla, y traen cuatro tablas. Supón que una tabla trae cuatro válvulas, y la otra calle trae cuatro; si tuve que meter a dos cuadrillas de 22 integrantes, por cada válvula, estaba así el cuadro al lado, aquí entra una cuadrilla y la otra del otro lado, son dos cuadrillas, tuve que cortar los cuatro en un solo día, y cada cuadro tenía, o la división tiene cuatro secciones. El campo lo tenemos por lotes; está así: A, B, C y D; entonces, en la mañana cortamos A, B y C, descansa la D, en la tarde cortamos la D y la A, descansan B y C, ya en la mañana cortamos la C, D y está descansando la A, y ya en la tarde se corta la A y D y ya, así va rotándose; es la idea que puse allí, pues. Ya lo habíamos hecho en diferentes campos, pues, eso ya es experiencia que he visto y puesto en práctica. Es la experiencia que tengo, pues, por eso ya lo puse así, y pues el problema que estaba allí es que había dos ideas, estaba la mía y la de la doña, al segundo día el corte estuvo bien, pero ella dice que no, que estaba quedando mucho espárrago, pero el espárrago que estaba quedado eran de siete pulgadas, pero el corte normal eran de ocho pulgadas y medio hasta nueve, ya para arriba; y pues no, que dice la doña que está quedando mucho espárrago, y esto y esto otro, pero como no podía contrariarla, no traía yo el metro, la cinta (métrica), no podía decirle que está equivocada.

Los sistemas productivos agroindustriales tienen especificidades complejas. Como son plantaciones de monocultivos requieren labores culturales específicas que al no cumplirse pueden perjudicar los cultivos hortícolas. Se piensa que el manejo técnico debería recaer en los ingenieros agrónomos, responsables de la producción, pero los empresarios para ahorrar salarios prefieren contratar a los intermediarios laborales, porque ellos reciben salarios mucho más bajos que los ingenieros especializados en el manejo de monocultivos. Es decir, el manejo técnico de los cultivos es trasladado a los intermediarios laborales porque resulta más rentable para el sistema de producción y permite obtener mayores ganancias, como continúa explicando el intermediario:

Si me ganaba la doña al segundo día, si me ganaba al tercer día también, y no estaba subiendo nada mi trabajo, no tenía resultados. Si porque el problema es que estaba ella, si porque me estaba diciendo que cortara todos los pequeños, pero para mí estaban chicos, los brotes estaban chicos y ella dice que no. Pues hasta que le hablé al contratista y me dio una cinta [métrica], para que midiera; pues llegó el contratista y me dejó una cinta; bueno, para que ya no te esté molestando la doña. —No, pues está bien —le dije. De allí al cuarto día, otra vez la gente ya iba saliendo; como comenzamos desde la mañana, ya estaban en el segundo cuadro y medio, ya era casi la hora para salir, solo les faltaban medio cuadro ya para salir. Esta doña quería devolver a todos hasta el inicio. —Pero ¿por qué? —le digo. —No, que está quedando mucho espárrago. —¿Será? —le digo. Es que esta doña llega como entre las nueve o las diez, pero la gente entra muy tempranito, pues a las seis de la mañana, para salir temprano. Y pues llega y nos dice, pues: —Tienes que cambiar, tienes que moverte, porque está quedando mucho... ¿qué estás haciendo? —me reclama. —No, pues yo hago mi trabajo —le digo. Y no le pude decir nada. Tuve que devolver a la gente, y la gente se enojó. —Bueno, pues no es culpa tuya —me dijeron—, sabemos que no es culpa tuya, ni modo, hay que hacerle caso, porque es la que manda aquí pues. Yo estaba enojado, porque me están mandando en vez de mandar yo. Llegó el ingeniero del campo, el ingeniero que son los dueños de allí, llegó allí y pues le platicué. Entonces yo en el trabajo no le temo a nada, pues, a mí me vale platicar con quien sea, me acerqué con el ingeniero y le pregunté —¿Cómo ve el trabajo? —No, pues un poco mal —dice. —¿Por qué? —le digo. —Es que no están saliendo cajas. —Es que el problema de aquí ya estaban afectados los cuadros cuando yo entré —le digo—, si me hubieran mandado a mí desde el inicio no estarían así —le digo—; no pudieron controlar a la gente. —Sí, lo sé, ¿qué sugieres?. —Sí puedo subir cajas —le digo—, te puedo subir hasta cien o más —le digo—, porque estaban sacándote quince, veinte cajas y así. —¿Qué sugieres, qué puedes hacer? —De hecho, ya iba a empezar la rotación. Todavía voy a empezar una rotación. —¿Y te va a ir bien?, ¿tienes cabeza para eso?, ¿cuántos años llevas? —me preguntó. —Ya llevo ocho años en esto. —Ah, bueno ya tienes experiencia —me dijo—; pues ojalá hagas bien tu trabajo. Te doy una semana para que lo pruebes. Sí, en una semana vuelvo. Si no, te hecho para fuera —dice. —No,

pues como sea, me da igual —le digo—, tengo campos adónde ir —le digo—. Solo me gusta que la gente gane dinero. A mí me parece que saquemos cajas y pues que la caja sea justa —le digo. Hicimos trato de 1600 (pesos) a la semana por persona. Era de 1600 libre de comida. No teníamos que pagar comida, y pues lo que me dijo: —Bueno, te vamos a pagar los 1600, pero espero que suban las cajas en una semana. Si no podía subir las cajas, a mí me echaban para fuera. Le platicué: —No, pues yo quiero trabajar solito —le digo. —Pero de por sí estás trabajando solito —me dijo. —No —le digo—, o sea, una pregunta: ¿qué trabajo tienen la doña?. —Es encargada y supervisora —me dice. —Ah, pero el problema está aquí —le digo. Es que mira, en mi forma de trabajar, yo no corto lo que es muy corto —le digo—; tengo ciertas reglas para que suban las cajas. —¿Será? —me dice—. No confío en ti —me dice. —Aja, pero yo sí sé manejar el campo, cómo hacer para que suban la cajas. — Bueno, por lo mientras voy a confiar en ti —me dijo—; ¿qué quieres y qué sugieres para que puedas hacer? —Quiero que no se meta la doña —le digo—, que me deje trabajar solito y si se va quedando espárrago, no me diga nada para que la gente esté a gusto y trabaje bien. —Si es lo que quieres, está bien. Le voy a decir, la voy a llamar ahorita. Pues mandó llamar a la doña, le empezaron a decir que no se podía meter por una semana; hasta que suban las cajas no se va a meter; nunca se va a meter: —Pero tú solo checa el trabajo del supervisor, si va bien o mal; si va mal yo vengo a arreglar esto. Si la gente se alborota, yo vengo —dice—; si él puede controlar bien, entonces déjalo trabajar. Y pues sí está quedando espárragos —dice el ingeniero—, ¿no ves el tamaño que está allí? —No, pues están chicos —le digo—, a mi vista están chicos. —A ver, trae tu cuchillo, vamos a cortar —me dijo. Empezó a cortar. Como yo traía la cinta, la empecé a medir, tenía cinco pulgadas, muy chicos de seis. —No, pues tienes razón —me dijo—; entonces tienes buena vista —me dice. —Sí, pues ya llevo años cortando —le digo—; empecé a cortarle; no había nada de grande, solo encontré uno. Pues este es el tamaño —le digo—; estaba a ocho y medio. —Ah, pues sí tienes buena vista. Y comparamos con el chico. No, pues está muy corto. —Ora pues, está bien, haz tu trabajo —me dijo. Yo me quedé contento porque me iban a dejar trabajar solito; y ya al quinto día empecé a mover los cuadros, formar las cuadrillas, a completar todo, pues; y empecé hacer las rotaciones. Al primer día subió a 25 cajas, al tercer día estábamos

llegando a 150, al cuarto día 200, al quinto a 300, y así subió hasta 350, estuvimos en la mañana sacando 300 y en la tarde 150 cajas; estábamos sacando casi 500; y sí empezó a subir un poco, pero el problema es que el espárrago estaba maltratado, lo que le decimos la corona, pues; ya solo me rendía para dos semanas. Eso lo tenía calculado. Le dije a la doña: esta cosa me va a durar como dos semanas.

La amplia y detallada narración del «May» sintetiza en parte el capital social y simbólico atesorado por los intermediarios laborales indígenas y su experiencia acumulada a lo largo de los años en el circuito migratorio. La confianza entre empresarios e intermediarios no surge espontáneamente; cada temporada o ciclo agrícola es evaluado por los empresarios agrícolas; se ven obligados a refrendar sus logros. Esta es una de las características del mercado laboral altamente flexible de la agricultura industrial de monocultivos que, al mismo tiempo, requiere un manejo técnico especializado y una gran cantidad de recursos para mantenerlo funcional y competitivo en los mercados internacionales. «El May» continúa explicando que la mayor fortaleza de los campos agrícolas es la organización del trabajo jornalero. La cooperación entre los cortadores y los intermediarios laborales es fundamental para incrementar la productividad. Sin embargo, el esfuerzo físico y la actividad forzada cobra un alto precio en los cuerpos de los jornaleros agrícolas, como a continuación describe el mismo informante:

A veces, por no querer trabajar, cuando les pega la gana quedarse a descansar, no avisan, por eso se les doy el descanso. Si es que quieren descansar les ponen tres días, o hay veces por la borrachera, también los descansamos y no ganan. Sí, algunos toman mucho. Es la regla que tenemos en los campos: no tomamos alcohol. De hecho, los guardias, si están ya en la mera puerta, no te pueden dejar salir ya más tarde, supón a las seis o siete de la noche ya no te dejan salir, están armados. Son cuatro guardias, parece; están en la mañana y tres en la noche, toda la madrugada, cuidando. Nadie sale del albergue y nadie puede entrar ya en la noche. Pero no en todos los campos es así; varía: en algunos no hay guardias, algunos campos sí ponen la seguridad, no dejan meter cerveza en Obregón, por eso

están los guardias allí, para que no metas cerveza u otro aguardiente. Te revisan para que no metas cerveza y otras cosas como mariguana; de hecho es así, pero siempre la mariguana lo consiguen no sé cómo. Pero los que fuman mariguana no se encabronan, se ponen a trabajar tranquilamente, no se alteran, todos tranquilos. Fuman en la mañana o en la noche, pero hay veces que ya no fuman porque están bien cansados, pero los que sí están enviados sí lo fuman, en la tarde, en la noche. Pero no es problema que fumen, pero que estén tranquilos, pues, el problema que algunos que fuman y empiezan a hacer sus cosas, que esto y esto, a gritonear, porque algunos quieren descansar, eso es lo que le decimos a la gente que fuma: bueno, el que sabe fumar, que fume; pero afuera de los cuartos, no adentro. En casi todos los campos hay quien vende; es que luego también son los mismos trabajadores que están allí, los que trabajan en las empresas del campo, los que les venden la marihuana. Una bolsita está, así, en cincuenta pesos; algunos compran de 400 o 500 pesos, como más de medio kilo; se lo acaban en una semana o más; es una inversión; es un vicio que tienen. Según que la fuman para trabajar, y algunos lo usan así para trabajar, para que no sientan dolor, según eso, están acostumbrados. Pero sí, de hecho sí ayuda; yo he fumado, no es por querer no más por gusto, pero es que me dolía mucho la cintura y un chavo me dijo: —No, pues fuma eso, porque te va a quitar el dolor, no vas a sentir dolor... —¿Será cierto? —Ahí lo vas a comprobar. Y sí, como que se entumece todo el cuerpo, pues andas muy tranquilo, como que no tuvieras nada de problemas, no sientes el trabajo. Cuando era yo cortador, pero eso ya tiene años, igual el Salomón lo probó y sí le ayudó; fumamos. Solo lo he probado por enfermedad; por simple gusto no. Porque luego te hace daño en los campos. Mis padres sí saben que fumo. Porque es cuestión de enfermedad, como les digo; no es por simple querer. Claro que les platiqué que he fumado. Si es que la cintura se cansa mucho. Pero el problema allí es que si fumas a medio día o en la mañana hace mucho daño. Te empieza a dar mucha sed y con el calor, capaz que te puede matar esa cosa. Cuando te pasa el afecto te da mucha hambre, y la comida te sabe muy rica, es lo que pasa con esa cosa. En ciertas ocasiones algunos lo usan solo para eso, pero algunos lo usan para..., bueno de hecho está bueno fumar, pero el problema es que tiene un precio carísimo, es un gasto de dinero también. Muchos ya empezaron a sembrar en las comunidades, en las

montañas, entre las milpas. Pero en los camiones no se permite traer mariguana, porque como dicen que no está legalizado y pues es un riesgo que corremos también los encargados, los responsables; es como un tráfico. Nos pueden acusar de eso, de tráfico, por eso no permitimos eso. Pero viniendo de Sabanilla no fuman. Ya cuando están aquí, ya cuando están en Sonora, cuando ya están con su paga, ya como, digamos, ganan a la semana, compran, pero como aquí en Chiapas no tienen diario paga, no consumen, porque no tienen el dinero a diario, a la semana está la paga. A la semana tienen que descontar la mariguana que compran: cincuenta pesos una bolsita, es una inversión grande. Ponle que unos diez o quince fuman en un camión, a veces sale un camión que saben fumar todos, pero también nos ha tocado que solo tres, cuatro personas fuman. Pero con el alcohol no es igual. Nunca los dejé tomar. De los 45 que van en un camión no tomaron para nada, aunque quisieran, no. —Ahorita —le dije a aquel chofer— que lleva a la gente, pues nada de alcohol, por favor. Porque yo no iba en el camión, me quedaba a supervisar otro campo. En esos días que estuve supervisando solo fui una vez. Yo le dije a la gente: —Guarden su dinero, ya cuando estén en casa ya pueden tomar. —Bueno, me decían: ¿sí puedo probar una o dos cervezas? —Mejor no, les digo, porque una cerveza o dos es el inicio —les digo—; si yo les digo tomen dos o tres cervezas, como que yo les estoy dando la orden a la gente, no les puedo permitir eso aunque quieran —le digo—, gente que llegue borracho al rato —les digo—, lo siento, no va a trabajar mañana. Como quiera, sean precavidos, muchachos. Si quieren trabajar, trabajen. Si quieren ganar dinero, bueno, guarden el dinero. Lleguen a tomar en casa, no hay problema; allí nadie los va a molestar; pero así como les digo: si quieren trabajar mañana; si no, tendrán descanso mañana si toman; el día de paga ya se iban a depositar; llegaban con su pollo y su refresco, nada de alcohol. —Así me gusta —le digo. No, pues sí me hicieron caso. Hasta la fecha, desde que terminó el contrato, cerraron el campo; me despedí de ellos. En esa temporada llevé un grupo variado, estaban de 13 años 15, hasta uno de 30. Hasta allí, no más grandes; la mayoría son jóvenes de 17 y 18 años, menores como unos cinco o seis personas, así es.

En otra parte del relato describe con ejemplos la dureza de la vida en el surco y el consumo de sustancias para aliviar diversos malestares y dolencias provocados por la fatiga de la extenuante jornada laboral. Reconoce que no hay otra posibilidad para los jornaleros, porque el encierro en los campos provoca el consumo de enervantes para calmar diversos malestares.

No está en su panorama prohibir el consumo de la marihuana, pero reconoce que es un gasto para los jornaleros y una ganancia extra para los empleados de las agroempresas que controlan el mercado negro al interior de los albergues. También acota que el alcohol está estrechamente relacionado con actos de violencia cuando el efecto se sale de control entre los jóvenes. En cambio, la mayoría prefieren la marihuana y también le dan un uso medicinal. Incluso es parte del rito de paso o iniciación entre los migrantes al ingresar en los contingentes de trabajadores agrícolas. En general, durante el traslado los agentes de diversas corporaciones del estado realizan controles y revisan los autobuses. «El May» continúa:

Si cuando subí a Sonora me pararon a mí, y pues lo que me dijo que no podía seguir, o sea, no me creían que yo era chiapaneco. Estaba yo en Sinaloa..., me preguntaron: —¿De dónde eres?, ¿eres de aquí de Sinaloa? Le dije —No. Soy de Chiapas. —Mentiroso. Eres de Sinaloa —dicen—, andas con el Chapo —dicen. —No, tampoco. No, pues soy de Chiapas —les digo—, aquí tengo la credencial de elector. —No te estoy pidiendo la credencial —me dice—, tu identificación no tiene validez —dicen. Creo que era el Federal de Caminos. No, yo creo que era migración. Sí, son esos. Y pues me dijo: —Tu identificación no tienen validez. Y es lo que le dije, que sí..., y seguía diciéndome: —No, tú no eres de Chiapas, eres de aquí, por mentiroso te vamos a llevar al bote. Yo estaba escuchando, no le estaba contestando todavía, pues..., —Dime la verdad..., no eres de Chiapas. Y otra vez le mostré la identificación —Aquí está la identificación..., —¡No te estoy pidiendo eso! Eso no tiene validez... Yo le respondí —Entonces para qué chingados Peña Nieto inventó esto —le dije también—. Entonces para qué se inventó la credencial, si no tiene validez —le digo—, si todo mundo usa esto. Esto sirve para viajar por necesidad, ¿qué no? —le digo—. Se supone que estamos en el mismo país, y ¿para

qué se inventó esto si no tiene validez? ¿Por qué el mío no tiene validez y los demás sí tienen validez? ¿Y los ricos qué? —le dije— ¿no tienen validez?, ¿o no? —le digo. —No —me contestó— ¿te crees muy chingón? —me dijo. —¡No! ¡Soy chiapaneco, te digo! —¿Dónde naciste? —Soy de una comunidad, yo soy nacido de la comunidad de El Paraíso, municipio de Sabanilla, Chiapas —le digo. —Por estos lugares no he escuchado de ese nombre. —¿Cómo vas a escuchar si eres de aquí! —le digo—. Pues vete a conocer allá y vas a reconocer a todos —le dije. No me quería dejar ir, pues —¿Tu mochilita? Yo traía una mochilita chica. Empezó a esculcar todo. Pues sí, como me pidió aquel: traía yo un cuadernito; allí traía yo apuntado el nombre de una persona. Me empezó a preguntar quién era. —Es mi contratista. —Entonces tú eres contrabandista —me dijo. —¿No le digo? Trabajo en un campo. Yo traía el contrato. Le mostré el contrato. —Tú eres mentiroso. No eres de Chiapas —me dice. Entonces ya llegó su otro compañero. —¿Qué tanto te está diciendo? —No me está creyendo que soy de Chiapas. —Este cabrón te quiere morder —me dice. En eso estaba interrogando a otro chavo del camión. Sí. El otro compañero está mirando al principio, pero como yo sí sé hablar, pues, sé defenderme, entonces ya le empecé a decir. Ya me encabroné. Ya estaba perdiendo tiempo, pues. —Mira, compa, yo ya estoy perdiendo tiempo. En el campo me están esperando. Estoy desesperado en llegar —le digo—, tengo que trabajar mañana, porque si no llego hoy, no voy a trabajar mañana, y la gente necesita trabajar. ¿Acaso tú nos vas a pagar el día estando parado todo el tiempo aquí? —le digo— ¿No te vas a mover entre cinco o seis horas, para qué perder el tiempo aquí? —le digo—; entonces quieres que te pague —le digo—; ¿me vas a decir: «caite con lo que traes»? No, morro, aunque tuviera dinero, no te lo daría —le dije—, este, yo no soy criminal —le dije—, solo busco la vida por donde sea. Ando buscando la forma de cómo conseguir dinero, y cómo poder mantener una familia, tengo una familia, o ¿tú no? —Sí, yo tengo una familia también, por eso ando trabajando. —Pero no andes chingando a la gente, pues —le digo—; nosotros tenemos ganas de llegar y de trabajar —le digo—, pues somos trabajadores jornaleros. Trabajamos en el campos agrícolas. —¿En qué campo vas? —Le dije el nombre del campo. —¿En qué corte? —Vamos a ir a cortar espárrago. —¿Que es espárrago? —empezó a preguntar. Y yo tenía una fotos del espárrago y le mostré. Le dije: —Si no lo conoces te

muestro una foto. Entonces empezó a calmar —¡Y no, pues tú no tienes que pasar! —¿Eso por qué, si todos cruzan y nosotros no? Si se supone que el gobierno gana también por los jornaleros, ¿qué no? —le digo. —Pues ese es el problema del gobierno, no mío. —No, pues usted ganan también. Y el sueldo de ustedes lo ganamos nosotros. —Tú no lo sabes —me dice. —Yo sí estoy enterado de esto —le digo—. Por eso nosotros trabajamos, para subirlos a ustedes. Si tú estuvieras a mi altura, tú no aguantarías este trabajo —le digo—; el trabajo que hacemos es mucho más pesado que este —le digo—. Ustedes andan parados aquí nomás, agarrando el dinero de la gente que lo ganan así con su sudor, lo gana así muy fuerte. Con trabajo y sufrimiento ganamos el dinero y todavía nos lo quieren quitar. Ahorita no traemos nada de dinero. Vamos en busca de dinero —le digo. Ya allí me empezó a dejar. Se subió al camión a interrogar a otro muchacho. Era mi primo y era encargado también. No se estaba pudiendo defender. Él dijo que había nacido en Sabanilla y no mencionó Paraíso, y que es de Chiapas y el problema es que no sabía dónde quedaba el centro de Chiapas, que es Tuxtla Gutiérrez, la capital. Es el problema que tenía. Claro que conoce, pero se puso nervioso. Ya llegué ayudar, mientras el otro se subió al camión. —¿Qué problemas tiene mi compañero? —le pregunté. Yo estaba hablando tranquilo, normal. Entonces me dijo: ¿ustedes son primos? —Sí —le digo. —¿Y por qué aquel dice que nació allá y no sé qué, que no conoce el centro de Chiapas? Le empecé a decir: —Mira, compa, no es porque no sabe, es que el problema de este morrito no estudió —le dije, ya para ayudarle—, no tiene estudio, ni el primer grado ni el segundo; por eso no sabe lo que te dice. Es cierto, le dije a mi primo que no hablara mucho, porque estaba hablando en español también, y con más facilidad se le notaba que estudió. Yo le hablaba en chol, y le decía: «no hables mucho, yo voy a defender». Ya le empecé a decir: —No, pues este no estudió. No tiene nada de estudio. Él traía su credencial también. Tiene su identificación y ¿qué problemas tienes con él? —le pregunto al agente. —No, pues nada, solo pregunto que de dónde es. —Somos de Chiapas. Somos primos —le digo—. Él viene junto conmigo. Soy su primo. Si quieres te puedo mostrar mi acta para que compruebes —le digo. —No es necesario. Es que aquel bato está acostumbrado a quitarle el dinero a la pobre gente. —Eso se lo reparten entre ustedes. —No —dice—, es que es muy cabrón aquel. Él es de Sinaloa —dice—, y pues

nosotros somos paisanos, soy de Chiapas. ¡Era chiapaneco! Él no se ponía muy acá. No era tan prepotente. No era muy cabrón. Me decía: —No, pues yo sí los dejaría pasar, pero aquel anda supervisando, a ver qué cosa les van a decir ahora. —No hay problema, muchachos, cuiden su trabajo, que disfruten el día, y ya nos dejó pasar y bajó. El otro me empezó a decir por los menores. Yo pensé que no iba a entrar y mirar a los menores, pero, o sea, tenía un poco miedo en mí, pero no lo mostraba en la cara. Llegó otra vez: —¿Por qué traes a menores? —me dijo—; tú explotas a los menores —me dijo. —No —le digo—, en la empresa donde voy no dejan trabajar a menores. —¿Entonces por qué llevas a los menores? —¿Viste a las dos muchas que están allí? —Sí —me dijo. —Entonces, ellas son cocineras y los muchachitos los llevan para ayudante. Pero no trabajan en los campos, solo van a limpiar, digamos, a barrer, limpiar platos, solo así, ayudantes de cocina; a eso van. La empresa donde voy es una empresa certificada —le digo—, no dejan trabajar a menores. Esos pobres muchachillos que ves allí no tienen padres, no tienen familia, ellos van en busca de dinero —le digo—, ¿acaso tú no harías lo mismo? —Pues sí —me dijo. —Pues sí van, pero no los pongo a trabajar en el campo, porque como tú sabes: no aguantarán los trabajos igual que los mayores. Los menores no somos iguales —le digo—, ellos van a limpiar cocinas, levantar basura. Y me dice: —¿Ganan igual que los mayores? —Sí, igual que los mayores, solo que van de ayudantes de la muchachas que van allá enfrente. —No, pues está bien, vayan con cuidado —me dice. Allí estuvimos como más de media hora. Estaban pasando una caseta de cobro, en la autopista.

Como otras narrativas, la de «El May» confirma la discriminación que viven durante el viaje al norte con las instituciones del Estado, sobre todo por los agentes del Instituto Nacional de Migración (INM) y la Policía Federal. Describe el hostigamiento de los agentes migratorios y la corrupción imperante en las instituciones, pero también detalla las estrategias empleadas para hacer frente a ese asedio, sobre todo en lo tocante a los menores de edad, ya que la ley federal del trabajo prohíbe contratarlos en los campos agrícolas. Aunque justifican que los jornaleros agrícolas infantiles o adolescentes no representan un alto porcentaje dentro de los contingentes de trabajadores agrícolas,

muchos de ellos migran en remplazo de algún miembro de la unidad doméstica campesina.

El otro intermediario ahora está yendo a Guanajuato. Ahorita están otros en Guanajuato. El que está llevando es uno de Buena Vista. Se llama don Mariano. Lo conozco un poco, pero no he platicado con él. Es el que sube gente, pero él es aparte y busca gente en otros meses, en otras comunidades. También está el contratista de Tumbalá. Se llama Miguel, pero ya nada es con él. Ya es todo con el Ceferino, pues. Él tiene contacto con los campos y los encargados de las empresas. Cuando una empresa requiere jornaleros, le avisan, pues, como está el otro contratista, le avisa. Hay otro arriba de él. Él maneja los campos. Pero el que anda en Buena Vista es aparte. Él anda con otro contratista. Sí es el mismo contratista, solo que están aparte. Ceferino es aparte y el Mariano es aparte; con el contratista también es aparte. En cada comunidad hay una persona. Así como Ceferino, por ejemplo, en Jolja, en Buena Vista. En Nueva Esperanza hay una persona que busca gente. Allí está uno que le dicen Jony. No sé cómo se llama, no más sé que le dicen así. Él sí mueve camiones; es de Nueva Esperanza. Hay mucha gente que se manejan, así como nosotros, llevan gente a trabajar a Sonora o a Tijuana. Algunos llegan a la uva, a la calabaza, tomate. Hay un chingo de hortalizas. Pues llegan de Nueva Esperanza, Choctic. El tomate era el más jalador antes; iba mucha gente; ganaban cuatro mil semanales, pero el problema es que ya cambiaron de forma de sembrar el tomate; antes estaba al aire libre, pero ya lo metieron en invernaderos; pero no da nada, ya no se gana nada, ¿quién sabe por qué? Es lo que comentan los que llegan a cortar tomate. ¡Ya casi no va gente! No les gusta. Ya los que están en Sonora, los que son del mismo ejido llegan a cortar. Ahorita el jale fuerte es el espárrago, sale más; es el más famoso; el que deja un poco más paga, a los cortadores les resulta. Si trabajas en colectivo y la cuadrilla jala parejo, ganan más. La gente tiene que aprender, pues. O sea yo, en la altura donde ando, ahora tengo años en esto aprendiendo. Pero no digamos que la gente que va allí iniciando no va a llegar a esa altura; tiene que llegar. Es lo que le decimos a la gente. Porque algunos se encabronan porque el otro ya está arriba; pero el que está arriba ya ganó la confianza, supo cómo trabajar, hacía caso de lo que se ordenaba. Pero el patrón y los

supervisores solo te miran cómo eres y la experiencia que traes o vas agarrando, porque a veces los cortadores que saben cortar mucho, sale [terminan su jornada], se regresan al cuarto. Pero yo no hice eso. Saliendo del corte empiezo a ayudarlo a mis compañeros; eso es lo que te califican. Te califican por eso y por tu forma de hablar, tu buen humor, tu forma de pensar en el trabajo, o que no hagas malas cosas en el trabajo, pues es lo que checan de ti, y así vas a ir subiendo. Yo empecé de cuadrillero y ahora de supervisor. Primeramente empecé de cortador, subí de cuadrillero y así subí. Cada que termino nos dan una liquidación, por el tiempo y por llevar a gente a los campos. Pues ahora donde llegué nomás nos dieron mil pesos. En octubre no recibo nada. En los campos varía. Supón que en los campos, en la temporada de abril, los campos te dan 1000, 500 o 400 pesos; en octubre dan 200 o 400 pesos; pero en Caborca, en la Hortícola del Desierto, dan 2700. Al final del corte es la liquidación que recibimos el año pasado. Este enero que fui, como no tardé nada, me dieron solo mil pesos; ponle que en un mes. Pero si hay que buscar gente en las comunidades voy con el Ceferino. Él llega parece que en el mes de julio. Pues yo de mi parte voy a ir a San Juan el Mirador. Y aquí por Tila, en Paraíso, Sabanilla pueblo, por ejemplo, tengo un conecte que sí lo conocemos, sí lo conozco. He trabajado con él, solo que este año se fue con otro contratista, y pues no le di la espalda, le di chance que entrara, él quería cuadrillar una cuadrilla, pero yo no lo podía meter a cuadrillar porque aún no sabía, pero si para este año va a meter gente, pues lo vamos a poner a cuadrillar. Si una persona busca un grupo, le corresponde; si consigue gente, pues lo tenemos que poner a cuadrillar su propia gente. En San Juan el mirador solo tengo una persona, pero sí saco más gente de allí. La temporada pasada los meses que fuimos éramos 22 de San Juan Mirador, pero hace rato me comentó aquel que van a ir unos 40 o 30 [jóvenes]. Ya se difundió la idea que hay trabajo y los jóvenes quieren ir. Es lo que me dijo. Además, en esa comunidad no hay ningún otro que esté ofreciendo trabajo para ir a Sonora. Los voy a llevar en el mes de enero. Estoy pensando en subir, pero no es seguro todavía, porque tengo trabajo en mi casa también. De hecho, es lo que me está diciendo aquel morro, que quiere subir. Puede ser que yo sí los mande, pero yo no voy. Pero va a ir otro primo que sí llega conmigo. Pues ya no quiero ir dos veces al año, porque no estoy viendo crecer a mi muchachito, ni lo vi que empezó

a caminar. Ya tengo mucho tiempo perdido, pues; por eso estoy pensando en él, y luego Fernanda me está diciendo que me quede, que me estoy retirando mucho de mi familia. Es lo que le digo que lo siento, pero se necesita un poco de dinero, pues, gano dinero para la familia, para el bebé, y pues mi mamá me platicó. Quería subir el mes de septiembre, le platicué, me dijo sí, hijo, pero estamos pensando hacer casa este año, vamos, queremos intentar hacer una casa.

El trabajo infantil y adolescente es necesario dentro del volumen total de las estrategias familiares de reproducción social y económica; estrategia familiar que mantiene activa y móvil la fuerza de trabajo doméstica, para no perder los ingresos económicos de la migración bajo sus diversas modalidades o formas, ya sea circular-temporal, itinerante, pendular y por relevo. Además, acorde con los principios de reproducción social de la economía campesina, los niños de la unidad doméstica son socializados a temprana edad en los roles y la división sexual y generacional del trabajo doméstico y en las diversas actividades de la unidad de producción campesina. En los casos analizados, los jornaleros agrícolas inician su vida laboral y el ciclo de movilidad a partir de los 12 o 13 años; es decir, los migrantes infantes o púberes están disponibles como trabajadores de relevo, motivados a seguir los pasos y a recorrer los circuitos migratorios que otros miembros y trabajadores adultos de su grupo doméstico han trazado entre los lugares de origen y destino. Tienen mayores expectativas de obtener ingresos y ganancias, además de aprendizajes que favorezcan una mayor independencia dentro de su sistema familiar. Los incentivos pueden ser materiales, inmateriales, económicos y simbólicos, pero ante todo la movilidad funciona como un ritual de paso entre sus coetáneos que ayuda a reforzar lazos de identidad y solidaridad en los procesos migratorios y consolidar las redes y los circuitos migratorios.

Por otra parte, «El May» continúa explicando que los jornaleros agrícolas se especializan en los sistemas de cultivos intensivos con mayores posibilidades de subir en la estructura jerárquica de intermediarismo laboral. Su ejemplo es muestra de que entre más joven se involucre en la red migratoria tendrá más oportunidades de escalar en la estructura. La profesionalización y

la experiencia de los intermediarios laborales fija los límites de acción en las comunidades de origen; es decir, hay un acuerdo tácito de no intervenir en las comunidades en que existe presencia o influencia de otros intermediarios laborales; sin embargo, las redes de intermediarismo se traslapan y se cruzan en diversas comunidades y generan una sobreoferta de trabajo en diferentes cultivos hortícolas en las comunidades choles y tseltales. Los trabajadores agrícolas se inclinarán por aquellos intermediarios que ofrezcan mejores condiciones de trabajo, salarios más elevados, alojamiento y alimentación acordes con sus necesidades y expectativas, garantías de retorno libre y ordenado, facilitando el traslado desde su comunidad de origen hasta el destino. Por su parte, los trabajadores agrícolas asumen el compromiso de respetar los acuerdos y contratos orales por el periodo de tres meses como mínimo.

Conclusión

Los doce estudios de caso del presente trabajo sintetizan los procesos migratorios que están emergiendo en el sureste de México, especialmente en comunidades indígenas choles y tseltales del estado de Chiapas. Reflejan tendencias, conexiones económicas, culturales, políticas y geográficas en relación con procesos migratorios individuales y colectivos. Al mismo tiempo, los procesos migratorios enlazan diversos ámbitos, niveles y escalas de espacio y tiempo creando complejos circuitos, de forma que las migraciones internacionales pueden desencadenar procesos migratorios nacionales o a la inversa. Lo que me interesa destacar es la conexión de ambos fenómenos sociales de movilidad.

Sin duda, la coexistencia de estos fenómenos se debe a la velocidad a la que acontecen los cambios sociales en las comunidades indígenas de Chiapas y en general en la vida misma. Hoy por hoy puedo afirmar que no existen familias en las comunidades campesinas indígenas que no tengan algún miembro que haya pasado o tenga la experiencia de ser migrante de uno u otro proceso. El *ser migrante* es una categoría social y antropológica que me ayuda a comprender la realidad social de las personas que optan o que son forzadas por una forma o estilo de vida móvil, como única posibilidad de sobrevivencia y como su principal medio de reproducción social. Las comunidades indígenas han conformado verdaderas entidades de la *migrantidad*. Esta categoría tiene diferentes significados, dinámicas propias, cambios vertiginosos y también expresa las diversas violencias estructurales.

Al mismo tiempo, la categoría expresa el vivir y existir inmerso en rápidas mutaciones ligadas a los procesos de globalización y a las reformas estructurales neoliberales del mundo capitalista, dos procesos que van de la mano pero que responden a diferentes objetivos. El primero, ligado a los procesos de conectividad espacial, interfaces entre mercados, localidades y ciudades, flujos de tecnología y mercancías diversas, circulación de imágenes, sonidos, símbolos, personas y procesos de comunicación que rompen la barrera del tiempo real entre lugares. Es decir, el *ser migrante* es la interfaz que permite delinear las conexiones entre la vida de la localidad y la globalidad. El segundo objetivo tiene por consigna imponer una ideología sustentada en el dogma económico con grandes consecuencias para la vida social, política y cultural para todos en general. El neoliberalismo ha introducido la flexibilidad y la sobreexplotación de la fuerza de trabajo; ha impuesto el modelo de manufacturas ampliando el concepto de producción de las maquiladoras a los campos agrícolas como eje de la desregulación del trabajo, la privatización de los servicios públicos, los recortes y el adelgazamiento de las prestaciones sociales; por último, las relaciones de intercambio comercial desigual de forma brutal.

Las conexiones entre lo local, lo nacional y lo internacional se pueden observar en los nuevos estilos de consumo entre los jóvenes indígenas de las comunidades chiapanecas; por ejemplo, el acceso a nuevas tecnologías a escala micro no solo es el uso de agroquímicos y pesticidas que tienen una importancia en la producción agrícola campesina, sino también el uso de *gadget* como los *smartphone*, bocinas inalámbricas, lámparas led entre otros objetos de mayor valor como pueden ser las motocicletas y camionetas que son objeto de deseo por parte de los jóvenes. Hoy los jóvenes indígenas son la expresión que define el *ser migrante*, son ellos los que están en constante movilidad, pero también tienen mayores habilidades cognitivas y agilidad para entender los procesos de conectividad y adaptarse a los nuevos estándares de la globalización.

Sin embargo, no por estar más conectados a los procesos de globalización son menos explotados; por el contrario, los jóvenes jornaleros indígenas del sector rural son vulnerables, marginados y excluidos de las políticas públicas

del Estado; así lo afirman desde los años setenta diversos investigadores y activistas sociales. Sostenían que la apertura a capitales extranjeros, la liberación económica y la firma de los tratados comerciales internacionales traerían consecuencias perversas e irreversibles para los sectores sociales y más aún para el rural.

El Estado mexicano se enfrenta a dos realidades antagónicas en el sector rural: los estados del norte de México concentran 19% de las unidades de producción rural caracterizadas por una agricultura empresarial altamente tecnificada, concentrando una gran extensión de tierras distribuidas en todas las ramas del *agrobusiness*; sus objetivos son innovar tecnología que permita hacer más eficiente la agricultura de exportación, lo cual coloca a México como treceavo país de exportación de alimentos en el mundo, al generar ventas promedio por más de once mil millones de pesos anuales, y ubica al sector primario como tercer lugar en la recepción de divisas internacionales.

En el lado opuesto del sector rural empresarial se encuentran los estados del sur y sursureste de México, que concentran 81% de las unidades de producción rural: 4.5 millones de productores caracterizados por una estructura de agricultura familiar con un promedio de menos de cinco hectáreas por unidad, escasamente vinculada a los mercados nacional o internacional. La característica principal de dicho sector es la pobreza: 58% de esa población vive por debajo de la línea de pobreza patrimonial, en condición de exclusión, cualquiera que sea la modalidad que esta asuma; 25% de este segmento de población vive en zonas de pobreza alimentaria; es decir, las unidades no alcanzan a producir los alimentos necesarios para su supervivencia cotidiana. Solo 10% tienen acceso a crédito para la producción.

La lista de carencias económicas, sociales, culturales y políticas del sur profundo es innumerable. Las políticas públicas enfocadas a paliar las desigualdades y cerrar la brecha entre la agricultura moderna altamente tecnificada y la economía campesina anclada en cultivos tradicionales de subsistencia no han resuelto los problemas de antaño, y hoy se replican las viejas-nuevas soluciones y los subsidios al campo de los años setenta del siglo pasado para el mundo globalizado del siglo XXI. Los efectos de estas políticas las

observaremos en el corto plazo en las comunidades rurales y los augurios no son halagüeños.

Desde el punto de vista de estos doce colaboradores-informantes se expresan estos y otros procesos sociales que enfatizan el crecimiento de la pobreza y la exclusión; profundizan la brecha que separa a ricos y pobres; reflejan el patente abandono del campo por los jóvenes rurales; la relación entre los procesos migratorios y diversas formas de violencia económica, política y estructural a la que son expuestos.

Estos relatos etnográficos nos permiten observar desde el interior de los sujetos aquellos procesos y experiencias que nos dan la pauta para comprender la relación entre la migrantidad y los cambios sociales. El desenlace que tienen tanto en la vida de los sujetos como de sus colectividades; los ritmos que marcan los grupos sociales al producir su historia; además, las estrategias que crean los agentes sociales para incorporarse y/o resistir a distintos macroprocesos.

En este sentido, las narrativas aquí transcritas permiten observar fragmentos de la sociedad rural contemporánea, la importancia que tiene el trabajo jornalero para el capital agroindustrial y, al mismo tiempo, la emergencia del *ser migrante* como una nueva forma de persona social; bisagra o puente entre dos mundos: el global de las agroindustrias y el local de la comunidad indígena. Nos brindan un punto de observación sobre las rupturas y continuidades, dos procesos que sin duda son la base para la explicación del cambio social y cultural en nuestras sociedades.

Los jornaleros agrícolas son el lastre social de las políticas públicas de gobiernos que las han utilizado como bandera política, pero que llegado el momento no tienen propuestas concretas para cambiar la vida de la gente del campo. Ha pasado más de un año desde la toma de poder de la nueva administración, del gobierno de la 4T, y las políticas sociales no han surtido el efecto deseado en las zonas de mayor expulsión de población jornalera. Lo observo detenidamente en el trabajo de campo que realicé en las comunidades indígenas choles y tseltales de la Zona Norte de Chiapas; los programas de Sembrando Vida y Jóvenes Construyendo el Futuro no han tenido el impacto

ni la penetración que se proyectó al inicio de la campaña de Andrés Manuel López Obrador.

De hecho, los programas anteriores como el de Atención a Jornaleros Agrícolas (PAJA) y el Subprograma de Movilidad Laboral Interna para el sector agrícola (SUMLI) desaparecieron por completo de la política social; muchos intelectuales, activistas y organizaciones sociales, e incluso académicos, abogan por el restablecimiento de dichos programas. Lo cierto es que eran una forma de paliar la exclusión social en la que vivían los jornaleros agrícolas, sin proporcionarles un cambio sustantivo en su vida. Su común denominador era la corrupción y la opacidad en el manejo de los recursos asignados. No es que fueran mejores que los actuales, sino que por lo menos los jornaleros agrícolas existían en el discurso político y en la planificación de los programas sociales. En el nuevo gobierno de la 4T no existen ni uno ni otro y al parecer, la población rural ha perdido relevancia.

En la actualidad con o sin programas sociales esta población sigue persistiendo y moviéndose a zonas de agricultura intensiva e industrial, acompañada por fenómenos concurrentes como la proletarización y la recampeñización. Los jornaleros chiapanecos, especialmente los choles y tseltales mencionados en estas doce narrativas, son en su mayoría jóvenes y aún están arraigados a sus comunidades indígenas. Las empresas agrícolas productoras de hortalizas los requieren como mano de obra barata para generar valor agregado a sus productos. Además, hay otras empresas y actores sociales que gravitan alrededor del fenómeno de la migración interna; se trata de un mercado para diversas empresas, por ejemplo, los transportistas, los encargados de los albergues, los vendedores de drogas y los expendios de alcohol, entre otras muchas.

A la vez, los jornaleros financian con dinero de sus salarios parte de la producción campesina en sus comunidades, ya sea pagando jornales para la siembra y cosecha de maíz y frijol o de la cosecha del café, o comprando insumos y herramientas agrícolas. Es decir, son parte de la economía campesina que produce mercancías baratas para el mercado capitalista. Las unidades domésticas campesinas son el soporte de la reproducción de la fuerza de trabajo

jornalera; cargan con los costos externos de los miembros que migran: el agotamiento y desgaste de la fuerza de trabajo, en casos extremos la enfermedad y, en general, la reproducción cotidiana, además de renovar, ciclo a ciclo, los grupos con capacidad y fuerza para el trabajo jornalero. Ante las circunstancias del trabajo agrícola con sus largas jornadas de trabajo, el hacinamiento en los albergues, la comida improvisada o de mala calidad, escenarios todos de desigualdad y de exclusión, los jóvenes indígenas trabajadores del campo suelen pasar por un proceso de adaptación que está lejos de ser simple y mecánico, y que encuentra una sólida cimentación en las redes sociales de apoyo mutuo y solidaridad que operan con propósitos y acuerdos colectivos, enfocados a la obtención de beneficios económicos y simbólicos compartidos, que se mantienen más allá del periodo migratorio entretejidos por la identidad y la cohesión social del grupo: migran y retornan juntos a sus comunidades. La red transmite valores, creencias, deseos, anhelos y cuida de sus miembros como una familia. La red es un proceso social creativo que modifica de manera selectiva los imponderables y sobrepasa los obstáculos en los procesos migratorios.

Me interesa finalmente destacar tres condiciones que imperan en los procesos migratorios: los jornaleros mantienen una conexión y un arraigo a la comunidad de origen a través de su principal medio de producción: la tierra.

Primera: mientras conserven el acceso a ella tendrán un motivo por el cual regresar a su terruño, ya sea para trabajarla o bien simplemente para sentirse libres de los sistemas de cultivo. He observado que algunos jornaleros ponen a prueba en sus tierras cultivos hortícolas y experimentan con pequeñas parcelas los rendimientos y gustos por consumir localmente las nuevas hortalizas.

Segunda: en la medida en que ejerzan un cierto grado de control sobre sus periodos migratorios. Optar por una migración por relevo dentro de la unidad familiar permite el remplazo y que no se desgasten los trabajadores de la unidad de producción. La unidad familiar tiene hasta cierto punto control sobre la fuerza de trabajo familiar; facilita o impide la salida de sus miembros en periodos que son necesarios para su reproducción, y crea estrategias

diversificadas de acuerdo con las oportunidades que le presenta el mismo sistema capitalista.

La tercera condición es que la producción campesina mantiene ventajas sobre los circuitos migratorios porque la milpa y el cafetal, entre otras formas, mantienen la vida campesina. Representa un refugio para los trabajadores agrícolas; en ella obtienen no solo alimentos baratos, sanos, nutritivos y variados; son además una forma de arraigo a sus prácticas culturales y a su visión del mundo que les permite una salida de los sistemas de enganche y agricultura empresarial. Si bien la producción campesina no genera las ganancias que ellos desean y obtienen con el trabajo jornalero, no siempre se miden con la misma vara que los salarios en los mercados de trabajo.

Bibliografía

ADLER DE LOMNITZ, L.

1975 *Cómo sobreviven los marginados*, México, Siglo XXI Editores.

ANGUIANO, M. E.

2013 «Introducción. Migrar en tiempos adversos. Control de las fronteras, crisis económica y vulnerabilidad humana», en M. E. Anguiano y R. Cruz, *Migraciones internacionales, crisis y vulnerabilidades*, Tijuana, El Colegio de la Frontera Norte, pp.11-41.

ANGUIANO, M. E., R. CRUZ Y R. M. GARBAY

2003 «Migración internacional de retorno: trayectorias y reinserción laboral de emigrantes veracruzanos», *Papeles de Población*, 19(77), pp. 115-147.

ARANGO, J.

2003 «La explicación teórica de las migraciones; luz y sombra», *Migración y desarrollo*, 1, pp. 1-30.

ARIZPE, L.

1978 *Migración, etnicismo y cambio económico. Un estudio sobre migrantes campesinos en la Ciudad de México*, México, El Colegio de México.

1980 *La migración por relevos y la reproducción social del campesinado*, México, El Colegio de México.

ASTORGA, E.

1985 *Mercado de trabajo en México. La mercancía humana*, México, Era.

- BALÁN, J., H. L. BROWNING Y E. JELIN
1977 *El hombre en una sociedad en desarrollo. Movilidad geográfica y social en Monterrey, México*, Fondo de Cultura Económica.
- BARLETT, P.
1991 «Agricultura industrial», en S. Plattner, *Antropología económica*, México, Alianza, pp. 345-397.
- BAUMAN, Z.
2004 *Comunidad en busca de seguridad un mundo hostil*, México, Siglo XXI Editores.
- CANABAL, B. Y M. A. OLIVARES (COORDS.)
2016 *Sujetos rurales. Retos y nuevas perspectivas de análisis*, México: Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Xochimilco, en <<https://casadelibrosabiertos.uam.mx/gpd-sujetos-rurales.html>>.
- CARTON DE GRAMMONT, H.
2004 «La nueva ruralidad en América Latina», *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 66, núm. especial, pp. 279-300, en: <<http://www.revistamexicanadesociologia.unam.mx/index.php/rms/article/view/58057/51318>>.
2009 «La desagrarización del campo mexicano», *Convergencia*, revista de Ciencias Sociales, 16(50), pp. 13-55.
2015 «El empleo rural no agrícola en México: el caso de la industria de la confección», en Alberto Riella (coord.), *Transformaciones agrarias y trabajadores rurales: condiciones de empleo, conflictos y ciudadanía en el campo latinoamericano*, Buenos Aires, Clacso.
- CARTON DE GRAMMONT, H. (COORD.)
1995 *Globalización, deterioro ambiental y reorganización social en campo*, México, Juan Pablos Editores/ UNAM.
- CARTON DE GRAMMONT, H. Y SARA MARÍA LARA FLORES
2000 «Nuevos enfoques para el estudio del mercado de trabajo rural en México», *Cuadernos agrarios, Nueva Época*, 19-20, México, pp. 122-140.

CARREÓN, S.

- 2014 *Experiencia en la producción de espárrago en Misión del Bisani*, Experiencia Laboral para obtener el título de Ingeniero Agrónomo, UNAM, FES-Cuatitlán. p. 100.

CHAYANOV, A.

- 1985 *La organización de la unidad económica campesina*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión.

CONSEJO NACIONAL DE POBLACIÓN (CONAPO)

- 2014 Documento metodológico de las proyecciones de población, <[www.gov.mx/CONAPO/acciones-y.../proyecciones de la población2010-2050](http://www.gov.mx/CONAPO/acciones-y.../proyecciones-de-la-poblacion-2010-2050)>.

CORTÉS, R. Y D. HERNÁNDEZ

- 2016 «Juventud indígena en México. Una reflexión epistemológica desde la sociología de las ausencias», *Argumentos*, 18, pp. 149-176.

DURAND, J.

- 1988 «Circuitos migratorios», en Thomas Calvo y Gustavo López (coords.), *Movimientos de población en el occidente de México*, México, El Colegio de Michoacán/Centre D'Etudes Mexicaines et Centramericaines, pp. 25-50.

DURAND, J. Y D. MASSEY

- 2003 *Clandestinos. Migración México-Estados Unidos en los albores del siglo XXI*, México, Universidad Autónoma de Zacatecas/ Miguel Ángel Porrúa.

ESPINOSA, G., E. RAMÍREZ Y A. TELLO

- 2017 *Vivir para el surco. Trabajo y derechos en el valle de San Quintín*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco.

GARCÍA, B. Y O. DE OLIVEIRA

- 1979 *Migración, familia y fuerza de trabajo en la Ciudad de México*, México, El Colegio de México (Cuadernos del Centro de Estudios Sociológicos [CES], 26).

GASPAR, O

- 2018 «Medición de la migración de México a Estados Unidos. 1950-2016», *Región y sociedad*, 30(73), pp. 1-41.

GONZÁLEZ-FUENTE, I., H. J. SALAS, Y H. D. HERNÁNDEZ

2018 «Jóvenes rurales y empleo en Tlaxcala, México: trayectorias inciertas», *Revista Mexicana de Sociología*, 80(3), pp. 549-575.

HERNÁNDEZ TRUJILLO, J. M. Y A. BARRÓN

2016 *Trabajando para vivir, entre la pobreza y la miseria. El caso de los jornaleros agrícolas en México*, México, UAM-Azcapotzalco.

HERRERA, R.

2006 *La perspectiva teórica en el estudio de las migraciones*, México, Siglo XXI Editores.

HEWITT DE ALCÁNTARA, C.

1988 *Imágenes del campo: la interpretación antropológica del México rural*, México, El Colegio de México.

INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA, GEOGRAFÍA E INFORMÁTICA

2018 Encuesta nacional de Ocupación y Empleo, módulo ampliado, México.

2018 Encuesta Nacional Ingreso Gasto de los Hogares (ENIGH) México.

LA JORNADA DEL CAMPO

2019 «Con Sembrando vida el rostro de los ejidos y comunidades está cambiando: Albores», *La Jornada del campo*, 143, México.

LARA FLORES, S. M.

1998 *Nuevas experiencias productivas y nuevas formas de organización flexible del trabajo en la agricultura mexicana*, México, Procuraduría Agraria/ Juan Pablos Editores.

2001 «Análisis del mercado de trabajo rural en México en un contexto de flexibilización», en N. Giarracca (comp.), *¿Una nueva ruralidad en América Latina?* Buenos Aires, Clacso, pp. 363-382.

2007 «Perfil de los jornaleros migrantes en los campamentos de la costa de Hermosillo, Sonora», en *Los jornaleros agrícolas invisibles productores de riqueza. Nuevos procesos migratorios en el noroeste de México*, México, Centro de Investigaciones en Alimentos y Desarrollo/ Plaza y Valdez, pp. 159-174.

LARA FLORES, S. M.

- 2008 «Espacios y territorialidades en las migraciones rurales. Un ejemplo en el caso de México», en D. Castro (coord.), *Dilemas de la migración en la sociedad postindustrial*, México, UNAM/ UAM-1/ Conacyt/ Porrúa.
- 2010 «Los encadenamientos migratorios en regiones de agricultura de exportación», en *Migraciones de trabajo y movilidad territorial*, México, Conacyt/ Miguel Ángel Porrúa.
- 2011 *Los «encadenamientos migratorios» en espacios de agricultura intensiva*, México, Colegio Mexiquense/ Miguel Ángel Porrúa.
- 2012 «Los territorios migratorios como espacios de articulación de migraciones nacionales e internacionales. Cuatro casos del contexto mexicano», *Política y sociedad*, 49(1), pp. 89-102.

LARA FLORES, S. M. ET AL.

- 2014 «Asentamientos de trabajadores migrantes en torno a enclaves de agricultura intensiva en México: nuevas formas de apropiación de espacios en disputa», en *De cadenas, migrantes y jornaleros. Los territorios rurales en las cadenas globales agroalimentarias*, Madrid, Talasa.

LUNA, M. Y J. L. VELASCO

- 2005 «Confianza y desempeño en las redes sociales», *Revista Mexicana de Sociología*, 67(1), pp. 127-162.

MASSEY, D. Y J. DURÁN

- 2003 *Clandestinos. Migración México-Estados Unidos en los albores del siglo XXI*, Universidad Autónoma de Zacatecas/ Miguel Ángel Porrúa.

MASSEY, D., R. ALARCÓN, J. DURAND Y H. GONZÁLEZ

- 1991 *Los ausentes. El proceso social de la migración internacional en el occidente de México*, México, Conaculta/ Alianza Editorial.

MASSEY, D., J. ARANGO, H. GRAEME, A. KOVAOCI, A. PELLEGRINO Y E. TAYLOR

- 1998 «Una evaluación de la teoría de la migración internacional: el caso de América del Norte», en *Cruzando fronteras: migraciones en el sistema mundial*, Icaria, Fundación Hogar del Empleado, D. L. Barcelona.

MEYER, L. Y B. A. MALDONADO

2011 *Comunalidad, educación y resistencia indígena en la era global. Un dialogo entre Noam Chomsky y más de 20 líderes indígenas e intelectuales del continente americano*, México, Colegio Superior para la Educación Integral Intercultural de Oaxaca.

ORTEGA, M. I. Y P. CASTAÑEDA PACHECO

2017 «Los jornaleros agrícolas en Sonora: condiciones de nutrición y salud», en *Los jornaleros agrícolas Invisibles productores de riqueza. Nuevos procesos migratorios en el noroeste de México*, México, Centro de Investigaciones en Alimentos y Desarrollo/ Plaza y Valdez, pp. 145-158.

PALERM, J. V.

1999 «Las nuevas comunidades mexicanas en los espacios rurales de los Estados Unidos de América: a propósito de una reflexión acerca del quehacer antropológico», *Áreas: Revista Internacional de Ciencias Sociales*, 19, pp. 153-179.

PEÑA, G. DE LA

2008 «La antropología social en México» Preparado para el seminario *Anthropology in Europe*, Madrid/ México, CIESAS, pp. 1-39.

PIORE, M.

1971 «The dual labor market: theory and complications», en D. M. Gorgon, *Problems in political economy: an urban perspective*, Lexington: Mass, D.C. Heath and Company.

PLATTNER, S.

1991 *Antropología Económica*, México, Alianza/ Conaculta.

RIVERA, L.

2017 «De la migración interna a la migración internacional en México. Apuntes sobre la formación de un campo de estudio», *Iconos. Revista de Ciencias Sociales*, 58. pp. 37-57.

SÁNCHEZ, K.

- 2007 «Viejas y nuevas trayectoria laborales ente los jornaleros agrícolas migrantes en Morelos», en *Los jornaleros agrícolas invisibles productores de riqueza. Nuevos procesos migratorios en el noroeste de México*, México, Centro de Investigaciones en Alimentos y Desarrollo/ Plaza y Valdez, pp. 159-175.

SARIEGO, J. L. Y P. CASTAÑEDA

- 2007 «Los jornaleros agrícolas de Sonora: recuento de una experiencia de investigación», en *Los jornaleros agrícolas invisibles productores de riqueza. Nuevos procesos migratorios en el noroeste de México*, México, Centro de Investigaciones en Alimentos y Desarrollo/ Plaza y Valdez, pp. 119-144.

Sedesol

- 2010 *Diagnóstico del Programa de Atención a Jornaleros Agrícolas*, México, Sedesol.

SOLOAGA, I.

- 2018 Diagnóstico de las juventudes rurales en México. Documento de trabajo No. 241, Programa jóvenes rurales, Territorio y Oportunidades. Una estrategia de diálogos de política RIMISP, Santiago de Chile.

VELASCO, L., ET AL.

- 2014 *De jornaleros a colonos: residencia, trabajo e identidad en el Valle de San Quintín*, Tijuana, El Colegio de la Frontera Norte.

VERDUZCO, G.

- 1990 «La migración urbana a Estados Unidos: un caso del occidente de México», *Estudios sociológicos*, 8(22), pp. 117-139.

VILLAFUERTE, D.

- 2006 «Migración y desarrollo, en la era de la globalización», *Comercio Exterior*, 56(12), pp. 1026-1038.

VILLAFUERTE, D. Y A. M. GARCÍA

- 2014 «Tres ciclos migratorios en Chiapas: interno, regional e internacional», *Migración y desarrollo*, 22., pp. 1-35.

WALLERSTEIN, I.

1979 *El moderno sistema mundial*, t. I, México, Siglo XXI Editores.

1988 *El capitalismo histórico*, México, Siglo XXI Editores.

WARMAN, A.

1980 *Los campesinos. Hijos predilectos del régimen*, México, Nuestro Tiempo.

ZONABEND, F.

1988 «De la familia, una visión etnológica del parentesco y la familia», en *Historia de la familia*, 1. *Mundos Lejanos*, Madrid, Alianza.

ZLOLNISKI, C.

2016 «Sistemas de intermediación laboral en una región agroexportadora del noroeste mexicano», *Eutopi*, 9, pp. 101-112.

Recursos electrónicos

<https://www.programassociales.org.mx/programa/605/programa-de-atencion-a-jornaleros-agricolas?v=987>

http://www.normateca.Sedesol.gob.mx/work/models/NORMATECA/Normateca/Reglas_Operacion/2018/ROP_JORNALEROS_A_2018.pdf

<https://www.programassociales.org.mx/programa/451/programa-de-empleo-temporal?v=752>

http://www.normateca.Sedesol.gob.mx/work/models/NORMATECA/Normateca/Reglas_Operacion/2018/ROP_PET_2018.pdf

<https://www.banxico.org.mx/SieIntenet/consultarDirectorioIntenerAction.do?accion=consultarCuadro&idCuadro=CE122&locale>

<https://www.gob.mx/siap/documentos/siacon-ng-161430>

<http://www.revistamexicanadesociologia.unam.mx/index.php/rms/article/view/58057/51318>.

*Rumbo al norte. Narrativas de jornaleros choles y
tseltales*, de ÓSCAR SÁNCHEZ CARRILLO

estuvo bajo el cuidado de Gustavo Peñalosa Castro,
con la colaboración del autor. La composición
tipográfica fue de Gustavo Peñalosa Castro.

La obra terminó de imprimirse en octubre de 2021 en los talleres de Gráfica Premier, S.A de C.V., ubicados en 5 de febrero 2039, col. San Jerónimo Chichahualco, C. P. 52170, Metepec, Estado de México. Los interiores se tiraron sobre papel Snow Cream de 60 g y los forros sobre cartulina sulfatada de 14 pts. En la composición tipográfica se utilizaron las familias ITC Usherwood y Optima. El tiraje fue de 250 ejemplares.

El propósito de este libro es mostrar la dinámica y la contradictoria complejidad de las relaciones sociales tejidas entre los jornaleros agrícolas indígenas choles y tseltales de Chiapas y las agroempresas del noroeste de México. Se reseñan las corrientes teóricas que analizan, a partir de una visión antropológica, las causas de las migraciones internas en el país. La observación de los mercados laborales rurales indica que estos no son espacios libres en los que confluyan la oferta y la demanda de mercancías (la fuerza de trabajo agrícola como mercancía supuestamente libre), sino que están mediados por la intervención de diversos actores sociales que construyen el mercado laboral, segmentan la fuerza de trabajo por regiones y la especializan con base en criterios étnicos y sociales. Se estudia a los intermediarios indígenas como un nuevo actor en las comunidades de la región de la Zona Norte de Chiapas, así como los vínculos de la red social tejida entre la comunidad indígena y las empresas agrícolas del noroeste del país, con sus rasgos específicos y sus respuestas a condiciones coyunturales, tanto internas como externas, de las comunidades choles y tseltales.

